

VIZCONDE
LÉON DE PONCINS

EL JUDAISMO Y EL VATICANO

Un intento de subversión espiritual



Título: *El judaísmo y el Vaticano*
Subtítulo: *Un intento de subversión espiritual*
Autor: Vizconde Léon de Poncins
Introducción: Ernesto Milá
Traducción y edición: Ernesto Milá
© Ernesto Milá
© EMINVES
Primera Edición – Agosto 2024
email: eminves@gmail.com

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Contenido

Nota del traductor y editor	7
-----------------------------------	---

Prólogo.....	28
--------------	----

Dedicatoria.....	30
------------------	----

PRIMERA PARTE

La enseñanza del desprecio.....	31
---------------------------------	----

1 – La cuestión judía y el Concilio Vaticano II...	33
--	----

2 – Jules Isaac y los Evangelistas	40
--	----

3 – Jules Isaac y los Padres de la Iglesia.....	48
---	----

2ª PARTE

El problema judío en el curso de las eras.....	85
--	----

4 – La complejidad del problema judío.....	86
--	----

5 – La ley mosaica y el Talmud	98
--------------------------------------	----

6 – Los Marranos.....	109
-----------------------	-----

7 – La asimilación	114
--------------------------	-----

8 – Un Estado dentro de otro Estado	128
---	-----

9 – El antisemitismo	141
----------------------------	-----

10 – La revolución mundial.....	163
---------------------------------	-----

11– El eterno antagonismo	188
---------------------------------	-----

12 – Retrato de un judío	207
--------------------------------	-----

VIZCONDE LÉON DE PONCINS

Tercera Parte

La solución del Concilio	221
13 – El voto del Vaticano	222
14 – Panfletos contra el Concilio.....	266
15 – Cómo los judíos han cambiado el pensamiento católico	280

ANEXO I

A los Jefes de Estado	297
-----------------------------	-----

ANEXO II –

Seis millones de víctimas inocentes	302
---	-----

BIBLIOGRAFÍA	323
--------------------	-----

Nota del traductor y editor

Llegué a conocer la obra de Léon de Poncins a través de Julius Evola, en un tiempo en el que solamente había pocas obras suyas traducidas al castellano (*El espionaje soviético en acción*, Ed. Acervo, Barcelona, 1962 y *El judaísmo y la cristiandad*, Ed. Acervo, Barcelona, 1966), más tarde pude leer en francés varios libros suyos y de su amigo y colaborador Emmanuel Malynski. Cuando se habla de la obra del Vizconde Léon de Poncins, lo primero que surge en mentes condicionadas por otros, son las palabras: “conspiranoia”, “antisemitismo”, “integrismo”... En realidad, después de leer y traducir este texto, podemos entender estos apelativos que, sin embargo, no se ajustan completamente a la realidad.

Léon de Poncins era, ante todo y, sobre todo, un católico tradicionalista. El suyo no era, desde luego, el catolicismo surgido del Concilio Vaticano II, sino el “de toda la vida”, aquel en el que había sido educado en su infancia, por el que lucharon él y sus antepasados y al que no renunció jamás. Para Léon de Poncins la defensa cerrada de sus posiciones tradicionalistas era un compromiso con su linaje, con su patria y con su fe. Si a eso se le llama “integrismo”, Léon de Poncins, lo fue. Lo que no fue, fue un católico armado con la “fe del carbonero”, cerril y obstinado, con pocos argumentos y menos luces. Se preocupó siempre de dialogar, formarse, documentarse y estudiar aquellos as-

VIZCONDE LÉON DE PONCINS

pectos que consideraba no suficientemente explicados en la modernidad.

Eso le llevó a identificar la acción oculta de determinadas sociedades secretas que modificaban el curso de la historia desde la revolución francesa. En concreto, sus pesquisas le llevaron a establecer la responsabilidad masonónica en las revoluciones liberales y en las convulsiones de los siglos XIX y XX. Pero no fue un “conspiranoico”: buscaba fuentes fiables, contrastables y, preferentemente, emanadas por las propias sociedades secretas. Él se situaba en el campo opuesto, el de la fe católica y del nacionalismo francés. Políticamente se le puede aplicar el adjetivo “contrarrevolucionario”.

Había observado en los movimientos históricos revolucionarios que pequeñas causas producían efectos desmesurados: como si $2 + 2$, en lugar de dar 4 como resultado, diera 8 o 16. Eso implicaba que había “algo” que se escapaba a la historiografía convencional, pero que operaba entre bambalinas y dejaba pocos rastros. Pero estaba ahí: el Vizconde Léon de Poncins se dedicó a desentrañar este misterio a partir de los años 20. Su primer libro, *Las fuerzas secretas de la revolución*, publicado en 1928 lanzó dos términos que, décadas después, harían fortuna en medios “conspiracionistas”: la existencia de un “*poder secreto*” que llevaba a cabo una “*guerra oculta*”. En los años 20 y 30, además de la masonería, creyó identificar al “judaísmo” como otro de los artífices de esta “guerra oculta”. Uno de sus libros, publicado en 1936 llevaba precisamente este título y fue el que llamó la atención a Julius Evola que comentó ampliamente en *Los hombres y las Ruinas*, publicado en 1953. Poncins no fue “conspiranoico” (personalidad aquejada de una especie de obsesión enfermiza, acaso una forma de

paranoia que excluía un estudio racional de la cuestión), fue “conspiracionista” (alguien que demuestra interés por determinados sucesos históricos, los estudia, reúne material documental y elabora una tesis racional y razonable).

En cuanto al antisemitismo, Léon de Poncins no coincide con la imagen que generalmente tenemos de esta tendencia. En ninguno de sus escritos muestra “odio hacia los judíos”, pero sí es cierto que le interesa la “cuestión judía” o, más bien, el “misterio del judaísmo”. Porque en el judaísmo lo que vemos es un caso único en la historia de la humanidad: un pueblo que, sin suelo, disperso por todo el mundo, mantiene cierta unidad a lo largo de los siglos y también, allí donde va, ha excitado movimientos de oposición. Léon de Poncins, buen conocedor del *Antiguo Testamento*, sabía que el pueblo judío era el “pueblo elegido”. Le interesaba la cuestión, desde el punto de vista católico, pero también por el hecho de que en los movimientos disolventes que habían aparecido a partir del siglo XVI, contrarios al catolicismo, tenían como protagonistas e, incluso, como beneficiarios, a muchos miembros del “pueblo elegido”. Es innegable que, dinastías judías estaban presentes en el mundo del dinero, la especulación y la banca, como también es innegable que, en las primeras generaciones bolcheviques, el número de dirigentes judíos fue anormalmente elevado (hasta la llegada de Stalin).

De la “cuestión judía” (como de la “cuestión masónica”) se habló especialmente en los años 30 y 40. A partir de 1945, las cosas cambiaron en muchos sentidos. El “holocausto” supuso una sacudida para todos los que habían estudiado estas cuestiones, hasta el punto de que sobre ellos se abatió la represión, su obra fue olvidada y ellos reducidos al silencio.

VIZCONDE LÉON DE PONCINS

En los años 30 y 40, Léon de Poncins se había trabajado como periodista. Colaboró con las grandes publicaciones de la época: *Le Figaro*, *La Jour*, *L'Ami du Peuple*, *Le Nouvelliste*, *Le Mercure de France* y con la publicación de Monseñor Jouin, *Revue Internationale des Sectes et des Sociétés Secrètes*. Antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial, entre 1937 y 1939 había dirigido la publicación *Contra-Révolution*. Se identificaba con el pensamiento de Charles Maurras y tenía en gran estima el régimen de Oliveira Salazar en Portugal que consideraba la traducción más próxima a las ideas y estructuras de gobierno propuestas por la doctrina de Action Française. En su revista publicó los planes de insurrección comunista en Francia que debían desembocar en una situación parecida a la española (en 1937 publicaría un libro sobre la responsabilidad de la masonería en el desencadenamiento de la Guerra Civil española).

Durante la Segunda Guerra Mundial fue asesor del ministro de justicia del gobierno de Vichy, Raphaël Alibert y del Comisario General de Cuestiones Judías, Louis Darquier de Pellepoix. A pesar de que su papel fue discreto, la “resistencia” lo incluyó en su lista negra, lo que implicaba la posibilidad de ser fusilado y la prohibición a perpetuidad de escribir en medios de comunicación. Esto explica que entre 1943 y 1961 no publicara ningún libro. Durante ese período, sin embargo, especialmente a mediados de los años 50, cuando la situación se normalizó en Francia, el Vizconde Léon de Poncins inicio una colaboración continuada con *Lectures Françaises*, prosiguiendo sus investigaciones sobre la masonería y la “cuestión judía”.

No hemos respondido todavía a la cuestión de si fue o no un “autor antisemita”. Digamos que él nunca aceptó el término “antisemita” (entre otras cosas porque, además de

los judíos, semitas son también los árabes), ni se declaró “anti-judío”. En sus escritos –y este libro da cuenta de ello– demuestra estar fascinado por la “cuestión judía” y por su “misterio”, pero vanamente encontraríamos palabras de odio contra los judíos. No hace nada más que seguir la doctrina tradicional de la Iglesia sobre este asunto: no va más allá de la línea marcada por las encíclicas papales y por la práctica vaticana.

Y esto nos lleva a la presente obra que plantea varias cuestiones y que, en el fondo, puede considerarse como un resumen de las ideas y los problemas que el Vizconde León de Poncins llevaba estudiando desde los años 20. ¿La Iglesia fue “antisemita”? No, responde Poncins, es más, la doctrina de la Iglesia afirma que, finalmente, los judíos también podrán disfrutar de la Segunda Venida de Cristo y se salvarán. En varias páginas, deplora las violencias antisemitas en forma de progromos y masacres. Cita también referencias sobre los esfuerzos del papado y de los prelados para evitar violencias antijudías. Y no se trata de “exorcismos” previos para evitar la acusación de “antisemitismo”: rebosan sinceridad y coherencia. No puede, por tanto, ser acusado de antisemita.

Ahora bien... en todo esto hay un problema. Después de la Segunda Guerra Mundial, distintos autores de origen judío, lanzaron “cables” para establecer un diálogo judeo-cristiano que se tradujo en la fundación de la Asociación de Amistad Judeo-Cristiana poco antes de la convocatoria del Concilio Vaticano II. Al hacerse pública la convocatoria de este evento para la cristiandad, distintas asociaciones internacionales judías, aprovechando la carga emotiva del “holocausto”, trataron de que la Iglesia eliminase los fragmentos litúrgicos que podían ser considerados “antisemitas”.

VIZCONDE LÉON DE PONCINS

En particular, estas asociaciones pedían, en aras de un diálogo judeo—cristiano, que se eliminara la llamada “oración de los improperios” que formaba parte de la liturgia del Viernes Santo durante la ceremonia de la Adoración de la Cruz. *Improperium*, significa “reproche” y, la oración reproducía los “reproches” realizados por Cristo al pueblo judío que lo había rechazado. Véase algunos fragmentos:

— *Yo te saque de la tierra de Egipto*
Tú preparaste una cruz para tu Salvador.
— *Yo te guie cuarenta años por el desierto, te alimenté con el maná*
Tú preparaste una cruz para tu Salvador.
— *Yo te planté como viña mía, escogida y hermosa*
Para mi sed diste vinagre y con la lanza traspasaste el costado a
tu Salvador.
— *Yo por ti azoté a Egipto y a sus primogénitos*
Tú me entregaste para que me azotaran.
— *Yo sumergí al Faraón en el mar Rojo*
Tú me entregaste a los sumos sacerdotes
— *Yo delante de ti abrí el mar*
Tú con la lanza abriste mi costado
— *Yo te guiaba con una columna de nubes*
Tú me guiaste al pretorio de Pilatos
— *Yo te sustenté con maná en el desierto*
Tú me abofeteaste y me azotaste
— *Yo te di a beber el agua salvadora que brotó de la peña*
Tú me diste a beber hiel y vinagre.
— *Yo te levanté con gran poder*
Tú me colgaste del patíbulo de la cruz
— *Yo por ti herí a los reyes cananeos*
Tú me heriste la cabeza con la caña
— *Yo te di un cetro real*
Tú me pusiste una corona de espinas
Pueblo mío.”

Las asociaciones judías pidieron la eliminación de esta oración en el oficio del Viernes Santo en aras de una nueva época de diálogo interreligioso y ecumenismo. Pero había un problema: la oración, en el fondo, no era nada más que el resumen del episodio evangélico de la Pasión y muerte de Cristo. Eliminando esta oración solamente se solucionaba una parte del “problema”. Y, a todo esto, ¿cuál era el problema?: el problema, tal como lo planteaban las asociaciones internacionales judías, era que presentaban al antisemitismo como vinculado a la Iglesia Católica y que había desembocado en el asesinato de seis millones de judíos durante la Segunda Guerra Mundial como vinculado al alma de la Iglesia. Esto no podía volver a repetirse y, por tanto, la Iglesia debía de hacer todo lo humanamente posible para evitar esas muestras de antisemitismo que había demostrado ser, una vez más, criminal y asesino.

Tal fue el argumento utilizado por las asociaciones internacionales judías para introducir el tema en el Concilio Vaticano II. La presión emotiva del “holocausto” estaba ahí muy próxima. Todo había sucedido sólo veinte años antes. La mayoría de los padres conciliares estaban de acuerdo en que no podía volver a suceder algo parecido, pero, llevados por el deseo de reparar una injusticia contra el pueblo judío eludieron documentarse y estudiar un poco más detenidamente la cuestión.

Había varios problemas superpuestos, pero la presión psicológica del “holocausto” parecía impedir un análisis sistemático y razonado. En realidad, algo en la propuesta judía que no se ajustaba a la realidad: el antisemitismo del Tercer Reich no tenía absolutamente nada que ver con el antisemitismo religioso. De hecho, era un antisemitismo completamente laico

VIZCONDE LÉON DE PONCINS

Paul Anton de Lagarde (1827–1891), fue uno de los fundadores del moderno antisemitismo. Alemán (el apellido de su padre era Bötticher, pero adoptó el materno en honor a la tía abuela que lo había criado), militó en las filas del conservadurismo prusiano e introdujo ideas que luego se convertirían en compañeras habituales de programas pangermanistas (fue el teórico de la “*colonización de la frontera de expansión*” que ideó una “Germania” ampliada hasta el Adriático y el mar Negro en el sur). Consideraba a los judíos, no como “el pueblo deicida”, sino como un “cuerpo extraño” a la nación alemana. Esto suponía dejar atrás el viejo antisemitismo religioso y darle un enfoque étnico–nacional. La Revolución Francesa había iniciado la marcha hacia el laicismo y abatido tanto el poder de la nobleza como el del clero, sin embargo, esto no fue suficiente como para que el antisemitismo desapareciera de Europa, simplemente se reconvirtió. Lagarde fue uno de los que operaron esta transformación.

A partir de Lagarde, en el ámbito germano, ya no se trató de que los judíos estuvieran “malditos” por la muerte de Cristo, ni que se obstinaran en practicar el pecado de la usura (de hecho la burguesía triunfante en la Revolución Francesa consiguió que algunos de los rasgos propios de la mentalidad judía –y entre ellos el afán de lucro y beneficio contable– se extendieran a la nueva clase hegemónica a partir de entonces), sino que la burguesía que había dado lugar a la creación de la “Nación”, veía en el judío algo exterior a ella. Además, en esa época, especialmente en la segunda mitad del siglo XIX, aparecieron las ideas racistas, no de la mano de grupúsculos de extrema–derecha, sino de los sectores más liberales del momento que estaban exportando el imperialismo inglés a todo el mundo. De hecho, el imperialismo inglés tuvo como trasfondo ideológico una

pretendida superioridad de la raza anglosajona sobre las razas nativas. Así pues, el tradicional antisemitismo que siempre había estado latente en Europa, a partir de ese momento terminó convergiendo y confundándose con las tesis racistas y laicas.

El propio Lagarde enarbolaba un antisemitismo proclamado no en nombre de la religión o de la tradición, sino de la *Nación* y del *Volke*, el pueblo, y no le interesa tanto que el judío pertenezca al que hasta entonces era generalmente considerado como “pueblo deicida” sino en tanto que “*cuerpo extraño al Volk*”. Además, Lagarde estaba especializado en religiones orientales y empezó a interesarse por el “problema judío” como derivación de su interés por la antropología religiosa. Creía firmemente que era preciso construir una “*religión nacional alemana*”, paso necesario para rematar la construcción de la “nación alemana”. Se interesó por el *Talmud*, lo leyó y creyó percibir en él aspectos negativos que le indujeron a pensar que los judíos tenían una “*influencia corrosiva sobre el pueblo alemán*”. Cuando intentó completar su doctrina sobre la construcción nacional de Alemania, Lagarde propuso un *Drag nach Osten* (*Marcha hacia el Este*) esto es, la conquista de espacios en el mundo eslavo. Sería en el Este en donde el pueblo alemán encontraría su “espacio vital” y su área de expansión y para llevarla a cabo era preciso “*limpiar*” esa zona de “*canalla judía*”.

A nadie se le escapa que estas ideas, influyeron muy directamente en el programa y en la concepción del nacionalismo del que hizo gala el NSDAP hitleriano. Y esto –que resulta difícilmente negable– implica que la tesis de una relación causa–efecto entre la doctrina católica, la acción de la Iglesia y el “holocausto”, es completamente insostenible. Los padres conciliares no supieron aportar esta ar-

gumentación bajo la presión psicológica que implicaba la proximidad temporal de seis millones de judíos asesinados. Es muy posible, también, que la mayoría de ellos, saturados por un aluvión de documentos sobre reformas litúrgicas, el papel de la Iglesia en el mundo moderno, los problemas misionales, el diálogo interreligioso, y todo lo que entraba dentro del rótulo “*aggiornamento*” (puesta al día), no prestaran mucha atención a las implicaciones de la propuesta de las organizaciones internacionales judías.

Porque, el gran problema, en el fondo, no era renunciar a una oración de menos de cinco minutos pronunciada una sola vez al año en la tarde del Viernes Santo. El problema es que esa oración derivaba directamente de los Evangelios. Eliminando la “oración de los Improperios” no se eliminaba el problema de fondo: que en los Evangelios la responsabilidad de los judíos en la pasión y muerte de Cristo era muy claro. Y lo que era aún peor, si cabe: que los Padres de la Iglesia que habían dado forma a la institución, utilizando los textos evangélicos, especialmente San Juan Crisóstomo, utilizando los Evangelios habían desarrollado planteamientos que conducían a considerar al pueblo judío como “pueblo deicida”. En los libros publicados por los mismos doctrinarios judíos que habían tendido la mano al Vaticano para emprender un diálogo interreligioso, estaba implícito el análisis que hacían y la sentencia que dictaban: los Evangelistas habían mentido descaradamente, habían falseado las escenas de la Pasión, por tanto, los Evangelios debían ser modificados y la doctrina establecida por la patristica debería podarse de cualquier elemento que derivase de la versión evangélica de la Pasión. Esto implicaba, a fin de cuentas, literalmente, desmontar el cristianismo en sus dogmas, en sus textos fundamentales y en su credo.

Cuando trascendió a la opinión pública el contenido del proyecto de resolución sobre el diálogo interreligioso aplicado al judaísmo, aparecieron focos de resistencia. El texto fue aprobado, pero el Papa no dio su visto bueno. Volvió a ser redactado y desprovisto de varios de sus aspectos más radicales, pero, al ser votado, la oposición, aunque minoritaria, creció. Y solo había pasado un año ¿Qué había ocurrido?

Tras conocerse la primera redacción, los católicos tradicionalistas reaccionaron y difundieron entre los padres conciliares distintos documentos. Uno de ellos estaba firmado por el Vizconde Léon de Poncins (*El problema de los judíos en el Concilio*), un panfleto de cuarenta páginas del que el libro que prologamos hoy es el desarrollo.

Aquel Concilio inició una nueva costumbre en la Iglesia Católica: la era de la disculpa y del pedir perdón por cualquier cosa que se le reprochara. Y a los que se pidió perdón en primer lugar, por algo en lo que la Iglesia no había tenido ni arte ni parte, fue a las instituciones internacionales judías. A partir de ahí puede entenderse la crisis que siguió en la Iglesia Católica cuando se cerraron las sesiones del Vaticano II. Desde entonces —vale la pena recordarlo— la Iglesia no ha levantado cabeza.

Recientemente, hemos vivido en España, el escándalo de los abusos de menores en colegios religiosos. La cuestión repercutió en nuestro país, tras un largo recorrido por EEUU, Irlanda e Italia. No bastó con que Benedicto XVI pidiera perdón por estos casos de pederastia cometidos por miembros del clero, ni que el Papa Francisco, volviera a condenar los abusos sexuales cometidos por sacerdotes. Parece justo. Lo cierto es que, efectivamente, se dieron muchos casos en la Iglesia postconciliar de este tipo de

abusos. La Iglesia no lidió con habilidad el problema y se ha limitado a pedir perdón, pagar indemnizaciones y alejar a responsables por acción o por ocultación. Pero también podría haber hecho un esfuerzo objetivo de aproximación a los hechos: por ejemplo, en España, entre 2008 y 2019, los abusos cometidos por sacerdotes sobre alumnos o catequistas, fueran solamente un 0'2% del total de abusos a menores cometidos en España (los padres habían cometido el 23,3%, los compañeros el 87% y los amigos en 5,7%...). Un estudio realizado en 1995 publicado por el Ministerio de Asuntos Sociales determinó que el 4,17% de abusos a menores fueron realizados por religiosos. Y a esto cabría añadir otro elemento: la inmensa mayoría de estos abusos fueron cometidos sobre niños varones, lo que implica un predominio de pedofilia homosexual, algo que se evita recordar. El resultado ha sido que, a pesar de que la Iglesia Católica, estadísticamente, no parece que haya “liderado” las primeras posiciones en estos abusos pedófilos, a fuerza de pedir perdón ha contribuido a que se olvidara que existían otros sectores con mayores responsabilidades.

Pedir perdón, no siempre resuelve los problemas. Pero, desde el Vaticano II, la Iglesia se ha habituado a este ejercicio de humildad, cuando, en realidad, también debía de haber tenido en cuenta la búsqueda de la verdad.

Ahora bien, ¿qué importancia puede tener todo esto en nuestro maltrecho siglo XXI?

Reconozcamos, en primer lugar, que el Vaticano no está en su mejor momento. La crisis que se generó al concluir el Concilio, lejos de haber concluido, sigue afectando a la Iglesia. Faltan vocaciones, determinadas declaraciones de las jerarquías eclesásticas, y del propio Papa, parecen dic-

tadas, más por un impulso mundialista, por la “corrección política” y el respeto a la Agenda 2030, que por la fe católica. Toda Europa, cuna del catolicismo, debería ser hoy “tierra de misiones”. Ni siquiera las jerarquías católicas, ni sus medios de comunicación, se preocupan por alertar sobre la islamización de Europa y lo que representa. Seguir la corriente, aceptar como irremediables los “signos de los tiempos” no es nunca la mejor actitud y, mientras la Iglesia persista en ella, a la crisis del post-concilio, se superpondrá la crisis que la modernidad, imprime sobre cualquier institución no meramente materialista o sensualista. La modernidad es un rodillo contra cualquier forma de espiritualidad. Y eso no va a cambiar. La única manera de afrontar un problema es adoptar posiciones de firmeza: no puede haber diálogo entre la Iglesia y el mundialismo, no puede haber manos tendidas a las organizaciones mundialistas, no pueden existir medias tintas entre las posiciones de la UNESCO y de la ONU (con su Agenda 2030) y las posiciones de la Iglesia: todo lo que no sea una condena, es una concesión y, a fuerza de hacer concesiones, la propia doctrina se desnaturaliza. La Iglesia —en su tronco central y mayoritario— se encuentra hoy en esa tesitura. Los padres conciliares que votaron contra la propuesta de diálogo interreligioso presentada en 1964 y reelaborada en 1965, tenían razón: no resulta posible dialogar, ni siquiera bajo presión psicológica, contra los que, en el fondo, aspiran a que sea la otra parte la que realice todas las concesiones y asuma la totalidad de las responsabilidades.

Estamos en 2024, el Concilio queda lejos. Hoy nadie apuesta —al menos, seriamente— por el “diálogo interreligioso”. Las “Amistades Judeo-Cristianas” languidecen con

VIZCONDE LÉON DE PONCINS

muy poca actividad. En realidad, desde 1965, al judaísmo no le ha ido mucho mejor que a la Iglesia Católica. El Estado de Israel sigue embarcado en una guerra interminable con sus vecinos y con la población palestina, con una diferencia que no existía en 1967 cuando el Vizconde Léon de Poncins escribió las páginas que usted está a punto de leer. Las condiciones para ser “ciudadano del Estado de Israel”, han variado sensiblemente. Ya no hay que presentar certificados de raciales o religiosos para poder ser aceptado como “ciudadano judío”. De hecho, uno de cada cinco habitantes del Estado de Israel son de origen árabe y no practican el judaísmo en ninguna de sus variedades. El 21% de la población practica el islam, el 1’9% el cristianismo, el 1’6% el drusismo, incluso están censados 6.400 budistas y, oficialmente, el 74’2% practica el judaísmo, pero... una encuesta Gallup publicada en 2015 reconocía que el 65% de los israelitas se consideraban “judíos seculares”, mientras que sólo el 30% siguen preceptos religiosos (el 26,5% se considera “judío ortodoxo”, el 3,9% “judíos reformistas” y el 3,2% “judíos conservadores”; entre los “judíos ortodoxos” existen judíos moderados y judíos ultraortodoxos (jeredíes). También hay judíos hare-khrisna, miembros de la Sociedad Teosófica, cientólogos, mormones, testigos de Jehová, wiccanos, e incluso neopaganos... Todo esto es nuevo y no existía en el período en el que Léon de Poncins escribió estas líneas (lo que implica que algunos juicios que realiza están superados). El hecho de que, en 1998, la cantante judía Dana Internacional ganara el Festival de Eurovisión indica que el Estado de Israel ya no es lo que era en tiempos en los que Léon de Poncins escribió estas páginas. La cantante en cuestión, no solamente era una activista en favor del movimiento gay, sino que ella, a su vez, era transexual, calificada por los judíos ultraortodoxos como “el diablo en persona”.

La sociedad del Estado de Israel es cada vez más laica y menos judía. De hecho, en el momento en el que algún gobierno israelí quite los derechos de la comunidad judía ultraortodoxa (no realizar el servicio militar y verse exenta del pago de impuestos), es muy posible que las visitas a las sinagogas descendan aún más. Muy pocos judíos están hoy interesados en el “diálogo interreligioso” y el tema tampoco suscita mucho entusiasmo en las filas de una Iglesia cada vez más dividida y desorientada.

Así pues, el panorama ha cambiado extraordinariamente desde 1967. Entonces ¿por qué traducir y publicar, por qué leer este libro? Es simple. Cuatro son las razones que nos han impulsado a ello.

En primer lugar, para dejar constancia de la aceleración histórica de nuestro tiempo: lo que hace sesenta años era una cuestión que atraía la atención de los medios de comunicación —el diálogo interreligioso judeo-cristiano—, hoy carece por completo de interés. Como acabamos de ver, ni judaísmo, ni cristianismo, se encuentran en su mejor momento. La oleada de materialismo y de los demás factores que concurren en la modernidad, ha arrasado ambos sistemas religiosos. La laicización se ha apoderado tanto de la mayor parte del Estado de Israel como de la mayor parte de Europa. Siguen existiendo judíos y católicos que viven su religión con cierta intensidad: pero están en repliegue, ya no tienen la iniciativa sobre su momento histórico, siguen actuando sólo a título residual y cada vez más replegados en sus propias comunidades religiosas. Este libro ayuda a entender las distancias que separan el tiempo en el que fue escrito y el ambiente dominado por la celebración del Concilio Vaticano II por un lado y por el recuerdo del “holocausto” de otro.

En segundo lugar, la obra analiza la base de la “cuestión judía” y su análisis rebasa con mucho la cuestión del diálogo interreligioso. El autor explica, recurriendo, no a textos antisemitas, sino a autores judíos, el núcleo de la mentalidad judía, tanto de la laica como de quienes siguen la religión de Moisés y del *Talmud*. Lo que podríamos llamar “el misterio judío” es uno de los enigmas mas fascinantes de la historia. ¿Por qué un pueblo que siempre ha estado sometido a sucesivas diásporas, siempre, allí donde haya ido a parar, ha generado hostilidad en torno suyo? Ya hemos dicho, que no era correcta la versión de que los brotes de antisemitismo han tenido que ver con la hostilidad del catolicismo hacia el “pueblo deicida”. A fuerza de victimizarse, a los judíos les resulta difícil explicar la raíz de esa hostilidad generada en torno a ellos y que hoy sigue viva y activa. La facilidad del pueblo judío para el pensamiento abstracto ha hecho que de su seno emanaran teóricos y doctrinarios que han cuestionado lo establecido en cada momento de la historia. Ayer encontrábamos en la Escuela de Frankfurt (cuya promoción originaria estaba compuesta íntegramente por filósofos de origen judío) ese pensamiento crítico disolvente de las estructuras tradicionales. Cien años después de la aparición de esta Escuela de pensamiento vemos entre los doctrinarios del transhumanismo y de los “estudios de género” un número desmesuradamente alto de referencias intelectuales judías. Lo mismo ocurría en el marxismo (tanto de la primera generación bolchevique, como de los promotores de la “nueva izquierda” de los años 60, en el que era difícil encontrar algún doctrinario que no tuviera apellidos judíos). Hay que tener cuidado de explicarlo todo mediante el factor religioso: en realidad, la inmensa mayoría de todos estos doctrinarios “disolventes” estaba apartado de la sinagoga. De ahí el interés del estudio

que realiza el Vizconde Léon de Poncins sobre la mentalidad judía y cómo se ha conformado.

En tercer lugar, esta obra sirve para recordar que, si la polémica judeo-cristiana ha pasado a un plano muy secundario, completamente irrelevante, la iniciativa en estos momentos la tiene la “tercera religión del Libro”, el islam. En las páginas que siguen, el autor menciona que buena parte de la oposición al diálogo judeo-cristiano procedió de las comunidades católicas de Oriente Medio, maronitas, coptos, armenios, melkitas, siríacos, etc. En aquel momento, aquellas comunidades habían optado por la resistencia palestina y la lucha contra el Estado de Israel. Han pasado sesenta años. En los años 60, el islam parecía mucho más tolerante que ahora. Esa tolerancia era lo que facilitaba a las comunidades cristianas de Oriente Medio su toma de posición. Pero estamos en 2024 y desde entonces han pasado muchas cosas que han modificado completamente estas posiciones. Las “revoluciones islámicas” fruto de procesos de radicalización religiosa ha contribuido a hacer imposible la convivencia con las comunidades cristianas de la zona. Y eso no es todo: en 2024 solamente hay una religión en cuyo nombre se mata y se muere y para la que las referencias bélicas y sangrientas de su libro de referencia, el *Corán*, no sean sólo símbolos o cuestiones antropológicas procedentes de épocas remotas. Además, la ofensiva del islamismo no se reduce al territorio en el que históricamente prosperó, sino que alcanza a Europa. No pasa una semana sin que se produzca algún chispazo de “guerra santa” en territorio europeo. Así pues, si bien el diálogo judeo-cristiano es imposible, inviable y ni siquiera suscita interés, el hecho de que, de las tres religiones abrahámicas, una quiera imponerse mediante la *yihad*, el “sexto pilar

del islam”, a las otras dos, modifica extraordinariamente el planteamiento de la ecuación. Los tiempos han cambiado radicalmente, pero lo que está en juego en este momento es el futuro de nuestros países y de nuestros hijos: tanto en Europa como en el Estado de Israel. No es que pueda haber “diálogo” interreligioso: es que existe un enemigo común, irracional, que cree que morir asesinando mediante atropello a civiles en las Ramblas de Barcelona o apuñalando a rehenes capturados en raids terroristas, el criminal, por el mero hecho de ser musulmán, renacerá en el “paraíso de Alá” poseyendo siete castillos de jade, cada uno con siete harenes y cada harén con setenta y siete huríes vírgenes, gozando de una erección permanente... La diferencia es que el Estado de Israel es consciente de que esos golpes terroristas solamente pueden combatirse mediante los mazazos recomendados por la Ley del Talión, mientras que en Europa, tanto los gobiernos, como los medios de comunicación, no solo no son conscientes, sino que además lo ocultan deliberadamente, que entre 2030 y 2050 el islam será mayoritario en Europa Occidental y, a partir de ese momento, ya nada será igual. “*Dhimitud*”, esto es “sumisión”, es lo que espera a Europa Occidental. Hoy, en esta verdadera “lucha por la existencia”, ya no es admisible gritar “solidaridad con Palestina” por la mañana y por la tarde enviar algún post contra la llegada de inmigración masiva. La nueva situación implica coherencia y determinar un orden de prioridades. En la obra de León de Poncins no se menciona ni una sola vez al islam, pero estaba ahí y a partir de finales de los años 70, su radicalización creciente ha generado un cambio en la correlación de fuerzas. ¿Cabe decir hoy aquello de que “los enemigos de mis enemigos, son mis amigos”?

Finalmente, esta obra es una pieza más de un autor casi completamente desconocido en España y cuya obra merece ser conocida. Julius Evola ya entendió que no se trataba de un “antisemita” o de un católico fundamentalista, sino de un teórico especializado en la “guerra oculta” que buceaba en la “tercera dimensión de la historia” y cuyo pensamiento merece ser conocido en estos tiempos de confusión y caos preapocalíptico.

Esta obra fue publicada en inglés en Londres en 1967 por Briton Publishing Co, que la había traducido y conservaba el manuscrito del autor sin querer ceder los derechos ni publicarla en francés. Así pues, este importante texto histórico ha tenido que ser traducido de nuevo al francés a partir de la traducción inglesa y de este idioma al castellano. Pedimos disculpas al lector por las inevitables variaciones con respecto al original de los textos citados de autores francófonos como Jules Isaac, Memmi, etc.

Prólogo

¿Son irreconciliables el judaísmo y el catolicismo? ¿Ha estigmatizado injustamente la Iglesia al pueblo judío durante 2000 años? ¿La actitud de los propios judíos ha agravado el problema en lugar de aliviarlo?

Esta cuestión saltó a la palestra en el Concilio Vaticano II cuando, durante el debate sobre el *Esbozo sobre el judaísmo*, los Padres conciliares fueron instados por poderosas organizaciones judías mundiales a condenar la acusación de deicidio en el Evangelio y a utilizar su autoridad para erradicar el antisemitismo.

Basándose en impecables testimonios contemporáneos, en su mayoría judíos, el autor L. de Poncins arroja luz sobre su extraordinario y poco conocido papel entre bastidores del Concilio. Su capítulo “Cómo los judíos cambiaron el pensamiento católico” está tomado del título de un artículo publicado en la época por uno de los portavoces de estas organizaciones en la revista *Look*.

Aquí el autor hace una serie de abundantes citas de obras judías casi generalmente desconocidas, criticando los Evangelios como fuente de antisemitismo, y en la segunda parte, apoyándose de nuevo en los testimonios de reconocidas autoridades judías, traza un panorama de las importantes cuestiones históricas

que subyacen al problema planteado por la existencia del judaísmo a través de los siglos.

Un periódico israelí dijo de este libro: “Trata del movimiento ecuménico y del problema judío, y una gran parte del libro está dedicada a Jules Isaac y a su considerable contribución a la revisión por parte de la Iglesia católica de su actitud hacia el judaísmo”. (Reseña del periódico israelí *Kirjat Sepher*)

Dedicatoria

Este libro está dedicado a la memoria de los Padres de la Iglesia que construyeron la civilización cristiana

“No distorsionar nunca la verdad constituye un principio vital. La verdad es siempre fundamental para todo hombre responsable y siempre debe prevalecer”. Papa Juan XXIII.

“Es una verdadera competición ver quién puede hacer que los judíos parezcan más odiosos. Por muy rico y patético que sea San Juan, el autor del cuarto Evangelio, el premio se lo lleva Mateo. Con mano segura, lanzó el dardo envenenado que ya no se podrá volver a sacar”. Jules Isaac, *Jésus et Israël*, p. 483

“El profesor Isaac, distinguido historiador judío francés [...] dedicó los últimos años de su vida al estudio de las raíces religiosas del antisemitismo. Fue recibido en audiencia por los últimos Papas, Pío XII y Juan XXIII, esta última de considerable, condujo a la poda de ciertos pasajes de la liturgia romana ofensivos para los judíos”. *Jewish Chronicle*, 29 de octubre de 1965, p. 14

“...La fuente permanente y latente del antisemitismo no es otra que las enseñanzas de la religión cristiana en cada una de sus descripciones, con la tradicional interpretación tendenciosa de las Escrituras”. Jules Isaac, *Jésus et Israël* p. 57

PRIMERA PARTE

La enseñanza del desprecio

“La declaración ecuménica del Concilio sobre *La Iglesia y los no cristianos*’, que absuelve al pueblo judío de la acusación de culpabilidad colectiva, es un acto de impudicia y baja política y un insulto a Dios”, declaró la semana pasada el Dr. Eliezer Berkovitz, profesor de filosofía judía en la American Jewish University de Toronto.

“Añadió que el cristianismo se había extendido en Europa, no por los Evangelios, sino por la espada, y que el espíritu de ecumenismo y entendimiento interreligioso que ahora se promovía no era más que una estratagema de relaciones públicas”. *Jewish Chronicle*, 28 de enero de 1966, p. 17.

“La versión evangélica del proceso de Jesús, tal como la presentan los escribas del obispo de Roma como el gran acontecimiento judicial del siglo I, es aterradora en su astucia y malicia”. D.G. Runes *Les Juifs et la Croix*, 1965, p. 26

“El difícil y lento proceso de establecer me-

jores relaciones entre cristianos y judíos sólo puede lograrse rechazando los estereotipos y prejuicios y sustituyéndolos por una reevaluación racional e inteligente. Es esencial entendernos mejor. Tenemos que hablarnos, pero conversación no significa conversión”. Editorial de la *Jewish Chronicle*, 27 de enero de 1967

I – La cuestión judía y el Concilio Vaticano Segundo

El 19 de noviembre de 1964, los obispos y cardenales reunidos en el Concilio de Roma votaron abrumadoramente a favor del Esquema sobre la actitud de la Iglesia ante el judaísmo.

Le Monde del 27 de noviembre mencionaba las violentas reacciones que este voto había provocado entre las Iglesias orientales católicas y en los Estados árabes. El artículo terminaba con una posdata del corresponsal del diario en Roma, Henri Fesquet, considerado la voz del padre Congar, líder del ala católica progresista. Fesquet recordaba en el preámbulo que las votaciones en los Concilios son secretas, pero añadía: “Noventa y nueve Padres votaron No. Mil seiscientos cincuenta y uno votaron Sí, y doscientos cuarenta y dos votaron Sí con reservas. Pero se trataba sólo de una votación provisional, y la votación definitiva tendrá lugar al final de la cuarta sesión, en 1965. En la asamblea, los obispos orientales intervinieron como cuerpo, declarando su oposición de principio a cualquier Declaración del Concilio sobre los judíos. Puede deducirse, por tanto, que los noventa Padres que expresaron un voto negativo eran en su mayoría orientales”.

He aquí un fragmento de la *Declaración sobre los judíos* adoptada por los Padres conciliares el 20 de noviembre de 1964: “...Siendo ésta la herencia que los cristianos han recibido de los judíos, el Santo Concilio está expresamente resuelto a establecer y recomendar la comprensión y la estima mutuas, que deben obtenerse por medio del estudio teológico y la discusión fraterna, y, así como desaprueba severamente todo mal infligido a cualquier hombre de cualquier parte, deplora y condena igualmente el odio y los malos tratos (o vejaciones) hacia los judíos....”. “Por tanto, todos deben procurar no presentar al pueblo judío como una nación rechazada, ya sea en la catequesis, en la predicación de la Palabra de Dios o en la conversación cotidiana, del mismo modo que todos deben abstenerse de toda palabra u obra que pueda alienar la mente de los hombres contra los judíos. Todos deben también procurar no imputar a los judíos de nuestro tiempo lo que se perpetró durante la Pasión de Cristo” (*The Tablet*, 26 de septiembre de 1964, p. 1094 –Texto revisado, sobre el programa de la 3ª sesión).

A primera vista, este texto parece estar en consonancia con la doctrina permanente de la Iglesia, que, aunque se esfuerza por proteger a la comunidad cristiana de las influencias judías, siempre ha condenado la persecución de los judíos, hecho atestiguado imparcialmente por un escritor judío, Max I. Dimont: “Los papas y príncipes de la Edad Media podrían haber eliminado a los judíos si lo hubieran deseado, pero no lo hicieron... Cuando, como resultado de la presión social, económica o incluso religiosa, la presencia de los judíos se hacía indeseable, se les desterraba, pero no se les mataba. La Iglesia atribuía un alma a cada ser

humano, y sólo se quitaba la vida a un hombre para salvar su alma. Sólo cuando la religión perdió su dominio del miedo sobre el hombre, la sociedad occidental pudo jugar con la idea de asesinar fríamente a millones de hombres, juzgando que no había lugar para ellos”. (M. I. Dimont *Les Juifs, Dieu et l'Histoire*, p. 286) De hecho, sin embargo, la moción votada en Roma implica que la mayoría de los Padres del Concilio estaban gravemente desinformados sobre la verdadera esencia del judaísmo. Parecería que sólo les preocupaba el aspecto humanitario del problema, hábilmente presentado por los portavoces del judaísmo mundial y por una prensa ampliamente favorable a los intereses judíos.

La verdad, se cree, es que una serie de organizaciones y personalidades judías apoyaron las reformas que se propusieron en el Concilio, con el fin de cambiar la actitud de la Iglesia y su venerable enseñanza sobre el judaísmo: Jules Isaac, Label Katz (Presidente de B'nai B'rith), Nahum Goldman (Presidente del Congreso Judío Mundial), etc.

Estas reformas son muy importantes, porque sugieren que durante dos mil años la Iglesia se ha equivocado y, por tanto, debe enmendar su posición y reconsiderar por completo su actitud hacia los judíos.

Entre los laicos católicos, los prelados progresistas llevaron a cabo una campaña similar. Apoyándose en el hecho histórico de que el cristianismo es descendiente directo del judaísmo, exigían tolerancia para los judíos, algo que estos últimos, como veremos más adelante, estaban lejos de exigir para los cristianos. De hecho,

para ambos bandos fue un arma utilizada para rechazar al catolicismo tradicional como principal enemigo.

Entre las personalidades judías mencionadas, hay una que desempeñó un papel fundamental: el escritor Jules Isaac, de Aix-en-Provence, fallecido recientemente. Fue durante muchos años Inspector General de la Enseñanza Pública en Francia y autor de manuales de historia. J. Isaac utilizó en su favor la opinión del Consejo, que había recibido un apoyo considerable entre los obispos progresistas. De hecho, se había convertido en el principal teórico y promotor de la campaña contra las enseñanzas tradicionales de la Iglesia.

He aquí su tesis:

Debemos acabar de una vez por todas con el antisemitismo, cuyo resultado lógico fue la eliminación de los judíos europeos en Auschwitz y otros campos de exterminio durante la Segunda Guerra Mundial. En su opinión, la forma más peligrosa de antisemitismo es el antisemitismo cristiano, que es fundamentalmente teológico. En efecto, la actitud cristiana hacia el judaísmo se ha basado siempre en la historia de la Pasión, tal como la describen los Evangelistas y la comentan los Padres de la Iglesia, como San Juan Crisóstomo, San Ambrosio, San Agustín, el Papa San Gregorio Magno, San Agobardo, Primado de las Galias, y muchos otros.

Fue este fundamento teológico del antisemitismo cristiano el que Jules Isaac trató de socavar, poniendo en duda el valor histórico de los relatos evangélicos

y desacreditando los argumentos esgrimidos por los Padres de la Iglesia para proteger a los cristianos de la influencia de los judíos, a quienes se acusaba de conspirar constantemente contra el orden cristiano.

Veamos en detalle, paso a paso, cómo Jules Isaac consiguió que sus opiniones fueran aceptadas en el Vaticano y en el seno del Concilio.

Tras la muerte de su esposa y de su hija, que habían sido deportadas, dedicó los últimos veinte años de su vida al estudio crítico de la relación entre el judaísmo y el cristianismo, y con este fin escribió dos importantes obras: *Jésus et Israël*, publicada por primera vez en 1946 y de nuevo en 1959; y *Genèse de l'Antisémitisme*, publicada en 1948 y reeditada en 1956. En estos dos libros, Jules Isaac critica ferozmente las enseñanzas cristianas, declarando que han sido el origen del antisemitismo, y predica, o para ser más exactos, exige la “purificación” y la “enmienda” de estas doctrinas bimilenarias. Examinaremos estas dos obras más adelante, pero por el momento sigamos recordando el papel desempeñado por Jules Isaac para llamar la atención del Concilio sobre la cuestión judía.

Inmediatamente después del final de la guerra, empezó a organizar encuentros a escala nacional e internacional, a los que asistían simpatizantes católicos afines a sus argumentos. En 1947, tras los diálogos judeo-católicos de este tipo, en los que participaron judíos como Edmond Fleg y Samy Lattès y, entre los católicos, Henri Marrou, el padre Daniélou y el abate Vieillard, del secretariado episco-

pal, publicó un memorándum de dieciocho puntos sobre “La rectificación de las enseñanzas católicas relativas a Israel”.

Ese mismo año, fue invitado a la Conferencia Internacional de Seelisberg, en Suiza, que reunió a setenta participantes de diecinueve países, entre ellos el Padre Calixte Lopinot, el Padre Demann, el Pastor Freudenberg y el Gran Rabino Kaplan. En su sesión plenaria, la conferencia adoptó los “Diez puntos de Seelisberg”, que sugerían medidas a adoptar por las Iglesias cristianas para “purificar” la enseñanza religiosa sobre los judíos.

Jules Isaac fundó la primera *Association d'amitié juéo-chrétienne*, con la ayuda del Gran Rabino de Francia y su adjunto Jacob Kaplan, y las personalidades judías Edmond Fleg y Léon Alghazi, sus amigos católicos Henri Marrou, Jacques Madaule y Jacques Nantet, y sus amigos protestantes Prof. Lovski y Jacques Martin. Los estatutos de la Asociación excluían cualquier intento de conversión recíproca entre sus miembros. Rápidamente se crearon asociaciones similares en Aix en Provence, Marsella, Montpellier, Nîmes, Lyon y, por último, Lille, donde Jules Isaac consiguió la ayuda de una monja de la congregación Dom Bosco y el apoyo del cardenal Liénart. Poco después fundó otra en el norte de África.

En 1949 estableció contacto con el clero de Roma y, a través de este intermediario, pudo obtener una audiencia privada con Pío XII, ante quien abogó en favor del judaísmo, pidiendo al Papa que examinara los

“Diez puntos de Seelisberg”.

En 1959, pronunció una conferencia en la Sorbona sobre la necesidad de revisar las enseñanzas cristianas sobre los judíos, que concluyó con un llamamiento al sentido de la justicia y al amor a la verdad del Papa Juan.

Poco después se entrevistó con varios prelados de la Curia romana, entre ellos los cardenales Tisserand, Jullien, Ottaviani y Bea, y el 13 de junio de 1960 obtuvo una audiencia con el Papa, en la que pidió que se condenara “la enseñanza del desprecio”, sugiriendo la creación de una subcomisión especial para estudiar la cuestión.

Algún tiempo después, Jules Isaac “supo con alegría que su sugerencia había sido tomada en consideración por el Papa y remitida al cardenal Bea para su estudio”.

El Consejo creó un grupo de trabajo para estudiar las relaciones entre la Iglesia e Israel, que finalmente desembocó en la votación del Consejo el 20 de noviembre de 1964.

2 – Jules Isaac y los Evangelistas

Examinemos ahora las objeciones formuladas por Jules Isaac contra los autores del Evangelio, en particular en lo que se refiere a su relato de la Pasión, y sus objeciones a los Padres de la Iglesia, a los que hace responsables de lo que llama “la enseñanza del desprecio”, que al parecer, habría impregnado toda la mentalidad cristiana.

Jules Isaac niega fríamente que el relato proporcionado por los Evangelistas tenga valor histórico alguno: “El historiador tiene el derecho y el deber, un derecho absoluto, de considerar los relatos evangélicos como testigos de cargo (contra los judíos), con el agravante de que son los únicos y de que los cuatro escriben desde el mismo punto de vista: no hay ningún testimonio judío o pagano para comparar o contraponer. Y en ninguna parte es más obvia y flagrante la parcialidad de los escritores evangelistas, y en ninguna parte es más deplorable la ausencia de documentación no cristiana, que en el relato de la Pasión... Pero es muy llamativo observar que estos cuatro escritores comparten la misma preocupación por reducir al mínimo la responsabilidad romana para aumentar proporcionalmente la de los judíos. [...] Pero, además, no muestran igual parcialidad: en este aspecto *Mateo* es,

con mucho, el peor, no sólo peor que *Marcos* o *Lucas*, sino quizá incluso peor que *Juan*. ¿Es tan sorprendente? Mateo era judío, fundamentalmente judío, el más judío de los evangelistas, y según una tradición aparentemente bien fundada escribió en Palestina y para los palestinos, con el fin de demostrar a partir del Antiguo Testamento que Jesús era realmente el Mesías profetizado por las Escrituras.... Pero, ¿se beneficia de ello la causa de la verdad histórica? Somos libres de dudarlo. No es sorprendente que, de los tres sinópticos, Mateo, el más parcial, sea el más tendencioso en su relato de la Pasión, siendo el más imparcial o el menos tendencioso Lucas, el único evangelista no judío, el único gentil de origen. (Jules Isaac: *Jésus et Israël*, pp. 428–29) “Pero no olvidemos una cosa [...] y es que los cuatro están de acuerdo en que allí, en presencia de Pilatos, en esa hora única de la historia que golpeó al género humano para siempre y que es más significativa para la humanidad que cualquier otro momento de toda la historia del mundo, todo el pueblo judío expresó y reivindicó explícitamente la responsabilidad por la sangre inocente, la responsabilidad total, la responsabilidad nacional. Queda por demostrar hasta qué punto los textos, y la realidad de la que dan cuenta, avalan la terrible gravedad de tal afirmación”. (Jules Isaac, *ibid.* p.478) “La acusación cristiana contra Israel —la de deicidio—, una acusación de asesinato que es en sí misma asesina, es la más grave y la más injuriosa posible; es también la más injusta.

“Jesús fue condenado a la agonía de la Cruz, una tortura romana, por Poncio Pilato, el procurador ro-

mano”. Pero los cuatro evangelistas, por una vez de acuerdo, afirman que Jesús fue entregado a los romanos por los judíos, y que fue bajo la presión irresistible de los judíos que Pilato, aunque hubiera querido declarar inocente a Jesús, lo hizo ejecutar. (Jules Isaac, *ibid.* p. 567) “A primera vista, uno queda impresionado por la superficial unanimidad de al menos los cuatro evangelistas con respecto al punto en cuestión, la responsabilidad judía. “Los cuatro evangelistas atestiguan ardientemente con una sola voz que los romanos dictaron una sentencia de muerte bajo la presión de los judíos. Pero como su testimonio es una acusación llena de prejuicios y pasiones, circunstancial y tardía, francamente hablando nos resulta imposible admitirla sin reservas.” (Jules, *ibid.* p.478) “*Mateo* es el único que señala (XXVII, 24–25) que el procurador romano se lavó ceremonialmente las manos según una costumbre judía, para limpiarse de responsabilidad por la sangre inocente que se vio obligado a derramar. También es el único que observa que todo el pueblo gritó ‘Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos’”. *Marcos*, *Lucas* y *Juan* no saben nada ni dicen nada ni de la famosa ablución ni de la exclamación aterradora”. (Jules Isaac, *ibid.*, p.481) “La sugestiva gradación observada en la primera parte del juicio se repite aquí de nuevo y es muy perceptible de *Marcos* a *Mateo*, según el cual (*Mateo*, XXVII, 24–25) Pilato decide eximirse de toda responsabilidad (lavándose las manos), responsabilidad que el pueblo judío, por el contrario, asumió casi con alegría. En el relato de *Lucas*, Pilato declara

inocente a Jesús tres veces, y quiere claramente liberarlo (XXII 14, 15, 16, 20, 22). *Juan* va más allá: no duda en prolongar las extraordinarias idas y venidas del Procurador entre el Pretorio y el mundo exterior: tras el interludio de la flagelación, viene la exposición lastimera: *He aquí al Hombre*; luego viene otro diálogo entre Pilato y “los judíos”; luego la agitación de Pilato cuando se entera de que Jesús ha afirmado ser el Hijo de Dios; luego Pilato y Jesús intercambian algunas palabras; otro esfuerzo de Pilato por liberar a Jesús; luego el chantaje de los judíos: “Si lo liberas, no eres amigo del César” (Juan XIX, 12); después de lo cual el vacilante Procurador abandona el juego “Entonces se lo entregó para que lo crucificaran” (*Juan* XIX, 16) “Es una verdadera competición para ver quién puede hacer más odiosos a los judíos” [...] “Que no se haya podido decir, no implica que no sea una probabilidad histórica. Pero ésta es una base peligrosa, como bien sé: la verdad a veces puede parecer improbable. Esto me inclina aún más a señalar que, en *Mateo* y *Juan*, la imagen de Poncio Pilato sobrepasa claramente los límites de la improbabilidad [...] Es difícil creer que el todopoderoso procurador, en su perplejidad, se viera reducido a consultar a los judíos sus súbditos, y a los sumos sacerdotes sus instrumentos, sobre lo que debía hacer con el prisionero Jesús.” (*Marcos* XV, 12; *Mateo* XXVII, 22) “Cuesta creer que el carnicero de judíos y samaritanos se sintiera repentinamente invadido por escrúpulos ante un judío galileo acusado de agitación mesiánica, y se rebajara a solicitar la piedad

de los judíos por él diciendo “¿Qué ha hecho?” (*Marcos* XV, 14; *Mateo* XXVII, 23) “Cuesta creer que un representante oficial del poder romano hubiera recurrido al ritual simbólico judío de lavarse las manos para eximirse de su responsabilidad, evidentemente a los ojos de Dios. (*Mateo* XXVII, 24) “Cuesta creer que el astuto político que era resolviera aquel día ponerse del lado del desafortunado profeta contra la oligarquía local, en la que los gobernantes romanos solían basar su gobierno y de la que él mismo dependía, puesto que Pilato mantenía Judea a través de Anás y Caifás. Cuesta creer que el representante de Roma, cuyo supremo deber y tarea era sostener la grandeza romana, fuera y viniera de su asiento, como juez a la calle, en honor de unos judíos devotos reunidos fuera. Cuesta creer que un enérgico gobernador, dispuesto a derramar sangre para impedir cualquier revuelta o amenaza de revuelta, resolviera sin embargo complacer a la multitud judía liberando a un “conocido” agitador, encarcelado bajo los cargos de sedición y asesinato (¿y por qué entonces la crucifixión de Jesús tuvo que seguir a la liberación de Barrabás?). Cuesta creer que el juez y legislador de la provincia, aparentemente ajeno a su función, dijera a los sumos sacerdotes sus interlocutores “Tomadle y crucificadle vosotros” (*Juan* XIX, 6). Es difícil creer que un pagano escéptico pudiera haberse sentido impresionado por la acusación hecha contra Jesús por los judíos según *Juan* XIX 7–8 de que se había hecho a sí mismo Hijo de Dios (siendo esto en el sentido cristiano tan incomprensible a primera vista para un

pagano como para un judío). Es difícil creer que un jurista romano de mente tan meticulosa hubiera violado aparentemente todas las reglas tradicionales de procedimiento durante el juicio de Jesús. Pero es aún más difícil de creer, mil veces más difícil todavía, que una muchedumbre de judíos, ‘todo el pueblo’ de judíos patriotas y devotos, se hubiera enfurecido de repente tanto contra Jesús como para sitiar a Pilato, el odiado romano, y exigir que el profeta, seguido con entusiasmo la víspera como un hombre del pueblo, de su pueblo, fuera crucificado a la manera romana por soldados romanos”. (Jules Isaac, *ibid.* pp. 483–4) “¿Y qué decir de la escena histórica que amplifica el contraste entre la acción de Pilato de lavarse las manos y los gritos de “todo el pueblo” de los judíos: ‘*Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos*’? Ya nos hemos referido a este pasaje, pero estamos muy lejos de la realidad si consideramos el mal que ha suscitado esta escena”. (Jules Isaac, *ibid.*, p. 489) “Sigo sosteniendo que el gesto de Pilato estaba en total contradicción con el curso de los juicios romanos; dicho esto, basta. Tenemos derecho a concluir que muy probablemente este gesto nunca tuvo lugar realmente. Toda la escena es de dudosa autenticidad, y la encontramos de hecho de una duración exagerada, llevada hasta el absurdo”. “La réplica judía “*Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos*” resulta ciertamente menos paradójica cuando se asocia a antiguas tradiciones y expresiones hebreas. Pero, como hemos dicho, es casi tan increíble por su naturaleza odiosa y por la rabia que expresa”.

(Jules Isaac, *ibid.*, pp. 491–92) “Ningún relato ha parecido nunca tan evidentemente tendencioso, ni el deseo de impresionar que culmina en los versículos 24 y 25, que convence a toda mente abierta”.

NO, PILATO NO PROTEGIO SU INOCENCIA.

No, la multitud judía no gritó “*Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos...*”. Pero, ¿para qué insistir más? El caso está ante los ojos de todos los hombres de buena fe. Y me atrevo a decir que también ante los ojos de Dios”. (Jules Isaac, *ibid.*, p. 493) “En consecuencia, la responsabilidad total del pueblo judío, de la nación judía y de Israel por la condena a muerte dictada contra Jesús es una cuestión de creencia legendaria que no se basa en un fundamento histórico sólido...”. (Jules Isaac, p. 514–15) “Para sostener la opinión contraria, habría que estar imbuido de un prejuicio obstinado y fanático o tener fe ciega en una tradición que, como sabemos, no es “normal” y, por tanto, no debería establecerse como regla de pensamiento ni siquiera para los hijos más dóciles de la Iglesia —una tradición, además, infinitamente dañina y asesina, y que, como he dicho y repetido, conduce a Auschwitz y a otros lugares similares. Seis millones de judíos fueron liquidados por el mero hecho de ser judíos, y ésta es la vergüenza no sólo del pueblo alemán, sino de toda la cristiandad, porque sin siglos de enseñanza, sermones y vituperios cristianos, el mensaje, la propaganda y el vituperio de Hitler no habrían sido posibles”. (Jules Isaac, *ibid.*, p 508)

En resumen, en su relato de la Pasión, ahora revisado y corregido por Jules Isaac, los escritores de los Evangelios aparecen como una tropa de mentirosos, entre los cuales Mateo es el más venenoso... “Se lleva la palma. Con mano segura, ha disparado el tiro venenoso que nunca podrá ser retirado”. (Jules Isaac, *ibid.* p. 483)

3 – Jules Isaac y los Padres de la Iglesia

Como acabamos de ver, los Evangelistas fueron así refutados, y Jules Isaac se dedicó entonces a atacar a los Padres de la Iglesia, que durante 1500 años habían codificado la doctrina cristiana sobre el judaísmo. “Es demasiado cierto que había una fuerte corriente de antisemitismo en el mundo pagano, mucho antes del antisemitismo cristiano. Es demasiado cierto que este antisemitismo produjo a veces conflictos sangrientos y pogromos”. Es demasiado cierto que su causa principal fue el exclusivismo y el separatismo de Israel, que era religioso en esencia, dictado por Yahvé y las Escrituras, y sin el cual el cristianismo obviamente no podría haber sido concebido, ya que fue debido a este separatismo judío que la fe en Yahvé y el conocimiento y el culto del Dios único fueron preservados intactos de toda contaminación y transmitidos de generación en generación hasta la venida de Cristo.

“Pero, ¿cómo se justifican estos hechos? Precisamente, puesto que se trataba de un antisemitismo pagano, que tenía su origen en un mandamiento divino, ¿qué base da al cristianismo para copiarlo? (que fue él mismo víctima de él durante un tiempo), y, peor

aún, para haberlo desarrollado hasta el paroxismo de la violencia, la malicia y el odio calumnioso y asesino?” (Jules Isaac, *Jésus et Israël*, p. 353) “Así comenzó a desarrollarse en la conciencia cristiana (si se me permite la expresión) el tema del crimen, la falsedad, la abominación y la maldición de Israel, un castigo que, como el crimen mismo, era colectivo, inapelable, incorporando para siempre al “Israel carnal”, al Israel caído, al Israel rechazado, el Israel–Judas, al Israel–Caín. Este tema se entrelazaba estrechamente, aunque sin confundirse, con otro que se convirtió en tesis doctrinal, el del Pueblo–Testigo, elegido por Dios, como decía el judío San Pablo, para su conversión total final, testigo desgraciado “por sus iniquidades y por nuestra fe”, como decía San Agustín 350 años más tarde, portador de una marca infligida por Dios a Caín, que era a la vez su protección y que hacía caer sobre él la execración del mundo cristiano”. (Jules Isaac, *ibid.* p.359) “Ninguna arma se ha revelado más eficaz contra el judaísmo y sus adeptos que *la enseñanza del desprecio*, forjada principalmente por los Padres de la Iglesia en el siglo IV, y en esto ninguna tesis ha sido más perjudicial que la del ‘pueblo deicida’. La mentalidad cristiana se ha impregnado de estas ideas hasta las raíces de su subconsciente. No reconocerlo es ignorar o disimular la fuente principal del antisemitismo cristiano y el resorte principal de la opinión popular. Pero no fue esta última la que lo produjo, pues “la enseñanza del desprecio” es una creación teológica....” (Jules Isaac: *Genèse de l’Antisémitisme*, p.327)

“Deicidio”. ¿Cuándo hizo su aparición este epíteto difamatorio, para convertirse más tarde, oh maravilloso descubrimiento, en uso asesino y marca indeleble, incitando a la furia y al crimen (homicidio, genocidio)? Es imposible precisar la fecha exacta. Pero podemos discernir en la confusa corriente de las polémicas judéo-cristianas la corriente principal de la que brotó (Jules Isaac: *Jésus et Israël*, p. 360) “En el siglo IV, se dio un nuevo paso. Habiéndose unido los destinos de la Iglesia y del Imperio, se dejó de lado toda circunspección y se pudo elevar el tono de la polémica antijudía, como de hecho se hizo. Se volvió abiertamente abusiva... [...] El antisemitismo cristiano que entonces comenzó a desarrollarse era esencialmente teológico, pero también podría llamarse “eclesiástico” o “clerical”. Su fundamento era la acusación de deicidio”. (Jules Isaac, *ibid.*, p.361) “¡Asesino de Jesús, el Cristo–Mesías, asesino del Hombre–Dios, deícida! Semejante acusación contra todo el pueblo judío [...] una acusación ligada al tema de la pena capital [...] de modo que, por un ingenioso mecanismo alternativo de sentencias doctrinales y explosiones populares, se atribuyó a Dios lo que, visto desde la esfera terrenal, es seguramente el producto de una vileza humana incurable. Esta perversidad, explotada de maneras variadas y hábiles de siglo en siglo, de generación en generación, iba a culminar en Auschwitz, en las cámaras de gas y los crematorios de la Alemania nazi”. (Jules Isaac, *ibid.*, pp. 351– 52) “Debemos reconocer el triste hecho de que casi todos los Padres de la Iglesia contribuyeron

con su piedra a esta obra de lapidación moral (pero que no estuvo exenta de repercusiones materiales): San Hilario de Poitiers, San Jerónimo, San Efrén, San Gregorio de Nisa, San Ambrosio y San Epifanio que nació judío, San Cirilo de Jerusalén y muchos otros. Pero entre esta ilustre cohorte, venerable en muchos otros aspectos, dos merecen mención especial: el gran orador griego San Juan Crisóstomo (San Juan de la Boca de Oro), distinguido por sus abundantes y truculentas invectivas e insultos extremos, y el gran doctor de la latinidad cristiana, San Agustín, por la maravillosa (y peligrosa) habilidad que demostró para elaborar una doctrina coherente”. (Jules Isaac, *Genèse de l'Antisémitisme*, p.161)

Pasemos ahora de este examen general de los Padres de la Iglesia al examen de casos particulares, y citemos los fragmentos que el estudio de Jules Isaac dedica a los grandes Doctores de la Iglesia.

En 386, San Juan Crisóstomo comenzó a predicar en Antioquía, donde había una gran comunidad judía. Comenzó con ocho homilías contra los judíos, cuyo tono “es a menudo de una violencia sin igual [...] Todos los agravios e insultos se encuentran en San Juan Crisóstomo. Muestra mejor que nadie, y a menudo con una violencia sin igual que llega incluso a la grosería, la fusión de elementos de recriminación tomados al antisemitismo popular y las que tienen una base específicamente teológica, con el uso de textos bíblicos, que son el sello distintivo del antisemita cristiano”. (Jules Isaac, *ibid.*, p.256) “Digámoslo claramente: cualquiera

que sea la intención, esta extraordinaria pieza de ultraje y calumnia es repugnante viniendo de un orador sagrado. [...] Semillas de desprecio y odio como éstas producen inevitablemente su cosecha. Se recoge lo que se siembra. Asomándose a través de los tiempos, detrás de los santos oradores del siglo IV arrastrando devotamente a sus oponentes por el fango, veo la innumerable legión de teólogos, predicadores cristianos, maestros y escritores deseosos de desarrollar los mordaces temas del judío carnal, el judío lascivo, el judío codicioso, el judío poseído por el demonio, el judío maldito, el judío asesino de los profetas y de Cristo, el judío culpable de deicidio... todos asumiendo de buena fe propagar estas ideas falsas, perniciosas y fatales; todos igualmente dispuestos a admitir con Crisóstomo, como lógicamente se deduce, que si el odiado judío recibía el exilio, la dispersión, la servidumbre, la miseria y la vergüenza, era sólo justicia (la justicia de Dios): tenía que pagar por su crimen. “No son más que figuras retóricas”, se dirá hoy, 1600 años más tarde, para tranquilizar la conciencia; es muy posible, pero “aún hay que comprender” qué figuras retóricas expresadas por una boca de oro, fueron retomadas a coro a lo largo de los siglos por miríadas de discípulos; estas figuras retóricas cobraron vida virulentamente; se arraigaron en millones de almas. ¿Quién se atrevería a creer que el alma cristiana está hoy libre de ellas? ¿Quién puede decir si alguna vez estará libre de ellas? Mirad a los horribles satíricos y a los nazis de Streicher, que sucedieron a los predicadores cristianos. (Jules Isaac, *ibid.*, pp. 162, 164 –66)

Menos violento que el orador griego, según Jules Isaac, san Agustín “...es igualmente hostil al judaísmo y a los judíos, e igualmente resuelto a combatir su persistente influencia, a fin de proteger a los fieles y proporcionarles una reserva de argumentos válidos para utilizar en las controversias con esos obstinados réprobos. “Utiliza el mismo método, y su interpretación de las Escrituras sigue un punto de vista similar: mucho antes de la venida del Salvador, el judaísmo se corrompió progresivamente, se marchitó y se desecó; después de la revelación de Cristo, cayó completamente bajo la inspiración de Satanás; los que antes eran los hijos favorecidos de Dios se convirtieron en los hijos del diablo” (Jules Isaac, *ibid.*, p. 166) “En toda esta vehemente enseñanza que ha sobrevivido a través de los siglos y que aún hoy se atreve a levantar la voz, no hay más respeto por la verdad bíblica que por la verdad histórica [...] La deplorable crucifixión con la diáspora son ambas utilizadas audazmente como armas cruelmente afiladas, para golpear mejor de muerte al viejo Israel...”. (Jules Isaac, *ibid.*, p.167). “Pero lo más importante de todo, es la contribución doctrinal específica de San Agustín: la elaboración en su mente aguda de una tesis oportunamente ingeniosa, prometida al mayor éxito (teológico), la doctrina del Testigo-Pueblo... [...] Si los judíos que se negaron a creer en Cristo siguen sin embargo existiendo, es porque deben hacerlo, porque Dios en su sabiduría sobrenatural así lo ha ordenado; siguen existiendo para dar testimonio de la fe cristiana, lo que hacen tanto a través de sus

libros sagrados como a través de su dispersión.” (Jules Isaac, *ibid.*, p. 168) “Oh, maravilloso descubrimiento de una mente sutil e inventiva: la asombrosa supervivencia del pueblo judío sólo puede asignarse a un objeto y una razón, dar testimonio de la antigüedad de la tradición bíblica y de la autenticidad de los textos sagrados sobre los que se funda la fe cristiana: los judíos, ciegos y carnales, no comprenden el verdadero sentido de sus Sagradas Escrituras, pero las conservan celosa y reverentemente para que las use la Iglesia, es decir, no son más que esclavos portadores de libros que caminan detrás de su amo”. Del mismo modo, la diáspora del pueblo judío, sin perder su significado de castigo infligido por Dios en retribución por la cruz de Cristo, testimonia por sí misma y corresponde a los designios de la Providencia, pues prueba en todas partes que los judíos siguen existiendo “para la salvación de las naciones, y no para la salvación de los suyos”, y sirve así para difundir la fe cristiana que los judíos se obstinan en negar.

“Este es el esquema general de la tesis de San Agustín”. (Jules Isaac, *ibid.* pp. 168169) “Hay un corolario a estas proposiciones agustinianas, formidable por sus implicaciones prácticas. El testimonio que los judíos dan (a favor de la fe cristiana) por su supervivencia y por su dispersión, deben darlo también por su ruina. La eficacia de su testimonio se medirá por la dureza del destino que les está reservado....

“La enseñanza del desprecio —añade Jules Isaac,— conduce al sistema de envilecimiento que es su prue-

ba necesaria [...] De aquí en adelante percibimos la diferencia radical que separa el sistema cristiano de envilecimiento de su ciego e ignorante imitador nazi moderno, como los que ignoran sus miles de vínculos profundos: el segundo no era más que una etapa, una breve etapa, que precedía al exterminio masivo; el primero, por el contrario, implicaba la supervivencia, pero una supervivencia vergonzosa en el desprecio y la desgracia, creada así para prolongarse, y herir y torturar lentamente a millones de víctimas inocentes....” (Jules Isaac, *ibid.* pp. 166–68, 171–72)

Al leer palabras tan audazmente difamatorias contra las enseñanzas de la Iglesia, uno estaría tentado de decir que tales exageraciones carecen de valor. Responderemos a esto unas páginas más adelante. Mientras tanto, añade Jules Isaac:

“Veamos en primer lugar la enseñanza doctrinal de la Iglesia en la Alta Edad Media. En ninguna parte se expresa esto más perfectamente que en la obra maestra de San Gregorio Magno, que se sitúa a medio camino entre San Agustín y San Agobardo a finales del siglo VI. [...] Después de los Padres de la Iglesia, ninguna otra obra destaca con más atención en el cristianismo, especialmente en el catolicismo occidental. Ningún otro ejemplo podría ser más decisivo, sobre todo porque este gran Papa, lejos de ser un fanático, es conocido por sus notables cualidades de generosidad, elevación moral, equidad y humanidad [...] Gregorio Magno nunca sistematizó su posición doctrinal sobre el judaísmo... pero un teólogo católico, V. Tollier, que

hizo un estudio especial y concienzudo de su obra, pudo sacar esta conclusión, que una referencia directa a los textos hace aceptable: “Veía la historia de este pueblo como un enorme error, preparado hace mucho tiempo, cometido a sangre fría, rigurosamente castigado y que un día sería borrado por el perdón divino”. Por haber tratado a Dios “con la más negra ingratitud”, el pueblo elegido se convirtió en maldito...; sólo resucitará de su sueño fatal en los últimos días del mundo [...] Gregorio Magno no pudo más que seguir la tradición existente, firmemente establecida por los Padres del siglo IV. Pero es mérito suyo que nunca perdiera de vista los orígenes judíos de la Iglesia primitiva, ni la visión paulina de la reconciliación final aplazada por él (pero no por San Pablo) a los últimos días del mundo; que no tomara parte en la injusta y mortal acusación de “deicidio”; que aunque subrayara la culpabilidad de la mayoría de los judíos por la Pasión, nunca olvidara por completo el papel desempeñado en ella por el procurador Pilato y los romanos; que, en efecto, fue él quien formuló la idea eminentemente cristiana que posteriormente dominaría las mentes y los corazones de todos los creyentes en Cristo y que fue enseñada por el Concilio de Trento de la responsabilidad universal de la Humanidad pecadora, y que, finalmente, la controversia antijudía en sus escritos nunca degeneró en los arrebatos escandalosos y vulgares de un San Juan Crisóstomo. [...] Tanto más sorprende entonces la severidad estricta con la que este gran Papa, noble personalidad, habla del

judaísmo y del pueblo judío, y repite temas esencialmente tradicionales sin comprobar sus fundamentos... [...] Embriagados de orgullo (escribe el gran Papa), los judíos pusieron toda su energía en cerrar sus mentes a los representantes de Dios... Perdieron la humildad, y con ella la comprensión de la verdad”. “Al igual que el Cuarto Evangelista, Gregorio abusa constantemente del término judíos para llamar la atención sobre la camarilla de los enemigos de Cristo, lo que equivale a condenar a todo el pueblo judío al desprecio y al odio de los fieles: ‘Los judíos entregaron a Cristo y lo acusaron...’” (Jules Isaac, pp. 28–29 y pp. 289–90) [...] Los ejemplos más bellos no lograron inducir a esta nación vulgar a servir a Dios con amor... La fe de Israel consistía únicamente en obedecer los preceptos divinos al pie de la letra... y en lugar de ser un medio de santificación, se convirtieron en una fuente de orgullo... Israel tenía las alas de la Ley para elevarse hacia Dios, pero su corazón, atrapado en las profundidades de la tierra, lo retenía... El pueblo infiel sólo comprendió la encarnación de Dios en la carne y no lo aceptó como algo más que humano... la esposa, abandonada a su juicio carnal, no supo reconocer el misterio de la Encarnación”. (San Gregorio Magno, citado por Jules Isaac, *ibid*, p 289–90)

Jules Isaac continúa: “Este tema del “pueblo carnal” es infinitamente peligroso, pues conduce inevitablemente al pueblo de la “Bestia”, del “Anticristo” y del “diablo”, “movido por un odio diabólico contra Dios y los suyos”. (*ibid*. p. 290) “Porque los corazones

de los judíos estaban sin fe, dice San Gregorio, sometidos al diablo... la Sinagoga no sólo se rebeló contra la fe, sino que la combatió con la espada y levantó contra ella los horrores de una persecución despiadada...”. ¿No es cierto, entonces, decir que la Bestia tiene su guarida en los corazones de los judíos perseguidores?... Cuanto más se derramaba el Espíritu Santo sobre el mundo, tanto más un odio perverso encadenaba las almas de los judíos; su ceguera los hacía crueles, y su crueldad los llevaba a una persecución implacable”. (San Gregorio Magno, citado por Jules Isaac, p 290) “Tal es la enseñanza del gran Papa en su opinión conciliadora y de carácter puramente doctrinal, conforme a su deber para con la humanidad, la caridad cristiana y el respeto a la ley. Esta es su opinión, pero no necesariamente la de los demás. Porque debía dejar en los corazones y en las mentes mediocres, en todas partes y siempre mayoritarias, la huella del estigma así marcado en la frente del pueblo judío, de sus crímenes, de su maldición, de su perversidad satánica. Nada más se necesita hoy, como en todas las épocas, para desencadenar el salvajismo de “la Bestia”. (Jules Isaac, p. 291)

Jules Isaac se refiere después a San Agobardo. El primer punto que hay que señalar sobre San Agobardo es que su antijudaísmo es esencialmente eclesiástico y teológico, como el de los Padres de la Iglesia; no procede de lo que el Sr. Simon llama las venas del antisemitismo popular... (Jules Isaac *ibid.*, p. 274) “En conflicto con los judíos, San Agobardo apeló directamente al Emperador en dos cartas: *De insolentia*

judeorum (Sobre la insolencia de los judíos) y *De judicis superstitionibus* (Sobre las supersticiones de los judíos). [...] En la primera, Agobardo presenta una justificación de su actitud y de las medidas antijudías que había tomado. Le resultaba fácil demostrar que al denunciar la *perfidia judeorum* no hacía sino obedecer los preceptos enseñados por los Padres y las normas establecidas por la Iglesia. Estas reglas y preceptos, afirmaba el emperador, estaban en consonancia con la razón y la caridad: “Puesto que los judíos viven entre nosotros, y puesto que no debemos tratarlos con malicia ni perjudicar su vida, su salud o sus riquezas, observemos, pues, la moderación prescrita por la Iglesia, que consiste en comportarnos con prudencia y caridad hacia ellos...” (Julio Isaac *ibid.*, p. 5). (Julius Isaac *ibid.*, p 278) “Toda su obra, que se basa en los Padres de la Iglesia, principalmente en San Ambrosio, en las decisiones de los Concilios y en las Escrituras, tiende a mostrar que los judíos deben mantenerse estrictamente apartados, como un pueblo cuya sociedad es la peor contaminación que puede sufrir un cristiano. Anticristos, hijos del diablo, “los impíos judíos, enemigos del Hijo de Dios, se han separado de la verdadera Casa de David, la Iglesia; todas las amenazas y maldiciones divinas se han cumplido sobre la Sinagoga de Satanás [...] No hay nada nuevo en todo esto, Agobardo no hace más que repetir las fórmulas habituales, o rituales como podrían llamarse, de la enseñanza del desprecio: el destierro de los judíos de la sociedad cristiana es una de las obras maestras del envilecimiento [...] A

la superstición, los judíos añaden, dice San Agobardo, la blasfemia y la calumnia, y da ejemplos de relatos extravagantes de la vida de Jesús difundidos entre los judíos. Sabemos que una detestable tradición judía en esta línea apareció en el siglo II, y que más tarde fue escrita en los libros del *Sepher Toledot Jeschu*, con los que la versión citada por Agobardo está relacionada, si no es absolutamente idéntica. Estos libelos despectivos son tan incalificables como los muchos insultos lanzados por ciertos oradores cristianos contra la Sinagoga y la fe judía. El propio Agobardo no lo niega. (Jules Isaac, *ibid.* p. 280)

Jules Isaac concluye con estas palabras: “La actitud de Agobard no puede justificarse señalando las malas acciones que los judíos o ciertos judíos hayan podido cometer, ni está en consonancia con la ‘razón’ o la ‘sabiduría’ o la caridad cristiana tratarlos como parias, denunciarlos públicamente como enemigos de Dios, llamar a sus santuarios sinagogas de Satanás, y a ellos mismos un pueblo maldito, con el que debe evitarse todo contacto como con la peor contaminación. “Porque, no dejaré de repetirlo, semejante enseñanza, gritada a los cuatro vientos a rebaños de fieles ignorantes y crédulos, conduce no sólo a violentas injusticias, sino a consecuencias mucho más odiosas, a actos criminales de homicidio y genocidio, a asesinatos en masa y a monstruosos *pogromos*. Es demasiado fácil creer o hacer creer que los arrebatos verbales más violentos son inofensivos, como si no existiera el riesgo de que esas palabras violentas desemboquen en actos

violentos. ¿Qué es más culpable, las heridas de lengua o los golpes? A pesar de sus apologistas, ‘San Agobardo’ debe cargar con su parte de responsabilidad”. (Jules Isaac, *ibid.* pp. 284–5)

En otras palabras, según Jules Isaac, *los Evangelistas eran mentirosos, San Juan Crisóstomo un teólogo delirante y un burdo panfletista*, San Agustín utilizó su mente aguda y sutil para falsificar los hechos, *San Gregorio Magno inventó “el formidable tema del ‘pueblo carnal’ que desató el salvajismo de la Bestia contra los judíos a lo largo de la historia”*, y San Agobardo, el famoso primado de los galos, *“gritó desde los tejados a rebaños de fieles una enseñanza que condujo a las consecuencias más odiosas, el crimen de genocidio, asesinatos en masa y pogromos monstruosos”*.

Todos ellos eran perseguidores llenos de odio anti-judío, “verdaderos precursores de Streicher y demás”, moralmente responsables de “Auschwitz” y de “seis millones de víctimas judías”.

Así, Jules Isaac denuncia esto, afirma aquello y condena a estos grandes Doctores de la Fe, sin intentar analizar ninguna de las razones que llevaron a todos y cada uno de ellos, con su propio carácter y sus diferentes orígenes judíos, griegos y latinos, y todos elevados por la Iglesia al Altar, a hacer tan pesadas y enérgicas acusaciones contra los judíos.

Por ello pidió, o más bien insistió, en que el Concilio:

- Condene y elimine toda discriminación racial, religiosa o nacional contra los judíos;

- Modifique o suprima las oraciones litúrgicas para los judíos, en particular el Viernes Santo;
- Declare que los judíos no son en absoluto responsables de la muerte de Cristo, de la que *es culpable toda la humanidad*;
- Suprima los pasajes de los Evangelistas que relatan la parte crucial de la Pasión, en particular el de San Mateo, a quien Jules Isaac se refiere fríamente como un mentiroso que distorsionó la verdad;
- Declare que la Iglesia siempre ha tenido la culpa de permanecer en un estado de guerra latente que persiste desde hace dos mil años entre judíos, cristianos y el resto del mundo;
- Prometa que la Iglesia modificará definitivamente su actitud en un espíritu de humildad, contrición y perdón hacia los judíos, y hará todo lo posible para reparar el daño que les ha hecho, rectificando y purificando su enseñanza tradicional, como estableció Jules Isaac.

A pesar de la insolencia de este ultimátum, de la virulenta denuncia de los evangelistas y de la enseñanza de los Padres de la Iglesia basada en las propias palabras de Cristo, Jules Isaac recibió un poderoso apoyo de sacerdotes de la propia Roma y de muchos miembros de la “Amitié judéo-chrétienne”.

El 23 de enero de 1965, el diario *Terre de Provence*, editado en Aix, informaba de que Mons. de Provençères, obispo de Aix, había pronunciado un discurso

ante el grupo Amitié Judéo—Chrétienne con motivo de la inauguración de una avenida Jules Isaac que había tenido lugar esa misma mañana: “Una gran multitud se había reunido en el anfiteatro Zironski para escuchar el discurso que Mons. de Provenchères iba a pronunciar sobre el tema del decreto conciliar relativo a las relaciones entre católicos y no católicos [...] El decano, el padre Palanque, comenzó recordando la conmovedora ceremonia que ha tenido lugar esta mañana en presencia del alcalde, del Sr. Mouret, del Sr. Schourski y del Sr. Lunel, presidente de los “Amigos de Jules Isaac”. El nombre de este último volverá a estar en boca de todos en relación con la Tercera Sesión del Vaticano II. Monseñor de Provenchères ofreció a los asistentes la oportunidad de conocer de primera mano el tema gracias a su participación en el Concilio.

“Monseñor de Provenchères nos dijo lo feliz que se sentía al describir esta experiencia, sobre todo porque el trabajo del Consejo le parecía muy positivo. [...] Hablando de Jules Isaac, nos dijo que, desde su primer encuentro en 1945, había sentido por él un profundo respeto, que rápidamente se transformó en afecto. El Esbozo del Consejo apareció como una solemne ratificación de los puntos que habían discutido juntos. Tenía su origen en una petición que Jules Isaac había hecho al Vaticano y que había sido estudiada por más de dos mil obispos. La iniciativa que dio lugar a este acontecimiento partió, pues, de un laico y un judío. Mons. de Provenchères observó que los grandes acontecimientos de la historia comienzan a menudo

de este modo, para santificarse más tarde; el encuentro entre Juan XXIII y Jules Isaac había sido un gesto hacia la Amitié judéo—chrétienne. [...] A continuación, monseñor de Provenchères relató detalladamente el papel desempeñado por Jules Isaac en Roma durante la preparación del Concilio, y el decano, el padre Palanque, dio las gracias a monseñor de Provenchères y destacó el trabajo realizado por el obispo para garantizar el éxito de la adopción del esquema.

Ya que estamos hablando de la amistad judeo—cristiana, es instructivo observar la altiva y despectiva ironía con que Joshua Jehouda, uno de los líderes espirituales del judaísmo contemporáneo, habla de ella: “*El término común ‘judeo—cristiano’ es un error que ha alterado el curso de la historia universal al sembrar la confusión en las mentes de los hombres, cuando pretende implicar el origen judío del cristianismo; porque al abolir las distinciones fundamentales entre el mesianismo judío y el cristiano, este término pretende unir dos ideas que están en oposición radical.* Al poner el énfasis exclusivamente en *la idea cristiana* en detrimento de la idea judía, evacua el mesianismo monoteísta, disciplina importante para todos los niveles del pensamiento, y lo reduce a un mesianismo puramente confesional, preocupado como el mesianismo cristiano únicamente por la salvación del alma individual. “Si el término judeo—cristiano designa un origen común, se trata sin duda de una idea muy peligrosa. Se basa en una *contradictio in adjecto*, que ha conducido el camino de la historia por la senda equivocada. Enlaza en un solo aliento dos ideas

que son completamente irreconciliables; pretende demostrar que no hay diferencia entre el día y la noche, el frío y el calor o el blanco y el negro, e introduce así un elemento fatal de confusión, sobre cuya base algunos intentan, sin embargo, construir una civilización. El cristianismo ofrece al mundo un mesianismo limitado, que quiere imponer como el único válido... Incluso Spinoza, que estaba más alejado que nadie del mesianismo histórico de Israel, escribió: “En cuanto a lo que afirman algunas iglesias, que Dios asumió la naturaleza humana, debo decir que me parece tan absurdo como decir que un círculo asumió la naturaleza de un cuadrado...” [...] El exclusivismo dogmático profesado por el cristianismo debe llegar finalmente a su fin... La obstinación del cristianismo en pretender ser el único heredero de Israel, propaga el antisemitismo. Este escándalo debe terminar tarde o temprano; cuanto antes termine, antes se librará el mundo de la telaraña de mentiras tras las que se oculta el propio antisemitismo”. (Joshua Jehouda: *l'Antisémitisme miroir du monde*, pp. 135–36)

La actitud de este autor parece clara por lo dicho anteriormente, pero ilustrémosla aún más: “La fe cristiana deriva de un mito vinculado a la historia judía, pero que no cuenta con la tradición precisa que se transmitió en la Ley, tanto escrita como verbal, como en el caso de Israel”. (Joshua Jehouda, *ibid.*, p.132) “Sin embargo, el cristianismo pretende traer al mundo el ‘verdadero’ mesianismo. Pretende convencer a todos los paganos, incluidos los judíos.

Pero mientras el mesianismo monoteísta de Israel persista y esté presente, incluso sin manifestarse abiertamente... el mesianismo cristiano aparece como lo que realmente es: una imitación que se derrumba a la luz del auténtico mesianismo.” (Joshua Jehouda, *ibid.*, p.155)

Es el sincero deseo del autor que los cristianos que entren en los círculos de la Amitié judéo-chrétienne estén profundamente versados, no sólo en los misterios de su propia creencia, sino también en los del pueblo judío, para que comprendan su fundamental *contradictio in adjecto*¹ y “no intenten así unir dos ideas que están en radical oposición”.

Sin embargo, cuando Jules Isaac y sus colaboradores llegaron a Roma, evitaron cuidadosamente mencionar estos pasajes en sus libros; hablaron de la caridad cristiana, la unidad ecuménica, las filiaciones bíblicas comunes, la amistad judeocristiana, la lucha contra el racismo, el martirio del pueblo judío, y sus esfuerzos se vieron coronados por el éxito, ya que 1.651 obispos, cardenales, arzobispos y padres conciliares votaron a favor de reformar las enseñanzas católicas de acuerdo con los deseos de Jules Isaac, B’nai B’rith y el Congreso Judío Mundial.

1 “*Contradictio in adjecto*” locución latina traducida literalmente como “contradicción en el adjetivo”. Alude a aquellos casos en los que en una frase se verifica una contradicción entre el sustantivo y el adjetivo que lo complementa. Es técnicamente un tipo específico de oxímoron. [NdT]

Naturalmente, cuando llegaron a Roma para preparar la votación del Concilio, Jules Isaac y los líderes de las organizaciones judías no dijeron al Papa y a los obispos: “*Vuestros Evangelistas son una panda de mentirosos*”, “*Vuestros Padres de la Iglesia son pervertidos y torturadores, que han difundido el odio al judío por todo el mundo y desatado el salvajismo de la Bestia*”, “*Son los precursores de Hitler y Streicher, y son los verdaderos responsables de Auschwitz y de los seis millones de muertos judíos, víctimas de los alemanes*”.

Estas acusaciones pueden leerse íntegramente y sin abreviar en los libros de Jules Isaac disponibles en cualquier librería, pero al parecer los Padres del Concilio no los han leído, como tampoco han leído las obras de Jehouda, Rabi, Benamozegh, Memmi y otros.

No, Jules Isaac y los dirigentes de las organizaciones judías no dijeron con Joshua Jehouda, uno de los maestros del pensamiento judío contemporáneo: “Vuestro monoteísmo es un falso monoteísmo; es una imitación bastarda y una versión falsificada del único monoteísmo verdadero, que es el monoteísmo hebreo, y si el cristianismo no vuelve a sus fuentes judías, acabará condenándose”. (Joshua Jehouda, *ibíd.*, pp. 155, 260, 349)

No dijeron con Benamozegh, una de las glorias del pensamiento judío contemporáneo: “La religión cristiana es una religión falsa que pretende ser divina. Su única esperanza de la salvación, como para el resto del mundo, es volver a Israel”. (Elie Benamozegh: *Israel y la Humanidad*).

No dijeron con Memmi: “Vuestra religión es una blasfemia y una subversión a los ojos de los judíos. Para nosotros, vuestro Dios es el Diablo, el símbolo y la esencia del mal en la tierra”. (Albert Memmi: *Retrato de un judío*, pp. 188–89)

No dijeron con Rabi: “La conversión de un judío al cristianismo es traición e idolatría, pues implica la blasfemia suprema, la creencia en la divinidad de un hombre”. (Rabi: *Anatomía del judaísmo francés*, p. 188)

Se cuidaron mucho de no despertar temores en Roma al revelar sus pensamientos, y lograron ganar para su causa a varios prelados. Todo esto es, sin duda, una historia extraña. Puede ser cierto que haya algunos obispos progresistas que, por hostilidad al catolicismo tradicional, estén dispuestos a utilizar cualquier arma contra él. Pero es razonable suponer que son sólo una minoría.

¿Cómo explicar, entonces, su éxito?

Este éxito se debe a dos razones:

En primer lugar, la gran mayoría de los Padres del Consejo desconocían el papel desempeñado por las organizaciones judías y por Jules Isaac en la preparación del voto; no habían leído sus libros.

Y, en segundo lugar, los Padres del Concilio estaban generalmente mal informados sobre la cuestión judía y, por tanto, aceptaban fácilmente los argumentos judaicos, hábilmente presentados por formidables polemistas como Jules Isaac.

Sea como fuere, la maniobra se llevó a cabo con la mayor habilidad y fue todo un éxito. El resultado de las votaciones dio fe de ello: Mil seiscientos cincuenta y un Padres conciliares consideraron preferible la versión de la Pasión de Jules Isaac a la de San Mateo.

Mil seiscientos cincuenta y un obispos, arzobispos y cardenales han admitido que las enseñanzas de San Juan Crisóstomo, San Agustín, San Gregorio Magno, San Ambrosio y San Agobardo deben ser rectificadas y purificadas de acuerdo con los mandatos de Jules Isaac, cuyo “*Jesús e Israel*” fue descrito recientemente por el escritor judío Rabi como: “el arma de guerra más específica contra una doctrina cristiana particularmente dañina”, que es precisamente la de los Padres de la Iglesia. (Rabi: *Anatomie du Judaïsme français*, p.183).

El cambio introducido en la liturgia del Viernes Santo, con la supresión de la oración de los Improperios entre otras, por los 1.651 Obispos, equivale a admitir que Jules Isaac tenía razón cuando describía la oración de los Improperios en estos términos: “Es difícil decir qué es más sorprendente, su belleza o su iniquidad”. (Jules Isaac, *Genèse de l'Antisémitisme*, p. 309) Al parecer, los obispos consideraron que la iniquidad de esta oración pesaba más que su belleza.

En resumen, la votación del 20 de noviembre de 1964, aparentemente llevada a cabo con un espíritu de caridad cristiana y un deseo de reconciliación entre las Iglesias y de unidad ecuménica, representó de hecho un alejamiento del cristianismo tradicional.

Tras esta presentación de la compleja cuestión de la amistad judeo—cristiana, obra maestra de Jules Isaac, calurosamente apoyada por los cardenales Feltin, Gerlier y Liénart, volvamos al meollo de la cuestión, al papel desempeñado por Jules Isaac y las organizaciones judías en la votación del Consejo.

Si hemos reproducido los largos extractos de Jules Isaac, es porque fue el teórico y portavoz en esta campaña contra las enseñanzas cristianas, pero no está solo en su campo. Poderosas organizaciones como la B'nai B'rith y el Congreso Judío Mundial también han prestado su apoyo.

El 19 de noviembre de 1963, el diario *Le Monde* publicó lo siguiente:

“La organización judía internacional B'nai B'rith ha expresado su deseo de establecer relaciones más estrechas con la Iglesia católica y acaba de presentar al Consejo un proyecto de declaración afirmando la responsabilidad de toda la humanidad por la muerte de Cristo”. Según el Sr. Label Katz, Presidente del Consejo Internacional de B'nai B'rith, “si esta declaración es aceptada por el Concilio, las Comunidades judías examinarán los medios de cooperar con la Iglesia (católica) para asegurar la realización de sus objetivos y proyectos. Esta declaración ha sido aprobada por el Comité Ejecutivo del Consejo Internacional, órgano de coordinación de la organización B'nai B'rith, que cuenta con 475.000 miembros en

cuarenta y dos países [...] El Sr. Paul Jacob de Mulhouse, Presidente de B'nai B'rith para Europa, dijo que la aprobación de la declaración asestaría un golpe a las raíces del antisemitismo en muchos países europeos [...] El rabino Maurice Eisendrath, presidente de la Unión de Congregaciones Judías de América, hizo un llamamiento el sábado a los 4.000 delegados de la cuadragésimo séptima Asamblea General del Judaísmo Reformista para que revisaran su juicio sobre el cristianismo y sus erróneas opiniones sobre Cristo”.

Figuras destacadas del pensamiento judío contemporáneo, como Joshua Jehouda en su libro *L'antisémitisme miroir du monde*, ya habían expuesto argumentos similares sobre la necesidad de reformar y purificar la enseñanza del cristianismo: “El cristianismo se niega obstinadamente a reconocer a Israel como su igual espiritual.... Esta creencia de que el cristianismo es la culminación del judaísmo, y que éste ha sido completado por el cristianismo, vicia precisamente las raíces del monoteísmo universal, debilita los cimientos del propio cristianismo y lo expone a una serie de crisis. Si el cristianismo ha de superar su crisis actual, debe elevarse él mismo al monoteísmo auténtico. Se acerca el momento en que será necesario purificar la conciencia cristiana con la doctrina del monoteísmo universal”. (Joshua Jehouda, *ibid.* pp. 10–11) “Es innegable que el antisemitismo es la enfermedad crónica del cristianismo. Debe estudiarse en función de la crisis de la

civilización cristiana, y no en función de las cualidades o defectos de los judíos, que nada tienen que ver con ella”. (Joshua Jehouda, *ibid.* p 14) “En lo que se refiere al antisemitismo, la actitud de los cristianos es decisiva, más que cualquier otra cosa. Los judíos son sólo las víctimas inocentes”. (Joshua Jehouda, *ibid.* p.13) “A lo largo de los siglos, el cristianismo ha contraído una deuda de honor con Israel. Que esta deuda de honor deba ahora pagarse es la cuestión implícitamente examinada en este libro. Que la respuesta sea afirmativa o negativa depende de la evolución espiritual del cristianismo o, dicho más claramente, de la *paź entre los pueblos*. (Joshua Jehouda, *ibid.* p.15)

Joshua Jehouda, Jules Isaac, la B’nai Brith, el Congreso Judío Mundial: es evidente que el judaísmo mundial llevaba años preparando una campaña concertada, que culminó con la reciente votación del Concilio. En realidad, tras el disfraz de la unidad ecuménica, la reconciliación religiosa y otros pretextos plausibles, su objeto es la demolición del bastión del catolicismo tradicional, que Joshua Jehouda describe como “*la decrepita fortaleza del oscurantismo cristiano*”.

Según Jehouda, ha habido anteriormente tres intentos de “*rectificar el cristianismo*”, tres intentos de “*purgar la conciencia cristiana de los miasmas del odio*”, tres intentos de “*enmendar los efectos asfixiantes y paralizantes de la teología cristiana*”, y “*se han abierto tres brechas en la decrepita fortaleza del oscurantismo cristiano*”, es decir, se han alcanzado sucesivamente tres etapas importantes en la operación de demolición del cristianismo tradicional;

éstas son: el Renacimiento, la Reforma y la Revolución de 1789.

Aunque no lo dice en estos términos, es obvio, como varias citas mostrarán muy claramente que lo que Jehuda considera admirable en estos tres grandes movimientos es *la obra de descristianización* a la que cada uno de ellos contribuyó poderosamente, cada uno a su manera. “El Renacimiento, la Reforma y la Revolución representan tres intentos de rectificar la mentalidad cristiana poniéndola en consonancia con el desarrollo gradual de la razón y la ciencia... y a medida que se relaja el cristianismo dogmático, los judíos se liberan gradualmente de las restricciones”.

Hablando del Renacimiento, nos advierte que: “Podemos decir que, si el Renacimiento no se hubiera desviado de su curso original... en beneficio del mundo griego, el mundo se habría unificado sin duda por el pensamiento creador de la Cábala y su doctrina”. (Joshua Jehouda: *L'antisémitisme miroir du monde*, p. 168)

Y esto es lo que escribe sobre la Reforma: “Con la Reforma, que estalló en Alemania cincuenta años después del Renacimiento, se destruyó la universalidad de la Iglesia... [Antes de Lutero y Calvino] Juan Reuchlin, discípulo de Pico della Mirandola, sacudió la conciencia cristiana al sugerir, ya en 1494, que nada superaba la sabiduría hebrea... Reuchlin abogó por un retorno a las fuentes judías, así como a los textos antiguos. Fue él quien finalmente ganó el pleito contra el converso Pefferkorn, que exigía la destrucción del *Talmud*. El nuevo espíritu que iba a revolucionar toda Europa...

se hizo patente, en lo que respecta a los judíos y al *Talmud*.

Pero es asombroso ver que había tantos antisemitas entre los protestantes como entre los católicos. En resumen, concluye Yehouda: “La Reforma marca la revuelta contra la Iglesia católica, que es a su vez una revuelta contra la Religión de Israel”. (Josha Jehouda, *ibid.* pp. 169–172)

En cuanto a la Revolución Francesa: “El tercer intento de modificar la posición cristiana, después de que la Reforma no hubiera logrado la unificación, tuvo lugar bajo el impulso de la Revolución Francesa... que marcó el inicio del ateísmo en la historia de los pueblos cristianos. Abiertamente antirreligiosa, esta Revolución continúa bajo la influencia del comunismo ruso, y sigue contribuyendo poderosamente a la des-cristianización del mundo cristiano”. (Joshua Jehouda, *ibid.* pp. 170–172). Por último, la labor de “rectificación de la mentalidad cristiana” fue coronada por Karl Marx y Nietzsche: “En el siglo XIX se hicieron dos nuevos intentos de purificar la mentalidad del mundo cristiano, uno por Marx y el otro por Nietzsche”. (Joshua Jehouda, *ibid.* p. 187)

Así, “el sentido profundo de la Historia, que permanece inalterable en todas las épocas, es el de una lucha abierta o velada entre las fuerzas que trabajan por el progreso de la Humanidad y las que se aferran a intereses coagulados, obstinadamente decididas a mantenerlos en la existencia, en detrimento de lo que está por venir”. (J. Jehouda, *ibid.*, p. 186)

A los ojos de estos pensadores, las reformas propuestas por el Concilio deben representar, por tanto, una nueva etapa en el abandono, la renuncia y la destrucción del catolicismo tradicional. Lo que tenemos aquí, de hecho, es una nueva batalla en el antiguo enfrentamiento entre judíos y cristianos.

Jehouda, Rabi, Benamozegh y Memmi lo describen en estos términos: “El cristianismo se niega obstinadamente a reconocer a Israel como su igual espiritual... Esta creencia de que el cristianismo es la culminación del judaísmo, y que el judaísmo ha sido realizado por el cristianismo, vicia las raíces mismas del monoteísmo universal, debilita los cimientos del propio cristianismo y lo expone a una serie de crisis. Si el cristianismo ha de superar su crisis actual, él mismo debe elevarse a un monoteísmo auténtico. Se acerca el momento en que será necesario purificar la conciencia cristiana con la doctrina del monoteísmo universal. (Joshua Jehouda, pp. 1011) “El antisemitismo cristiano, al tiempo que se proclama mesiánico, pretende también sustituir el mesianismo de Israel por la fe en un Dios crucificado que debe asegurar la salvación de las almas de todos los fieles. Al reducir el mesianismo judío al nivel del paganismo, el cristianismo tiende a convertir a todos los judíos a una forma reducida de mesianismo [...] Pero mientras persista el mesianismo monoteísta de Israel [...] el cristianismo aparece como lo que realmente es: una imitación, que se derrumba a la luz del mesianismo auténtico [...] y el antisemitismo persistirá mientras el cristianismo se niegue a afrontar su verdadero proble-

ma, que se remonta a su traición al mesianismo mono-teísta”. (Joshua Jehouda, *ibid.* pp. 154–160)

Este tema se repite de nuevo en este fragmento: “La obstinación del cristianismo en pretender ser el único heredero de Israel propaga el antisemitismo. Este escándalo debe terminar tarde o temprano; y cuanto antes termine, antes se librará el mundo de la red de mentiras tras la que se esconde el propio antisemitismo”. (Joshua Jehouda, *ibid.* p 136)

Escuchemos ahora a Elie Benamozegh, uno de los maestros del pensamiento judío actual: “Si el cristianismo acepta reformarse sobre la base del ideal hebreo, será para siempre la verdadera religión de los pueblos gentiles”. (Elie Benamozegh, *Israël et l’Humanité*, p. 18) “La religión del futuro debe basarse en una religión positiva y tradicional, investida del misterioso prestigio de la antigüedad. Pero de todas las religiones antiguas, el judaísmo es única en proclamar la posesión de un ideal religioso válido para toda la Humanidad (porque) la obra del cristianismo no es más que una copia que debe colocarse al lado del original... puesto que (el judaísmo) es la madre indiscutible (del cristianismo), es la religión más antigua que también está destinada a convertirse en la más moderna. [...] Frente al cristianismo... con su pretensión de origen divino y de infalibilidad... y para sustituir a una autoridad que proclama su infalibilidad y que sólo comienza en el año Uno de la Era Cristiana o de la Hégira... habrá que encontrar otra infalibilidad mucho mayor, que, sacando su origen de la Historia del hombre so-

bre la tierra, sólo terminará con él”. (Elie Benamozegh, *ibid.* pp. 34–35) “La reconciliación soñada por los primeros cristianos como condición de la Parusía o venida final de Jesús, el retorno de los judíos al seno de la Iglesia, sin el cual, como están de acuerdo todas las comuniones cristianas, la obra de la Redención está incompleta, este retorno, decimos, tendrá lugar, no en verdad como se espera, sino de la única manera auténtica, lógica y duradera posible, y sobre todo la única que puede beneficiar al género humano. Será una reunión de la religión hebrea con las demás que emanan de ella y, según el último de los Profetas y la Luz de los Videntes, como llaman los Doctores a Malaquías, será “el retorno del corazón de los hijos a sus Padres”. (Elie Benamozegh, *ibid.* p. 48)

Rabi añade: “Hay, dice, una diferencia irremediable entre judíos y cristianos. Se refiere a Jesús. Al admitir su existencia como hecho histórico, para un judío nunca fue Dios ni el Hijo de Dios. La concesión más extrema que pueden hacer los judíos fue expresada por Joseph Klausner, según el cual Jesús, que, según él, no era ni el Mesías, ni un Profeta, ni un legislador, ni el fundador de una religión, ni un Tanna, ni un Rabino, ni un Fariseo, es considerado por la nación judía como un gran moralista y un gran artista en el uso de las parábolas. El día en que se le haga justicia por sus historias de milagros y misticismo, el Libro de la Moral de Jesús se convertirá en una de las joyas más preciosas de la literatura judía de todos los tiempos”. (Rabi: *Anatomie du Judaïsme français*, p. 104) “A veces imagino al último

superviviente de los judíos de pie ante su Creador en el último de los siglos, como está escrito en el Talmud: ‘El judío atado por su juramento permanece de pie desde el Sinaí’. ¿Qué dirá, según mi imaginación, este último judío, que habrá sobrevivido a los ultrajes de la historia y a las tentaciones del mundo, para justificar su resistencia al desgaste del tiempo y a las presiones de la humanidad? Le oigo decir: “No creo en la divinidad de Jesús”. Es comprensible que un cristiano se escandalice ante tal profesión de fe. Pero, ¿no nos escandaliza a nosotros la profesión de fe de un cristiano? “Para nosotros —dice— la conversión al cristianismo es necesariamente idolátrica, porque implica la blasfemia suprema, la creencia en la divinidad de un hombre”. (Rabi, *ibid.* p. 188)

Todo lo anterior se ha escrito en los últimos diez años.

Pero retrocedamos dos mil años y releamos el relato de la Pasión. *“Los que habían prendido a Jesús lo llevaron a Caifás, el sumo sacerdote, donde se habían reunido los escribas y los ancianos del pueblo. Pero los sumos sacerdotes, los ancianos y todo el consejo. Buscaban falsos testimonios contra Jesús para condenarlo a muerte, pero aunque se presentaron muchos testigos falsos, no encontraron ninguno. Finalmente se llegó a dos de ellos dijeron: ‘Este hombre ha dicho: ‘Puedo destruir el Templo de Dios y reconstruirlo en tres días’. Entonces el sumo sacerdote se levantó y dijo a Jesús: “¿No respondes a nada de lo que estos hombres dicen contra ti? Pero Jesús guardó silencio. Entonces el sumo sacerdote volvió a hablar y le dijo: “Te conjuro por el Dios vivo que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios...”* Jesús

le respondió: “Tú lo has dicho; y yo os digo que desde ahora veréis al Hijo del hombre sentado a la derecha del Todopoderoso y viniendo sobre las nubes del cielo”. Entonces el Sumo Sacerdote se rasgó las vestiduras, diciendo: “¡Ha blasfemado! ¿Qué más testigos necesitamos? Acabáis de oír su blasfemia; ¿qué os parece?”. Ellos respondieron: “Merece la muerte”. (Evangelio según San Mateo XXVI, 56–66)

San Lucas describe así el proceso de Jesús. Jesús fue interrogado por el sumo sacerdote ante los escribas y los ancianos: le preguntaron: “¿Eres tú el Cristo? Respóndenlos. Él les dijo: “Si os lo digo, no me creeréis, y si os lo pregunto, no me responderéis ni me soltaréis. Desde ahora el Hijo del hombre se sentará a la derecha del poder de Dios”. Entonces todos le dijeron: “¿Así que tú eres el Hijo de Dios? Él respondió: “Vosotros lo decís, lo soy. Y ellos dijeron: “¿Qué más testimonio necesitamos? Lo hemos oído de su boca”. (Lucas XXII 67-71)

El relato de San Marcos es muy similar al de San Mateo.

Después de dos mil años, la inflexible oposición entre judíos y cristianos permanece inalterada.

Para concluir, probablemente no esté de más relatar aquí un extraño suceso ocurrido recientemente, en el que se vio implicado el abogado Hans Deutsch, miembro importante y respetado de la comunidad judía de Alemania. Fue él quien había presionado a Pablo VI en apoyo de la tesis de Jules Isaac, que condujo a la votación del Consejo. El 3 de noviembre de 1964, un trueno estalló en un cielo sereno. Hans Deutsch es detenido en Bonn y acusado de estafa al Estado alemán.

Cuatro días más tarde, el diario *Le Monde* publicaba el siguiente reportaje:

“DETENCIÓN DE HANS DEUTSCH QUE DESEMPEÑÓ UN PAPEL IMPORTANTE EN LA RECLAMACIÓN DE INDEMNIZACIÓN PARA LAS VÍCTIMAS DEL NAZISMO:

La detención del profesor Hans Deutsch en Bonn el 3 de noviembre parece haber provocado una fuerte reacción en Berna, Viena y otros centros relacionados con las indemnizaciones alemanas a las víctimas judías del nazismo... La noticia fue anunciada el 4 de noviembre por un portavoz de la Fiscalía Federal de Bonn. El Prof. Deutsch está acusado de malversar cerca de 35 millones de marcos y de incitar a terceros a hacer declaraciones falsas”. La personalidad del Prof. Deutsch y las circunstancias de su detención arrojan una luz turbia sobre un caso destinado a causar sensación.... Deutsch es de origen austriaco. Abandonó Viena tras el *Anschluss* con destino a Palestina, desde donde regresó a Europa después de la guerra. Como abogado, se comprometió a luchar por la restitución de los bienes judíos confiscados por los alemanes, en particular los de la rama austriaca de la familia Rotschild. Sus ingresos profesionales le permitieron adquirir una considerable fortuna personal, que se vio incrementada por exitosas inversiones que le permitieron

realizar importantes donaciones a las artes. Fue recibido en audiencia por el Papa Pablo VI, cuya ayuda había solicitado en un llamamiento para combatir a todos aquellos cuyos prejuicios envenenaban las relaciones entre judíos y cristianos. El Papa aceptó apoyar el proyecto, que se había inspirado en el ejemplo de Jules Isaac. La acusación contra él conmocionó a la ciudad de Viena, donde muchos círculos expresaron su simpatía por Deutsch debido a sus actividades culturales. Según algunos informes, el profesor Deutsch se encontraba en Alemania para estudiar la forma de obtener la máxima indemnización para las víctimas judías del nazismo.

Tras la publicación del artículo de *Le Monde, Paris-Press* publicó dos artículos más los días 8 y 13 de noviembre, cuyos extractos siguen:

La colección Hatvany, una de las mejores colecciones de pintura de Europa, es la causa de la caída del abogado judío austriaco, el profesor Hans Deutsch, acusado de haber recibido indebidamente varios millones de marcos destinados a las víctimas del saqueo nazi. Le acompaña en la cárcel de Bonn el antiguo jefe de las *SS Hauptsturmführer* Frederick Wille, actualmente fabricante de pantalones en Francfort. Fue su falso testimonio lo que permitió al abogado montar el fraude del que se le acusa. “El barón Hatvany, ‘rey del azúcar’

de Hungría, había amasado una colección de ochocientos cuadros, entre ellos Rembrandts, Goyas y Degas. Esta colección desapareció durante la guerra. El barón murió en 1958, y sus tres hijas pidieron al profesor Deutsch que obtuviera una indemnización del gobierno de Bonn. Pero no había pruebas de que la colección hubiera sido robada por los nazis. Aquí es donde entra Wilke. Había declarado a la Comisión de Investigación que los cuadros se los había llevado a Baviera el general de las SS. Pfeiffer Wiekdenbruch. Por tanto, el gobierno de Bonn sólo podía pagar una indemnización. Tras largas discusiones, se fijó la indemnización debida a los herederos de Hattvany en 35.000.000 de marcos. Deutsch recibió la mitad de la suma en el acto. Más tarde se descubrió que la colección había sido robada, pero no por los nazis, sino por los rusos en 1944. Y por eso Deutsch fue detenido a su llegada a Bonn la semana pasada, cuando venía a cobrar el resto de los 35 millones de marcos. Es quizás el estafador más perfecto del siglo. El caso Deutsch está ahora en manos de investigadores expertos. Químicos y grafólogos están examinando minuciosamente cada elemento del voluminoso expediente que el profesor acababa de entregar. [...] Las primeras investigaciones indican que el profesor ya se había gastado 20 millones de marcos en la

preparación del expediente, porque las falsificaciones que produjo y las declaraciones falsas de los testigos son auténticas obras maestras. “Si nuestras sospechas resultan ser ciertas —ha declarado un abogado estrechamente vinculado a la Fiscalía de Bonn— el caso Deutsch habrá sido uno de los mayores fraudes jamás cometidos en Alemania”. Por el momento, Hans Deutsch no ha perdido un ápice de confianza en sí mismo: “Toda mi vida —declaró— da testimonio a mi favor. Mis intervenciones en defensa del pueblo de Israel, mis fundaciones de mecenazgo literario en favor de las escuelas y mi lucha por un mejor entendimiento entre judíos y cristianos, por no hablar de todo lo demás, no son imaginarias. Puedo demostrar —añadió— que toda mi vida ha estado al servicio de las grandes causas” [...] Pero, ¿daba con la mano izquierda lo que recibía con la derecha? ¿Estaba Mr. Hyde asociado con el Dr. Jekyll o era el Doctor sólo una tapadera de Mr. Hyde?”.

2ª PARTE

El problema de los judíos en el curso de las eras

“No es casualidad que los judíos se hayan convertido en precursores y productores de muchas revoluciones del pensamiento y del espíritu” (Lord Sieff, Vicepresidente del Congreso Judío Mundial, en su artículo “THE SIGNIFICANCE OF SURVIVAL”, aparecido en la *Jewish Chronicle* el 22 de julio de 1966)

4 – La complejidad del problema judío

En cuanto empezamos a examinar el problema judío, nos encontramos con una gran dificultad: su extrema complejidad.

Los judíos no son sólo seguidores de una religión; a pesar de su dispersión, pertenecen a una comunidad distinta, en la que los factores de raza, religión y nacionalidad están tan estrechamente entrelazados que es imposible desligarlos.

Pero debemos tener cuidado de no malinterpretar estos términos, ya que en lo que respecta a los judíos transmiten un significado completamente distinto del que se les atribuye en el lenguaje cotidiano. Más precisamente, digamos que la definición de la raza judía no corresponde a la definición habitual del término raza, que la definición de la religión judía no tiene similitud con ninguna otra religión, y que el concepto de nación judía es inaplicable a cualquier otra nación y carece de precedentes en la historia del mundo.

Además, los judíos confunden las realidades del problema adoptando argumentos ambiguos y, al mismo tiempo, muchos judíos ocupan puestos destacados y de responsabilidad en las sociedades de las naciones en las que viven.

Esto explica por qué los judíos se oponen obstinada y fanáticamente a discutir la “cuestión judía” a la luz del día.

En su ya clásico *The Hapsburg Monarchy*, escrito antes de la Primera Guerra Mundial, el notablemente bien informado Henry Wickham Steed examinó este punto, escribiendo: “Su ideal parece ser el mantenimiento de la influencia judía internacional como un verdadero *imperium in imperiis*. Su ocultación se ha convertido como una segunda naturaleza, deploran y se oponen obstinadamente a cualquier tendencia a plantear la Cuestión Judía ante el mundo basándose en sus antecedentes”. (H.W. Steed: *The Hapsburg Monarchy*, p. 179)

Intentaremos aquí esbozar la dificultad y complejidad del problema remitiéndonos a los autores mejor informados sobre el tema. “La cuestión judía es universal y escurridiza. En verdad, no puede expresarse en términos de religión, nacionalidad o raza. Los propios judíos parecen destinados a despertar las pasiones de aquellos con quienes entran en contacto hasta tal punto que la imparcialidad hacia ellos es rara. Algunos judíos consideran incluso que el simple hecho de reconocer la existencia de una Cuestión Judía es una admisión de antisemitismo. Sin embargo, puede decirse con toda certeza que ninguna otra cuestión merece ser estudiada con mayor objetividad. Adopta cien formas diferentes, afecta a sectores insospechados de la vida nacional e internacional e influye en el curso de la civilización para bien o para mal. La principal dificul-

tad consiste en encontrar un punto de partida desde el que abordarla, un lugar propicio lo suficientemente elevado como para permitirnos ver sus innumerables ramificaciones. ¿Es una cuestión de raza o de religión? Es ambas cosas y más. ¿Se trata de economía, finanzas, comercio internacional? Es todo eso y más. ¿Las características que constituyen tanto la fuerza como la debilidad de los judíos son resultado de la persecución religiosa, o los judíos han sido perseguidos a causa de estas características que les habrían hecho odiosos para los pueblos que les acogieron? Es el viejo problema: ¿cuál de los huevos o de la gallina tiene la anterioridad genealógica?”. (H.W. Steed, *ibid.* pp. 145–6)

Más recientemente, el Dr. Roudinesco escribió: “El destino del pueblo judío aparece ante el historiador como un fenómeno paradójico, increíble y casi incomprendible. Es único y sin parangón en la historia de la humanidad”. (Dr A. Roudinesco: *Le Malheur d’Israël*, p.7) “En su conjunto, la historia del pueblo judío es única y sin ejemplo en el mundo. Aún hoy sigue siendo un enigma insoluble para sociólogos, filósofos e historiadores. Toda cultura es original, pero la cultura judía, producto de la historia judía, es absolutamente excepcional. (Daniel Pasmanik: *¿Qué es el judaísmo?*, p. 83)

“El pueblo judío, único entre los pueblos del mundo, ha subsistido durante dos mil años sin una patria histórica, sin un Estado, sin un país, sin una economía normal, sin un poder coercitivo centralizado; durante muchos siglos ha sido ridiculizado

por las demás naciones, ha sufrido humillaciones y persecuciones a manos de ellas, y a pesar de todo ello se ha conservado intacto. Este es sin duda uno de los grandes enigmas que sólo puede explicarse con la tesis del Pueblo Elegido. [...] Que siga siendo así siempre es otra cuestión. Por nuestra parte, estamos convencidos de que los valores nacionales no pueden preservarse indefinidamente sin la dignidad nacional. Sólo el futuro puede dar una respuesta decisiva a esta pregunta”. (Daniel Pasmanik, *ibid.* p.73) “El pueblo de Israel ocupa un lugar especial en la historia, porque es a la vez religión y nación, y estos dos factores son absolutamente inseparables, lo que no ocurre con ningún otro pueblo. Israel es claramente una raza, pero no en el sentido biológico del término, como pretenden los racistas, sino en un sentido ético e histórico”. (Joshua Jehouda: *L’Antisémitisme, miroir du monde*, p. 209)

En su libro sobre el judaísmo en Palestina, R. P. Bonsirven, S.J. insiste en el aspecto racial de la religión judía: “El nacionalismo judío... existe, ardiente e intransigente, bajo la forma de una religión nacional, o más exactamente bajo la forma de una religión racial. Esta expresión parece carecer de sentido, pues vincula dos términos y conceptos rigurosamente opuestos entre sí: el concepto de religión, que es por naturaleza supranacional y universal, y el de nación y raza, que incluye el exclusivismo. Esta es la paradoja fundamental y constitutiva del judaísmo”. (R.P. Bonsirven, S.J.: *Le judaïsme palestinien au temps de Jésus-Christ*)

Nahum Goldmann, Presidente de la Organización Sionista Mundial, declaró en 1961: “Es altamente indeseable definir al pueblo judío como una comunidad racial o religiosa, o como una entidad cultural o nacional. Su singular historia ha creado un fenómeno colectivo único, al que no se puede aplicar ninguno de los términos utilizados en los distintos idiomas para describir a los grupos humanos. Lo que importa es esto: un judío se considera parte integrante del judaísmo, sea cual sea la forma en que describa al pueblo judío”. (citado por Rabi, en *Anatomie du Judaïsme français*, p. 304)

Por último, dos escritores no judíos, uno suizo e independiente y el otro, J. Madaule, simpatizante del pueblo judío, consideran juntos que la unidad del pueblo hebreo procede menos de una idea de raza, nación o religión que esencialmente de tradiciones religiosas comunes: “La diferencia entre el judaísmo y cualquier otra religión contemporánea no es una cuestión de grado, es una diferencia de tipo y de naturaleza fundamental y paradójica. No se trata de una religión nacional, sino de una nacionalidad religiosa”. (G. Batault: *Le Problème juif*, p. 69) “¿Cuál es la naturaleza exacta de la nacionalidad judía? Por una parte, no puede calificarse de puramente religiosa, puesto que un gran número de judíos ya no practican su religión, y por otra, otras religiones no dan lugar a atributo alguno de nacionalidad. Pero si religión y nacionalidad fueran tan perfectamente distintas para los judíos como para los demás, ¿cómo explicar entonces su extraña nacionalidad, que

no está vinculada a ningún territorio? A diferencia de las demás, se basa en un pasado común, en tradiciones comunes de origen religioso”. (J. Madaule: *Les Juifs et le monde actuel*, p. 153)

Si se necesitara una prueba más de la complejidad del problema judío, se encontraría en la dificultad de definir legalmente a un judío. Ni Hitler, ni el gobierno de Vichy, ni siquiera el gobierno israelí, fueron capaces de llegar a una definición clara y satisfactoria.

En virtud de la Ley del Retorno, ley fundamental del nuevo Estado judío promulgada en Tel Aviv en 1948, Israel dio libre acceso al país a todos los judíos de la diáspora, cualquiera que fuera su origen. Una vez hecho esto, el gobierno tuvo que trabajar inmediatamente en una definición legal de quién era, y quién no era, judío. Incapaz de encontrar una fórmula legal que tuviera en cuenta los tres factores de raza, religión y nacionalidad, el gobierno de Tel Aviv se vio obligado a recurrir al criterio religioso. Un judío es alguien que pertenece a una comunidad de religión judía o de tradiciones religiosas judías, y que no se ha convertido a otra religión. Pero ni siquiera es necesario ser creyente: “El judaísmo actual no se identifica con la práctica religiosa. Se puede ser judío y ser considerado como tal [...] compartiendo nada menos que la fe judía y, en particular, el monoteísmo judío”. (J. Madaule, *ibid.* p. 107) “La legislación israelí se basa, pues, en la más estricta intolerancia religiosa. En efecto, la conversión a otra religión, especialmente al cristianismo, excluye automáticamente de la comunidad judía. Un judío

cristiano o un judío musulmán no pueden beneficiarse de la Ley del Retorno sin naturalización previa, como cualquier otro extranjero”.

Esto se confirmó en diciembre de 1952 en una solemne sentencia del Tribunal Superior de Israel, cuando denegó plenos derechos de ciudadanía israelí a un judío convertido al cristianismo, el padre Daniel, que había vivido en Israel durante muchos años y quería ser considerado israelí. A pesar de los servicios reconocidos que había prestado al Estado, el padre Daniel no estaba exento de los trámites de naturalización aplicables en Israel a los no judíos. En otras palabras, por ser cristiano, no tenía derecho a beneficiarse de la Ley del Retorno que había invocado”. (Jacques Ma-daule, *ibid.* pp. 65–66)

Es exactamente como si un protestante inglés que se convirtiera al catolicismo dejara por ello de ser inglés.

En un artículo publicado en *Aspects de la France* el 21 de enero de 1965, Xavier Vallat cita un ejemplo no menos típico: “Usted puede pensar que es fácil para un medio judío convertirse en ciudadano israelí. Piénselo otra vez. El caso de Rita Eitani, concejala de Nazaret, es instructivo. Su padre era judío polaco, víctima de los nazis. Su madre era una católica alemana que no bautizó a su hija. Por este motivo, el Ministro del Interior, Moshe Shapiro, pidió a la Sra. Eitani que renunciara a su pasaporte israelí, alegando que no era judía en virtud de la ley, que estipula que un niño nacido de madre no judía no se considera judío a menos que se

convierta al judaísmo. [...] Es extraño que Israel aplique con tanto rigor el mismo modo de discriminación por el que reprochó que el estatuto civil de los judíos en Francia bajo el gobierno de Vichy era la abominación de la desolación”.

Por paradójico que parezca, Israel, un Estado laico formado esencialmente por ateos y librepensadores, está fundado en derecho sobre conceptos teológicos e instituciones de carácter religioso.

Además, no sólo el hebreo, la lengua sagrada, se ha convertido en la lengua oficial, al igual que la Biblia ha sido designada libro nacional, sino que se han salvaguardado un gran número de prácticas religiosas: “Cuando ves un candelabro de siete brazos en un kibbutz Mapam, es decir, perteneciente a un partido socialista de izquierdas que profesa el ateísmo, te dicen que es un símbolo nacional. Durante la Pascua, en Israel es imposible conseguir pan ácimo. Es como si, en un país donde el catolicismo es la religión dominante, los restaurantes sólo pudieran servir carne los viernes. Pero si se le ocurre encender un cigarrillo el sábado después de cenar en el comedor del hotel Rey David de Jerusalén, el camarero le pedirá discretamente que lo apague por miedo a ofender a alguien de la sala... Los judíos no pueden fumar el sábado (J. Madaule: *Les Juifs et le Monde actuel*, pp. 68–69).

Por último, la Ley del Retorno no reconoce el matrimonio civil, el divorcio civil ni los funerales civiles. Todo lo que concierne al estatuto del individuo es competencia de la legislación interna de cada confe-

sión. Estado laico que practica la intolerancia religiosa, Israel, que también pretende ser una democracia, es sin embargo uno de los Estados más conscientemente racistas del mundo. Los matrimonios mixtos están prohibidos: “Los matrimonios mixtos entre judíos y no judíos no son posibles en el nuevo Estado de Israel, según la ley promulgada el 28 de agosto de 1953”. (F. Lowski: *El antisemitismo y el misterio de Israel*, p. 116)

La legislación israelí se limita a ratificar la posición del Consistorio rabínico: “La Conferencia de Rabinos Europeos celebrada en Gran Bretaña en 1966 adoptó la siguiente moción: Consideramos nuestro deber solemne advertir a las Comunidades y a cada uno de los hijos e hijas del pueblo judío contra el terrible peligro de los matrimonios mixtos, que destruyen la integridad del pueblo judío y desgarran la vida familiar”. (Rabi: *Anatomie du Judaïsme français*, pp. 259–60).

En el Estado de Israel, la muerte en sí no trae la paz: “El marido no judío no puede ser enterrado en el cementerio judío junto a su mujer: salvo en el caso de un converso, no se puede dar ni vender un lugar en un cementerio judío para una persona no judía” [...] “En diciembre de 1957, Aaron Steinberg, un niño de siete años hijo de inmigrantes recientes, murió en Pardes Hanna, en Israel. Su padre era judío y su madre cristiana. Según el derecho rabínico, un niño nacido de una unión exogámica toma la religión de la madre, mientras que, según el derecho canónico, el niño toma la religión del padre. Por ello, a los padres se les denegó tanto el cementerio católico como el judío de Pardess

Hanna. Aunque en Israel sólo hay cementerios religiosos, se encontró un pequeño lugar, pero fuera del recinto del cementerio”. (Rabi, *ibid.* pp. 261–75)

Fue el mismo espíritu racial el que condujo a la Ley del Retorno en 1948, cuando 900.000 árabes fueron enviados de Palestina a Jordania.

Por último, el juicio de Eichmann sentó un precedente jurídico que probablemente tendrá graves consecuencias a largo plazo.

Al final de la Segunda Guerra Mundial, como compensación por los daños causados a los judíos alemanes y extranjeros, se ordenó a Alemania que pagara al Estado de Israel una indemnización que ascendía (inicialmente) a 2.000.000 de marcos anuales, y estos pagos, que se efectuaron de forma puntual, supusieron una contribución considerable al presupuesto de Israel.

En 1960, Adolf Eichmann, ciudadano alemán refugiado en Argentina, fue secuestrado por agentes secretos israelíes en violación de las leyes de ese país y llevado ante un tribunal israelí por crímenes cometidos en el ejercicio de su cargo contra judíos alemanes y extranjeros. Fue condenado a muerte y ejecutado. Al concederse el derecho de aplicar la ley israelí a un alemán por crímenes cometidos en Alemania que legalmente eran competencia de los tribunales de su país, el Estado de Israel ha sentado un grave precedente.

Como explicaba Raymond Geouffre de la Pradelle, reputado jurista internacional, en *Le Figaro* en junio

de 1960: “El enjuiciamiento por parte de los Aliados (de los criminales de guerra), que comenzó al día siguiente del final de la guerra, se basó en el Acuerdo de Londres de 8 de agosto de 1945 y en la Declaración de Moscú de 30 de octubre de 1943, a la que hace referencia el Acuerdo de Londres. “El principio entonces establecido era que los criminales de guerra debían ser devueltos al país donde habían cometido sus crímenes. Además, el Estatuto de Londres de 8 de agosto de 1945 creó un Tribunal Militar Internacional facultado para juzgar crímenes no relacionados con un lugar geográfico concreto”. El Estatuto de Londres fue promulgado por los Aliados después de haber recibido el poder de ejercer la soberanía alemana contenido en la rendición incondicional, que les fue transmitida el 8 de mayo de 1945 por el jefe del Gobierno del Reich, el almirante Doenitz. [...] Ningún documento internacional autoriza al Estado de Israel a juzgar a un ciudadano extranjero acusado de crímenes contra la humanidad y crímenes de guerra, cuando estos crímenes se cometieron en el extranjero. Tanto más cuanto que, en el momento en que se cometieron estos crímenes, no se podía hablar de que las víctimas fueran nacionales israelíes, ya que el Estado de Israel aún no se había creado. “El Estado de Israel es un Estado soberano. Dentro de los límites del área bajo su jurisdicción, Israel puede, si así lo desea, atribuirse cualquier poder jurisdiccional que considere apropiado. Pero la ley en cuestión viola los principios generales del derecho y la regla internacional de que la

jurisdicción para juzgar crímenes de carácter primordialmente internacional es en sí misma internacional, ya que en el presente caso los actos criminales, al haber sido cometidos en Alemania en un momento en que la ley alemana los permitía, constituyen crímenes sólo a los ojos del derecho internacional”.

Así, tanto en el caso de las indemnizaciones pagadas por el gobierno de Bonn como en el del proceso contra Eichmann, fue el Estado de Israel el que se presentó como el único representante cualificado de la comunidad judía en el mundo y como el Estado soberano de toda la población judía del mundo. Nada podría ilustrar más claramente la proximidad y la ambigüedad de los lazos que unen al Estado de Israel con los judíos de la Diáspora.

Los judíos siempre han pretendido ser ciudadanos leales de los países en los que residen. Pero, como acabamos de ver, el pago de las reparaciones y el proceso Eichmann demuestran, por el contrario, que los judíos siguen siendo extranjeros en los países que los acogen y que se consideran jurídicamente responsables, no ante esos países, sino ante el Estado de Israel.

5 – La ley mosaica y el *Talmud*

Cuando hablamos de la religión judía, generalmente pensamos en la Ley Mosaica (o *Pentateuco*) codificada en la *Torá*. El cristianismo no puede tener ninguna animosidad o desconfianza hacia el *Pentateuco*, que es uno de sus libros sagrados. Sólo considera que la Ley mosaica ha sido trascendida o superada por los preceptos superiores del *Evangelio*; entre una y otro hay consanguinidad y continuidad, pero no oposición fundamental. “Aunque los rollos de la *Torá* fueron a menudo pisoteados por turbas aullantes que vandalizaban las sinagogas o quemados con las sinagogas mismas, tales actos nunca fueron autorizados por la Iglesia, ni la *Torá* fue jamás condenada oficialmente. Si el judaísmo fue insultado como blasfemia, si los judíos fueron asesinados como infieles, la propia *Torá* fue considerada con respeto, porque era la Ley de Dios. Como dijo un Papa: “Respetamos y honramos la Ley, porque fue dada a nuestros padres por Dios Todopoderoso a través de Moisés. Pero condenamos vuestra religión y vuestra falsa interpretación de la Ley”. (M. I. Dimont, *Les Juifs, Dieu et l'Histoire*, p. 240)

Pero, aunque algunos judíos han permanecido fieles a la tradición y a la *Torá*, la mayoría hace tiempo

que la abandonó en favor del *Talmud*, una colección de comentarios sobre la Ley elaborados por los fariseos y rabinos entre los siglos II y V d.C. Muchos se han vuelto completamente agnósticos. Escuchemos lo que Wickham Steed y otros eminentes pensadores judíos tienen que decir sobre esta cuestión: “Durante siglos los saduceos lucharon contra la tendencia a encerrar el judaísmo en un corsé aislante de preceptos y comentarios, pero la caída de Jerusalén se decantó definitivamente a favor de los fariseos, que multiplicaron entonces los comentarios sobre la Ley hasta tal punto que se hizo imprescindible una codificación. Se redactó un código conocido como la *Mishná* (doctrina). Generación tras generación, los comentarios a la *Mishná* fueron creciendo hasta que su volumen se hizo inabarcable. También en este caso, la codificación se hizo indispensable. Hacia mediados del siglo V d.C., se elaboró un código de la *Mishná* en Palestina y un segundo hacia finales del mismo siglo en Babilonia. Ambos recibieron el nombre de “*Talmud*” (que significa investigación). Pero mientras que el *Talmud* palestino desempeñó un papel insignificante en la vida judía posterior, el *Talmud* babilónico fue considerado un tesoro nacional. Ha seguido siendo “El Libro” para los judíos ortodoxos. Sustituye a la *Torá* como fuente de toda sabiduría y guía de la vida cotidiana en todos sus detalles. El *Talmud*, a pesar de su carácter de comentario sobre otros comentarios de una Ley de origen incierto, no sólo ha preservado a la nación judía, sino que la ha imbuido de un espíritu fariseo y la ha separa-

do, quizá para siempre, de la corriente principal de la cultura humana”. (H. W. Steed: *The Hapsburg Monarchy*, pp. 164–5)

Bernard Lazare confirma este análisis: “Puede decirse que el mosaísmo puro, purificado y ampliado por Isaías, Jeremías y Ezequiel, ampliado y generalizado por los judeo–helenistas, habría conducido a Israel al cristianismo, de no haber sido por el esraísmo, el fariseísmo y el talmudismo, que mantenían a la masa de los judíos dentro de los lazos de la estricta observancia y las estrechas prácticas rituales. Como el Libro no podía ser proscrito, fue disminuido, se le hizo dependiente del *Talmud*; los doctores declararon: ‘*la Ley es agua, la Mishná es vino*’, y la lectura de la Biblia se consideraba menos provechosa, menos útil para la salvación que la lectura de la *Mishná*.” (Bernard Lazare: *L’Antisémitisme*, p. 17) “Después de todo los rabinos finalmente triunfaron. Habían logrado su objetivo. Habían aislado a Israel de la comunidad de los pueblos; habían hecho de él un feroz solitario, rebelde contra toda ley, hostil a toda fraternidad, cerrado a toda idea bella, noble o generosa; habían hecho de él una nación miserable y pequeña, amargada por el aislamiento, embrutecida por una educación estrecha, desmoralizada y corrompida por un orgullo injustificable. [...] Esta transformación del espíritu judío, con la victoria de los médicos sectarios, coincidió el comienzo de la persecución oficial. Hasta entonces, había habido poco más que estallidos locales de odio, pero ninguna vejación sistemática. Con el triunfo de los rabinos, surgieron

los guetos; comenzaron las expulsiones y las masacres. Los judíos querían vivir separados; y fueron separados. Odiaban el espíritu de las naciones entre las que vivían: las naciones los expulsaron. Ellos queman el *Moré*, nosotros quemamos su *Talmud* y los quemamos a ellos”. (Bernard Lazare, p. 18–19)

En su libro *Le Malheur d’Israël*, la Dra. A. Roudinesco muestra que el judaísmo de los Profetas, con su espíritu universal, debía conducir al cristianismo, y que el judaísmo de la Ley, basado en el *Talmud*, debía desviarse y finalmente separarse de él: “La ortodoxia moderna no es la religión de la Biblia y de los Profetas. Es una religión postbíblica o talmúdica, construida por los fariseos y los Doctores de la Ley entre los siglos II y V después de Jesucristo, para preservar a la pequeña minoría de judíos que no habían seguido a Cristo y consumar la ruptura definitiva con el cristianismo triunfante. [...] El judaísmo universal y mesiánico de los Profetas terminó con Jesús y conquistó el mundo en su forma cristiana. [...] El judaísmo legal y nacional retuvo a su Dios exclusivamente en su comunidad elegida, por la que el judaísmo había luchado para preservarla de peligros siempre amenazantes. Se basa en una interpretación de los textos bíblicos según tradiciones orales no reveladas conocidas como *Mischna*, *Gemara*, *Halaka* y *Hagada*. Esta colección, conocida como el *Talmud*, se concibió por primera vez en Jerusalén a finales del siglo II y se completó en Babilonia durante el siglo V. Los dos *Talmud* constan de once volúmenes en octavo veinte veces el tamaño de la Biblia.

(Dr. A. Roudinesco, *Le Malheur d'Israël*, pp. 114–115). “Esta imponente colección de obras rabínicas erigió una muralla de leyes en torno al judaísmo y lo marcó con la rigidez y el inmovilismo que aún hoy lo distinguen. [...] Es aquí, en su religión, donde debemos buscar todos los elementos que son específicamente judíos. Derivada de estas prácticas rígidas y particulares, su religión aísla al judío y le confiere el carácter de formar una especie de colonia extranjera, única en su género, que vive en medio de otras naciones. A pesar de la heterogeneidad reinante, la autoeducación y la ausencia de todo proselitismo han creado finalmente una especie de tipo étnico mediante un proceso de selección. “Frente a la religión revelada por Abraham y legislada por Moisés, basada en un Dios nacional, se alza la religión de los Profetas, inspirada por un Dios universal, justo y bueno. Con los Profetas, la idea de moralidad penetró y se incorporó a su religión. Por necesidad, el Dios nacional era egoísta; no tenía piedad “pues castigaba los pecados de los padres en sus hijos y en los hijos de sus hijos hasta la cuarta generación” (*Éxodo* XXXIV, 7). Ordenó a Moisés y a Josué que destruyeran a los demás pueblos sin piedad y que no intentaran convertirlos. Con los profetas aparece por primera vez en la historia de la humanidad la idea de la fraternidad universal”. (Dr. A. Roudinesco, p. 125–6) “A partir del 725 a.C., Isaías, Amós, Oseas, Miqueas, Deutero–Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel crearon una nueva religión de una elevación espiritual y moral desconocida hasta entonces. Fue gracias a ellos que

Yahvé se convirtió en un Dios universal; y fue también gracias a ellos que Israel conservó el culto al Dios único. Salvaron tanto el judaísmo como el monoteísmo. Hay que leer a los Profetas para descubrir hasta qué punto el pueblo judío había caído en la idolatría. Este pueblo, incircunciso de corazón y de dura cerviz, volvía a sus ídolos como el perro a su vómito. No en vano el recuerdo de los numerosos becerros de oro ha perdurado a lo largo de los siglos. Los jefes dieron ejemplo: Salomón, a pesar de su proverbial sabiduría, adoró a Astarté y a Milcom y construyó un templo a Quamos y a Moloc frente a Jerusalén (*Reyes XI*, 5). Fue Jeroboam el primero en levantar becerros de oro, quinientos años después de Aarón; y Tertuliano dice que los judíos sólo practicaban la circuncisión para suprimir su tendencia a la idolatría y recordarles al Dios verdadero. Los falsos dioses del rey Manasés eran adorados en el propio Templo, que se había convertido en un verdadero Panteón. Sin los profetas, la fe en Yahvé bien podría haber naufragado”. (Dr. A. Roudinesco, p. 126–127)

La sustitución de la Torá por el *Talmud* tuvo dos consecuencias que han seguido pesando en el destino del pueblo judío a lo largo de los siglos.

La primera es que exacerbó el exclusivismo religioso judío, que a partir de entonces se desarrolló cada vez más en forma nacional y política, como muestra muy claramente F. Fejtö en su obra *Dieu et son juif*. “Sois ante todo un pueblo celoso. Esta es vuestra lealtad y al mismo tiempo vuestra deslealtad, esta es

vuestra maldición. [...] Sois vosotros los que pedisteis a Dios que no se ocupara de otros pueblos, que repudiara a todos sus demás hijos. ‘Todo o nada’ era vuestro lema, pero no el suyo. Como hijos tiranos, queríais tenerlo todo para vosotros. Con el pretexto de hacerlo vuestro único Señor, vuestro único Amo, vuestro único Rey, trabajasteis sin cesar para rebajarlo cada vez más a vuestro nivel con el fin de dominarlo, de hacerlo esclavo e instrumento de vuestra expansión nacional [...] Nada podía ser menos generoso y más posesivo que vuestro amor a Dios. Pues, en pocas palabras, querías ser como él, ocupar su lugar. ¡Nada menos! [...] La idea de compartir a Dios con los demás te resultaba inaceptable. Igual de insoportable era la idea de tu desigualdad, de tu inferioridad con respecto a él. ¿Por qué él debía tenerlo todo y tú nada? ¿Por qué él era todopoderoso y tú impotente? ¿Por qué ha de poder quitarte todo lo que te pertenece si le place: esposas, madres, hermanas, hijas, rebaños, tierras, y tú sólo puedes inclinarte ante la expresión de su voluntad? Es injusto, gritas. No es una alianza entre iguales, es esclavitud. No es un contrato, es una dictadura. [...] Y entonces en vuestra alma, desde las profundidades de la conciencia colectiva, la zona donde ningún hombre se atreve a aventurarse por la noche, este sueño monstruoso, inconfesable, de hacerlo desaparecer de un modo u otro y de sustituirlo por vosotros mismos, de ser Dios. “No tardasteis en transformaros de Adán en Caín y matar a Abel, el mejor de vosotros, aquel cuya ofrenda había sido aceptada. [...] Todo ello pro-

clamando la existencia de un único Dios del universo, los judíos persistieron obstinadamente en apoderarse de este Dios para su propio uso, y excluir a todos los demás de la Alianza”. (F. Fetjő: *Dieu et son Juif*, pp. 104–109)

Bernard Lazare no es menos explícito: “Sin la Ley, sin Israel para practicarla, el mundo no existiría, Dios lo devolvería a la nada; y el mundo sólo conocerá la felicidad cuando esté sometido al imperio universal de esta Ley, es decir, al imperio de los judíos. En consecuencia, el pueblo judío es el pueblo elegido por Dios como depositario de su voluntad...; es el único pueblo con el que la Divinidad ha hecho un pacto; es el elegido del Señor. [...] Israel está colocado bajo la mirada misma de Jehová; es el hijo predilecto del Señor. Los demás se sitúan por debajo de los hebreos; sólo tienen derecho a la munificencia divina por piedad, ya que sólo las almas de los judíos descienden del primer hombre. Los bienes que se delegan a las naciones pertenecen en realidad a Israel. [...] Esta fe en su predestinación, en su elección, desarrolló en los judíos un inmenso orgullo. Llegaron a mirar a los no judíos con desprecio y a menudo con odio, cuando estas razones teológicas se mezclaron con las patrióticas.” (Bernard Lazare: *L’Antisémitisme*, pp. 13–14)

La segunda consecuencia de la transición de la *Torá* al *Talmud* es igual de importante: contrariamente a una opinión que distorsiona por completo la luz arrojada sobre el problema de las relaciones entre el judaísmo y el cristianismo, desde esa fecha las dos confesiones

ya no se basan en el mismo libro. Por eso se han vuelto cada vez más ajenas entre sí. “El cristianismo no puede llamarse ‘una pequeña secta judía que ha tenido éxito’, como afirman los rabinos. El cristianismo, en toda su pureza y grandeza, realizó el judaísmo y, al desnacionalizarlo, lo hizo universal y humano de acuerdo con los deseos de los Profetas. Jesús, el hombre de Dios, incomparable y sin igual, podría haber sido aceptado como el Mesías de acuerdo con la escatología y el mesianismo de Israel. ¿Deben quejarse los judíos si los cristianos han reconocido a Dios mismo en este hijo de Israel? Durante dos mil años, el judaísmo había contenido en su espíritu la semilla del cristianismo. Las profecías habían dado ya la señal de un cristianismo en gestación. El nacimiento del niño era ahora sólo cuestión de tiempo. Habiendo rechazado a su propio vástago, el judaísmo se retiró a un aislamiento moroso, orgulloso y estéril. Abandonó todo proselitismo y se estableció como la religión nacional de una pequeña fracción del pueblo judío. “Por paradójico que pueda parecer tanto a cristianos como a judíos, fue en el cristianismo donde se realizó la verdadera religión de Israel. [...] El judío moderno practica una religión posterior a la aportación evangélica, establecida por los Doctores de la Ley sobre una Biblia interpretada en vísperas del Apocalipsis. Mientras que el judaísmo de los Profetas se enriqueció con el mensaje de Jesús, el judaísmo de los rabinos se hundió en el *Talmud*” (Dr. A. Roudinesco, *Le Malheur d’Israël*, p.140).

“El judaísmo de la diáspora, el judaísmo helénico como se le llamaba, que representaba a nueve décimas partes de los judíos del Imperio, liberados de la restricción de la circuncisión, desnacionalizados, abiertos de mente y receptivos, desapareció durante el siglo V aproximadamente, probablemente por fusión con el cristianismo. Al estar lejos de Jerusalén, no se vio seriamente afectada por las catástrofes del 70 y el 113. Una vez desaparecida la fe oficial de Jerusalén, los judíos de Palestina consideraron sospechosos a los judíos de la Diáspora en términos de estricta ortodoxia. La escisión entre el judaísmo de la diáspora y el judaísmo rabínico fue obra de los escribas, los doctores de la Ley y los fariseos. Ya en el siglo II, los rabinos de Babilonia y Galilea redactaron un código religioso, político y social conocido como el *Talmud*. Este libro regulaba la vida de los israelitas con un espíritu diferente al de los Profetas y la *Biblia*. [...] Si hubieran existido serias diferencias entre el *Antiguo* y el *Nuevo Testamento*, los cristianos no habrían conservado los dos textos. Habiendo rechazado el Evangelio, los rabinos se vieron obligados a reinterpretar el texto de la antigua *Biblia*. Lo hicieron mediante tradiciones orales más o menos coherentes con los textos antiguos: fueron la *Misná* y la *Guemará*. El resultado de esta compilación fue una nueva *Biblia*; la antigua permanece con los cristianos. El *Talmud* consta de once gruesos volúmenes. Este libro pernicioso y en gran parte ininteligible, triste naufragio del judaísmo de los Profetas, no enriquece la mente humana (Salomon Reinach). El objetivo del

Talmud era preservar lo que quedaba de Israel de ser absorbido por el cristianismo... El antiguo tesoro espiritual de los Profetas había sido abandonado por los rabinos... [...] Así como Orígenes, Clemente de Alejandría, San Jerónimo y San Agustín estaban enriqueciendo el Cristianismo, el Judaísmo estaba siendo empobrecido por el Talmud. “Haber impuesto los ideales del *Talmud* a la nueva rama del judaísmo ha sido la calamidad del pueblo judío hasta nuestros días”. (Dr. A. Roudinesco, *ibid.* pp. 25–26)

6 – Los Marranos

La pertenencia a la Iglesia católica no se basa en la raza: es simplemente una cuestión de fe religiosa. A los ojos de la Iglesia, un judío converso es un cristiano que comparte todos los privilegios de pertenecer a la Iglesia. “El bautismo confiere la pertenencia a la comunidad cristiana sin restricciones de ningún tipo. La conversión de los judíos no sólo se deseaba, sino que se buscaba activamente. Una vez convertidos, eran recibidos con alegría; la conversión ponía fin a toda segregación. Hoy, en cambio, los judíos ya no son deseados ni buscados; el antisemitismo nacional y racial es mucho más discriminatorio”. (Dr. A. Roudinesco: *Le Malheur d’Israël*, pp. 42–43)

“Habiendo reconocido ciertas características firmemente definidas en cada nación, el nacionalismo moderno se ha negado a considerar a los judíos bajo otra luz que la de un extranjero en el país, un cosmopolita apátrida. No se distingue entre el judío asimilado y el judío consciente de sus tradiciones nacionales. El antisemitismo moderno es más ilógico que el de la Edad Media, que se basaba en objeciones religiosas indiscutibles, no en hipótesis no demostradas e ideas nebulosas. “Y el judío es tanto más rechazado como extranjero cuanto que el nacionalismo alberga el odio a los extranjeros”. (Dr. A. Roudinesco, *ibid.* p. 76)

La actitud cristiana en la época medieval queda bien resumida en este llamamiento a los judíos del obispo de Clermont–Ferrand, San Avito, que reproducimos a continuación: “Quedaos con nosotros y vivid como nosotros, o marchaos cuanto antes. Devolvednos esta tierra en la que sois extranjeros; ahorradnos vuestra presencia aquí, o si queréis quedaros, compartid nuestra fe”. (F Lovsky: *Antisemitisme et Mytère d’Israël*, p 182)

Los judíos que no querían marcharse y que se resistían obstinadamente a la conversión respondieron recurriendo a métodos clandestinos, lo que provocó un gran rencor y un profundo malestar. La práctica del marranismo, que floreció en España, envenenó permanentemente las relaciones entre judíos y no judíos.

Massoutié, autor que ha dedicado dos obras muy interesantes al estudio de este problema judío, hace esta observación: “El judaísmo ha reaccionado ante otras religiones de muchas maneras diferentes, pero su reacción más extraordinaria es sin duda lo que puede llamarse el fenómeno del marranismo”. He aquí lo que escribió Werner Sombart sobre este tema (p. 385): “El repentino aumento del número de supuestas conversiones de judíos al paganismo, a la religión islámica o al cristianismo es un fenómeno tan extraordinario, un acontecimiento tan único en la historia de la humanidad, que uno no puede dejar de quedarse atónito y estupefacto cada vez que lo estudia” (L. Massoutié: *Judaïsme et Hitlerisme*, pp. 97–99) “Los marranos eran judíos españoles que, al parecer, se habían convertido al cristianismo. Fue a partir de 1391, y, según Graetz,

a raíz de una persecución religiosa, cuando muchos judíos españoles decidieron adoptar la fe católica. No había nada nuevo en este paso; pues, mucho antes que ellos, sus antepasados en la diáspora ya habían recurrido a la misma treta para escapar de la persecución religiosa o por razones de simple ventaja material”. (L. Massoutié, *ibid.*, pp. 97–99) “Sea como fuere, los marranos, aunque practicaban ostensiblemente el catolicismo continuaron siguiendo en secreto los ritos del judaísmo al cual seguían profundamente arraigados. El pueblo español no se dejó engañar por la sinceridad de las creencias religiosas de los cristianos nuevos. Con razón, los españoles desconfiaban de ellos y los llamaban marranos, que significa “malditos, condenados” o, en lenguaje popular, “cerdos”. Un aspecto extraordinario de esta situación, que confieso no poder comprender, es que los marranos no se contentaron con someterse celosamente a la autoridad de la Iglesia: fueron mucho más allá y llevaron su fetichismo hasta los límites extremos. Muchos de ellos, tanto hombres como mujeres, no dudaron en ingresar en órdenes religiosas, a las que no estaban obligados, y se hicieron monjes y monjas. Es más, algunos marranos llegaron a ser sacerdotes e incluso obispos. Si los propios historiadores judíos no lo hubieran revelado, nos costaría creerlo.

“Podemos comprender la cólera del pueblo español cuando se descubrió esto: a raíz de este descubrimiento se organizó la Inquisición española”. (L. Massoutié, *ibid.* pp. 100–101) “La lucha entre la Inquisición

y los marranos duró en la sombra varios siglos, una batalla sin igual y sin precedentes –nos dice Graetz– durante la cual se emplearon todas las técnicas de engaño y obstinación de propósito para hacer frente a la crueldad de los acusadores”. (L. Massoutié, *ibid.* pp. 103–105)

El protestantismo también tuvo sus marranos. Werner Sombart afirma que también había muchos judíos secretos entre los refugiados protestantes del siglo XVII, en la época de la revocación del Edicto de Nantes. En Alemania, por ejemplo, el famoso poeta Henri Heine puede contarse como un marrano protestante. Sorprendentemente, Graetz se refiere como tales a Heine y a su correligionario Louis Boerne, ambos convertidos al protestantismo. He aquí una cita de un pasaje de su *Historia de los judíos* o *Geschichte der Juden*, tomo XI, p. 368, omitida en la traducción francesa de Moïse Bloch: “Se habían divorciado del judaísmo sólo superficialmente, como combatientes que se ponen la armadura y los colores de su enemigo, para abatirlo y destruirlo más fácilmente. ¿Qué pensar de semejante comportamiento por parte del sensible autor de *Intermezzo* y del alegre escritor de *Reisebilder*? (L. Massoutié, *ibid.* pp. 103–105). En un pasaje de su *Histoire des juifs*, Graetz habla de los marranos españoles y portugueses que, tras la máscara del cristianismo y con el atuendo de monje, abrigaban celosamente la llama sagrada de su religión ancestral y socavaban al mismo tiempo los cimientos de la poderosa monarquía católica. “Si lo razonable es que un judío no abandone su religión y pre-

serve en secreto la fe de su raza y de sus antepasados, comportándose como un ciudadano leal en su tierra de adopción, es incomprensible que aproveche su ciudadanía francesa o alemana, por ejemplo, para socavar las instituciones y costumbres de su nueva patria, es decir, para ponerlo todo patas arriba. Si el judío moderno emprendiera a nivel nacional lo que los antiguos marranos hacían en materia de religión, esto llevaría a Israel a un desastre incalculable. Las naciones modernas, enfurecidas por tal comportamiento, se sumergirían en un antisemitismo salvaje, y automáticamente surgiría una nueva Inquisición, ciertamente diferente en su naturaleza, pero quizá mucho más terrible que la de Torquemada.

“En mi opinión, si Israel quiere evitar las peores catástrofes, le conviene actuar abiertamente. Desgraciadamente, la ocultación es una segunda naturaleza para Israel, lo que incluso los autores más pro-semitas como Anatole Leroy-Beaulieu se ven obligados a admitir.” (L. Massoutié, *ibid.* pp. 114–115)

7 – La asimilación

La actitud oficial moderna en Occidente hacia los judíos se basa en la afirmación de que son ciudadanos leales de los países en los que viven y que se asimilan completamente a su entorno. Se considera que un judío alemán, francés o inglés es un alemán, un francés o un inglés de fe judía. Pero en realidad el judío no se asimila, o lo hace muy lentamente y con gran dificultad. Todos los especialistas que han estudiado este aspecto del problema, judíos o no, son unánimes en este punto, al menos cuando actúan de buena fe, porque la actitud de los dirigentes del judaísmo está llena de ambigüedad. Por un lado, exigen plenos derechos de ciudadanía para su propio pueblo, pero al mismo tiempo hacen todo lo posible por preservar sus características específicas y la integridad judía.

El verdadero principio de la asimilación y su corolario de los matrimonios mixtos se consideran igualmente sospechosos en ambos campos. Muchos occidentales se oponen vehementemente al mestizaje mediante la introducción de sangre judía en su raza.

La conclusión de Wickham Steed y la del rabino Alfred Nossig no ayudan mucho a disipar los temores: “Que los judíos tienen una notable capacidad para adaptarse externamente a su entorno es indiscutible, pero queda por ver si, con toda su flexibilidad y tenaz

voluntad tendente a su objeto inmediato, son capaces de adaptarse internamente. La experiencia y la observación, a lo largo de más de veintiún años, en Francia, Alemania, Italia y Austria-Hungría, me llevan a responder negativamente a esta pregunta. (H.W. Steed: *The Hapsburg Monarchy*, p.170) “La intensidad del carácter de la raza judía es tal que las tendencias morales judías persistirán durante generaciones en familias no judías en las que se haya mezclado alguna vez sangre judía. Este carácter puede ser productivo de belleza y genio, así como también puede traer la enajenación mental tan común en las familias judías de la mejor clase.” (H.W. Steed, *ibid.* p. 168)

El rabino Nossig coincidió con esta opinión y escribió: “Se puede hablar de una judaización biológica del mundo civilizado...las más pequeñas gotas de sangre judía influyen el carácter espiritual de las familias durante generaciones”. (A. Nossig: *Integrales Judentum*)

El escritor judío estadounidense Ludwig Lewisohn es, si cabe, aún más preciso: “Luego vino la Revolución Francesa, y poco a poco, muy poco a poco y esporádicamente, se abrieron las puertas del gueto. El desprecio, la servidumbre, las leyes restrictivas y los impuestos especiales permanecieron. La ciudadanía no se concedió a los judíos en Inglaterra hasta 1832, y a los judíos en Alemania hasta 1847. Pero este gesto y otros similares en otros lugares, antes o después de estas fechas, más o menos sinceros, pretendían borrar la existencia histórica, la autoconciencia y la experiencia de un pueblo que había existido como pueblo durante

tres milenios. Este fue el error de los gentiles; este es el error del desafortunado asimilacionista. Él y los gentiles semibenévolos se engañan con la singularidad de la nación judía. La nación se identifica con territorio, ejércitos, poder”.

La existencia ininterrumpida de los judíos desde el cautiverio babilónico hasta la Revolución Francesa, en un período de unos dos mil trescientos años, demuestra que existe una nación sin los atributos clásicos de la nacionalidad. “Como todos los demás pueblos, los ingleses, alemanes, franceses y judíos son una mezcla de razas. Al igual que la sangre celta, sajona, latina y prearia, o la nórdica, alpina y mediterránea, de forma diferente, se encuentran en estos mismos pueblos, los judíos, en el curso de su formidablemente larga historia, han sufrido una mezcla de razas. El proceso histórico prevalece sobre la cuestión de la raza y moldea a los pueblos a través de fuerzas que escapan a nuestro conocimiento. Los judíos difieren entre sí tan francamente como un alemán del Tirol difiere de un nativo de Schleswig, un provenzal de un normando, un criollo de un nacido en Vermont. Siguen siendo judíos, del mismo modo que estos últimos, a pesar de sus diferencias de tipo y región, siguen siendo alemanes, franceses o estadounidenses. Existe una tendencia profunda y permanente hacia una norma externa o interna, un tipo, una colección de caracteres. Allí donde esta realidad evidente no se frena artificialmente, es más poderosa que nunca. Los últimos marranos que quedaban en España, abiertamente españoles y cató-

licos durante más de cuatro siglos, solicitaron al Gran Rabinato de Jerusalén su reintegración oficial en el pueblo judío... (Ludwig Lewisohn: *Israel*, págs. 33–35). “La asimilación sería el milagro, la ruptura de la eterna cadena de causalidad, nuestro judío asimilado nunca podría tener un pensamiento ni leer un libro judío, sino en el carácter esencial de todas sus pasiones, permanece judío” (Ludwig Lewisohn, *ibid.*, p.36) “No, la asimilación es imposible. Es imposible porque el judío no puede cambiar su carácter nacional; no puede, aunque lo desee, abandonarse a sí mismo, como tampoco puede hacerlo ningún otro pueblo. (Ludwig Lewisohn, *ibid.*, pp. 38–39) “¿Qué debe hacer? ¿Hacia dónde deberá girar? Es judío. Sigue siendo judío. La mayoría lo ha descubierto, como siempre, tarde o temprano. Él también lo descubre. Tanto gentiles como judíos se dan cuenta de que no hay salida. Ambos creían que había una salida. Pero no la hay. (Ludwig Lewisohn, *ibid.* p. 41)

Más recientemente, el Dr. Roudinesco escribió: “La lucha contra el antisemitismo debería fomentarse a nivel religioso. Pero, ¿es el mundo todavía suficientemente cristiano para escuchar un mensaje así? El sentimiento religioso se ha mantenido en una serie de países como España, Irlanda, Canadá e Italia, por ejemplo, donde hay pocos judíos. Desgraciadamente, el problema judío hace tiempo que rebasó el ámbito religioso y el antisemitismo nacionalista y racista descansa sobre cimientos mucho más difíciles de sacudir. También en este caso, la unión religiosa es vista con

gran recelo por la Sinagoga, siempre temerosa de las conversiones”. (Dr. A. Roudinesco, *Le Malheur d’Israël*, p. 190) “La emancipación legal y la asimilación fracasaron. Los judíos alemanes eran los más asimilados del mundo y, sin embargo, fue en Alemania donde la furia antisemita se llevó al extremo [...] El problema de la asimilación es complejo. ¿Es posible o compatible con el mantenimiento de una religión y una tradición de carácter nacional y separatista? Las opiniones al respecto varían mucho entre los propios judíos. Al final, hay ciertos casos que desafían toda clasificación. La asimilación no ha desarmado el antisemitismo. Los judíos asimilados son aún menos tolerados que los demás. Fue el fracaso total de la asimilación lo que allanó el camino al sionismo”. (Dr. A. Roudinesco, *ibíd.*, p. 191)

En la Rusia soviética, la asimilación fracasó por completo, a pesar de la intensa propaganda emitida por los partidos de extrema izquierda en el sentido de que sólo el marxismo podía proporcionar una solución definitiva al problema del antisemitismo en el mundo. Así lo afirmó, entre otros, Jean-Paul Sartre, en una obra de una mediocridad incalificable titulada *Réflexions sur la Question Juive*, en la que escribió: “El antisemitismo es una representación mítica burguesa de la lucha de clases; en una sociedad sin clases no podría existir. No hay lugar para él en una sociedad cuyos miembros son todos interdependientes, puesto que todos están comprometidos en la misma empresa. Presenta un cierto vínculo místico entre el hombre y

sus “bienes”, producto del actual sistema de propiedad. Por tanto, en una sociedad sin clases basada en la propiedad colectiva de los medios de producción, el hombre, liberado de los engaños de este mundo, podrá consagrarse a su tarea, que es hacer reinar la humanidad, y el antisemitismo dejará de tener sentido, será cortado de raíz”. (Jean-Paul Sartre, *op. cit.*, pp. 183–84)

En realidad no ocurrió nada de eso, como reconoce Fejtö en su libro *Les Juifs et l'Antisémitisme dans les Pays Communistes*, donde publica la siguiente carta enviada por un judío moscovita a un periódico de Nueva York, a propósito del Festival de Moscú: “La teoría defendida por los que creen en la asimilación (gente que o es tonta o deshonesto), la teoría de que las viejas tradiciones judías están muertas y enterradas y los judíos se han mezclado completamente con los rusos para gran beneficio de ambas partes y, por tanto, ya no necesitan su propia cultura, ha estallado como un globo demasiado inflado, aunque en verdad nadie dudó nunca de que se trataba de una opinión dudosa. [...] ¿Están satisfechos los judíos con la cultura rusa, de la que pueden disfrutar libremente y a voluntad? Hoy, sin miedo a negarlo, la respuesta es no. Las aspiraciones al arte judío, a la música judía y a la lengua judía no han sido sofocadas por veinte años de asimilación forzada. Esta necesidad se manifiesta en el deseo de ver y oír a la delegación israelí, de recibir un pequeño recuerdo de Israel, una flor, un emblema, un billete, un paquete de cigarrillos [...] Si preguntas a un judío

cuáles serán las consecuencias del festival, te dirá sin duda que las represalias son previsibles, aunque no se sepa qué forma tomarán. Se estremecen ante la idea de hacer algo temerario y, sin embargo, los judíos se reúnen dondequiera que se celebre la fiesta, “. (F. Fejtö, *ibid.* p. 225)

En una conferencia de Fejtö sobre el tema, celebrada en Bruselas en 1958, una joven del público se levantó y dijo: “La asimilación o, dicho de otro modo, la integración en la comunidad socialista sobre la base de una igualdad perfecta, es cada vez más difícil, si no imposible. La asimilación es un fracaso; desde el principio fue un objetivo inalcanzable; el comunismo no debería ser más capaz de imponerla que el liberalismo burgués; la única salvación para los judíos está en Israel, en el retorno a la tradición judaica, en la Tierra Prometida, en la reconstrucción de la nación...” (F. Fejtö, *ibid.* p. 253)

Este fracaso es tanto más notable cuanto que el régimen soviético debe su éxito inicial a los revolucionarios judíos internacionales, y que los dirigentes judíos fueron los amos de Rusia hasta que Stalin y sus sucesores los eliminaron de los puestos clave que ocupaban.

Un destino tan inexorable como la túnica de Neso parece atenazar al pueblo hebreo: maestros en el arte de la revolución, la sublevación y la destrucción, son impotentes para crear.

Elie Faure pinta este rasgo de manera sorprendente: “La misión histórica de los judíos ha sido clara-

mente definida, quizás para siempre. Serán el factor principal en todas las épocas apocalípticas, como fue el caso al final del mundo antiguo, y como es el caso en la época del mundo cristiano en la que vivimos. En estos tiempos, los judíos estarán siempre en primera línea, tanto en la destrucción del viejo edificio como en la colocación de las bases y los materiales para la nueva estructura que ha de sustituirlo. Este dinamismo es la marca de su grandeza y, quizás también debamos admitirlo, de su visible impotencia. El judío destruye todas las viejas ilusiones, y cuando desempeña un papel más importante que cualquier otro en el establecimiento de la nueva ilusión, como, por ejemplo, hizo San Pablo en el pasado o está haciendo Karl Marx hoy, precisamente por su eterna sed de verdad, que siempre sobrevive a los resultados de las batallas políticas o religiosas, es su destino introducir el gusano que a su vez la infectará. El patriarca que en la Antigüedad aceptó guiar la conciencia humana hacia la Tierra Prometida a través de las pálidas extensiones del conocimiento no está dispuesto a deponer su formidable carga”. (Elie Faure: *La Question Juive vue par vingt-six éminentes personnalités*, p. 97)

En otro pasaje, este erudito judío llega a la siguiente conclusión: “A pesar de los motivos de esperanza que ha acumulado en silencio, ¿podría considerarse al judío otra cosa que un destructor, armado con la duda corrosiva que Israel siempre ha opuesto al idealismo sentimental de Europa desde la época de los griegos?” (Elie Faure, *ibid.*, p. 91).

¿El sionismo sería entonces la solución?

No, dice el Dr. Roudinesco: “El refugio nacional de Palestina no resuelve el problema judío. De hecho, representa un nuevo peligro para el judaísmo. Es una cruel decepción para el idealismo de los judíos liberales que, desde Moses Mendelssohn, han hecho tantos intentos de asimilación, así como para todos los judíos que han derramado su sangre en los campos de batalla en leal testimonio de sus patrias de adopción. [...] Tras haber luchado contra el nacionalismo y el racismo, los judíos de Israel se proclaman una nación y una raza aparte. El sionismo triunfante refuerza así todo lo que el nacionalismo moderno y el antisemitismo racista construyeron en el siglo pasado. Es el mayor error cometido por el judaísmo desde el rechazo de Cristo. A partir de ahora, a cada judío se le atribuirá un país al que podrá ser devuelto sin poder elevar la menor protesta válida. Pretender que Tierra Santa es su verdadera patria es tanto más ilógico cuanto que, como demuestra la historia, apenas uno de cada diez judíos puede afirmar descender de judíos palestinos y que, desde los primeros tiempos, la Tierra Prometida sólo ha albergado a una pequeña fracción de la población judía mundial. Si sólo se hubiera tratado de una patria espiritual, Jerusalén podría haber representado para el creyente lo que el Vaticano en Roma representa para los católicos. [...] El gobierno israelí se ha erigido en protector de los judíos del mundo. Atacó a la legación checoslovaca durante el juicio de Slanski. Se manifestó delante de edificios americanos en apoyo de

los Rosenberg... Hizo valer sus derechos sobre todos los ciudadanos judíos que vivían fuera de sus estrechas fronteras sin consultarles e incluso contra su voluntad. Practicó una política de discriminación racial contra los 150.000 árabes que vivían en Israel, asignados a vivir en una zona especial, en contra de lo estipulado en la Declaración Balfour, que establecía que no debían violarse en modo alguno los derechos de las comunidades no judías que vivían en Palestina. [...] La solución sionista no resuelve ninguna de las dificultades del problema judío; inflige una enorme herida al judaísmo de la diáspora y lleva agua al molino del antisemitismo” (Dr. A. Roudinesco, *Le Malheur d’Israël*, pp. 182–185). “El futuro del pequeño Estado (judío) de Palestina nos deja perplejos. Todo historiador sabe que Tierra Santa es el punto más neurálgico del globo. Allí ocurrieron los peores dramas de la humanidad. Todos los imperios lucharon entre sí por los Santos Lugares. La Cruz y la Media Luna se enfrentaron en aquellos lugares durante siglos. Los cruzados llegaron y dejaron allí sus huesos, y sólo los mercaderes venecianos se beneficiaron. Las mayores potencias del mundo tienen los ojos puestos en esta franja de tierra, donde convergen las rutas comerciales y estratégicas más importantes del mundo, en medio de los yacimientos petrolíferos más disputados”. (Dr. A. Roudinesco, *ibid.* p. 185) “La cuestión judía no es sólo una cuestión moral, es un problema social y político con infinitas repercusiones. El asunto Dreyfus desgarró y debilitó a Francia. Sin el antisemitismo, Hitler

no habría triunfado en Alemania, y la Segunda Guerra Mundial, que costó sesenta millones de vidas, podría haberse evitado. [...] Contra todo pronóstico, la emancipación legal, la asimilación y el derramamiento de sangre judía en los campos de batalla resultaron ineficaces. El antisemitismo persistió y se intensificó. [...] El destino de Israel sigue sellado en la desgracia”. (Dr. A. Roudinesco, *ibid.*, p.177)

En la práctica, y a pesar de las nobles profesiones de fe democrática, la asimilación ha tropezado con dificultades prácticamente insuperables. Es más, los líderes espirituales del judaísmo mundial se opone ferrozmente a cualquier tipo de intento de asimilación: integración nacional, matrimonios mixtos, conversión, etc.

Por eso, en su libro “*Qu’est-ce que le judaïsme*”, el Dr. Pasmanik escribió: “Hay que elegir entre la vida y la muerte. La muerte es la asimilación consciente, sistemática y deliberada. Pero un pueblo entero nunca decidirá proclamar la muerte como su objetivo vital. Sobre todo cuando sabe que sus valores nacionales han preservado su vitalidad”. (Dr. Pasmanik, *op cit.* p. 97)

En un reciente estudio sobre el antisemitismo, Joshua Jehouda es igualmente categórico: “La asimilación ha conducido al suicidio colectivo de Israel. Ha convertido al pueblo judío, por utilizar la expresión de André Spire, en una polvareda de individuos, indudablemente destinados a desaparecer, incluso sin los golpes masivos del antisemitismo. Si el sionismo político

que surgió como reacción al antisemitismo no hubiera vuelto a despertar la vieja nostalgia mesiánica por Israel, el judaísmo emancipado habría desaparecido en el anonimato entre los pueblos. Una vez más, el mesianismo que el pueblo judío lleva en su corazón le ha salvado del desastre total. La asimilación es el proceso gradual que separa a los judíos de la herencia espiritual de Israel. Proviene de una interpretación errónea de la Revolución Francesa, que otorgó a los judíos dignidad humana sin abolir su ostracismo de la doctrina religiosa del judaísmo”. (Jehouda, *Antisémitisme, miroir du monde*, p. 255)

Añadamos lo siguiente: “La Conferencia de Rabinos Europeos celebrada en Gran Bretaña en 1960 aprobó la siguiente moción: ‘Consideramos nuestro deber solemne advertir a nuestras Comunidades y a cada uno de los hijos e hijas del pueblo judío del terrible peligro de los matrimonios mixtos que destruyen la integridad del pueblo judío y destrozan la vida familiar judía’” (citado por Rabi en *Anatomie du Judaïsme français*, pp. 259–60)

Este rechazo a la asimilación se extiende a todos los detalles de la vida cotidiana, como ha dicho Jacques Madaule, Presidente de Amitiés Judéo–Chrésiennes Internationales: “Un judío puede adoptar la vestimenta y la lengua de los pueblos entre los que está disperso, pero sólo a condición de que siga siendo judío en su corazón y no renuncie a las misteriosas características que lo distinguen de los demás hombres”. (J. Madaule: *Les Juifs et le monde actuel*, p. 23)

En marzo de 1964, el Dr. Goldmann, Presidente de la Organización Sionista Mundial, también llamó la atención de los delegados del congreso de su organización sobre los peligros de la asimilación.

El siguiente artículo de André Scemama en *Le Monde* da fe de ello: “*Jerusalén, 17 de marzo*. El lunes, el doctor Nahum Goldmann pronunció en Jerusalén su primer discurso como ciudadano de Israel. Cabe señalar que el hombre que durante años presidió el destino del movimiento sionista mundial acababa de adquirir la semana anterior la nacionalidad israelí como cualquier otro inmigrante, al aterrizar en el aeropuerto de Tel Aviv. El lunes inauguró la primera sesión del Comité de Acción Sionista, el subcomité de la Organización Sionista Mundial. Insistió una vez más en que el mayor peligro al que se enfrenta hoy el pueblo judío como tal no es el antisemitismo ni la discriminación económica, sino el liberalismo de nuestro tiempo, que permite a los judíos asimilarse al entorno en el que viven. “Desde que salimos de los guetos y las mellahs, la asimilación ha supuesto un inmenso peligro”, afirmó el Dr. Goldmann.

En diciembre de 1964 se celebró de nuevo en Jerusalén el vigésimo sexto Congreso de la Organización Sionista Mundial. Una vez más, el Dr. Goldmann advirtió a los asistentes de los peligros de la asimilación. He aquí algunos extractos del artículo de André Scemama, corresponsal especial de *Le Monde*: “*Jerusalén, 31 de diciembre*. La Organización Sionista Mundial, que dio origen al Estado de Israel, celebra estos días en Jerusa-

lén su vigésimo sexto Congreso; quinientos cuarenta delegados, representantes de las federaciones sionistas de treinta y un países, se han reunido allí [...] De los dos millones y medio de judíos que viven en Israel, unos trece millones están dispersos en diversas comunidades de todo el mundo [...] Lo extraño de esta reunión es que 350 de los 540 delegados son sionistas que no querían vivir en Israel [...] La verdadera preocupación de los dirigentes sionistas ya no era, como antes, atraer a Israel a los judíos de la Diáspora, sino preservar la existencia de su personalidad judía, que corría el peligro de desaparecer en la comodidad de un exilio considerado demasiado liberal”. En su discurso de apertura, el Dr. Nahum Goldmann, Presidente de la Organización Sionista Mundial, se refirió al peligro en estos términos: “Vivimos en un momento en que muchos de nuestros pueblos, los jóvenes en particular, se ven amenazados por un proceso de desintegración, no bajo la influencia de una teoría o ideología deliberada, sino a través de su vida cotidiana y de la falta de una fe capaz de mantener viva su conciencia judía e informar a todos de por qué deben seguir siendo judíos. Si no se detiene este proceso, representará un peligro mayor para la continuidad de la existencia judía que la persecución, la Inquisición, los pogromos y el exterminio en el pasado”. (*Le Monde*, 1 de enero de 1965)

8 – Un Estado dentro de otro Estado

Por su negativa a convertirse y su incapacidad o falta de voluntad para asimilarse, los judíos, considerados globalmente dondequiera que vivieran como una minoría en el corazón de las naciones, constituían un Estado dentro del Estado, un “verdadero *Imperium in imperiis*”, como lo describió Wickham Steed en *The Hapsburg Monarchy* (p. 179), incluso cuando gozaban de todos los derechos de ciudadanía: “No es sólo hoy, sino desde el principio de su existencia que los judíos han sido considerados como un cuerpo extraño, incluso cuando gozaban de todos los derechos de ciudadanía [...] No es sólo hoy, sino desde el principio de su existencia que los judíos han sido considerados como un cuerpo extraño, una espina en la carne de la humanidad. A lo largo de miles de años, ha sido tan imposible eliminarlos por métodos brutales como asimilarlos por la bondad”. (*Mémoire de la Commission théologique de l’Oeuvre Évangélique Suisse*, octubre de 1938, citado por Jules Isaac en *Genèse de l’Antisémitisme*, p. 29). “Los judíos de la Diáspora, aunque dispersos por tres continentes y tres civilizaciones, representaban un solo pueblo, unido por una religión, una lengua y una ley. Se habían organizado como un ‘estado den-

tro de los estados' con el permiso de los diversos gobiernos gentiles de los países en los que vivían". (Max I. Dimont: *Les Juifs, Dieu et l'Histoire*, p 262)

En consecuencia, incapaz de echar raíces, Israel vive entre los pueblos como un extranjero, y el judaísmo que profesa lo separa del mundo a través de su religión, su nacionalismo y sus tradiciones: "Así, debido a su propio nacionalismo, el judaísmo se aísla del mundo exterior. Crea automáticamente su propia cultura y su gueto étnico. Por eso es imposible ser judío y ciudadano de otra nación al mismo tiempo. No se puede rezar "el año que viene en Jerusalén" y a la vez permanecer en Londres o en cualquier otro lugar". (A. Koestler citado por J. Jehouda, en *L'Antisémitisme, Miroir du Monde*, p. 268)

Daremos tres ejemplos concretos extraídos de momentos muy diferentes de la historia, que muestran la determinación de los judíos de vivir apartados entre las naciones: Abramos primero la Biblia en el *Libro de Ester*. La escena tiene lugar en el siglo V a.C. En el capítulo XIII, 4 –5, leemos la carta enviada por el rey Artajerjes (Asuero) a todos sus gobernadores de las provincias: "Amam me dijo que hay un pueblo esparcido por todo el mundo que rechaza todas las leyes y actúa contra las costumbres de todas las naciones, despreciando constantemente las órdenes de los reyes, y que viola en su oposición la concordia de todas las naciones".

En su libro *El antisemitismo y el misterio de Israel*, F. Lovski cita el mismo pasaje de la Biblia de Jerusalén:

“Amam nos denunció como un pueblo rebelde, diseminado entre todas las tribus del mundo, en oposición a todas las naciones a causa de nuestras leyes, y despreciando constantemente las órdenes reales hasta el punto de convertirse en un obstáculo para el gobierno del que eran responsables a satisfacción general”. Y continúa, siempre según la *Biblia*: “Considerando que dicho pueblo, único en su especie, está en todas partes en conflicto con el resto de la humanidad, que se diferencia del resto del mundo por un sistema de leyes ajeno, que es hostil a nuestros intereses y comete los peores crímenes hasta el punto de amenazar la estabilidad de nuestro reino; por todas estas razones ordenamos que todo este pueblo [judío]... sea radicalmente exterminado [...] para que [...] la estabilidad y la tranquilidad del Estado queden así aseguradas” (*Libro de Ester*, XIII 4–7). “No es necesario comentar largo y tendido –añade Lovsky– ¿no oímos palabras similares y leímos las mismas explicaciones hace menos de veinte años?”. (F. Lovsky, *op. cit.*, p. 97)

Retrocedamos mil años, hasta la época merovingia. San Avito, obispo de Clermont–Ferrand, dijo a los judíos: “Quedaos con nosotros y vivid como nosotros, o marchaos cuanto antes. Devolvednos nuestras tierras en las que sois extranjeros; libradnos de vuestro contacto, o si os quedáis aquí, compartid nuestra fe”. (F. Lovsky, *ibid.* p. 182)

Demos un salto de otros mil quinientos años hasta la Rusia soviética. La patria del internacionalismo marxista, en cuyo nacimiento la raza judía desempeñó

un papel tan importante: la propia Rusia soviética no puede tolerar esta forma de particularismo nacionalista, que en realidad disfraza un internacionalismo rival, que pretende escapar de las leyes soviéticas: “El Estado totalitario es particularmente ‘alérgico’ a cualquier vínculo internacional o pensamiento de este tipo que escape a su control. Por eso, los dirigentes soviéticos consideran absolutamente inadmisibles que los judíos de la URSS, asimilados o no, se sientan unidos a judíos extranjeros, y que estos judíos extranjeros crean tener derecho a pedir explicaciones al gobierno soviético sobre la forma en que se trata a sus correligionarios soviéticos.

“Las dos causas principales de la política antijudía desde Stalin no han sido eliminadas: En primer lugar, en todas las repúblicas que componen la Unión Soviética sigue existiendo la tendencia a considerar al judío como un nacionalista extranjero, mientras se pretende creer que ha sido asimilado. Y, en segundo lugar, una atmósfera de sospecha rodea a los judíos soviéticos, especialmente por sus vínculos emocionales con Israel y con el resto del judaísmo mundial”. (F. Fejtő: *Les Juifs et l'Antisémitisme*, pp. 31 y 263)

Si tomamos como punto de partida la afirmación de Fejtő, cuyas observaciones se basan en diversas pruebas publicadas en la obra antes citada, nos damos cuenta de que, aunque la Constitución soviética no es explícitamente antisemita, en la práctica la URSS aplica a los judíos un estatuto que tiende cada vez más a parecerse al que las monarquías cristianas habían im-

puesto habitualmente en Europa, con la diferencia, sin embargo, de que entonces la discriminación era casi exclusivamente religiosa, y que ahora es a la vez racial, cultural y nacional: racial, en virtud de la denominación “judío” que figura en los pasaportes y documentos de identidad de las personas; cultural, por el hecho de que algunas de las universidades están cerradas a los judíos; y nacional, por que es difícil para los judíos obtener altos cargos de responsabilidad.

Junto a esta discriminación, en Rusia y en países satélites crece la tensión entre la población autóctona y los judíos, considerados extranjeros.

Hasta ahora, la integración ha fracasado por completo en la patria del socialismo; los judíos se niegan a asimilarse y no se han instalado en el Birobidjan, la provincia de Mongolia del Norte que les había ofrecido Lenin. Por otra parte, la Rusia soviética no parecía querer permitirles emigrar a Israel, que los judíos aceptaban cada vez más como su patria cultural.

Así, a lo largo de un período de dos mil quinientos años, bajo diferentes razas, diferentes costumbres, diferentes actitudes y diferentes religiones, bajo el paganismo persa, bajo el catolicismo de la Edad Media, como bajo el estado totalitario anticristiano del siglo XX, el problema judío sigue siendo idéntico en su forma hasta el día de hoy, desde el comienzo de la dispersión de Israel entre las naciones.

Extranjero entre los pueblos, resistiéndose a la conversión y a la asimilación, constituyendo un Estado

dentro del Estado, el judío se esfuerza incansablemente por judaizar a las naciones.

En su libro *Les Juifs et le monde actuel*, Jacques Madaule muestra que Lutero, al principio de la Reforma, empezó defendiendo a los judíos, pero que no tardó en cambiar de actitud hacia ellos, pues dice: “No fueron los judíos los que se hicieron protestantes, sino los protestantes los que se judaizaron”. (J. Madaule, p. 171)

Karl Marx va aún más lejos y explica: “El judío se emancipó a la manera judía, no sólo haciéndose dueño del mercado monetario, sino porque, gracias a él y a través de él, el dinero se convirtió en una potencia mundial y el espíritu práctico judío fue adoptado por los pueblos cristianos. Los judíos se emanciparon en la medida en que los cristianos se convirtieron en judíos. Así contribuyeron considerablemente a hacer del dinero el medio, la medida y el fin de toda actividad humana”. (Marx, citado por Salluste en: *Les origines secrètes du Bolchevisme*, p. 285)

Para Alfred Nossig, los judíos tienen una misión histórica que cumplir: “La comunidad judía es más que un pueblo en el sentido político moderno del término. Es depositaria de una misión histórico-mundial, incluso diría que de una misión cósmica. En la visión de nuestros antepasados no era fundar un grupo humano, sino un orden mundial que guiara a la humanidad.... *Gesta naturae per Judeos* es la fórmula de nuestra historia. Y se acerca el momento de su cumplimiento”. (A. Nossig: *Integrales Judentum*, pp. 1–5)

Elie Faure, sobre el mismo tema, escribió: “Tarde o temprano deben tener razón, contra todos los hombres. Tarde si es necesario, y en la sombra y en silencio, mientras el triunfo, un triunfo insaciable, esté al final. ¿Tarde? ¡Como sea! Al final de los tiempos. (Elie Faure: *La Question Juive*, p.82)

Max I. Dimont concluye su libro *Les Juifs, Dieu et l'Histoire* con estas palabras: “... los dos tercios del mundo civilizado ya se rigen por las ideas de los judíos Moisés, Jesús, Pablo, Spinoza, Marx, Freud, Einstein”. (*op. cit.* p. 419)

El judío a menudo retiene sólo el aspecto puramente temporal de las promesas de la Alianza y de los Profetas, aspecto que ha conformado su educación, aunque sea agnóstico, y que le anima a perseguir el disfrute inmediato de la felicidad terrenal. Por eso la Iglesia llamó “carnal” al carácter de Israel, en contraposición al carácter espiritual del cristianismo. Esta interpretación casi exclusivamente carnal de la Alianza enfrentó desde el principio a la Sinagoga con la Iglesia. “Las formas más antiguas del judaísmo no saben nada del otro mundo. Por eso la felicidad y la infelicidad sólo pueden ser de este mundo. Cuando Dios quiere castigar o recompensar, debe hacerlo en el curso de la vida del hombre. Los justos, por tanto, prosperan aquí abajo, y los malvados sufren su castigo aquí abajo. (Werner Sombart: *Le Juif et le Capitalisme moderne*, pp. 214–215) “El ideal del monoteísmo hebreo es la felicidad de la humanidad en esta tierra. La Biblia nunca habla de una vida futura, y sabemos el poco valor que

los héroes de Homero concedían al Hades. En ambos casos, se trata de alcanzar la felicidad en la tierra: para los primeros, mediante la justicia y la fraternidad; para los segundos, mediante la belleza y la libertad...”. (Dr Pasmanik: *Qu’est-ce que le Judaïsme*, pp. 18–29) “El más allá no existe como tal”, dice Elie Faure. Se haya dicho lo que se haya dicho, Israel nunca ha creído en la vida después de la muerte, salvo justo en el momento de su decadencia, y quizá también dentro del cabalismo esotérico reservado a unos pocos iniciados. ¿Alguna vez pensó Israel en ello? Todo es natural en el mundo, incluido Dios, que en última instancia se convierte en Espíritu. La Alianza es un contrato bilateral, absolutamente preciso y positivo. Si el judío obedece, el mundo se convertirá en su imperio. De hecho, esta es su forma de actuar. Se presta a grandes intereses. Israel es ferozmente realista. Quiere una recompensa para los que llevan una buena vida y un castigo para los que siguen malos caminos. Ninguno de sus grandes profetas difiere en este punto. Elías, Isaías, Jeremías y Ezequiel exigen airadamente la justicia de Dios en la tierra, y si no desciende es porque el hombre no la merece. San Pablo tuvo que recurrir a una verdadera prestidigitación para aplazarla hasta después de la muerte”. (Elie Faure: *La Question Juive*, pp. 83–84) “La filosofía del judío era simple... teniendo ante sí un cierto número de años, quería aprovecharlos al máximo, y pedía, no una recompensa moral, sino placeres materiales para embellecer su existencia y hacerla confortable. Como no existía el cielo, sólo podía esperar de Dios favores

tangibles a cambio de su fidelidad y piedad; no vagas promesas, buenas para los que buscan el más allá, sino resultados tangibles que produjeran un aumento de fortuna y bienestar...”. (Bernard Lazare: *L’Antisémitisme*, pp. 278–79)

Convencido de que es el pueblo elegido destinado a poseer el mundo entero como un imperio en el que implantar su ideal de vida, el pueblo judío sueña con un reinado terrenal en el que los judíos regirán la vida social, económica y política de las naciones. Y mientras el cristianismo difunde su mensaje espiritual universal a todos los pueblos, respetando sus legítimas tradiciones, el judaísmo pretende imponerse como única norma y reducir el mundo a los valores judíos, como muy bien lo expresa Georges Batault en el siguiente texto: “Esencialmente inadaptados, y hasta cierto punto inadaptables en la nación a la que legalmente pertenecen, los judíos tienden instintiva y fatalmente a reformar y transformar las instituciones nacionales, para adaptarlas lo más perfectamente posible a ellos mismos y a los fines que persiguen; fines que son en primer lugar prácticos, pero en segundo lugar y sobre todo mesiánicos. El objetivo imperial final, a pesar de las pruebas y los fracasos, sigue siendo el triunfo de Israel y su reinado sobre un mundo de subyugados y pacificados: la profecía de Isaías interpretada al pie de la letra [...] Tienen una simpatía innata por todo lo que tiende a desintegrar y disolver las sociedades tradicionales, las naciones y los países. [...] Los judíos tienen amor y sentido de la humanidad, entendida como

un agregado de individuos abstractos tan semejantes entre sí como sea posible, liberados de la rutina de la tradición y liberados de las “cadenas” del pasado, desnudos y desarraigados, entonces disponibles como materiales humanos para las empresas de los grandes arquitectos del futuro, que finalmente construirán, sobre los principios de la Razón y la Justicia, la Ciudad Mesiánica sobre la que reinará Israel. [...] El poder de los judíos está en proporción inversa al de los Estados que los acogen, y por eso trabajan instintivamente para arruinar el poder del Estado, hasta que consiguen esclavizarlo y dominarlo.” (Georges Batault: *Israël contre les Nations*, pp. 107–109 y 175)

El mesianismo judío, que pretende ser universal en espíritu, no es en realidad, como muestra Batault, más que *una forma disfrazada de imperialismo*: “El universalismo se funde aquí absolutamente con el imperialismo: el ideal propuesto es el panisraelismo, el panjudaísmo. En este sentido, se podría argumentar que el pangermanismo, por ejemplo, que pretendía someter al mundo “por su bien mayor”, a los ideales de la *Kultur*, es también una doctrina con tendencias universalistas. Pero este universalismo, repito, es pura y simplemente imperialismo político, social y religioso”. (Georges Batault: *El problema judío*, p. 133)

Para estar seguros de ello –prosigue Batault– sólo tenemos que seguir la guía de la descripción de los tiempos mesiánicos según el *Deutero-Isaías*, de Isidore Loeb: “Las naciones se reunirán para presentar sus respetos al pueblo de Dios: toda la riqueza de las na-

ciones pasará al pueblo judío; caminarán detrás del pueblo judío encadenados como cautivos y se inclinarán ante ellos; sus reyes criarán a sus hijos, y sus princesas serán las nodrizas de sus hijos. Los judíos mandarán a las naciones; convocarán a pueblos que ni siquiera conocen, y pueblos que no los conocen vendrán corriendo hacia ellos. Las riquezas del mar y las riquezas de las naciones vendrán por sí mismas a los judíos. El pueblo y el reino que no sirvan a Israel serán destruidos...”. (Isidore Loeb: *La littérature des pauvres dans la Bible*; pp. 219–20) “En cuanto al resultado final de la revolución mesiánica, será siempre el mismo: Dios derrocará a las naciones y a los reyes y hará triunfar a Israel y a su Rey: las naciones se convertirán al judaísmo y obedecerán la Ley, o bien serán destruidas, y los judíos serán los amos del mundo. [...] El sueño internacionalista del judío es la unificación del mundo por la ley judía bajo la dirección y el dominio del pueblo sacerdotal... el imperialismo generalizado. Esto no impide a M. Loeb, como a los Sres. Darmesteter, Salomon Reinach o Bernard Lazare y tantos otros, considerar esta concepción como la de la fraternidad universal.” (G. Batault: *Le Problème Juif*, pp. 133–35)

Imbuidos de este papel mesiánico, son sin embargo incapaces de imponer abiertamente su voluntad a las naciones cristianas antiguas. No tienen nada que envidiar a la caballería medieval y a sus protagonistas, como Du Guesclin, San Luis, San Francisco de Asís o Ricardo Corazón de León. Sin embargo, en ciertos ámbitos poseían cualidades y capacidades excepciona-

les, como demuestra este notable pasaje: “Su despiadado poder de análisis —dice Elie Faure— y su irresistible sarcasmo actuaban como vitriolo [...] De Maimónides a Charlie Chaplin, el rastro es fácil de seguir, aunque la circulación del espíritu judío es, por así decirlo, etérea, y su poder de desintegración sólo se percibe después de su paso... [...] Freud, Einstein, Marcel Proust y Charlie Chaplin han abierto prodigiosas avenidas en todas direcciones dentro de nosotros mismos, derribando los muros del edificio clásico greco-latino y católico, dentro del cual la ardiente duda del alma judía había esperado cinco o seis siglos el momento oportuno para esta demolición. “Porque hay un hecho notable: parece ser su papel de agente del escepticismo, que surgió primero del completo silencio que envolvía la acción del espíritu judío en la Edad Media, silencio que fue roto por unas pocas voces a partir del Renacimiento y que ahora está cubierto por un poderoso tumulto. Perdidos en las profundidades de la masa de las sociedades cristianas occidentales, ¿qué otra cosa podían haber hecho los judíos, silenciados durante quince siglos, que negar por cristianismo de Montaigne, el cartesianismo por Spinoza, el capitalismo por Marx, el newtonismo por Einstein, y, si se quiere, el kantismo por Freud, con la esperanza de que de esta misma negación surgiera, poco a poco, un nuevo edificio profundamente marcado por un intelecto siempre entrenado para desviar lo sobrenatural del horizonte del hombre, y para buscar, entre las ruinas de la moral y de la inmoralidad, los materiales y los medios de un nuevo espiritualismo? A pesar de los motivos de esperanza que acumuló en si-

lencio, ¿podría considerarse al judío otra cosa que como un destructor, armado con la duda corrosiva con la que Israel siempre se ha opuesto al idealismo sentimental de Europa desde la época de los griegos?

En realidad, lo han puesto todo de nuevo en tela de juicio: la metafísica, la psicología, la física, la biología, las pasiones...”. (Elie Faure: *La Question Juive*, p. 90) “La misión histórica del judío ha quedado claramente definida, quizá para siempre. Será el factor principal de cualquier época apocalíptica, como lo fue al final del mundo antiguo y como lo es hoy, al final del mundo cristiano que estamos viviendo. En esos momentos, los judíos estarán siempre a la vanguardia, tanto en el derribo del viejo edificio como en el trazado del terreno y los materiales para la nueva estructura que ha de reemplazarlo. Esta cualidad dinámica es la marca de su extraordinaria grandeza y, quizás también, como debemos admitir, de su visible impotencia. [...] El judío destruye todas las viejas ilusiones, y si, como San Pablo al principio, o Karl Marx hoy, desempeña un papel mayor que cualquier otro en la construcción de la nueva ilusión, precisamente por su eterna sed de verdad que sobrevive al resultado de todas las batallas políticas o religiosas, su destino es introducir en esta nueva ilusión el gusano roedor que a su vez la socavará. El patriarca que en la antigüedad aceptó conducir la conciencia humana a través de las luminosas extensiones del saber no está dispuesto a deponer su formidable carga”. (Elie Faure, *ibid.* p.97)

9 – El antisemitismo

A primera vista, puede parecer paradójico que el pueblo que primero difundió la idea del Dios único del que brota el cristianismo, y que en su historia de “Pueblo de Dios”, que contó con tantos profetas y hombres notables, ha sido objeto de un rechazo permanente y general, e incluso de un odio, conocido como antisemitismo.

A lo largo de la historia del enfrentamiento entre el judaísmo y el cristianismo, los judíos no han dejado de atribuir al cristianismo la responsabilidad de esta actitud. “El antisemitismo cristiano –como nos dice Jules Isaac– al estar apoyado por la Iglesia, tiene un carácter oficial, sistemático y coherente, que nunca tuvo el antisemitismo pagano anterior. Se basa en la teología y se nutre de ella... [...] Se diferencia del antisemitismo pagano, que adopta invariablemente la forma de una reacción espontánea, sólo por excepción bien organizada y ordenada, en que persigue un objetivo muy preciso, el de hacer odiosos a los judíos, y debe su éxito en esta realización a un plan de acción que se ha revelado infinitamente más dañino que el del antisemitismo pagano.” (Jules Isaac: *Genèse de l'Antisémitisme*, p. 129)

Lo mismo opina Joshua Jehouda, que escribe: “La obstinada pretensión cristiana de ser el único herede-

ro de Israel propaga el antisemitismo. Este escándalo debe terminar tarde o temprano; cuanto antes lo haga, antes se librará el mundo de la red de mentiras bajo la que se esconde el antisemitismo”. (Joshua Jehouda, *L’Antisémitisme, Miroir du monde*, p. 136)

Sin embargo, para quienes intentamos comprender el problema judío en toda su complejidad a través de los tiempos, sería inútil tratar de reducirlo a una visión tan simplista, sesgada y despectiva, porque todos los historiadores, judíos o no, están de acuerdo en que el antisemitismo existía mucho antes del cristianismo.

El Dr. Roudinesco escribió: “El odio al judío es muy antiguo; apareció antes de la era cristiana, tan pronto como los israelitas entraron en contacto con otros pueblos. El antijudaísmo ha florecido en todos los climas y en todas las épocas; es el único fenómeno histórico que ha resistido la prueba del tiempo. [...] El término antisemitismo es moderno y tiene una connotación ética” (A. Roudinesco: *Le Malheur d’Israël*, p. 11). “El antisemitismo se remonta a mucho antes del cristianismo —dice el famoso antropólogo francés Vacher de Lapouge— y si se tiene en cuenta que existía al menos quince siglos antes de la era actual, es difícil considerar la agonía de Cristo como la única causa del odio del que han sido objeto (los judíos) por parte de los cristianos...”. (Vacher de Lapouge: *Les Sélections sociales*, curso impartido en la Universidad de Montpellier, 1888–89, pp. 465–67)

De hecho, muchos sociólogos creen que otras causas, inherentes al carácter de los propios hebreos, es-

tán en la raíz del fenómeno del antisemitismo. Así lo demuestran los dos autores judíos Bernard Lazare y Elie Faure: “Una opinión tan universal como el antisemitismo, que ha florecido en todos los lugares y en todas las épocas, antes y después de la era cristiana, en Alejandría, Roma, Antioquía, Arabia y Persia, en la Europa medieval y moderna, en una palabra, en todas las partes del mundo donde ha habido y sigue habiendo judíos, me pareció que tal opinión no podía ser el resultado de un capricho o de un capricho perpetuo, sino que debía haber razones profundas y serias para su aparición y permanencia”. (Bernard Lazare: *L'Antisemitisme*, prefacio)

Allí donde los judíos se establecieron, después de haber dejado de ser una nación dispuesta a defender su libertad y su independencia, observamos el desarrollo del antisemitismo o más bien del antijudaísmo, pues el término antisemitismo es un término inadecuado, que sólo hoy tiene su razón de ser... [...] Si esta hostilidad, esta repugnancia hacia los judíos sólo hubiera aparecido una vez, en un solo país, sería fácil atribuir este sentimiento a causas puramente locales. Pero esta raza ha sido objeto de odio para todas las naciones en las que se ha asentado. Dado que los enemigos de los judíos pertenecían a razas diferentes, estaban situados en territorios muy alejados unos de otros, gobernados bajo leyes diferentes y por principios opuestos, no tenían las mismas costumbres y eran de mentes diferentes, y por lo tanto obviamente no podían tener el mismo juicio sobre ningún tema, se deduce que las

causas generales del antisemitismo deben necesariamente haber venido siempre del propio Israel, y no de aquellos que se le oponían”. (Bernard Lazare, *ibid.*, p. 78) “¿Qué virtudes o vicios le han valido a Israel esta enemistad universal? ¿Por qué fue maltratado y odiado idéntica y sucesivamente por los habitantes de Alejandría, por los romanos, por los persas y los árabes, por los turcos y por las naciones cristianas? Porque en todas partes, incluso hoy, el judío es un ser asocial. [...] ¿Por qué era antisocial? Porque era intolerante, y su intolerancia era tanto política como religiosa, o más bien porque se aferraba firmemente a su propio sistema político y a su culto religioso, a su ley.” (*ibid.* p. 9) “La persecución antisemita —escribe Elie Faure— nunca ha cesado. Procede de causas externas y no sólo, como se alega con demasiada frecuencia, de la acción teocrática, de la acusación que precede a los judíos en todas partes de haber crucificado al Dios que habían dado a Europa y al que no querían. Están poseídos por una angustia eterna, que los aleja de los demás pueblos de la tierra; trastorna sus costumbres, devasta sus modos más probados y disloca sus antiguas estructuras morales... [...] Su angustia se expresa en una insatisfacción constante, en una recriminación obstinada, en una necesidad de convencer que les tortura como un prurito y que sólo les fue dada cuando no podían reivindicar la dominación política, y en una agitación intelectual, por lo que se vieron abocados a criticarlo todo, a juzgarlo todo, a menospreciarlo todo, lo que les acarreó automáticamente la doble tiranía de

la persecución y el exilio. Esto no es nada nuevo. Y no empezó con Cristo. Habían enfurecido tanto a los egipcios que tuvieron que huir en masa de Egipto. Los persas estaban tan cansados de ellos que les animaron a regresar a su país. Los romanos, a quienes no interesaban los problemas morales y cuya firme tolerancia garantizaba la paz religiosa en todas partes, sofocaron sus furiosas quejas y sus furiosos anatemas con la sangre de sus degollados. Pilatos les entregó a Cristo para librarse de ellos. Digámoslo así: molestaban a todo el mundo. Pero quizá ahí radique su grandeza. Se negaron a callar y a perderse en los pantanos del sopor. En todas partes han mostrado una obstinación invencible en negar su entorno, tanto si arrastrados de cautiverio en cautiverio, enviados de exilio en exilio, si este entorno les era impuesto como si ellos mismos lo elegían libremente. Y esta obstinación no terminará, imagino, antes de que haya desaparecido el último de ellos... Por lo tanto, no es de extrañar que, desde los tiempos más remotos hasta nuestros días, los judíos hayan suscitado en todas partes una hostilidad abierta o velada, que se ha expresado prácticamente a todos los niveles, desde el antisemitismo puramente especulativo, hasta las masacres más atroces...". (Elie Faure: *La cuestión judía*)

Renan, que difícilmente puede ser calificado de hombre con "complejo de cristiano" o de trastornado mental en términos psiquiátricos modernos, como al parecer piensa Joshua Jehouda que es el caso de todos los que no admiran al pueblo judío (*L'Antisémitisme, Miroir du monde*, pp. 72-73), no es menos explícito a

este respecto: “El odio a los judíos era, por lo demás, un sentimiento tan generalizado en el mundo antiguo que no había necesidad de espolearlo. Este odio marca una de las líneas divisorias que nunca podrán salvarse en la raza humana. Se debe a algo más que a la raza. No puede estar carente de razón el hecho de que el pobre Israel haya pasado su vida como pueblo siendo continuamente masacrado. Cuando todos los pueblos y en todas las épocas te han perseguido, debe haber una razón detrás de ello. [...] El judío, hasta el día de hoy, se ha insinuado en todas partes, invocando la protección del derecho común, pero en realidad permaneciendo fuera del derecho común. Conservaba su propio estatuto; quería tener las mismas garantías que los demás, y encima sus propias excepciones y leyes especiales. Quería los beneficios de las naciones sin ser una nación y sin ayudar a soportar la carga de las naciones. Ningún pueblo ha sido capaz de tolerar esto. Las naciones son creaciones militares fundadas y mantenidas por la espada; son obra de campesinos y soldados; el judío no tuvo nada que ver con su establecimiento. Ahí reside el gran engaño de las pretensiones de Israel. Un extranjero tolerado puede ser útil a un país, pero sólo a condición de que el país no se deje invadir por el extranjero en cuestión. No es justo reclamar derechos de herencia en una casa que uno no construyó, como esos pájaros que van a instalarse en un nido que no es suyo, o como esos crustáceos que roban el caparazón de otra especie”. (Ernest Renan, *L'Antéchrist*, pp. 126–127)

Es preciso señalar que la palabra “antisemitismo” es en sí misma incorrecta, ya que muchos pueblos semitas, como los árabes y los egipcios, son o han sido “antisemitas” en el sentido habitual del término. Como hemos demostrado, el antisemitismo ha existido durante más de tres mil años en muchas formas diferentes:

Hubo antisemitismo en Egipto, según consta en la Biblia;

Había antisemitismo en Persia, como se describe en *el libro de Ester* ;

Había antisemitismo en Grecia;

Hubo antisemitismo en Alejandría, liderado por el famoso polemista Appio ;

Hubo antisemitismo en Roma, que contó entre sus filas con algunos de los hijos más famosos de la Ciudad Eterna: Cicerón, Tácito, Séneca, Juvenal y otros: “Qué glorioso es para el antisemitismo poder inscribir en su lista de honor los nombres de Séneca, Juvenal y Tácito...”, escribe Jules Isaac en su *Genèse de l'Antisémitisme*.

Y añade: “Tácito es indiscutiblemente la joya más noble de la corona del antisemitismo de todos los tiempos”. (J. Isaac, *Ibid.* pp. 114–115). Existía, por tanto, una forma general de antisemitismo pagano. El antisemitismo religioso ha sido igual de diverso. El mundo ha conocido:

Antisemitismo zoroástrico;

Antisemitismo gnóstico y maniqueo;

Antisemitismo ortodoxo;

Antisemitismo musulmán;

Antisemitismo protestante.

A propósito del último citado, quizá nadie utilizó un lenguaje más violento que Lutero.

Pero entre los protestantes, el adversario más formidable al que tuvo que enfrentarse la Sinagoga, según Massoutié, fue John Andrew Eisenmenger (1654–1704), profesor de lenguas orientales en la Universidad de Heidelberg. Del libro de Eisenmenger *El judaísmo desenmascarado* se desprende que: “Los antisemitas, en Alemania y a su vez en otros países, han desenvainado hasta hoy la mayor parte de sus armas contra la Sinagoga... [...] En su obra, Eisenmenger se ha esforzado por mostrar sobre todo hasta qué punto divergen en muchos puntos el judaísmo y el cristianismo, estas dos religiones que, al principio, sólo se diferenciaban entre sí por una sombra de sentido”. (L. Massoutié: *Judaïsme et hitlerisme*, pp. 138–39)

Pero quizá sea aún más extraordinario el fenómeno del antisemitismo político y filosófico. Las páginas de la historia dan testimonio de :

el antisemitismo racionalista de Voltaire;

antisemitismo socialista con Toussenel;

antisemitismo racial con Hitler;

antisemitismo nacionalista y patriótico en prácticamente todos los países, y por último

antisemitismo económico, también universal.

Y finalmente, lo más increíble de todo, nos enfrentamos al antisemitismo soviético.

En resumen, cada país y cada época ha experimentado a su vez el antisemitismo de una forma u otra, a veces subyacente, a veces establecido por ley, a veces estallando en furiosas erupciones sangrientas. Y durante tres mil años se han intentado todas las soluciones imaginables para resolver el problema judío:

coexistencia pacífica;

conversión;

segregación y gueto;

expulsiones;

pogromos;

emancipación política;

asimilación;

matrimonios mixtos;

numerus clausus;

la espuela y la estrella amarilla;

y, por último, las soluciones más recientes que se han probado han sido:

racismo;

marxismo.

Todas estas soluciones han resultado ineficaces.

El Dr. Roudinesco señala: “El antisemitismo apareció desde el primer momento en que los judíos entraron en contacto con el resto del mundo; ha persistido a lo largo de los siglos hasta nuestros días. Ha resis-

tido revoluciones políticas, transformaciones sociales y evoluciones mentales. Sigue siendo tan activo hoy como lo fue en el pasado; ha adoptado diferentes formas, dependiendo de las ilusiones particulares de cada época; a menudo ha cambiado de nombre, pero su carácter ha seguido siendo el mismo. No hay motivos para esperar que desaparezca. Si medimos su poder por el número de sus víctimas, tenemos que admitir que se ha intensificado. La carnicería de Alejandría, las masacres de la Edad Media, los pogromos rusos y polacos son insignificantes comparados con los recientes exterminios bajo Hitler... [...] La cuestión judía no se limita al orden moral; es un problema social y político con infinitas repercusiones. El asunto Dreyfus desgarró y debilitó a Francia. Sin el antisemitismo, Hitler no habría triunfado en Alemania, y la Segunda Guerra Mundial, que costó sesenta millones de vidas, podría haberse evitado. [...] Contra todo pronóstico, la emancipación legal, la asimilación y la sangre judía derramada en los campos de batalla resultaron ineficaces. El antisemitismo persistió y se intensificó. El destino de Israel sigue sellado en la desgracia”. (Dr. A. Roudinesco: *Le Malheur d’Israël*, pp. 173, 177)

Los judíos tienden a verse a sí mismos como las víctimas inocentes del odio del mundo, pero la mayoría de las medidas defensivas adoptadas contra ellos en Occidente —todo lo que consideran manifestación de prejuicios, intolerancia, odio y antisemitismo— se han tomado prestadas de la legislación judía y se han vuelto contra sus autores.

La intolerancia religiosa era desconocida en las sociedades paganas: “Cada pueblo tenía sus dioses particulares y reconocía la soberanía legítima de las divinidades extranjeras sobre otros países”. (Elie Benamozegh, *Israël et l'Humanité*, p. 21)

Sólo los judíos profesaron en la Antigüedad un exclusivismo religioso libre de todo compromiso, como explica detalladamente Georges Batault en el siguiente pasaje: “Ciertas historias apologéticas han privilegiado durante demasiado tiempo la idea de que los paganos detentaban el monopolio de la intolerancia y la persecución religiosa. Nada más lejos de la realidad; la erudición moderna y la historia imparcial han hecho plena justicia a esta afirmación. La intolerancia, derivada directamente del exclusivismo religioso de los israelitas, es una invención puramente judía heredada por el cristianismo, que la transmitió al mundo moderno. [...] El pueblo elegido trajo consigo, sin embargo, algo que iba a tener un destino prestigioso en el futuro dentro del mundo occidental: una concepción rigurosa y fuerte de la divinidad, y una fe orgullosa, inquebrantable y fanática en la omnipotencia de un Dios autoritario, exclusivo y celoso, y en la virtud omnímoda de una ley meticulosa y sofisticada. [...] Mientras la civilización alejandrina, heredera de Grecia y de todas las civilizaciones mediterráneas, bajo la égida del genio militar y político de Alejandro, regalaba al mundo las artes, las ciencias y las más altas especulaciones filosóficas, los judíos, que empezaban a extenderse por esta especie de inmensa “inter-nación” formada por

el mundo helénico, le regalaban un celoso monoteísmo, un ritualismo excluyente y la intolerancia religiosa. Nociones desconocidas hasta entonces, pero cuyo alcance e influencia serían más tarde inigualables [...] El judaísmo no sólo era una creencia exclusiva que contradecía las creencias y los arraigados sentimientos de tolerancia de los paganos, sino también una ley exclusiva y tiránica que contradecía sus costumbres, sus hábitos, su moral y, en particular, su conmovedor sentido de la hospitalidad... El exclusivismo judío se reflejaba en el día a día de la vida cotidiana por mil hechos perceptibles, por su negativa a comer con paganos, a participar en sus juegos y en sus ejercicios, y también a servir bajo sus estandartes, por la autonomía legal y por los matrimonios separados. [...] Dondequiera que se establecieron grandes colonias judías, voluntaria o involuntariamente, en medio de poblaciones griegas o helenizadas, los judíos inevitablemente adoptaron y conservaron una apariencia exótica. Puede que hablaran y escribieran griego, y que se organizaran a la manera griega, pero su estrecha solidaridad y su aislamiento social y jurídico, cuyo alcance y consecuencias exageraba la malignidad, les hacía sentirse extraños a griegos y romanos, “más distantes de nosotros —decía Filóstrato— que Susa, Bactra o la India”. [...] Para las mentes tan abiertas, comprensivas y tolerantes de los Antiguos, el exclusivismo judío parecía una monstruosidad: la intolerancia, esta invención y virtud de los judíos, les resultaba totalmente incomprensible. En la época helenística, era perfectamente concebible que

existiera un Dios único, adorado en todas partes bajo diversos nombres y atributos, pero no era concebible que este Dios único fuera precisamente y exclusivamente el de los judíos... [...] Contrariamente a lo que la gente tiende a creer con demasiada frecuencia, lo que los judíos introdujeron en el mundo no fue una concepción internacional y universal o una concepción metafísica del monoteísmo, que normalmente surgía del estado político de la época y de las especulaciones de la filosofía griega, sino la concepción del monoteísmo exclusivo de Yavhé, el Dios celoso y tiránico. [...] Por una singular ironía del destino, cuando dos veces, primero con el cristianismo, luego con el islam, el Dios exclusivo y celoso de los judíos triunfó con sus compañeros inseparables, la intolerancia y el fanatismo, se volvió contra el pueblo elegido y aumentó su miseria”. (Georges Batault: *Le Problème Juif*, pp. 60, 63, 64, 65, 85).

La intolerancia que los judíos acusaban amargamente al cristianismo de practicar contra ellos tenía sus raíces, como veremos, en conceptos esencialmente judaicos: “Ahora podemos ver cómo las fuerzas que configuraron la historia judía en la Alta Edad Media comenzaron con dos paradojas. Los judíos no sólo eran los únicos no cristianos que quedaban en todo el mundo cristiano, sino que, extrañamente, vivían libres, fuera del sistema feudal, en una época en que los gentiles estaban prisioneros dentro de él. [...] ¿Por qué los judíos no habían sido convertidos o asesinados como los demás paganos e infieles? ¿Por qué se les concedió

una exención especial? ¿Por qué la Iglesia los protegía? [...] La Iglesia se había metido a sí misma en este callejón sin salida y paradójico por su propia lógica. Como la civilización de la Edad Media tenía una orientación religiosa, era importante que los judíos se convirtieran al cristianismo. [...] Primero se ofreció la conciliación a los judíos, como incentivo para que aceptaran el cristianismo. Los judíos no se convirtieron [...] El judío era un personaje ambivalente en el mundo occidental. No se les podía ni convertir ni matar... Por lo tanto, el judío estaba excluido del sistema feudal. [...] Algunas de las leyes introducidas contra los judíos durante estos siglos no eran nuevas. De hecho, seguían el modelo de las leyes del *Antiguo Testamento* y de las leyes talmúdicas contra los no judíos. Las antiguas leyes judías prohibían que un no judío se convirtiera en rey de Israel o que ocupara un cargo que le permitiera gobernar a los judíos. Para evitar una mezcla excesiva entre judíos y griegos, la ley palestina prohibía a cualquier judío vender tierras a un no judío. Los cristianos introdujeron leyes similares contra los judíos. No se pueden aprobar ni condenar en los términos de la sociedad actual. Eran la expresión de la sociedad de la época. (Max I. Dimont: *Les Juifs, Dieu et l'Histoire*, pp. 218–219).

Tomemos, por ejemplo, el caso de la Inquisición, creada en el siglo XIII para acabar con la herejía albigense.

Tras la cruzada contra los albigenses, que se cobró un gran número de víctimas: “El Papado se alarmó

por estas matanzas, prohibió la caza privada de herejes (como más tarde prohibió la caza local de judíos) e instituyó la Inquisición (derivada del latín *inquisitio*, que significa investigación) para determinar si una persona acusada era realmente un hereje. Durante los primeros siglos de su existencia, la Inquisición no tenía poder para tratar con judíos, musulmanes u otros infieles, sino sólo con cristianos. “Como la Iglesia aborrecía el derramamiento de sangre, se decidió que los culpables debían ser quemados. Curiosamente, el hombre moderno ve con horror quemar a alguien por sus creencias religiosas, pero no ve nada incongruente en que alguien sea ahorcado o fusilado por sus convicciones políticas. Igual de extraño es que el derecho a matar a un hereje provenga del propio Antiguo Testamento, del *Deuteronomio* XVII, 2–5: “*Si se encuentra entre vosotros... un hombre o una mujer que haga lo malo ante los ojos del Señor, vuestro Dios, transgrediendo su Alianza, que se haya ido a otros dioses para adorarlos... y se os llama la atención... traeréis a ese hombre o a esa mujer... los apedrearéis hasta que mueran*”. [...] “Como sólo los cristianos podían ser culpables de herejía a los ojos de la Iglesia, esta ley mosaica con su pena actualizada se aplicaba únicamente a ellos. De ahí este giro del destino que daba a los judíos cierta seguridad frente a la Inquisición, mientras se condenaba a los cristianos a la hoguera”. (Max I. Dimont, *ibid.* pp. 224–225).

El Dr. Roudinesco confirma también que la carga de la intolerancia es compartida entre judíos y cristianos: “Eran monstruos, los que hacían quemar vivos a

otros hombres porque no compartían su fe. El único motivo de queja contra los judíos en aquella época era religioso. Pero el antijudaísmo teológico de la Edad Media es fácil de entender. La tolerancia religiosa no existía. Los judíos eran tan intolerantes como los cristianos. Los primeros perseguían a sus herejes, al igual que los cristianos perseguían a los suyos. La Sinagoga excomulgaba con el mismo rigor que la Iglesia”. (Dr. A. Roudinesco: *Le Malheur d’Israël*, p. 40)

Fue también la Sinagoga la primera en imponer a los judíos la obligación de llevar un distintivo y, sin embargo, entre las diversas medidas adoptadas por la Iglesia contra los judíos para frustrar su política de infiltración y corrupción, si hay una contra la que siempre han protestado violentamente, por considerarla particularmente difamatoria, ha sido precisamente esta obligación de llevar un distintivo como una espuela, un sombrero o una estrella. Esta medida, impuesta por el IV Concilio de Letrán en 1215 y renovada por las bulas de Honorio III (1221), Martín V (1425), Pablo IV (1566) y Clemente VII (1593), no hacía sino revivir una antigua costumbre judía que establecía que los judíos debían distinguirse de los demás pueblos por su indumentaria.

Esto es lo que dijo Clemente III cuando informó a los fieles de la decisión del Concilio: “*Todo lo que tenemos que hacer —dijo— es que los judíos vuelvan a la observancia de las leyes de Moisés que les ordenan vestir de forma distintiva*”.

Santo Tomás de Aquino, escribiendo a la duquesa de Brabante, hizo el mismo comentario sobre esta de-

cisión: “Esto es lo que su propia ley les ordena, a saber, llevar flecos en las cuatro esquinas de sus mantos, para distinguirse de los demás pueblos.” (Citado por Lovski en *Antisemitism and the Mystery of Israel*, p. 199).

Por último, abordemos la cuestión de la raza.

Los judíos protestaron vehementemente contra el régimen racial de Hitler y, sin embargo, fueron el primer pueblo de la historia que exaltó la idea de raza, considerándose pertenecientes a la “raza elegida”. En otras palabras, crearon un concepto de raza que otros pueblos, tras ignorarlo durante mucho tiempo, tomaron prestado de ellos hasta el punto de volverlo en su contra.

Cabe señalar aquí que los judíos son el único grupo étnico consciente y fundamentalmente consciente de la raza, porque sus ideas de raza y religión están inextricablemente unidas.

“Las religiones semíticas no son más que deificaciones de la raza”, escribe Kadmi-Cohen en *Nomades*.

Así pues, no deja de ser irónico que ahora veamos una avalancha de rabia contra una política que revivió la idea de raza en Alemania volviéndola contra sus inventores.

En la *Revue d'Histoire des Religions*, E. Dhorne escribió en 1934: “El judaísmo ha contribuido poderosamente a implantar en el mundo el concepto de raza, o más concretamente de estirpe, que debe remontarse a los grandes antepasados y mantenerse sin mezcla a lo largo de los tiempos. Las persecuciones sufridas por

los judíos en los países cristianos se deben en parte a la fusión de raza y religión que hizo destacar a los Hijos de Israel como una categoría especial e inasimilable de ciudadanos. El racismo es una teoría peligrosa, pero debemos reconocer que fue esgrimida por los semitas mucho antes que por los arios”. (E. Dhorne citado por Lovski, *op. cit.* p 364)

Todos los escritores judíos ensalzan la indestructibilidad y superioridad de su raza, a la que ven destinada a ejercer una gran influencia sobre todas las demás. Así, Disraeli, el Primer Ministro de Gran Bretaña, escribió: “En cada generación deben volverse más poderosos y más peligrosos para la sociedad que les es hostil [...] ¿Creéis que la persecución silenciosa y rutinaria del representante decorativo de una universidad inglesa puede aniquilar a los que burlaron a los faraones, a Nabucodonosor, a Roma y a la época feudal? Ninguna ley penal, ninguna tortura física puede tener como efecto que una raza superior deba ser absorbida o destruida por una raza inferior. Son las razas mixtas perseguidoras las que desaparecen; la raza pura perseguida permanece. Y en este momento, a pesar de siglos, decenas de siglos de degradación, el espíritu judío ejerce una vasta influencia en los asuntos de Europa”. (Disraeli: *Coningsby*, pp. 226–27)

En *Notre Jeunesse*, Charles Péguy traza un retrato muy característico de su amigo Bernard Lazare, en el que la palabra raza se repite como tema central, cargado de significado. Hemos tomado el siguiente extracto: “No había un solo momento en que cada uno de

sus músculos y cada uno de sus nervios no estuvieran tensos en respuesta a su misión secreta. Nunca hubo un hombre más consciente de su papel como líder de su raza y de su pueblo, ni más responsable de ello; un hombre perpetuamente marcado y apuntalado por una desgracia inexplicable. Ni un sentimiento, ni un pensamiento, ni la sombra de una pasión que no estuviera vendada y gobernada por un mandamiento de cincuenta siglos de antigüedad; sobre sus hombros encorvados, llevaba todo un mundo, toda una raza, y su corazón estaba consumido por un fuego, el fuego de su raza y de su pueblo; su corazón ardía, su mente era apasionada, y de sus labios proféticos salían carbones encendidos”. (Charles Péguy, *Notre Jeunesse*, en *Œuvres en prose* 1909– 1914, p 560)

En 1936, el escritor judío Kadmi–Cohen escribió un libro titulado *Nómadas* para glorificar e incluso deificar a su raza que, según él, había logrado preservar su unidad y pureza gracias a su vida nómada. De esta obra se extrae el siguiente fragmento: “No se puede ignorar... [...] la extraordinaria y absurda persistencia de la raza semítica y, dentro de esta raza, la persistencia de los tipos físicos. A veces sorprende la semejanza de rasgos entre un judío completamente occidentalizado y el beduino árabe, del que le separa una distancia de tres mil años. [...] Además, la perpetuidad de ciertos modos es significativa. Siglos de vida entre pueblos nórdicos o eslavos no han hecho perder al judío su frenesí, su necesidad de gesticular, ni su amor inmoderado por la cocina picante del Mediterráneo. “Hay

tantos ejemplos de esta estabilidad, tan sorprendente que nos vemos obligados a llamarla supervivencia, que abarcan toda la vida árabe y judía. [...] Hay en el destino de la raza, como en el carácter semita, una fijeza, una estabilidad y una inmortalidad que son bastante sorprendentes... [...] Yo soy el que soy, dice el Señor. El Eterno es la raza. [...] Una en sustancia, indiferenciada. Una en el tiempo estable y eterno. (Kadmi Cohen: *Nómadas*, p.14)

“La unidad del concepto semita se explica ante todo por el carácter nómada del modo de vida semita. Una raza de nómadas, pastores que vagaban de un lugar a otro, en lugar de agricultores que cultivan sus campos. Esta huella es tan indeleble para ellos como una marca cortada en el tronco de un árbol, porque a medida que el tronco crece y crece, la marca se estira y se deforma, pero sigue siendo reconocible a pesar de todo.” (p 115–116) “Hay que admitir plenamente que el estado nómada del semita nunca ha sido transitorio ni una etapa preparatoria para la vida sedentaria. Su origen se encuentra en lo más profundo del corazón semita”. (*ibid.* p. 19) “Es concebible que la vida nómada en sí misma pueda ser un factor de preservación de la raza y de su pureza étnica. Una tribu errante, por su propia naturaleza, acepta el aislamiento y, a pesar de sus migraciones o a causa de ellas, permanece idéntica y fiel a sí misma” (*ibid.* p. 25) “La sangre que corre por sus venas ha preservado, pues, su pureza en primer lugar, y la sucesión de los siglos sólo servirá para reforzar el valor de la raza. [...] Los semitas, y los judíos en par-

ricular, proporcionan una prueba natural e histórica de este fenómeno. En ninguna parte se ha prescrito con tanta intransigencia el respeto a la sangre... [...] La historia de este pueblo, tal como se recoge en la Biblia, insiste constantemente en el peligro de mezclarse con extranjeros... y hoy, exactamente igual que hace treinta siglos, la vitalidad de este carácter racial se mantiene y puede comprobarse por la rareza de los matrimonios mixtos entre judíos y no judíos. [...] Es pues en torno a este amor exclusivo, y se podría decir celoso de raza, que se concentra el sentido profundo del semitismo y su carácter ideal. El pueblo es una entidad autónoma y autogeneradora, que no depende de ningún país, que no acepta las leyes vigentes en el país donde reside y que rechaza enérgicamente el mestizaje, por muy beneficioso que sea. Sin ningún apoyo material ni externo, sólo cultiva su propia unidad... [...] Y este formidable valor así conferido a la raza, a su vez, explica el fenómeno absolutamente único de que de todos los innumerables pueblos, sólo uno, el judío, haya sobrevivido por sí mismo, y haya permanecido desde tiempos inmemoriales a pesar de todo.” (Kadmi-Cohen, *ibid.* pp. 26–28)

Los judíos, que practican una forma exclusiva de *apartheid* racial, se oponían al mismo tiempo e incondicionalmente al concepto de raza cuando se trata de una ideología rival, como la de los alemanes u otras. Impulsaron fanáticamente la guerra contra Hitler.

En términos apenas velados, Léon Blum llamaba a las democracias a destruir la ideología racial en un ar-

título aparecido en *Paris-Soir* el 23 de marzo de 1939: “La reorganización, la reconciliación y la cooperación de todos los Estados del mundo apegados a la libertad y a la paz, así como el estímulo o la exaltación del sistema democrático y, al mismo tiempo, la destrucción sistemática de la ideología racista, tal es la tarea esencial que incumbe a los grandes movimientos de opinión pública, sin los cuales los gobiernos serían impotentes”.

10 – La revolución mundial

Seis millones de muertos es la terrible cifra que las organizaciones del judaísmo no cesan de proclamar al mundo; es el argumento incontestable que utilizaron en el Concilio para obtener la revisión de la Liturgia católica.

El 3 de enero de 1965, *Le Monde* publicó un artículo sobre este tema, escrito por Vladimir Jankélévitch, del que extraemos el siguiente pasaje:

“Este crimen sin nombre es un crimen verdaderamente infinito, y cuanto más lo analizamos, más profundo se hace su inexpresable horror. Nosotros mismos, que deberíamos tener tantas razones para saberlo, aprendemos algo nuevo cada día, algún detalle particularmente repugnante, alguna tortura de especial ingenio, alguna atrocidad maquiavélica de la que uno se ve obligado a decir que sólo el sádismo alemán podría haber sido culpable. No es sorprendente que un crimen sin sustancia produzca una especie de meditación interminable. Las inauditas invenciones de la crueldad, las profundidades de la perversidad más diabólica, los refinamientos inimaginables del

odio, todo ello nos deja estupefactos y desconcertados. Nunca sondearemos las profundidades del misterio de esta maldad gratuita. [...] En rigor, esta grandiosa masacre ya no es a escala humana, como tampoco lo son los esplendores de la astronomía y los años luz... Ante el infinito, todas las dimensiones finitas tienden a igualarse, con el resultado de que el castigo se convierte casi en una cuestión de indiferencia; lo que ha ocurrido es literalmente inexplicable. Ni siquiera sabemos a quién culpar o a quién acusar... [...] Esta masacre metódica, científica y administrativa de seis millones de judíos no es sólo una fechoría en sí misma, es un crimen del que es responsable todo un pueblo... [...] Lo que ha sucedido es único en la historia, y sin duda nunca se repetirá, pues no se ha visto nada igual desde el principio del mundo; llegará el día en que ni siquiera seamos capaces de explicarlo”.

Como se desprende de lo anterior, los judíos rechazan furiosamente cualquier idea de responsabilidad colectiva para sí mismos, pero no dudan en responsabilizar colectivamente al pueblo alemán de los males causados a Israel bajo el régimen de Hitler.

Sin embargo, ahora parece que no podemos aceptar esta cifra de seis millones.

Un escritor francés, Paul Rassinier, hizo un estudio muy penetrante de esta cuestión, que expuso en cuatro grandes volúmenes titulados: “*Le Mensonge d’Ulys-*

se”, “*Ulysse trahi par les siens*”, “*Le Véritable procès Eichmann ou les vainqueurs incorrigibles*”, y “*Le Drame des Juifs européens*”.

Rassinier pertenece al ala izquierda socialista y es agnóstico; él mismo fue deportado a Buchenwald; por tanto, no puede sospecharse que simpatice con el nacional-socialismo. En el Apéndice II figura un resumen del trabajo y las conclusiones del autor.

Desde la última guerra, el mundo se ha visto inundado por un torrente de literatura en su mayor parte irracional y al mismo tiempo violenta y axiomáticamente hostil a la Alemania de Hitler, sobre la que todo el mundo desea descubrir honesta y serenamente la verdad y mirarla a la cara, por desagradable que sea, por diferente que sea también de lo que se preconice que es, y que parece haber sido proclamada a todos los vientos. “*La primera ley de la historia*—escribió el gran Pontífice León XIII— *es no decir lo que es falso, y luego no tener miedo de decir lo que es verdadero*”. Conviene, pues, recordar en este punto algunos hechos sencillos sobre la última guerra, que no son tan conocidos o recordados como otros.

En primer lugar, la Alemania de Hitler no atacó sólo a los judíos. Si contamos todas las pérdidas sufridas durante la guerra, hubo más deportados, más prisioneros de guerra y más muertos no judíos que judíos.

Cuando estalló la guerra, había en Francia unos 300.000 judíos franceses y 170.000 judíos extranjeros.

Menos de 100.000 fueron deportados, la mayoría de ellos judíos extranjeros. Reconocemos que se trata de una cifra muy elevada, pero sigue estando muy lejos de la legendaria cifra de 6 millones.

Por otra parte, en la Liberación, unos 105.000 franceses fueron asesinados por otros franceses en nombre de la Resistencia; el 95% de ellos eran buenas personas, cuya única “falta” era haber sido anticomunistas y no progauillistas. A nadie parece importarle. La conciencia universal sólo se interesa por las víctimas judías.

Paul Sérant describió las purgas que tuvieron lugar en Francia y otros países europeos tras la Liberación, y que en Francia continuaron durante años: “En cuanto las comisiones empezaron a liberar de la cárcel a quienes no podían ser acusados de nada, el pueblo empezó a exigir que se mantuviera la purga. [...] No todos eran comunistas. Fue en un periódico de lectores esencialmente conservadores, *l'Ordre*, donde M. Julien Benda exigió la aplicación más severa de la purga, contra los que empezaban a hablar de clemencia. En su opinión, el gobierno debe aceptar que es el gobierno de un partido, el partido patriota. No importaba que no todos los franceses estuvieran representados en él, porque los que no eran patriotas no debían ser tenidos en cuenta. Tal era la razón para negarles el apaciguamiento [...] Es perfectamente falso sostener que una reconciliación como la que usted predica sea vital para una nación. El gobierno ruso es el gobierno del partido único de los patriotas, y exterminó sin piedad a la

clase de ciudadanos que, hace treinta años, esperaban y trabajaban ellos mismos por la victoria del enemigo. No puede decirse realmente que la nación rusa haya dejado de existir como consecuencia de ello... [...] No se puede ser más conciso ni más preciso”. (Paul Serant *Les Vaincus de la Libération*, p. 234)

Los propios Aliados tenían una gran responsabilidad.

Tomemos, por ejemplo, la entrega de todo el ejército de Vlassov a los soviéticos por parte de las autoridades angloamericanas. En su zona de ocupación, los estadounidenses eran perfectamente libres de hacer lo que quisieran, y debían saber que estaban entregando a esos hombres a una muerte segura.

Recordemos los hechos: después de que el ejército alemán invadiera Rusia, miles de oficiales y soldados rusos desertaron y se entregaron en masa a los alemanes para luchar con ellos contra la tiranía de Stalin.

Uno de ellos, el general Vlassov, anteriormente comandante del 2º Ejército Soviético y héroe nacional muy popular en el ejército, fue colocado por el mando alemán a la cabeza de las diversas unidades rusas formadas para luchar y liberar a su país del yugo soviético.

Un primer ejército Vlassov, una unidad de élite de 40.000 hombres al mando del coronel Boudnichenko, ocupó Praga, sustituyendo a las unidades alemanas de las SS. Al acercarse las tropas rusas, esta división se replegó hacia los ejércitos estadounidenses que habían entrado en Checoslovaquia y les obligó a entregar sus

armas. Cuando las tropas americanas se retiraron, la división en cuestión se encontró rodeada por tropas soviéticas. Muchos de estos hombres se suicidaron, y el resto fueron hechos prisioneros; sus oficiales fusilados, y los suboficiales y hombres enviados a campos de concentración. Pero antes de eso, muchos fueron utilizados por Beria con fines propagandísticos. Fueron apilados esposados en camiones, con carteles a la espalda en los que se leía: “Esto es lo que los americanos tienen reservado para aquellos que depositan su confianza en ellos”, y enviados desfilando al frente de unidad en unidad. Pocos sobrevivieron.

Una segunda división Vlassov, al mando del general Meandrov, fue internada por los estadounidenses en Platting, Baviera; en febrero y marzo de 1946, fueron entregados a los soviéticos de la forma más abominable. Despertados al amanecer, los hombres fueron apiñados como animales, llevados en grupos a la estación y hacinados en vagones de ganado empujados a culatazos de fusil, mientras sonaba música jazz para ahogar sus gritos. Muchos se suicidaron y sólo unos pocos lograron escapar.

Las unidades de caballería bajo el mando de Vlassov formaban un cuerpo autónomo y se encontraban en Italia en el momento del colapso alemán. De camino a Baviera para reunirse con Vlassov, fueron detenidos en Linz por las autoridades británicas, que invitaron a los líderes cosacos a una cena oficial. Entre ellos se encontraban el príncipe general Berkovich Cherkassy, el general Krasnov, su sobrino el coronel Sermione

Krasnov y otros. Cuando se presentaron vestidos de gala, fueron detenidos por los británicos, que los enviaron a Berlín y los entregaron a los soviéticos. Todos fueron ahorcados.

El propio general Vlassov fue capturado por una unidad soviética y ejecutado en Moscú. Los estadounidenses también entregaron a los soviéticos al general Troukhine, lugarteniente del Vlassov y al General Malychin su Jefe de Estado Mayor y varios otros de sus oficiales de alto rango.

Sin embargo, dos emisarios de Vlassov, enviados por él para negociar el internamiento de sus tropas en Alemania Occidental y que habían obtenido salvoconductos de los estadounidenses, fueron detenidos a su llegada y encarcelados. El capitán Lapide se negó a suicidarse y fue entregado a los soviéticos. El capitán Bykadorov fue liberado.

Los estadounidenses continuaron entregando los restos de las unidades Vlassov poco a poco hasta junio de 1947. En esa fecha, un gran destacamento de Vlassov fue embarcado en un buque con destino a Rusia, pero no sin antes librar una verdadera batalla con los estadounidenses.

No hubo repatriación forzosa a la zona de ocupación francesa. Pero bajo el primer gobierno gaullista, se autorizó a los servicios de seguridad del gobierno soviético a instalar un campo en Beauregard, donde se internó a antiguos ciudadanos soviéticos y se les repatrió forzosamente a la Unión Soviética. Además, este

destacamento recibió carta blanca para operar abiertamente en pleno París incluso, felizmente durante un corto período de tiempo. En varias ocasiones, sus agentes irrumpieron en los pisos de antiguos emigrantes y secuestraron a antiguos súbditos soviéticos que se negaban a ser repatriados y se habían refugiado allí. Entre marzo y abril de 1946, el teniente Laptchinski, un joven ruso, fue secuestrado en el piso del conde Ivan Tolstoi, nieto del gran escritor, que lo había acogido.

El campo de Beauregard se cerró en 1947.

Y tras la muerte de Stalin, los supervivientes del ejército de Vlassov fueron finalmente liberados de los campos de concentración rusos.

Fijémonos en la Rusia soviética.

El número de víctimas del terrorismo marxista alcanzó proporciones apocalípticas. En Rusia, y otros tantos en los países satélites, hubo millones de muertos de todo tipo: por asesinato, por inanición, por disparos entre batallas callejeras, por masacres de la Cheka... y diez millones de personas fueron deportadas. Hasta hace poco, se calculaba que los campos de deportados políticos, sobre todo los del extremo norte de Siberia, albergaban hasta 15 millones de prisioneros, muchos de los cuales murieron de pobreza, agotamiento y enfermedades. Basta recordar la despiadada deportación de los campesinos *kulak* rusos hostiles a la colectivización. “Según Margaret Buber-Neumann, Navareno Scarioli, el comunista italiano que huyó a Moscú en

1925 y vivió los campos de concentración rusos de 1937 a 1954, los describió en la revista romana *Vita* el 23 de noviembre de 1961 de un modo que superaba en horror todo lo escrito por los supervivientes de los campos alemanes, incluso las historias más increíbles”. (Rassinier, *Le Véritable procès Eichmann*, pp. 9–10)

Bajo el título “Una revista yugoslava dice que la URSS cometió el crimen de genocidio antes que Hitler”, *Le Monde* del 7 de febrero de 1965, analizaba un informe del Sr. Mihajlov, licenciado por la Universidad de Zadar en Dalmacia, redactado a raíz de un viaje que había realizado a la Unión Soviética el verano anterior y que fue publicado por la revista literaria *Delo*, del que se extraía el siguiente fragmento: “...Este texto va a dar que hablar. Consiste en una serie de reflexiones y notas sobre los campos de concentración de la Unión Soviética, en los que estuvieron internadas entre ocho y doce millones de personas hasta 1956–57. [...] La gran mayoría de los rehabilitados que tuvieron la suerte de sobrevivir ya no quieren callar, escribe Mihajlov... [...] Otro pasaje trata de los “campos de la muerte”. Es sintomático —escribe Mihajlov— que la prensa soviética mencione cada vez menos los campos nazis y evite compararlos con los suyos”. [...] El primer campo de exterminio no fue organizado por los alemanes, sino por los soviéticos; empezó a ser “operativo” en 1921 en Holmogor, cerca de Arkangel'sk. Funcionó “con éxito” durante muchos años. [...] Recordando el terror que hizo estragos en los primeros años después de la Revolución y la ejecución sin

juicio de 120.000 prisioneros en Crimea entre 1920 y 1921, el Sr. Mihajlov menciona a una tal Vera Grebjacov, también conocida por el apodo de Dora, a la que todavía se recuerda allí. “Operaba” en Odessa y tenía fama de haber matado y torturado a 700 prisioneros con sus propias manos. [...] “Hitler no fue el primero en cometer el delito de genocidio”, afirma el autor del informe. En vísperas de la Segunda Guerra Mundial, las poblaciones que vivían en las fronteras de Turquía e Irak fueron deportadas al norte de Siberia, donde, al no estar acostumbrados al frío, murieron como moscas”. (*Le Monde*, 7 de febrero de 1965, en portada)

Durante la última guerra, un millón y medio de personas de Polonia y Ucrania fueron deportadas por la Unión Soviética: “Interrogado en Nuremberg el 21 de marzo de 1946 por el fiscal soviético, general Rudenko, el mariscal Göring respondió que un millón de personas de Polonia y Ucrania habían sido deportadas de los territorios ocupados por la Unión Soviética y llevadas al Este y al Extremo Oriente, pero no se le permitió citar sus fuentes ni continuar”. (*Juicios de Nuremberg – Actas*, vol. IX, p. 673) “El primer gobierno polaco que se refugió en Londres publicó, sin embargo, un documento según el cual el número de polacos deportados se situaba entre 1.000.000 y 1.600.000, de los cuales 400.000 murieron durante el viaje; entre los muertos había 77.834 niños de los 144.000 niños deportados según la información facilitada por la Cruz Roja Americana.... [...] Los rusos extendieron el proceso a los Estados bálticos, desde donde deportaron

a 60.940 estonios, 60.000 letones y 70.000 lituanos...”. (Rassinier: *Le Véritable procès Eichmann*, p. 44)

Además, 12.000 oficiales del ejército polaco fueron masacrados por los rusos; 4.000 de cadáveres fueron identificados en fosas comunes en el bosque de Katyn. De los 100.000 prisioneros alemanes capturados en Stalingrado, sólo 5.000 regresaron con vida. El resto murió en los campos.

Entre el 1 de julio de 1945 y el 1 de enero de 1947, alrededor de 7.300.000 personas fueron devueltas por los rusos desde Silesia a Alemania, según Rassinier (ibíd., p. 107). Hacinados en vagones de ganado, se les dejaba sin comida durante los cuatro o cinco días que duraba el viaje. En la *Revue des Deux Mondes* del 15 de mayo de 1952, el Sr. Jean de Pange informó de que más de ellos, 4 millones perecieron.

Horribles escenas de masacre y violencia acompañaron la toma de Berlín y la invasión de Alemania por los ejércitos soviéticos, porque en el Frente Oriental fue una verdadera guerra de exterminio, librada por ambos bandos con un salvajismo atroz.

Por último, no debemos olvidar la sangrienta represión del levantamiento popular de 1956 en Hungría.

Hasta la muerte de Stalin, el terror fue siempre un elemento esencial del régimen soviético, y en el ámbito del terrorismo revolucionario y en el desarrollo del marxismo como doctrina revolucionaria me vienen inmediatamente a la mente los nombres de notables líderes judíos: como Karl Marx, Lasalle, Kautsky,

Liebknicht, Rosa Luxemburgo y otros. Es una forma moderna de mesianismo judío, siempre dispuesto a derribarlo todo.

He aquí lo que Bernard Lazare decía de Marx en su famoso libro *L'Antisémitisme*: “Este descendiente de una larga estirpe de rabinos y médicos heredó de toda la fuerza lógica de sus antepasados, espléndidas facultades. Fue un talmudista lúcido y claro, libre de las trivialidades de la práctica, un talmudista que estudió sociología y aplicó sus facultades exegéticas nativas a la crítica de la economía política. Estaba animado por ese viejo materialismo hebraico que soñaba perpetuamente con un paraíso realizado en la tierra, y descansa siempre sobre la lejana y problemática esperanza de un edén tras la muerte; pero no fue solo un lógico, era también un rebelde, un agitador, un polemista amargo, y tomó su talento para el sarcasmo y la invectiva de donde lo había tomado Heine: de fuentes judías”. (B. Lazare, p 315–316)

He aquí lo que escribió Rabi en su *Anatomía del judaísmo francés*: “Sigue habiendo un pueblo elegido en la visión marxista, pero a partir de ahora es el proletariado. Habrá catástrofes, como predijeron los profetas, pero son los resultados normales de la inevitable lucha de clases. También hay una finalidad en el proceso histórico, su destino está sellado, la victoria es inexorable, el proletariado vive y lucha en la dirección de la historia, y la historia, si no Dios, está de parte del proletariado. Con Marx, el socialismo se convirtió en una versión secularizada del mesianismo judío. La

idea, nacida en Palestina, arraigó en Moscú y Pekín”. (Rabi, *op. cit.* p. 250)

El siguiente fragmento está tomado del escritor revolucionario judío A. Rosenberg, que fue dirigente del Partido Comunista Alemán entre 1917 y 1927. Este texto es de una importancia capital, pues revela la naturaleza esencialmente revolucionaria y destructiva del marxismo, camuflada tras la consigna de la liberación del proletariado. “No fue una conciencia irresistible de la necesidad de liberar al proletariado del hambre y la miseria lo que llevó a Marx a considerar la revolución como el único medio de alcanzar este objetivo. Su planteamiento no empezaba con el proletariado y terminaba con la revolución. De hecho, adoptó el enfoque directamente opuesto... fue la búsqueda de un medio para lograr la revolución lo que llevó a Marx a descubrir al proletariado”. (Arthur Rosenberg: *Histoire du Bolchevisme*, p.3) “En 1848–49, Marx y Engels publicaron en Colonia el *Neue Rheinische Zeitung* como órgano de expresión democrática. Resultó ser el periódico más audaz e influyente de que dispuso la democracia alemana [...] No era un periódico para los trabajadores en el sentido habitual de la palabra. De hecho, los diversos intereses profesionales y de clase de los trabajadores eran tratados con moderación en sus páginas...” (Arthur Rosenberg, *ibid.* p. 12) “La organización del partido era considerada por Marx y Engels simplemente como un medio por el cual podían influir mejor en la clase obrera en su conjunto... [...] El 13 de febrero de 1851 Engels expresó abierta-

mente esta concepción en una carta a Marx. Esto es lo que le escribó: “*¿Acaso no afirmábamos que Krethi Prethi era nuestro Partido, aunque no tuviéramos partido, y aquellos a quienes, al menos oficialmente, reconocíamos como miembros de nuestro partido no comprendieran el ABC de nuestro movimiento? ¿Qué tenemos que hacer con un Partido que no es más que un rebaño de asnos, y que jura por nosotros sólo porque sus miembros nos consideran sus iguales?*” [...] Uno discierne claramente a partir de este texto —añadió Rosenberg— hasta qué punto en aquella época el marxismo se presentaba en las clases trabajadoras como algo ajeno a ellas” (Arthur Rosenberg, *ibid.* p. 14–15)

Del mismo modo, los principales dirigentes de la Rusia soviética hasta la llegada de Stalin como dictador, eran de la misma raza enigmática: “Deseo sinceramente evitar escribir una sola línea que pueda correr el riesgo de inflamar una herida supurante —escribió Sarolea en 1924— pero no tiene sentido negar que la herida supurante está ahí... que los judíos desempeñaron un papel principal en la sublevación bolchevique y siguen desempeñando un papel principal en el gobierno bolchevique; se trata de una proposición innegable para cualquiera que se haya tomado la molestia de estudiar los asuntos rusos de primera mano. Estoy dispuesto a admitir que los dirigentes judíos representan sólo una pequeña fracción. Pero el hecho es que estos pocos dirigentes judíos son los amos de Rusia, del mismo modo que los mil quinientos funcionarios anglo-indios son los amos de la India. Para cualquier viajero a Rusia negar este hecho sería negar la eviden-

cia de sus propios sentidos”. (Charles Saroléa: *Impressions of Soviet Russia*, p. 158–59)

Su dictadura cayó, no sólo sobre Rusia, sino sobre todos los países de Europa Central, donde el bolchevismo intentó establecerse por medio del terror sangriento: bajo Bela Kun y Szamuely en Budapest; con Liebknecht y Rosa Luxemburgo en Berlín, y con Kurt Eisner y Max Lieven en Munich.

Vale la pena señalar aquí que sus acciones han coincidido perfectamente con sus palabras, y como prueba, publicamos a continuación citas de cuatro de los más eminentes teóricos judíos del terrorismo bolchevique: Karl Marx, Engels, León Trotski y Neumann.

Empecemos con un pasaje de Marx, escrito apenas dos años antes de su muerte, que pone claramente de relieve sus ideas sobre la dictadura y la violencia.

En una carta a la socialdemócrata holandesa Dome-la Niewenhuis, Marx escribía el 22 de febrero de 1881: “Un gobierno socialista no puede ponerse a la cabeza de un país si no se dan las condiciones adecuadas que le permitan tomar inmediatamente las medidas necesarias para aterrorizar a la burguesía y cumplir así el primer paso hacia el despliegue de su política” (*Pravda*, 14 de marzo de 1928, citado por Léon de Poncins en *Le Plan communiste d’insurrection armée*, p.17).

He aquí el juicio de Engels sobre la Comuna: “La revolución es, sin duda, la cosa más autoritaria del mundo. La revolución es un acto en el que una parte de la población impone su voluntad a los demás con

fusiles, bayonetas, cañones y demás medios excesivamente autoritarios. Y el partido que ha vencido se ve necesariamente obligado a mantener su dominio mediante el miedo que sus armas inspiran a los reaccionarios. Si la Comuna de París no se hubiera apoyado en el pueblo armado contra la burguesía, ¿habría resistido más de veinticuatro horas? Por el contrario, ¿no estamos justificados al reprochar a la Comuna haber hecho demasiado poco uso de esta autoridad?” (p. 20) “Mientras el proletariado necesite del Estado, lo necesitará, no para la libertad, sino para reprimir a sus adversarios.” (Engels citado por Lenin en *La Révolution prolétarienne et Kautsky le renégat*, p. 24)

Trotsky, por su parte, escribió un libro entero para justificar el Terror Rojo, bajo el título “*Défense du Terrorisme*”, del que hemos extraído lo siguiente: “El hombre que repudia por principio el terrorismo, es decir, que repudia las medidas de represión e intimidación contra una contrarrevolución resuelta y armada, debe rechazar toda idea de la supremacía política de la clase obrera y de su dictadura revolucionaria. El hombre que repudia la dictadura del proletariado, repudia la revolución socialista y cava la tumba del socialismo... (*op. cit.*, pp. 23–24) “El Terror Rojo es un arma utilizada contra una clase destinada a la destrucción y que se niega a perecer. Si el Terror Blanco sólo podía retrasar el ascenso histórico del proletariado, el Terror Rojo aceleró la destrucción de la burguesía. Para acelerar esta destrucción, una pura cuestión de aceleración reviste en ciertos períodos una importancia de-

cisiva. Sin el Terror Rojo, la burguesía rusa, junto con la burguesía mundial, nos estrangularía mucho antes del advenimiento de la Revolución en Europa. Habría que estar ciego para no verlo, o ser un mentiroso para negarlo. [...] El hombre que reconoce precisamente la importancia histórica revolucionaria de la existencia del sistema soviético debe también aprobar el Terror Rojo....” (pp. 60–61) “Hablando de la destrucción de la que se acusaba a la Comuna y de la que ahora se acusa al gobierno soviético, Marx habla de ‘un episodio inevitable y relativamente insignificante en la lucha titánica del nuevo orden emergente con el viejo orden que se derrumba’. La destrucción y la crueldad son inevitables en cualquier guerra. Sólo los seres despreciables pueden llamarlos crímenes, “en esta guerra de los esclavos contra sus opresores, la única guerra justa de la historia” (Marx). (León Trotsky, “*Défense du terrorisme*”, p. 89)

No olvidemos que Trotsky calificó de despreciables a quienes se horrorizaban de los crímenes genocidas cometidos por los soviéticos contra sus campesinos.

Por último, mencionemos a Neumann que, bajo el seudónimo de Neuberg, escribió un grueso volumen titulado “*L’Insurrección armée*”, manual de aplicación del terrorismo revolucionario, un resumen del cual apareció en 1939 en “*Le Plan communiste d’insurrection armée*” de Léon de Poncins.

En 1927, Neumann, considerado como un experto en el arte de la insurrección, fue enviado por Moscú a China, junto con Borodin y Galen (el “general

Blucher”), ambos judíos, para organizar los levantamientos comunistas de Shanghai y Cantón. El levantamiento fue sangrientamente aplastado por Chiang Kai Chek, y la mayoría de los líderes comunistas resultaron ejecutados. Sólo Mao—Tsé—Tung y dos o tres de los actuales dirigentes de la China comunista escaparon a la masacre y emprendieron la famosa “larga marcha” para escapar de las tropas que los perseguían. Neumann, Borodin y Galen volaron a Moscú y, tras este fracaso, el nombre de Neumann pasará a la historia como el “Carnicero de Cantón”. Más tarde, participó como delegado soviético en la Guerra Civil española, y finalmente los tres fueron ejecutados por Stalin en el famoso Juicio de Moscú.

Cuando los ejércitos soviéticos comenzaron a invadir Alemania Oriental en su marcha hacia Berlín, el famoso periodista judío Ilya Ehrenbourg proclamó a todo el mundo: “¡Matad, matad! No hay más que maldad en la raza alemana; ¡ni uno solo de los vivos, ni uno solo de los no nacidos, es la encarnación del mal! Sigan los preceptos del camarada Stalin y destruyan de una vez por todas a la bestia fascista en su guarida. Usad la fuerza y quebrad el orgullo racial de las mujeres germanas. Tomadlas como vuestro legítimo botín. ¡Matadlas! Al avanzar, ¡matad, valientes soldados del Ejército Rojo!” Citado por el almirante Doenitz en: *Mémoires, quarante ans et vingt-et-un jours*, p. 431)

No sólo fueron los teóricos del Terror Rojo, sino sus principales agentes: “Desgraciadamente, no sólo los hombres de raza judía desempeñaron un

papel muy importante en el comienzo de la revolución bolchevique y en su desarrollo, sino que han sido también los actores en jefe en cierto número de los peores crímenes de esta revolución. En los anales del terrorismo, cuatro nombres destacan por ser particularmente siniestros. Yankel Yurovsky, el monstruo que mató a los doce miembros de la familia imperial en los sótanos de la casa Elpatinsky en Yekaterinenburg, incluidas las cuatro hijas del zar; Mose Uritsky, el primer verdugo jefe de la Cheka; Bela Kun, el carnicero de Budapest y Crimea; y Djerdzhinsky, el actual inquisidor general de la Cheka. Ninguno de estos cuatro nombres es ruso. Uno es polaco y los otros tres resultan ser judíos. (Sarolea: *Impressions of Soviet Russia*, pp. 160–161)

Y Sarolea concluyó con estas proféticas palabras: “Sólo podemos aceptar el simple hecho de que la revolución bolchevique fue concebida en gran parte por hombres de raza judía. Debemos aceptar el hecho adicional de que las exacciones cometidas por estos hombres han despertado violentas pasiones vengativas en los corazones del pueblo ruso... (p. 159) “La fiebre bolchevique se extinguirá por sí misma, pero la pasión antisemita crecerá a medida que el bolchevismo retroceda. Los signos de la tormenta que se avecina son visibles en toda Europa Central... ¿Qué podemos esperar en Rusia? Porque la pasión antisemita allí no sólo es incomparablemente mayor que en cualquier otro país, sino que afecta a masas mucho mayores.” (Sarolea *ibid.* p.166)

Sobre el tema de la revolución española, los documentos publicados en el *Informe Oficial del Gobierno portugués al Comité de No Intervención* proporcionan una vívida ilustración del *plan comunista de insurrección armada*; de ellos se extraen las siguientes líneas: “... en su sesión del 27 de febrero, el *Komintern* dedicó especial atención a la bolchevización de España. Para dirigir el trabajo de los comunistas en la península, esta organización envió a dos técnicos, ambos bien conocidos por los revolucionarios: Bela Kun y Losovski. Recibieron importantes recursos financieros, con órdenes de alcanzar los objetivos comunistas [...] El agitador Bela Kun y sus camaradas Losovski, Janson, Riedal Priamo (o Primakoff), Berzine y Neumann llegaron a Barcelona en marzo y se pusieron a trabajar sin demora [...] La visión de su trabajo llenó de satisfacción a los organizadores de la revolución española [...]. España es un mar de sangre. La inmensa riqueza, las obras maestras que todo el oro del mundo no pudo reconstruir y las reliquias históricas que formaban un patrimonio común para muchos países fueron sacrificadas y perdidas para siempre. Muchos de los más altos logros morales, artísticos e intelectuales yacen enterrados en el silencio eterno de la muerte. Todos los puntos del programa elaborado unos meses antes por el *Komintern* se llevaron a cabo en el territorio sometido al gobierno de Madrid. Si no pudieron llevarse a cabo en todo el país fue porque la reacción nacional no lo permitió. [...] Todo había sido planeado a distancia y ejecutado metódicamente”.

Por último, los jefes de los regímenes soviéticos establecidos por Moscú tras la guerra en los países satélites eran judíos: Rakosi en Hungría, Anna Pauker en Rumanía, Slanski en Checoslovaquia y Jacob Berman en Polonia.

Porque, como explicó Arthur Bliss Lane, antiguo embajador de Estados Unidos en Polonia (1944–47): “... El creciente antisemitismo, admitido incluso por nuestras fuentes judías, estaba causado por la gran impopularidad de los judíos que ocupaban los puestos clave del gobierno. Se trataba de Minc, Bermann, Olszewski (cuyo verdadero nombre era Specht), Radkiewicz y Spychalski. Nuestros amigos judíos dijeron que incluso los judíos de Polonia tenían poca consideración por el gobierno, y que sentían la implicación de que los judíos de este gobierno representaban a su pueblo. Informé al Departamento de Estado de que, por los datos que estaba recibiendo, me hacían creer que había un profundo resentimiento en la milicia contra los judíos, porque la Policía de Seguridad, bajo Radkiewicz, dominaba la milicia y el ejército, y un general ruso, Kiziewicz, dirigía la Policía de Seguridad Interna (K.B.W.). También se sabía que la U.B. y la K.W.B. incluían a muchos judíos de origen ruso. (Arthur. B. Lane, Embajador de Estados Unidos en Polonia 1944–47: *Je vis la Pologne trahie*, pp. 250–251)

Desde entonces, en Rusia y en los países satélites, han sido eliminados gradualmente de sus puestos directivos y sustituidos por rusos y nativos. Pero antes de ser expulsados, los jefes de la temida policía secreta

eran a menudo de origen judío. El escritor judío Fejtő, converso de origen húngaro, escribe en su excelente libro *Les Juifs et l'Antisémitisme dans les Pays Communistes* (Los judíos y el antisemitismo en los países comunistas): “El comunista judío de más alto rango al servicio del terror era Jacob Bermann...”. (p. 71) y hablando de Hungría, nos dice: “Entre 1945 y 1948... la población no parecía prestar mucha atención al hecho de que los más altos rangos del régimen estaban compuestos esencialmente por judíos (Rakosi, Gero, Revai, Vas, Antal, Apro, Georges Lukacs y otros...). El país sólo empezó a darse cuenta de ello a partir de 1948, cuando el comunismo cambió de aspecto y se volvió cada vez más sectario y opresivo en su policía. Varios agentes notorios de esta opresión, en particular Gabor Peter, el Beria húngaro, Mihaly Farkas, ministro de Defensa, y su hijo Vladimir, que era el verdugo más destacado de la policía política, eran también de origen judío. Un buen número de judíos húngaros ya vaticinaban con terror que el pueblo, enfurecido por el régimen de escasez y terror en que se había convertido la Democracia Popular, acabaría sublevándose contra sus verdugos. También esta vez, como en 1919 con la caída de Bela Kun, los judíos parecían predestinados a tener que pagar el precio de un régimen en el que algunos de ellos parecían ser los principales beneficiarios”. (Fejtő, *op. cit.*, p. 93)

En el transcurso de este siglo, hubo una serie de crímenes políticos que asombraron al mundo, y de los cuales hombres de raza judía fueron los principales

instigadores. He aquí algunos de los casos más conocidos:

Entre 1905 y 1917 se sucedieron en Rusia una serie incesante de crímenes políticos que se cobraron la vida de algunos de los más altos dignatarios del régimen zarista, entre ellos el tío del Zar, el Gran Duque Sergio, el Primer Ministro Plehve, Stolypin y otros. Los dos principales líderes de las organizaciones terroristas responsables de estos asesinatos fueron los revolucionarios judíos Guershouni y Azef, en colaboración con Silberberg, Max Schweitzer y Routenberg. En 1907, se lanzó una bomba contra el banco estatal de Tiflis, matando a varios guardias cosacos, y robó una gran suma de dinero para financiar a los agentes bolcheviques. Al año siguiente, uno de los principales organizadores, Meyer Genoch Moisewitch Wallach, alias Finkelstein, fue detenido en París y acusado de participar en el robo de 250.000 rublos del banco de Tiflis. Fue expulsado de Francia y se marchó a Inglaterra, donde vivió bajo los nombres falsos de Buchmann y Harrison, y cuando estalló la Primera Guerra Mundial trabajó para impedir la movilización entre los judíos del East End londinense. Junto con otros dos judíos revolucionarios de Moscú, Holtzmann y Fineberg, participó en la distribución de literatura sediciosa en favor de Alemania. Tras la revolución bolchevique de 1917, se convirtió en embajador soviético en la Corte de Saint James de Londres con el nombre de Maxime Litvinoff. Más tarde fue Presidente del Consejo de la Sociedad de Naciones.

VIZCONDE LÉON DE PONCINS

El asesinato tras la guerra del conde Stephen Tiza, primer ministro de Hungría, fue instigado por tres terroristas judíos: Keri, Frenyes y Pogany.

El conde Stürgkh, Primer Ministro de Austria, fue asesinado por el socialista judío Adler, hijo del líder del Partido Socialista Democrático austriaco. Hetman Petlioura, líder ucraniano, fue asesinado en París por el comunista judío Schwartzbart. En 1938, el diplomático alemán Von Rath fue asesinado en París por el joven judío Grynspan.

El Alto Comisionado británico en El Cairo, Lord Moyne, fue asesinado por terroristas judíos.

La voladura del Hotel Rey David de Jerusalén, en el que murieron numerosos oficiales británicos, fue llevado a cabo por una organización secreta judía.

El conde Bernadotte de Suecia, plenipotenciario de las Naciones Unidas, y el coronel Sérot de Francia fueron víctimas de asesinos judíos.

Por último, en los últimos años, se produjo el asesinato de Lee H. Oswald, el asesino del Presidente Kennedy, por Jack Rubinstein.

Si siembras vientos, recogerás tempestades. Cuando dejas que el terror revolucionario se extienda por el mundo, no deberías sorprenderte si tú también eres víctima de él algún día. Esa es la justicia inmanente de la historia.

Cuando el terrorismo se lleva a cabo en un sentido revolucionario, se describe en los libros de texto escolares como algo que representa “*el sentido de la historia*”,

y cuando lo llevan a cabo judíos, se describe como *una experiencia social “amplia, humana y generosa”*, a pesar de los millones de muertos que conlleva.

Pero cuando la violencia revolucionaria se vuelve contra sus instigadores y las víctimas son judíos, entonces se convierte en *“un cáncer morbosos de la civilización”, “una forma sádica de odio antijudío” y “una degradación de la humanidad al oscurantismo medieval”*. Los judíos se convierten *en víctimas inocentes de la barbarie antisemita y en mártires de la humanidad*.

11– El eterno antagonismo

El antagonismo irreductible con el que el judaísmo se ha opuesto siempre al cristianismo a lo largo de los últimos dos mil años es la clave y el resorte principal de la subversión moderna, una posición que, como hemos tratado de mostrar a través de citas de respetados y eruditos doctores y eruditos judíos, lejos de ser absurda como podría parecer a primera vista, es muy comprensible cuando uno comprende que fluye con toda naturalidad del espíritu y el pensamiento judaicos.

Porque, como nos dice Darmesteter: “El judío se convirtió en el campeón de la razón contra el mundo mítico de la mente... durante la noche intelectual de la Edad Media... y comprendió como nadie cómo descubrir los puntos débiles de su doctrina. Fue el doctor de incredulidad”. (Darmesteter, citado por André Spire en *Quelques Juifs*, p. 233).

La venida de Cristo fue una catástrofe para el pueblo judío, especialmente para sus dirigentes. Hasta entonces, ellos, sólo ellos, habían sido los Hijos de la Alianza; habían sido sus únicos sumos sacerdotes y beneficiarios. Los poderosos imperios que los rodeaban ignoraban o trataban con desprecio a la oscura y pequeña población de Israel.

En su *Génesis del antisemitismo*, Jules Isaac describe lo que los griegos y los romanos pensaban de Israel. Al cabo de un tiempo: “El mundo griego se volvió más atento a esta nación israelita que hasta entonces había considerado insignificante... un pueblo singular, carente de todo lo que, a los ojos de los griegos, daba sentido a la vida humana, alegría y belleza, sin ninguna marca visible de civilización ni obras de arte, fanáticamente piadoso, pero de una fe oscura cuyos dioses abstractos no podían ser representados por el cincel del escultor y adorados en imágenes. Y, sin embargo, este pueblo sin entidad reivindicaba todo: se enfrentaba a la radiante Hélade; más aún, se atrevía a predicarle y a erigirse en maestro de la oración y en Elegido de la Divinidad. Qué asombrosa incongruencia y locura. El antijudaísmo que surgió en ciertos círculos griegos fue inicialmente una reacción a estas afirmaciones, consideradas intolerables y escandalosas, un reflejo de una autoestima ultrajada complicada por la desconfianza, la ignorancia y la incomprensión. Estaba destinado a extenderse a lo largo y ancho de este mundo, que más o menos había sido sometido a la autoridad de los helenos; pero, en su origen y en su esencia, no era más que un aspecto del violento antagonismo que acababa de surgir en Palestina entre los judíos y los griegos, una guerra de exterminio mutuo, como decía el padre Lagrange, que iba a extenderse mucho más allá de las fronteras de Palestina, se enconó y más tarde estalló en nuevos conflictos sangrientos, durante los cuales los bandos de las masacres y los de los masacrados

cambiaban a menudo, según cuál fuera el bando más fuerte, y cada uno de los adversarios hacía todo lo posible por montar un nuevo pogromo”. (B. Lazare, *Op. cit.* p. 70).

Los romanos adoptaron la misma actitud: “Era algo inaudito para ellos que la *Pax Romana*, el orden romano y la religión imperial que era su símbolo pudieran ser disputados y socavados por un puñado de agitadores orientales indecentes y supersticiosos. [...] La disputa redobló su furia sólo porque los judaizantes no renunciaban a la lucha”, escribió Tácito. Los canallas. Esta justa ira se extiende por todo Tácito”. (B. Lazarus, *Op. cit.*, pp. 120 –121)

Pero Israel no daba importancia a lo que pensarán o dijeran los paganos. Las críticas venían de fuera. No afectaban a la cohesión interna de Israel, a su inmenso orgullo ni a su inquebrantable creencia en un futuro imperial. “El pequeño pueblo de Israel, tal como aparece en las concepciones de los profetas, se convierte en el ombligo del mundo. Todos los acontecimientos, tanto buenos como malos, fueron provocados por Yahvé, su Dios, y todos se relacionaron con ellos. Israel se convierte en el centro del universo y en el centro de la historia. Nada ha existido, nada existe ni existirá si no es en función de su destino. Este misticismo profético, de tan ingenua vanidad y frenético orgullo, desembocó en un verdadero imperialismo religioso. Según los profetas, Israel, por la gracia de Yahvé su Dios, está destinado a gobernar el mundo; cuando el pueblo de siervos de Yahvé se ajuste a las exigencias

divinas, llegará el momento en que Israel reinará sobre toda la tierra”. (G. Batault: *Le Problème juif*, pp. 69–70)

Pero de repente surgió entre ellos un profeta, hombre o Dios, que era ciertamente del linaje real de David, y también el Hijo de la Alianza, el heredero de la Promesa. Declaró que había sido enviado del Cielo por Dios, su Padre, para cumplir y completar la promesa de la Alianza. “*No he venido a abolir la Ley, sino a cumplirla*” (Mateo, cap. V, 17).

Y como prueba de su misión, realizó un número inaudito de maravillas; las multitudes se quedaron paralizadas y le siguieron. “Pero, y esto es lo más grave de su misión, interpretó la Promesa en un sentido nuevo y completamente diferente, que amenazaba con derribar y destruir todo el orgulloso edificio judaico, al hacerlo espiritual y universal. [...] El cumplimiento de la Promesa se trasladó del plano material al espiritual; desbordó las fronteras nacionales y dejó de limitarse a los judíos como únicos beneficiarios, sino que se extendió para incluir al mundo entero. “La noción de una patria celestial, común a todas las almas, sustituyó a la Jerusalén de los judíos; ya no se trataba del florecimiento de una raza o del triunfo de una nación establecida; el pueblo elegido quedó reducido al nivel de un pueblo más entre los pueblos. Ni el orgullo ni el nacionalismo religioso de los judíos podían consentirlo; era contrario a la Ley y a los Profetas, y contrario a las promesas del mesianismo. Había llegado el momento de que los reinos se sometieran a Israel”. (Georges Batault, *Op. cit.* p. 91)

Los sumos sacerdotes y los fariseos no podían tolerar semejante blasfemia y semejante intromisión en sus privilegios, así que entregaron al peligroso agitador a los romanos para deshacerse de él, y lo hicieron ejecutar.

Pero Cristo resucitó y sus enseñanzas se extendieron como un reguero de pólvora por todo el mundo antiguo. Sus discípulos fueron denunciados a las autoridades romanas como agitadores contra el emperador, y fueron perseguidos y echados a las fieras, torturados y crucificados. Sin embargo, esta ola siguió creciendo, penetrando en las más altas esferas del poder imperial, y de repente el mundo se inclinó a favor de la Iglesia de Cristo: “El 28 de octubre de 312 d.C. tuvo lugar la batalla del Puente de Milvio. Constantino venció a Majencio, quien, según se cree, se ahogó en las aguas del Tíber. “Una sola batalla bastó para cambiar la faz del mundo y su expresión religiosa [...] La victoria de Constantino se considera, con razón, el punto de partida de una nueva era, la del Imperio cristiano. Es cierto que su resultado inmediato parece haber sido el establecimiento de la igualdad y la libertad de fe (en el 313) [...] A partir de ese momento, por razones que no se han dilucidado del todo, el victorioso Constantino unió su destino al de la Iglesia de Cristo, por lo que esta última había ganado la partida. La Iglesia ganó y conservó el favor imperial; ocupó una posición privilegiada en el Estado e inició su ascenso hacia cotas aún mayores y más peligrosas, en las que la Iglesia quedó estrechamente vinculada al Estado y, en

otras palabras, se convirtió en una Iglesia de Estado. Una gran y asombrosa revolución, deplorada por unos y glorificada por otros, una de las más importantes de la Historia, de la que el reinado de Constantino fue sólo un preludio, pues no alcanzaría su plena culminación hasta el extraordinario y caótico siglo IV. Pero el éxito sin precedentes de la Iglesia iba a traer consigo la desgracia de la Sinagoga, para la que el siglo IV fue una época fatal, que marcó el comienzo de un futuro de angustia, preocupación y catástrofe”. (Jules Isaac, *Genèse de l'Antisémitisme*, pp. 155–56)

Los judíos no aceptaron esta derrota entonces y, desde entonces, siguen sin aceptarla. La ruptura entre judaísmo y cristianismo es total. Es *una posición de antagonismo mutuo inflexible*.

Difícilmente se podría exponer más claramente que en este notable fragmento del judío converso Fejtö: “Si el judío tiene razón, el cristianismo no es más que una ilusión. Si el cristianismo tiene razón, el judío es, en el mejor de los casos, un anacronismo, la imagen de algo que ya no existe. El cristianismo, para el judío, significa renunciar al monopolio y a la interpretación nacionalista, por no decir racial, de la “elección”; significa abrirse a la fraternidad humana y al mismo tiempo decir un gran “Amén” a Dios y a lo que Dios decida; significa aceptar el sufrimiento y la muerte, y renunciar al propio orgullo, al amor propio y a la desconfianza. No conozco a ningún otro pueblo que haya sido sometido a una prueba tan difícil por el cristianismo. Para ningún otro pueblo el cambio al cristianismo

ha significado, a corto o largo plazo, la desaparición del propio pueblo como tal. Las tradiciones religiosas de ningún otro pueblo, que la fe en Cristo les exigía abandonar, estaban tan íntimamente ligadas a todas las condiciones de su existencia civil. Para los demás pueblos del Imperio Romano, la religión era una “superestructura” o un adorno. Podía ser sustituida sin socavar el edificio. Pero para los judíos, la religión era la infraestructura, la razón de ser, la base de su existencia. Sin embargo, los Apóstoles les invitaron a vender todas sus posesiones, porque el Cielo estaba cerca y las puertas del más allá estaban abiertas de par en par. Los judíos respondieron: “No, no es cierto que Dios me exija eso. Demuéstramelo”. Y en este punto, llegamos a la otra razón (o pretexto) que justificaba a los judíos en su “no” a Cristo, que era que no correspondía a la idea que, con razón o sin ella, los judíos se habían hecho del Mesías y de su salvación” (François Fejtő: *Dieu et son Juif*, pp. 34 y 190–92) “Al proclamarse el verdadero ‘Israel’, el Israel según el ‘espíritu’ y no según la carne perecedera, la teología cristiana se propone sustituir definitivamente a Israel. Desgraciadamente, Israel no ha desaparecido ni tiene intención de hacerlo”. (J. Jehouda, *L’Antisémitisme, Miroir du monde*, p. 50)

La diferencia irremediable radica en Jesús: “Aun admitiendo su existencia histórica, para los judíos no era ni Dios ni el Hijo de Dios. La concesión más extrema que podían hacer los judíos fue expresada por Maurice Klauzner, según el cual Jesús, que según él no era ni el Mesías, ni un Profeta, ni un legislador, ni el fundador

de una religión, ni un Rabino, ni un Fariseo, es considerado por la nación judía como un gran moralista y un gran artista en el uso de las parábolas. El día que se libere de sus historias de milagros y misticismo, el Libro de la Moral de Jesús se convertirá en una de las joyas más preciosas de la literatura judía de todos los tiempos'. [...] El cristianismo se ocupa esencialmente de la salvación individual del hombre. El judaísmo sólo se ocupa de la salvación de la Casa de Israel, que es la única que puede lograr la salvación de las setenta naciones del universo. Durante siglos, éste ha sido el objetivo constante de los talmudistas y cabalistas. Tienen un objetivo fundamental: mantener una comunidad de la que depende la salvación del mundo entero. Sólo en virtud de su rito puede un judío formar parte de su comunidad". (Rabi: *Anatomie du Judaïsme français*, pp. 203–204) "Los pasos por los que la fe cristiana conquistó su independencia iban a conducirla rápida e inevitablemente a una guerra sin cuartel contra el Israel 'según la carne', proclamándose la nueva Iglesia el verdadero Israel de Dios y el único Israel 'según el espíritu'. Pero, ¿alguien se dio cuenta de la gravedad de tal afirmación? Era algo mucho peor que una difamación del pueblo judío; era un intento de arrebatarle su chispa de vida, su fuego sagrado, e incluso podría decirse que su alma; y lo que es peor, puesto que los elementos espirituales y temporales están tan estrechamente vinculados, era un intento de quitarle su lugar bajo el sol, su estatus privilegiado en el Imperio". (Jules Isaac, *Genèse de l'antisémitisme*, p.150)

El cristianismo estuvo en ascenso durante quince siglos y, a lo largo del periodo medieval, el judaísmo se vio impotente para influir en los destinos de las naciones. Beneficiándose de la tolerancia de las autoridades y de la protección de los Papas, sólo pudo sobrevivir a la espera de una oportunidad para penetrar en la monolítica estructura cristiana. Considera este periodo como una época de oscurantismo y barbarie, porque Israel tiende a juzgar el mundo en relación a sí mismo, considerándose la sal de la tierra y la medida de todas las cosas.

Después, con el Renacimiento y la Reforma, la unidad de la fe se rompió. El judaísmo entró en la brecha y, a partir de entonces, apoyó cada uno de los movimientos que debilitaron y desestabilizaron el cristianismo: el Renacimiento, la Reforma, la Revolución de 1789 y el marxismo.

A lo largo de este periodo, nos dice Darmesteter: “El judío se convirtió en el campeón de la razón contra el mundo mítico de la mente. En él se refugió el pensamiento durante la noche intelectual de la Edad Media. Provocado por la Iglesia, que pretendía persuadirle, después de haber intentado en vano convertirla por la fuerza, la socavó mediante la ironía y la inteligencia de sus argumentos, y comprendió mejor que nadie cómo encontrar los puntos vulnerables de su doctrina. Disponía para esta búsqueda, además de la sabiduría de las Sagradas Escrituras, del formidable espíritu de los oprimidos. *Es el médico de los incrédulos; todos los rebeldes del espíritu han acudido a él, en la sombra o*

a la intemperie. Trabajaba en el inmenso taller de blasfemia del gran emperador Federico y de los príncipes de Suabia y Aragón. Fue él quien forjó todo el arsenal asesino de razonamientos e ironías que transmitió a los escépticos del Renacimiento y a los libertinos del gran siglo; el sarcasmo de Voltaire, por ejemplo, no era más que el eco de una palabra susurrada seis siglos antes a la sombra del gueto, o incluso antes (entre los contraevangelistas de los siglos I y II) en tiempos de Celso y Orígenes, en la cuna misma de la religión de Cristo”. (Darmesteter, citado por A. Spire en *Quelques juifs*, p. 233)

Bernard Lazare, por su parte, describe la acción de judíos y cristianos en el siglo XVIII: “Del mismo modo, en todo el terrible anticristianismo del siglo XVIII, sería importante examinar cuál fue la contribución, no digo del judío, sino del espíritu judío. No hay que olvidar que, en el siglo XVII, eruditos como Wagenseil, Bartolucci, Buxtdorf y Wolf sacaron del olvido viejos libros polémicos hebreos que atacaban la Trinidad, la Encarnación, todos los dogmas y todos los símbolos, con la dureza y la sutileza judías que poseían los incomparables lógicos del *Talmud*. No sólo publicaron los tratados dogmáticos y críticos, el *Nizḥaḥon* y el *Chizuk Emuna*, sino que también tradujeron libelos blasfemos, las “vidas de Jesús” como el *Toledot Jeshu*, y el siglo XVIII repitió las escandalosas fábulas y leyendas sobre Jesús y la Virgen que habían inventado los fariseos del siglo II, que se pueden encontrar tanto en Voltaire como en Parny, y cuya punzante y positiva

ironía racionalista revive en Heine, Boerne y Disraéli; así como el poder de razonamiento de los doctores renace en Karl Marx, y el ardor libertario de los rebeldes hebreos en el entusiasta Ferdinand Lasalle.” (Bernard Lazare, *L’Antisémitisme*, pp. 306–307)

Según Jehouda: “El Renacimiento, la Reforma y la Revolución (de 1789) constituyen tres intentos de rectificar el pensamiento cristiano poniéndolo en consonancia con el desarrollo progresivo de la razón y la ciencia. “Cuando la teología dogmática empezó a relajar su opresivo control sobre la conciencia humana, los judíos empezaron a respirar más libremente... [...] *Las tres brechas en la decrepita fortaleza del oscurantismo cristiano* abarcan cinco siglos, durante los cuales los judíos seguían siendo considerados los parias de la historia... [...] Si los judíos permanecieron al margen de toda la actividad social e intelectual de los pueblos cristianos, sin embargo, y a pesar del ostracismo al que fueron sometidos, su pensamiento desempeñó un papel preponderante aunque poco conocido en el Renacimiento, la Reforma y la Revolución, los tres que llevan, aunque indirectamente, la impronta de su huella.... y ciertamente no es casualidad que estos intentos (de rectificar la mentalidad cristiana) se inspiraran en el estudio asiduo de las fuentes judías, en una época en la que los judíos seguían siendo considerados con recelo y desconfianza”. (J. Jehouda: *L’Antisémitisme miroir du monde*, pp. 161–162)

Jehouda ofrece un ejemplo concreto del papel desempeñado por prosélitos judíos como Pico della Mi-

randola y John Reuchlin en esta transformación del mundo cristiano: Pico della Mirandola, que murió en Florencia en 1494, era un hebraísta que se dedicó al estudio de la Cábala bajo la guía de maestros judíos como Jehuda Abravanel: “Era en la residencia principesca de Pico della Mirandola donde solían reunirse los eruditos judíos. El descubrimiento de la Cábala judía, que compartió con varios cristianos ilustrados, hizo mucho más que volver a las fuentes griegas para el extraordinario florecimiento espiritual conocido como Renacimiento. [...] Aproximadamente medio siglo más tarde, la rehabilitación del Talmud conduciría a la Reforma... Pico della Mirandola había comprendido que la indispensable purificación del dogma cristiano sólo podía tener lugar tras un estudio en profundidad de la auténtica Cábala judía” (J. Jehouda, *ibid.* p 164) “Con la Reforma, que estalló en Alemania cincuenta años después del Renacimiento, se destruyó la universalidad de la Iglesia. Comenzó una nueva era. El Renacimiento no había conseguido purificar el dogma cristiano, y la Reforma acabó obviamente por complicar aún más el “problema” del cristianismo. Puede resumirse en la cuestión de cómo superar su dualismo fundamental, sus orígenes duales y contradictorios en Jerusalén y Atenas, a las que sucedió Roma. Es ciertamente un hecho bien conocido que la Reforma fue llevada a cabo por Lutero (1483–1546), Calvino (1509–1564) y Zwinglio (1484–1531), pero es menos conocido que Juan Reuchlin (1455–1531), discípulo de Pico della Mirandola, sacudió la conciencia cristiana ya en

1494, al sugerir “que no había nada más elevado que la sabiduría hebrea [...] Y cuando, en 1509, un renegado judío, Joseph Pfefferkorn, hizo incautar el *Talmud* y, tras varios intentos previos, obtuvo una clara condena de este compendio colectivo que contiene mil años de sabiduría judía, Jean Reuchlin no dudó en exponerse a toda amenaza y peligro para defender ante el Emperador y el Papa el extraordinario valor del *Talmud*, cuyo verdadero significado había desentrañado. [...] Reuchlin abogó por un retorno a las fuentes judías y a los textos antiguos. Al final, ganó su caso contra el converso Pfefferkorn, que exigía abiertamente la destrucción del *Talmud*.” El historiador Graetz escribió: “El nuevo espíritu que iba a revolucionar toda Europa se hacía patente en relación con los judíos y el Talmud. [...] Sin embargo, la Reforma, que dio a conocer el texto puro y simple de la Biblia, se mostró aún más incapaz que el Renacimiento de purificar al cristianismo de su antisemitismo congénito. Es asombroso descubrir que había tantos protestantes antisemitas como católicos. La Reforma, habiendo llegado a un callejón sin salida, adoptó el principio del fideísmo, excluyendo así toda posibilidad de racionalizar su fe... [...] La Reforma misma se sometió a la atracción irresistible del “milagro griego” que divide el pensamiento separándolo de la fe, y adoptó, aunque insensiblemente, el laicismo pagano que prepara el terreno para el ateísmo [...] La Revolución Francesa marcó el comienzo del ateísmo en la historia de los pueblos cristianos, y, abiertamente antirreligioso, continúa, a través de la in-

fluencia del comunismo ruso, haciendo su poderosa contribución a la descristianización del mundo cristiano... [...] El tercer intento de cambiar la posición cristiana tras el fracaso del cristianismo reformado para unirse, tuvo lugar bajo el impulso de la Revolución Francesa. Aunque la Revolución Francesa y la Revolución Rusa que le siguió liberaron a los judíos en la esfera social y política, ambas mantuvieron a la religión monoteísta de Israel en mismo desprecio que la teología cristiana... [...] El laicismo, al que dio origen la Revolución, otorgó al judío su dignidad de hombre, pero la teología cristiana aún no había abolido su desprecio por él. Esto explica la actitud ambivalente del mundo moderno hacia el judío y los sucesivos brotes de antisemitismo. [...] Además, el antisemitismo, prurito perpetuo del catolicismo, sigue rebelde incluso después de estos tres intentos de purificar de él el dogma cristiano. A pesar de estas purgas sucesivas, el cristianismo sigue firmemente atado a su dogmatismo mítico, que engendra inevitablemente el antisemitismo. La pretensión de que el cristianismo ofrece al judaísmo la fase final de su futuro espiritual tendrá que replantearse en última instancia de arriba abajo, en interés del propio cristianismo y, por tanto, de la civilización occidental... [...] Cualquiera que examine el sentido de la historia universal para comprenderla en su conjunto descubrirá que, desde la Antigüedad hasta nuestros días, ha sido penetrada y modelada cada vez más por dos corrientes opuestas, conocidas con nombres diferentes: el mesianismo y el antisemitismo. [...]

Pero el sentido profundo de la historia, que permanece inalterado en cada época, es la de una lucha abierta o velada entre las fuerzas que trabajan por el progreso de la humanidad y las que se aferran a intereses coagulados, obstinadamente decididas a mantenerlos en existencia en detrimento de lo que debe venir. [...] Pues mesianismo y antisemitismo son los dos polos del progreso humano. El antisemitismo es el polo negativo del mesianismo” (Joshua Jehouda, *ibid.* p. 186)

Hoy el ataque se renueva bajo la bandera del ecumenismo, y la guerra se libra incluso dentro de la propia Iglesia. Con el apoyo de los partidos progresistas, los líderes espirituales del judaísmo mundial piden que se reconsidere la doctrina tradicional de la Iglesia sobre el judaísmo, como hemos mostrado en los tres primeros capítulos de este libro.

Se nos dice que la reconciliación es posible y deseable: somos los primeros en estar de acuerdo en que es deseable, pero es mucho más difícil defender la afirmación de que es posible. Para los defensores de la fe judía imbuidos del *Talmud*, la reconciliación, como hemos demostrado, no significa otra cosa que el abandono por el cristianismo en su totalidad de lo que constituye la esencia de su doctrina, y su vuelta al judaísmo, mientras que el judaísmo, por su parte, no tiene intención de ceder nada y mantiene firmemente sus posiciones intransigentes.

Todos los pensadores, rabinos y líderes del judaísmo son unánimes en este punto. Basta con escuchar lo que André Spire tiene que decir sobre Darmesteter:

“Por encima de todas las denominaciones, por encima de todos los dogmas, él (el judío) permaneció anclado en el espíritu de las Escrituras. Mediante un giro original de pensamiento, incorporó al judaísmo las características más atractivas del cristianismo y, haciendo que la Iglesia volviera a la Sinagoga, reconcilió a la hija con la madre en una Jerusalén ideal. Pero corresponde a la hija, como debe ser, reconocer sus faltas y confesar sus errores”. (André Spire: *Quelques juifs*, p. 255)

Joshua Jehouda escribe, por su parte: “Un profeta moderno exclamó una vez: ‘Vergüenza y maldición sobre vosotros, pueblos cristianos, si persistís obstinadamente en sofocar la tradición monoteísta de Israel. Porque sin la renovación del mesianismo monoteísta, no hay esperanza de salvación para ti y para el resto del mundo’” (Joshua Jehouda, *Antisemitism, mirror of the world*, p. 349).

Rabi comenta: “No es la Cruz la que reparará el cisma entre el pueblo judío y el resto de las naciones, como cree Lovsky. Esto sólo será posible cuando el mundo acepte la idea judía de la descendencia común. No hay necesidad de que el hombre busque otra moral, ni de que la historia busque otro fin”. (Rabi: *Anatomie du Judaïsme français*, p. 186)

Elie Benamozegh, uno de los más eminentes pensadores judíos, conocido como “el Platón del judaísmo italiano”, escribió una importante introducción a su libro *Israël et l'humanité*, que resume perfectamente el pensamiento judío sobre el tema y del que deseamos informar brevemente aquí. Tras describir la crisis re-

ligiosa del mundo, Elie Benamozegh considera que la única manera de resolverla es lograr la unidad religiosa, y examina las condiciones en las que podría alcanzarse tal acuerdo. En opinión de este rabino, ferviente cabalista, la religión del futuro no podría ser el racionalismo, que, procedente únicamente de la mente humana, sólo aprehende los objetos cambiantes e inteligibles. Para la religión, el acto de adoración y fe en el Absoluto supera nuestros sentidos y facultades, e implica una verdad basada en la Revelación. Sólo las religiones derivadas de la Biblia y la tradición, el judaísmo, el cristianismo y el islam, cumplen estas condiciones. Pero entre ellas, el judaísmo ocupa un lugar preeminente. Como primogénito de los hijos de Dios y guardián del mesianismo, Israel es el sacerdote legítimo en la gran familia de naciones, pues en la antigüedad, el mayor “...era el sacerdote de la familia que transmitía las órdenes del padre y ocupaba su lugar en su ausencia”. Se encargaba de lo sagrado, celebraba para la familia, les enseñaba, les daba su bendición. En reconocimiento a sus servicios, recibía una doble parte de la herencia paterna y la consagración o imposición de manos... Tal era la concepción judía del mundo. En el Cielo, un Dios, Padre de todos los hombres; y en la tierra, una familia de pueblos, entre los cuales Israel es el mayor, encargado de la función sacerdotal de enseñar y administrar la verdadera religión de la humanidad”. (E. Benamozegh: *Israël et l'humanité*, p.40)

Por lo tanto (para Benamozegh), el judaísmo debe volver a ser la religión de la raza humana, y la con-

cepción judía del mundo debe prevalecer sobre todas las demás. El cristianismo, que surgió del hebraísmo, debe volver a la tradición más antigua y auténticamente divina que lo formó. El excesivo número de sectas cristianas, sus errores, sus discordias y la oscuridad de sus dogmas ya no corresponden a las exigencias de los tiempos modernos. Para seguir existiendo, debe reformarse de sus defectos aceptando la idea de que el judaísmo se basa en el hombre y en la sociedad, y volviendo a la fe primitiva en Dios y en su Revelación. Con esta condición conservará su carácter mesiánico, se unirá al judaísmo para asegurar el futuro religioso de la humanidad y seguirá siendo la religión de los gentiles. “La reconciliación soñada por los primeros cristianos como condición de la Parusía o del retorno definitivo de Jesús, el retorno de los judíos al seno de la Iglesia, sin el cual todas las comuniones cristianas están de acuerdo en que la obra de la Redención queda incompleta, este retorno decimos que tendrá lugar, pero no de verdad como se espera, sino de la única manera auténtica, lógica y duradera posible, y sobre todo de la única manera en que puede beneficiar al género humano. Será el reencuentro entre la religión de los hebreos y las que proceden de ellos, y... el retorno del corazón de los hijos a sus padres”. (E. Benamozegh, *ibid.*, p. 48)

La defensa de la posición cristiana tradicional escrita en respuesta a estas críticas, y con la que deseamos concluir este capítulo, está tomada del libro *Le Malheur d'Israël*, de la escritora judía Dra. Roudinesco:

“La persistencia hasta nuestros días de esta pequeña comunidad, a pesar de persecuciones y sufrimientos indecibles, ha sido descrita como el milagro judío. Su supervivencia no es un milagro, en el mejor de los casos podría calificarse de desgracia. El verdadero milagro judío es la conquista espiritual de la humanidad por el cristianismo. La misión del pueblo elegido hace tiempo que ha llegado a su fin. Los judíos que esperan completar algún día el cristianismo con un mesianismo renovado ignoran las leyes fundamentales de la evolución humana”. (Dr. Roudinesco, *op. cit.*, pp. 197–98)

12 – Retrato de un judío

En 1962, un escritor judío tunecino, A Memmi, que había vivido muchos años en Francia, publicó un libro titulado *Portrait d'un Juif* (*Retrato de un judío*). Este libro, muy instructivo, presenta un retrato que describe con la mayor claridad posible las reacciones de un judío enfrentado a la vieja civilización cristiana de un país como Francia, una reacción típica, no sólo de Francia, sino de cualquier nación cristiana.

La incomodidad y aprensión de Memmi, cada vez que se menciona algo sobre el pasado de Francia, es sorprendente en el siguiente fragmento, que confirma y resume de manera notable los puntos que hemos tratado en los capítulos precedentes de la segunda parte de este libro. “No más galos, se lo ruego. Basta de celtas, de antiguos romanos y de conquistadores árabes. Porque entonces me siento desnudo y solo; mis propios antepasados no fueron ni galos, ni celtas, ni eslavos, ni antiguos romanos, ni árabes ni turcos. [...] Nunca he podido decir “Nosotros” en referencia a esos orígenes históricos, de los que mis conciudadanos se enorgullecen por sí mismos. Nunca he oído a otro judío decir “Nosotros”, sin pestañear, sin sospechar de él un error involuntario, una petulancia o un *lapsus*”. (A Memmi: *Portrait d'un Juif*, p.199)

Existe, pues, un antagonismo racial y nacional entre judíos los y las naciones, pero aún más profundo es el antagonismo religioso: “Cuando, hace varios años, dejé Túnez para venir a Francia, sabía que dejaba un país musulmán, pero no comprendía que iba a un país católico. Tardé unas semanas en asimilarlo... [...] Pronto descubrí que la realidad francesa es una mezcla inextricable de liberalismo y catolicismo, de clericalismo y anticlericalismo... pero el trasfondo cristiano común está en todas partes, a veces más o menos soterrado, otras más o menos evidente... [...] Francia sigue siendo un país profundamente católico, igual que Estados Unidos es un país protestante... [...] Cuando viajo por el país, ¿qué me muestran con justificado orgullo? ¿Qué es lo que yo mismo pido espontáneamente ver, porque sé que merecen ser vistos, si no iglesias, capillas, baptisterios, estatuas de la Virgen, objetos de piedad y algunas otras cosas raras? He comprobado la exactitud de estas descripciones de escritores ortodoxos: los pueblos se agrupan en torno a sus iglesias, sus campanarios, que se ven desde lejos, y que realmente parecen protegerlos. ¿Es sólo el caso de Francia? En absoluto. Me quedé asombrado, indignado y finalmente divertido cuando leí en los periódicos la solemne declaración de Togliatti, el líder de los comunistas italianos, animando y bendiciendo a los “comulgantes comunistas”. Sé perfectamente que se trataba sólo de una cuestión de estrategia, pero si ha de haber estrategia es porque hay una realidad de la que hay que escapar. Y la realidad del pueblo italiano es profunda-

mente católica. Igual que la realidad polaca, la realidad española, etcétera. [...] Mi situación religiosa resulta menos del grado de mi religión profunda que del hecho de que no pertenezco a la religión de los hombres entre los que vivo, de que soy judío entre no judíos. Y esto significa también que mis hijos, mi familia y mis amigos se encuentran a menudo en la misma situación. En cierto modo, siempre estoy fuera del mundo religioso, de la cultura y de la sociedad a la que pertenezco. [...] La ley de los países cristianos es una ley cristiana, apenas disimulada y a menudo proclamada; la ley de los países musulmanes es una ley musulmana, aceptada como tal y abiertamente reconocida... [...] La religión de los no judíos está de hecho en todas partes, tanto en la calle como en las instituciones, en los escaparates y en los periódicos, en los monumentos, en las conversaciones, en el aire mismo: el arte, la moral y la filosofía son cristianas, como lo son el derecho y la geografía. La tradición filosófica que se enseña en la escuela, los grandes motivos de la pintura y la escultura, están tan impregnados de cristianismo como las leyes sobre el matrimonio y el divorcio. [...] El año pasado, cuando estuve en la Costa Azul, me entretuve observando los pueblos con nombres de santos: St Tropez, Ste Maxime, St Raphael, St Aygulf. El número es sorprendente. Lo mismo ocurre con las estaciones de metro. Mi primera irritación con París, una ciudad que aprecio por muchas otras razones, tuvo una base religiosa, según recuerdo. Trabajando parte del día en un empleo miserable, me quedaba hasta tarde por la

noche haciendo mis estudios. Todas las mañanas me despertaban, para mi exasperación, varias veces seguidas, unas campanas que sonaban con fuerza durante mucho tiempo, paraban un rato y volvían a sonar justo cuando empezaba a dormitar de nuevo. En realidad, vivía en un hotelito a dos pasos de una iglesia, pero en esta ciudad siempre se está a dos pasos de una iglesia... Estas campanas llamaban a los hombres a las tareas que compartían con los demás y eran también el símbolo de su origen; al mismo tiempo, para mí, eran la señal de mi exclusión de su comunidad. Estaba en un país católico; a todo el mundo debían parecerle normales y tal vez agradables esas campanadas matinales, excepto a mí, y a los que como yo se sentían avergonzados y molestos por ellas. Sin embargo, era una revuelta inútil: los no judíos, a quienes las campanadas no molestaban, o tal vez ni siquiera excitaban, debían de encontrarlas normales y quizá incluso agradables, representaban el gran número y el poder. Todo lo que se relaciona con ellos, todo lo que aprueban, es lícito. Estas campanas son simplemente el eco familiar de su alma común...". (A Memmi, *op cit.* p.184–188)

“¿Se dan cuenta los cristianos de lo que puede significar para un judío el nombre de Jesús, su Dios? Para un cristiano, incluso ateo, evoca, o al menos evocó en un tiempo, a un ser infinitamente bueno, que se ofrece como el Bien, que desea al menos mantener viva la llama de todas las filosofías pasadas y de toda la moral. Para el cristiano que sigue siendo creyente, Jesús resume y realiza lo mejor de sí mismo. El cristiano

que ha dejado de creer ya no se toma en serio este ideal; puede incluso resentirse, acusar a los sacerdotes de incompetencia o incluso de engaño; pero, aunque lo denuncia como una ilusión, generalmente no duda de la grandeza y la belleza de esta ilusión. Pero para el judío que aún cree y profesa su religión, el cristianismo es el mayor fraude teológico y metafísico de la historia; es un escándalo espiritual, una subversión y una blasfemia. Para todos los judíos, incluso para los ateos, el nombre de Jesús es un símbolo de terror, un terror que pende sobre sus cabezas desde hace siglos y que podría estallar de nuevo en cualquier momento en catástrofes, cuya causa no saben ni cómo evitar. Este nombre forma parte de la acusación, absurda y delirante, pero tan eficaz y cruel, que hace la vida social casi insoportable. Este nombre se ha convertido de hecho en uno de los signos, uno de los nombres del inmenso aparato que rodea al judío, lo condena y lo excluye. Espero que mis amigos cristianos me perdonen. Para que se me entienda mejor, permítanme decir que, para los judíos, su Dios es, en cierto modo, el diablo, sí, como ellos dicen, el diablo es el símbolo y la esencia de todos los males de la tierra, malvado y todopoderoso, incomprensible y empeñado en aplastar sin remedio a los desgraciados seres humanos. [...] Un día, en Túnez, un judío idiota (siempre hemos tenido un buen número de ellos que rondaban los cementerios y las reuniones comunitarias), al ver pasar un funeral cristiano, se sintió repentinamente presa de una rabia incontrolable. Con un cuchillo en la mano, se abalanzó

sobre el cortejo fúnebre, que se dispersó en todas direcciones. Pero sin prestar atención a la multitud, que aullaba aterrorizada, el loco se dirigió directamente al acólito que llevaba la cruz... le arrancó la cruz de las manos, la arrojó al suelo y la pisoteó furiosamente. No comprendí lo que hacía hasta más tarde. La angustia se expresa como puede; el idiota reacciona a su manera a nuestro malestar común, frente a este mundo de cruces, curas e iglesias, estos símbolos concentrados de hostilidad, la extrañeza de este mundo que nos rodea, en cuanto salimos de los estrechos confines del ghetto...” (A. Memmi, *ibid.* p 190) “Ahora estoy convencido de que la historia de los pueblos, su experiencia colectiva, es una historia religiosa; que no sólo está marcada por la religión, sino que es vivida y expresada por la religión. Es una de nuestras mayores y más desastrosas ingenuidades haber creído, como nuestros izquierdistas, en el fin de la religión. Fue un gran error en nuestros esfuerzos por comprender el pasado de las naciones tratar de minimizar el papel desempeñado por la religión. No debemos ni alegrarnos de ella ni deplorarla, sino sólo constatar su extraordinaria importancia y tenerla en cuenta...” (A. Memmi, p. 190) “Durante la semana de Navidad, los discursos científicos y políticos de la radio y la televisión comienzan todos con la invocación: ‘En estos días en que el corazón de todos los hombres es como el de un niño pequeño...’ ¿De todos los hombres? Ciertamente no del mío; yo no pertenezco a esta comunión. “Uno de los primeros actos del General De Gaulle al tomar el

poder fue dirigirse al Papa para pedirle que bendijera a Francia y a los franceses. ¿Forman los judíos parte de Francia? Si es así, ¿le gustaría que su país fuera bendecido por el Papa, y él mismo junto con él? En realidad, el Jefe del Estado actuaba como si el judío no existiera. Y es cierto que cuenta muy poco, que ni siquiera se atreve a contar consigo mismo: de lo contrario, ¿permitiría que el Jefe del Estado, su representante, apelara a la Iglesia en su nombre? El nuncio papal es el decano del cuerpo diplomático: ¿con qué derecho, si no es por la preeminencia aceptada de la religión católica, que no es la mía.... Al decir esto, me doy cuenta de lo poco convincente, de lo ridícula que puede parecer mi rebelión y de lo exorbitante de mi demanda. ¿Pretendería imponer mi ley a la mayoría? ¿No es normal que una nación viva según los deseos, costumbres y mitos del mayor número de sus ciudadanos? Perfectamente normal, admito inmediatamente. No veo cómo podría vivir de otra manera...”. (A Memmi, *ibid.* p. 190–91)

“Lo que no es normal en todo esto es mi vida, diferente por eso en el seno de la nación. Un judío es alguien que no pertenece a la religión de los demás. Simplemente quiero llamar la atención sobre la diferencia y sobre las consecuencias que he vivido, que no forman parte de esta normalidad. Está claro que tengo que vivir una religión que no es la mía, una religión que regula y da ritmo a toda la vida colectiva. Tengo que coger vacaciones en Semana Santa, no en Pascua. No me digan que muchos ciudadanos no judíos también condenan esta contaminación. Su condena es pu-

ramente teórica: su vida cotidiana está ordenada por la religión común, que es al menos su religión, y que no les hace desgarrarse. ‘El problema contigo –me dijo medio en serio un amigo mío no judío– es que nunca has sido cristiano’. (A. Memmi *ibid.* p. 193)

“He escrito en otro lugar que, cuando éramos adolescentes y más tarde jóvenes, nos negábamos a tomar en serio la persistencia de las naciones. Vivíamos en la anticipación entusiasta de una nueva era, como el mundo nunca había conocido antes, cuyos signos creíamos detectar ya: la muerte (que de hecho había comenzado) de las religiones, las familias y las naciones. No teníamos más que rabia, desprecio e ironía hacia los duros de la Historia que se aferraban a esos restos. Hoy comprendo por qué pusimos tanta energía en cultivar estas esperanzas. Ciertamente, la naturaleza generosa y ardiente de los adolescentes, que les lleva a liberarse a sí mismos y al mundo de todas las ataduras, es particularmente receptiva a las ideologías revolucionarias. Pero también éramos judíos. Estoy convencido de que esto tuvo mucho que ver con el vigor de nuestras opciones. Además de nuestro deseo de ser aceptados por las familias, las religiones y las naciones de los no judíos que nos rechazaban y nos mantenían aislados por ser judíos, soñábamos con llegar a ser uno con todos los hombres, y así convertirnos por fin en hombres como todos los demás. Por desgracia, o nos engañábamos a nosotros mismos o habíamos vuelto a las andadas. o porque hemos envejecido, tengo que admitir que estos residuos eran

tan tercos como las malas hierbas, y siguen siendo las estructuras fundamentales de la vida de las naciones, aspectos esenciales de su existencia colectiva. En la posguerra se produjo un claro resurgimiento religioso que impulsó a los partidos ortodoxos al poder en toda Europa. Porque comprendieron esta situación, los comunistas, que siempre mantienen el pulso de las naciones, exaltaron a los católicos de primera comunión, tendieron la mano a los cristianos y se designaron a sí mismos como patriotas y nacionalistas. Los socialistas ni siquiera necesitaron recurrir al engaño...

“Según todas las apariencias, estábamos condenados a religiones y naciones, y por mucho tiempo. Una vez más, no pretendo juzgar, sino constatar hechos sencillos. ¿Qué iba a ser de nosotros, de nuestras esperanzas adolescentes? No puedo ni quiero seguir manteniendo en secreto lo que sentíamos, lo que intentábamos reprimir rechazando la sociedad de entonces. Siendo el estado religioso de las naciones lo que es, y siendo las naciones lo que son, el judío se encuentra, hasta cierto punto, fuera de la comunidad nacional... (A. Memmi, *ibid.* p. 195–196)

“La historia del país en el que vivo es para mí una historia prestada. ¿Cómo podría sentir que Juana de Arco es un símbolo para mí? ¿Oiría con ella voces religiosas y patrióticas? Sí, ¡otra vez la religión! Pero muéstreme cómo separar la tradición nacional de la tradición religiosa... Me es imposible identificarme seriamente con el pasado de ninguna nación”. (A. Memmi, *ibid.* p. 197–198)

Así pues, puesto que los judíos no son de nuestra raza, al *no ser “ni galos, ni celtas, ni esclavos, ni romanos”*. (Memmi)

Porque nuestras tradiciones nacionales les son completamente ajenas. Porque nuestra Caballería y la historia pasada de su código de honor y abnegación es considerada por ellos como una época detestable. Porque nuestra religión es para ellos *“una blasfemia, un escándalo espiritual y una subversión”*. (Memmi)

Ya que, a los ojos de los judíos, nuestro Dios es *“en cierto sentido el diablo, es decir, el símbolo del mal en la tierra, que hace casi inhabitable la vida social”*. (Memmi)

Dado que los evangelistas *son, según Jules Isaac, mentirosos y pervertidores de la fe*. Según Jules Isaac, nuestros grandes santos y Padres de la Iglesia *son burdos panfletistas, venenosos teólogos llenos de odio, torturadores y precursores de Hitler y Streicher, responsables lejanos de Auschwitz*.

Nuestras catedrales góticas son, en palabras de Henri Heine, *“las más terribles fortalezas de nuestros enemigos”*.

Ya que se ofenden de que nuestros pueblos y estaciones de metro lleven nombres de santos.

Porque las campanas de nuestras iglesias hieren los oídos judíos.

Porque a sus ojos es inaceptable que:

El Presidente de la República Francesa asista a una ceremonia religiosa católica en el marco de sus funciones oficiales (o a una ceremonia protestante en un país protestante).

Que el Papa bendiga nuestro país.

Que el Nuncio del Papa sea el decano del cuerpo diplomático precisamente por el hecho de serlo. Porque les parece intolerable que sean las fiestas cristianas y no las judías las que rijan las fiestas y el calendario.

Ya que desean con todas sus fuerzas ver la agonía y la muerte de las religiones, las naciones y las familias, al menos las de los demás, porque la religión judía, las familias judías y la nación judía conservan su carácter intocable.

Y puesto que en Francia constituyen una minoría de apenas medio millón de personas en un país de cincuenta millones de habitantes, y lo mismo en todos los demás países del mundo excepto Israel....

Uno se pregunta naturalmente si es legítimo, útil, sabio y oportuno que en nuestro país los judíos sean o hayan sido Ministros, Embajadores, Miembros de la Académie Française, Cancilleres de la Légion d'Honneur, Rectores de Universidad e Inspectores de Instrucción Pública, Conservadores de la Biblioteca Nacional, Jefes de Policía y del Servicio de Inteligencia, Jueces de Instrucción, Directores de bancos nacionales, Directores de grandes empresas industriales nacionales en la industria automovilística, aeronáutica, etc., Directores de teatros nacionales, Autores de manuales escolares de Historia de Francia, etc., y lo mismo se aplica a otros países del mundo.

Tras leer las obras de Henri Heine, Bernard Lazare, J. Darmesteter, Kadmi-Cohen, Ludwig Lewiso-

hn, Émile Ludwig, Walther Rathenau, Alfred Nossig, Léon Blum, Joshua Jehouda, Edmond Fleg, Elie Benamozegh, André Spire, Elie Faure, Jules Isaac, Rabi, Max I. Dimont y A. Memmi, se llega inevitablemente a la conclusión de que es perfectamente legítimo y loable que los judíos defiendan y mantengan sus tradiciones y vivan en los países occidentales sin ser molestados ni perseguidos. Pero sigue siendo inaceptable que se les permita aprovecharse de esta actitud tolerante para socavar, desintegrar y, en última instancia, destruir nuestras propias tradiciones religiosas, nacionales y culturales.

Tachan de “antisemitismo” cualquier reacción en su contra, pero en realidad se trata de medidas defensivas para proteger a la comunidad, a nuestra propia comunidad, contra una influencia extranjera tanto más peligrosa cuanto que opera en el seno de nuestras instituciones, amparada en el abuso fraudulento del término ciudadanía y llamándose francesa en Francia, inglesa en Inglaterra, alemana en Alemania, etc...

Uno podría incluso llegar a preguntarse si es legítimo, sabio y compatible con el respeto que la Iglesia siempre ha profesado a las Sagradas Escrituras, que una Asamblea de Obispos venidos a Roma de todo el mundo para reunirse en Concilio busque el consejo de un escritor judío, Jules Isaac, con vistas a “*rectificar y purificar*” la enseñanza cristiana tradicional sobre el judaísmo. Jules Isaac, sobre quien uno de sus correligionarios, Rabi, escribió: “Su *Jesus et Israël*, publicado en 1948, es el arma de guerra más específica contra una doctrina

cristiana particularmente nociva”. (Rabi: *Anatomie du Judaïsme français*, p. 183)

Pero si hemos de juzgar por la votación del Concilio en noviembre de 1964, los desiderata de Jules Isaac, B’nai B’rith y el Congreso Judío Mundial pesaban más en la mente de 1500 obispos y Padres del Concilio que los Evangelistas, San Agustín, San Juan Crisóstomo, San Gregorio Magno, y prácticamente todos los Doctores de la Iglesia y todos los Papas que desarrollaron la doctrina denunciada hoy por Jules Isaac y otros como particularmente dañina.

Tercera Parte

La solución del Concilio

En el Consejo Rabínico (Ortodoxo) de América, al que asistieron novecientos rabinos en representación de un millón y medio de judíos de Estados Unidos y Canadá, el rabino y doctor Joseph B. Soloveitchik, profesor de Talmud en la Universidad Yeshiva, declaró ante la asamblea de rabinos:

“Nos oponemos a cualquier debate público, diálogo o simposio sobre los aspectos doctrinales, dogmáticos o rituales de nuestra fe. [...] No puede haber entendimiento mutuo sobre estas cuestiones, porque judíos y cristianos utilizarán categorías diferentes y se moverán en marcos de evaluación y referencia inconmensurables. [...] Creemos en nuestro Creador, estamos comprometidos con Él de una manera específica, y nos abstendremos de cuestionar, defender, disculpar, analizar o racionalizar nuestra fe, en diálogos centrados en estos asuntos privados, que expresan nuestra relación personal con el Dios de Israel.” (*Jewish Chronicle* 28 de enero de 1966, p.40)

13 – El voto del Vaticano

La cuarta y última sesión del Consejo se abrió el 14 de septiembre de 1965, y el esbozo sobre la cuestión judía, el *Esbozo sobre las religiones no cristianas*, se presentó de nuevo a los Padres del Consejo los días 14 y 15 de octubre.

Después de que el Papa se negara a promulgar el voto obtenido en noviembre de 1964, el texto original había sido radicalmente reelaborado por la comisión conciliar encargada de preparar el esquema. El nuevo texto sometido a la aprobación del Concilio era claramente menos favorable a las reivindicaciones judías y más aceptable para las conciencias conservadoras; contenía, sin embargo, una serie de ambigüedades que podían interpretarse como prometedoras de una revisión prudente, pero revisión al fin y al cabo, de la actitud católica tradicional hacia el judaísmo, actitud que había permanecido inalterada durante quince siglos.

Más adelante estudiaremos el nuevo texto, que regula la posición actual de la Iglesia respecto al judaísmo contemporáneo, pero comencemos con un rápido esbozo de esta votación histórica.

La gran batalla sobre la cuestión judía comenzó a principios de octubre de 1965 e inmediatamente tomó un cariz extremadamente violento. En noviembre

de 1964, la minoría conservadora había sido tomada completamente por sorpresa, pero entretanto había tenido tiempo de evaluar la situación, y dándose cuenta de la extrema gravedad de este voto para la Iglesia, combatió enérgicamente a la coalición judeo-católica, que pudo disponer de una prensa casi enteramente a su servicio.

El cardenal Bea, el teólogo P. Congar y periódicos como *Le Monde* (H. Fesquet) y *Le Figaro* (Abbé Laurentin) fueron los primeros en apoyar el plan.

Dos arzobispos y un obispo encabezaron la oposición conservadora: Mons. de Proença-Sigaud, arzobispo de Diamantina en Brasil, Mons. M. Lefebvre, Superior General de la Congregación de los Padres Espiritanos, y Mons. Carli, obispo de Segni en Italia.

La batalla se libró con una energía implacable, se extendió rápidamente al propio Consejo y se reflejó en las columnas de la prensa francesa. Los siguientes extractos de la prensa ilustran la ferocidad de la batalla y la importancia vital de lo que estaba en juego.

El 14 de octubre de 1965, el diario *France-Soir*, cuyo director era Pierre Lazareff, lanzó la campaña con el siguiente titular: “Folletos antisemitas distribuidos en el Consejo”.

“Un panfleto firmado por Léon de Poncins, de carácter antisemita y escrito en francés, fue enviado a un número bastante importante de Padres del Consejo. El jueves y el viernes, el Consejo debe emitir su voto final sobre el tex-

to relativo a las relaciones con los no cristianos y, en particular, con los judíos”.

El 15 de octubre, en *Le Figaro*, el abate Laurentin escribió varias columnas sobre la votación en cuestión bajo el título “*Les Juifs et le déicide*”. Escribió:

“*Roma, 14 de octubre.* La votación sobre la cuestión de los judíos y el deicidio domina el Consejo desde hace ocho días. La primera votación ha tenido lugar esta mañana, y el resultado no se conocerá hasta mañana. Pero es un tema complejo y candente. Ha habido una avalancha de propaganda. Tres documentos vigorosamente antisemitas fueron distribuidos abundantemente a los Padres, en el orden siguiente: El primero es un folleto de Léon de Poncins impreso en italiano *Le problème des juifs au Concile*. He aquí su tesis: “El texto sobre los judíos votado el año pasado fue obra de obispos progresistas o ignorantes, que hicieron suyos los temas del odio de los judíos contra los cristianos. Por eso el Sumo Pontífice se negó a ratificarlo. Esto explica los profundos cambios introducidos en el nuevo texto que es objeto de la votación de hoy”. El segundo panfleto, también impreso en italiano, fue escrito por Eduardo di Zaga. Su tesis es que “la Declaración a favor de los hebreos fomenta el racismo prosemita y atenta contra los legítimos derechos de los cristianos a defenderse de la hegemonía judía”. Finalmente,

hace dos días recibieron instrucciones de voto del *Coetus Internationalis Patrum*, el órgano minoritario del Consejo, que pide el “*non placet*” para el Plan en su conjunto y la cuestión de los judíos. En febrero de 1965, el obispo Carli de Segni, uno de los tres firmantes y directores del Plan, publicó un largo artículo en *La Palestra del Clero*, la principal revista del clero italiano, en apoyo de la siguiente tesis: “En tiempos de Jesús, el pueblo judío, entendido en sentido religioso, es decir, como el grupo que profesaba la religión de Moisés, era colectivamente responsable del crimen de deicidio. Aunque sus líderes, seguidos por un pequeño número de personas, consumaron solos el crimen, el judaísmo en tiempos posteriores comparte objetivamente la responsabilidad de este deicidio. A continuación, el abate Laurentin dedicó varias columnas a los cambios introducidos en el esquema entre 1964 y 65. Según él, los Padres de la tendencia progresista lamentaron amargamente los recortes efectuados en el texto del año anterior, y concluyó de la siguiente manera: “Evidentemente, la situación está llena de ambigüedades. Por una parte, el cardenal Bea ha accedido a las principales reivindicaciones de los árabes, así como a las del grupo cuyo portavoz es Mons. Carli y que ha expresado opiniones hostiles a los judíos. Por otra parte, asegura firmemente que la inten-

ción y el sentido del texto permanecen inalterados. Sería difícil negar que existe un desfase entre los dos objetivos del cardenal y de su secretaria. Tampoco se puede negar que, en la situación en la que se encontraban, era prácticamente imposible resolver esta distorsión. El problema sometido a los Padres era en cierto sentido inextricable”.

El 17 de octubre, la noticia de la votación del Concilio ocupó toda la portada del *Monde*, y he aquí un extracto:

FINALMENTE ADOPTADA POR EL CONCILIO La Declaración sobre los judíos suscita satisfacción, pero no sin ciertas reservas.

“La Declaración sobre los judíos, incluida en el *Esbozo sobre las religiones no cristianas*, fue finalmente adoptada por el Concilio el miércoles. Como anunció *Le Monde* en su última edición de anoche, la votación sobre el texto, en la que participaron 2.023 Padres, arrojó los siguientes resultados: 1.763 *placets*, 250 *non placets* y 10 abstenciones. Los círculos israelíes y el Comité Judío Americano, así como los círculos cristianos comprometidos con la causa de la reconciliación con los judíos, expresaron su satisfacción, matizada por el pesar de que el texto se hubiera suavizado finalmente en varios aspectos. Por otra parte, el Gran Rabino Kaplan deploró que no se hubiera condenado explícitamente el término “deicidio” aplicable

a los judíos. [...] Sin embargo, la mayoría de las reacciones apuntan a que ahora que el texto ha sido adoptado y aún debe ser promulgado por el Papa, será juzgado por sus frutos, es decir, por la forma en que se traduzca en la enseñanza religiosa y por la actitud de los círculos católicos con respecto a los judíos. [...] A última hora de la mañana del sábado no se había recibido ninguna reacción de los países árabes, a excepción de las críticas del Patriarca ortodoxo de Antioquía”.

“De nuestro enviado especial Henri Fesquet. Roma, 16 de octubre. La votación de la Declaración sobre los judíos puso fin a un número increíble de avances, visitas, cartas, tratados, panfletos y presiones con los que el Secretariado de la Unidad había sido asediado durante más de tres años. Cuando se conozcan los detalles de estos diversos intentos de frustrar o atenuar el sentido de la declaración conciliar, uno permanecerá estupefacto ante tanta pasión, aberración, odio, en una palabra, ignorancia y estupidez. [...] Por otra parte, muchos lamentarán con razón que la última versión del texto presentada por el Secretariado para la Unidad haya perdido parte de su fuerza. Es especialmente triste que las verdaderas razones por las que se han introducido estos cambios se hayan ocultado más o menos tras motivos piadosos. La diplomacia romana ha triunfado una vez

más sobre la franqueza. Muchos Padres lo han dicho. Pero hay que recordar que esta declaración, tal como fue aprobada por votación, salvó lo esencial. Los observadores que habían difundido los rumores más alarmistas durante el período entre sesiones fueron cruelmente desmentidos. El Vaticano II cumplió más o menos el deseo de Juan XXIII al censurar severamente el antisemitismo. La Iglesia reconocía implícitamente sus faltas pasadas en este ámbito, que habían sido graves, duraderas y numerosas. La nueva mentalidad ecuménica ha superado los prejuicios del pasado. En este sentido, la votación del viernes abre una nueva página en la historia de las relaciones entre Roma y los judíos. Hasta el último día, los católicos antisemitas colaboraron para amordazar al Concilio. Ya hemos llamado la atención sobre el panfleto en italiano del señor di Zaga. Otro, del francés Léon de Poncins, acusa a los obispos que aprobaron el texto del año pasado de ser ‘ignorantes de la naturaleza de sus actos’”.

Pero sobre todo hay que mencionar el panfleto de cuatro páginas que recibieron los obispos. Va precedido de un párrafo tan largo como extraño: *“Ningún Concilio ni Papa puede condenar a Jesús, a la Iglesia católica, apostólica y romana, a sus pontífices (el tratado enumera quince Papas “antisemitas”, desde Nicolás I en el siglo XIII hasta León*

XIII) y a sus ilustres Concilios. Pero la Declaración sobre los judíos contiene implícitamente tal condena, y por esta muy buena razón debe ser rechazada”.

El 22 de octubre apareció un largo artículo en casi toda la primera página del diario vespertino *Paris-Press*. Era mucho más objetivo que los publicados en *Le Figaro* y sobre todo que los publicados en *Le Monde*, y a pesar de su extensión, citamos extractos importantes del mismo. El autor del artículo estaba bien informado, ya que, de hecho, el Santo Padre promulgó el Esquema sobre las religiones no cristianas (sin cambios) el 18 de octubre, aunque la fecha se había fijado inicialmente para finales de noviembre. Citamos a continuación el artículo de *Paris-Press*:

“El asunto de los panfletos antisemitas en el Concilio, obliga al Papa a promulgar antes de lo previsto el régimen sobre religiones no cristianas. (De nuestro enviado especial Charles Raymondon)

Ciudad del Vaticano, 21 de octubre. El Papa ha decidido promulgar el 28 de octubre el Esquema sobre las religiones no cristianas, es decir, el esquema que trata esencialmente de las relaciones entre los judíos y la Iglesia. Su intención era poner fin a una campaña antisemita que había alcanzado un volumen extraordinario en el seno del Concilio y que iba acompañada de graves insinuaciones contra el cardenal Bea. [...] Se trata de un acontecimiento de considerable importancia y que ha provocado

una semana muy agitada en el Concilio, que en principio está obligado a guardar silencio y a trabajar sólo en comisiones. [...] El viernes pasado, el Papa Pablo había anunciado que sólo se promulgarían cuatro textos antes de la fiesta de Todos los Santos. Pero el mismo día, tuvo lugar la votación sobre el esquema más controvertido que nos ocupa². Reveló una minoría bastante grande absolutamente opuesta a este esbozo: 250 Padres, 245 de los cuales rechazaron totalmente el fragmento sobre los judíos, descartando toda cuestión de modificarlo o sustituirlo... [...] Como en las sesiones anteriores ningún documento había sido promulgado con más de un diez por ciento de oposición, nadie creía el viernes, ni siquiera el sábado, que la Declaración sobre las religiones no cristianas sería promulgada antes del 18 de noviembre como muy pronto.

Sin embargo, el domingo, desde su ventana con vistas a la Plaza de San Pedro, el Papa se precipitó... ¿Por qué lo hizo?

TÉRMINOS INACEPTABLES

“Es probable que algo nuevo haya impulsado al Sumo Pontífice a actuar. No debemos tratar de encontrar la explicación en la lista de

2 Esta oposición fue en consecuencia mucho más fuerte en 1965 que en 1964, ya que, al margen de una indiscutible mejora del texto, el número de opositores creció de 99 a 250. Nota del Autor.

sus visitantes mientras tanto. Influido o no por Pablo VI, es muy probable que haya debido temer un posible contragolpe y que, mediante un rápido acto de autoridad acorde con su estilo, haya querido poner fin a esta campaña de opinión, tan peligrosa como equívoca. Las críticas al actual proyecto de Declaración sobre los judíos son fuertes. Por un lado, está la objeción planteada por el mundo árabe: que detrás de este cambio hay intenciones políticas judías (lo que explicaría por qué, al final, se añadieron capítulos en aras del equilibrio, sobre el islam, luego sobre el budismo y de nuevo sobre las demás religiones). El año pasado, los patriarcas orientales declararon unánimemente que “no queremos ni hablar de esta Declaración, cuyos términos son prácticamente inaceptables para nosotros”. A través de los canales diplomáticos, los Estados árabes habían amenazado muy claramente al Papa con tomar represalias contra las Iglesias de Oriente, sus misiones y sus escuelas. El Presidente Sukarno, en representación de los gobiernos musulmanes, había visitado al Papa y le había dicho lo mismo. Por último, el Papa había recibido cartas de las jerarquías católicas de Oriente, informándole de la reacción escandalizada de sus fieles. Sugerían un riesgo de cisma por parte de estas Iglesias cuya lealtad a Roma tanto les había costado en la historia.

LA MINORÍA

“Frente a la oposición de Oriente, que se explica por razones de conveniencia y justicia política, las acusaciones del resto de la cristiandad son mucho más graves, aunque sólo representen a una pequeña minoría. De hecho, y de forma mucho más desafortunada, son doctrinales. Pretenden demostrar, con referencias a autoridades y documentos, que existe una contradicción ignominiosa entre lo que el Concilio se propone decir sobre los judíos, y la Sagrada Escritura, los Padres de la Iglesia, los Concilios anteriores y los Papas más eminentes. [...] Pero van aún más lejos. Más o menos indirectamente, insinúan contra el cardenal Bea, principal responsable de este texto, la sospecha de simonía. La simonía es uno de los delitos más graves que han envenenado la historia de la Iglesia, un delito que, según dijo recientemente el Papa a un corresponsal del *Corriere della Sera*, hoy ha desaparecido por completo. El término proviene de los *Hechos de los Apóstoles*, donde está escrito que Simón el Mago ofreció dinero a San Pedro para recibir de él poderes espirituales. Ser culpable de simonía es alterar las cosas sagradas: los sacramentos, los nombramientos eclesiásticos o las transformaciones de la propia doctrina, todo por dinero. El cardenal Bea está acusado de haber aceptado dinero de los

judíos para las necesidades de su Secretariado para la Unidad. (Los viajes necesarios para sus contactos con los ortodoxos y los protestantes son evidentemente costosos). Se le acusa de haber prometido imprudentemente a cambio una declaración que sería, para la Iglesia, el epílogo del proceso de Nuremberg: a saber, que pediría perdón a los judíos por todas las persecuciones que la doctrina cristiana les había causado a lo largo de los siglos (judíos deicidas, pueblo maldito por Dios, etc.). Se trata de una denuncia sin pruebas. Es probable que, si el cardenal publicara sus relatos y sus fuentes, se produjera un silencio inmediato. Pero es inconcebible que un hombre de tan alta posición se rebaje a semejante discusión. [...] Pero el siguiente extracto, tomado de un folleto en español distribuido en los pasillos del Concilio, dará una idea de la violencia de las acusaciones que se hicieron hace dos años, procedentes de un país latinoamericano: “*Estamos dispuestos a tomar las medidas necesarias para salvar a la Iglesia de semejante ignominia. Apelamos a los Padres conciliares que no han cedido a las presiones judías ni se han vendido al oro judío... para que repelan la páfida declaración...*”.

“El documento fue firmado por veintiocho organizaciones de Estados Unidos, España, Francia, Portugal, Alemania, Austria, seis países latinoamericanos, Jordania e Italia. Sin

embargo, varios de los dirigentes de estas organizaciones, entre ellos cuatro de las cinco organizaciones francesas mencionadas, negaron ser firmantes en menos de 24 horas.

En su edición del 21 de octubre, *Le Monde*, que ya había llamado la atención sobre el documento, anunció que se trataba de una falsificación, al menos en lo que respecta a las firmas. [...] Todo este asunto es un quebradero de cabeza increíble. Es imposible llegar aquí al fondo de esta apasionante, clara y terrible “cuestión judía”, porque la historia la ha teñido del color de la sangre. Lo que acabamos de mencionar sólo puede servir para dar una idea de la importancia de la decisión del Papa: arrojando toda su autoridad en la balanza, es libre de modificar el propio texto antes de su decisión final, con el fin de ganarse a la oposición, posibilidad que no se puede descartar”.

A continuación, compararemos los textos de 1964 y 1965 y examinaremos los puntos esenciales del Esquema: la cuestión del deicidio, la responsabilidad colectiva del pueblo judío por la muerte de Cristo, y el antisemitismo y la persecución.

El texto de 1964 “*deploraba y condenaba el odio y los malos tratos (vexationem) contra los judíos*”, pero el texto final de 1965 “*condena todas las persecuciones contra todos los hombres, sean quienes sean*” y “*deplora las manifestaciones de antisemitismo*”.

He aquí las palabras del último texto: “*La Iglesia condena todas las persecuciones de los hombres, sean quienes sean; recuerda su herencia común con los judíos, y actuando no por motivos políticos, sino con espíritu de amor evangélico, deplora todo odio, persecución y otras manifestaciones de antisemitismo, en cualquier tiempo y por parte de cualquiera*”. (De Ecclesiae, Declaración sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas, CTS, 1966, p 7)

El texto de 1964 era muy peligroso, inaceptable según los conservadores, cuando se examinaba a la luz de las reivindicaciones judías, cuyo portavoz era Jules Isaac. Colocaba a la Iglesia en la posición de acusada, culpable durante dos mil años del crimen permanente, injustificable e inexpiable del antisemitismo. Puso en duda la buena fe y la veracidad de los Evangelistas, San Juan y San Mateo en particular; desacreditó la enseñanza de los Padres de la Iglesia y de los grandes Doctores del Papado, retratándolos con colores detestables; en resumen, amenazó con demoler estos verdaderos bastiones de la doctrina católica.

Estamos de acuerdo e incluso seguros de que los 1.651 Padres del Concilio que votaron a favor de este texto no eran conscientes de sus implicaciones, ya que una investigación preliminar me ha convencido de que una gran mayoría de los Padres del Concilio no habían leído ninguno de los libros de Jules Isaac, Joshua Jehouda y otros, cuyas demandas, apoyadas por las grandes organizaciones judías mundiales B’nai B’rith, Congreso Judío Mundial, Comité Judío Americano, Alianza Israelita Universal, formaban la base del plan

que se les presentó. Todo el asunto había sido tramado en secreto con suprema habilidad por el cardenal Bea, Jules Isaac y un pequeño grupo de progresistas y dirigentes judíos³, cuya oposición al catolicismo tradicional estaba velada bajo el disfraz de la caridad cristiana, la unidad ecuménica y un vínculo bíblico común. En el primer capítulo de este libro desvelamos la maniobra, y no pretendemos repetirla aquí, salvo para señalar que estuvo a punto de tener éxito. De hecho, lo consiguió, pero el Papa se opuso en el último momento, se negó a promulgar el voto de 1964 y devolvió el texto a la comisión de trabajo.

Volvamos al texto de 1965, que recoge la doctrina oficial de la Iglesia.

¿Cuál fue la reacción de los países árabes? Reaccionaron muy violentamente al texto de 1964.

En el curso de una entrevista concedida a *Le Figaro*, edición del 25 de octubre, el Patriarca Máximo IV, él mismo de origen árabe, reveló su reacción ante el texto de 1965: “Como Máximo IV es de origen árabe, le pregunté: “¿Cuál es la reacción de los países árabes ante la Declaración del Consejo sobre los judíos? Esta fue su respuesta: “A la vista de las importantes

3 Según el P. Weigel S.J., profesor de Historia Eclesiástica en el Woodstock College de Maryland, y que es miembro de la redacción de la revista *America*, la declaración de condena del antisemitismo aceptada por el cardenal Bea en 1964 le fue sugerida por Zacharia Schuster, Presidente del American Jewish Comité.

enmiendas introducidas en el nuevo texto de esta Declaración, la reacción de los países árabes ha sido esta vez más bien neutra. Las nuevas enmiendas evitarán la explotación política en favor del sionismo universal y del Estado de Israel, ya que ahora se trata de un texto puramente religioso. [...] El antisemitismo no es árabe, porque los árabes son semitas. La reacción desfavorable y a menudo violenta de la propaganda sionista a la publicación del nuevo texto demuestra que los círculos sionistas buscaban algo más que un llamamiento al olvido del pasado y a la caridad universal. Querían una declaración de tendenciosidad política. Y el Concilio sólo podía negarse a eso. Por lo demás, somos los primeros en pedir la caridad cristiana para todos los pueblos, sin distinción de raza o religión. Pero la justicia cristiana nos obliga también a reivindicar los derechos de los oprimidos, de los desposeídos y de los refugiados injustamente expulsados de sus hogares y condenados a vivir de la caridad internacional⁴. Si condenamos las persecuciones contra los judíos, debemos condenar también las persecuciones y las injusticias causadas por los judíos. Por lo tanto, puesto que el texto del Concilio ya no puede utilizarse con fines políticos a favor del sionismo, la oposición de los pueblos musulmanes ya no tiene fundamento”.

4 Miles de árabes fueron brutalmente expulsados de Palestina por el gobierno israelí, a pesar de que habían vivido allí durante siglos, y desde entonces han tenido que vivir en la pobreza en campos de refugiados. Nota del autor.

Volviendo al contenido de los distintos textos, pasemos a la cuestión del deicidio. Un primer texto redactado en 1963 declaraba que *es un error y una injusticia (injuria) designar al pueblo judío como deicida*. El texto de 1965 suprimió este pasaje; la cuestión del deicidio se retiró del debate, y la Iglesia permanece en el *statu quo*.

En febrero de 1965, monseñor Carli concluía un largo artículo sobre el tema aparecido en la revista italiana *Palestra del Clero* (15 de febrero) con el siguiente fragmento:

“Debemos ahora sacar una conclusión general del estudio bíblico precedente. Me parece que puede resumirse así: por razones tanto textuales como magisteriales, la tesis según la cual el judaísmo debe ser considerado responsable del deicidio y reprobado y maldecido por Dios, en el sentido y dentro de los límites presentados más arriba, sigue siendo legítimamente defendible o al menos legítimamente probable [...] Por esta razón, una prohibición del Concilio que tendiera a poner fin a la libre discusión me parece en todo caso inadecuada. Sería ciertamente más conforme a la naturaleza del Concilio y a la práctica adoptada con respecto a otros esquemas dejar esto al estudio y a la discusión de teólogos y exegetas... [...] En todo caso, la caridad y la prudencia habituales de la Iglesia deben dictar cuáles son los medios y las ocasiones más adecuadas para anunciar a las partes interesadas una verdad

que, aunque comprensiblemente desagradable, no merece por esta sola razón ser guardada en absoluto silencio, si, como muchos piensan, se encuentra efectivamente en el depósito de la Revelación divina”.

La conclusión del arzobispo Carli fue, por tanto, aceptada por la Comisión Conciliar, que retiró la discusión de la moción sobre el deicidio.

Esta decisión suscitó la cólera del Gran Rabino de Francia, Joseph Kaplan. Entrevistado en *Europe N°1*, declaró:

“Quiero que se reconozca que en 1965 el término deicidio ya no tiene ningún significado y, lo que es más, el esquema debería haber proclamado claramente que esta acusación ya no debe lanzarse contra los judíos, porque no tiene ningún significado sino una resonancia odiosa. Pero el esquema no hacía mención de ello. Se percibe la voluntad abierta de los que modificaron este texto el año pasado de no exculpar a los judíos de esta acusación de deicidio, y esto es extremadamente grave”. (Reproducido por *Le Monde*, 17 de octubre de 1965)

Asimismo, el rabino jefe de Roma, Elio Toaff, protestó violentamente el 4 de abril de 1965, cuando el Papa pronunció un sermón sobre la Pasión, durante el cual dijo:

“Es una página extremadamente solemne y triste que nos recuerda el encuentro de Jesús

con el pueblo judío. Este pueblo estaba predestinado a recibir al Mesías; lo había esperado durante miles de años y estaba plenamente absorto en esta esperanza y certeza, pero en aquel preciso momento, cuando Cristo vino y habló y se mostró, no sólo no lo reconocieron, sino que lo combatieron, lo calumniaron, lo insultaron y finalmente lo mataron” (*Osservatore Romano*, 7 de abril de 1965).

El Dr. Toaff y el Dr. Sergio Piperno, Presidente de las Comunidades Judías Italianas, enviaron el siguiente telegrama al Vaticano:

“Los judíos italianos expresan su preocupación estupefacción por la imputación al pueblo hebreo de la muerte de Jesús contenida en la homilía del Sumo Pontífice pronunciada poco antes de Pascua, en la parroquia de Nuestra Señora de Guadalupe y difundida por la prensa oficial vaticana, renovando así la acusación de deicidio, fuente secular de trágicas injusticias para los judíos, que las solemnes afirmaciones del Vaticano II parecían terminar para siempre.” (*Il Messaggero di Roma*, 8 de abril de 1965)

El texto de 1964 prácticamente absolvía a los judíos de toda responsabilidad por la muerte de Cristo.

El texto de 1965 reconoce formalmente la responsabilidad de los dirigentes judíos y de quienes les siguieron, pero no extiende esta responsabilidad a todos

los judíos que vivían en aquella época, y menos aún al pueblo judío de hoy.

He aquí el pasaje del texto que trata precisamente de la cuestión de la responsabilidad colectiva de Israel:

“Aunque las autoridades judías y sus seguidores presionaron para la muerte de Cristo (cf. Juan XIX, 6), lo que se le infligió en su Pasión no puede atribuirse indiscriminadamente a todos los judíos que vivían en aquel tiempo ni a los judíos de hoy. Aunque la Iglesia es el nuevo Pueblo de Dios, los judíos no deben ser presentados como rechazados por Dios o malditos, como si esto se desprendiera de la Sagrada Escritura. Por tanto, todos deben tener cuidado, al enseñar y predicar la Palabra de Dios, de no enseñar nada que no esté completamente de acuerdo con la verdad del Evangelio y el espíritu de Cristo”. (De Ecclesiae, ibid. pp. 6–7)

En la versión definitiva, es decir, la de 1965, el Concilio no siguió a Julio Isaac en este punto, porque Julio Isaac negó la responsabilidad de los dirigentes del judaísmo y culpó enteramente a los romanos, pero el Concilio sí cedió en otro punto, absolviendo al pueblo judío de toda responsabilidad por la decisión de sus dirigentes.

La moción de 1965 presentada al Concilio se ajusta absolutamente a la verdad histórica tal como aparece en los relatos de los evangelistas, a saber, que fueron los dirigentes del judaísmo y quienes les seguían los responsables de la muerte de Cristo. En sentido estricto, puede decirse que el pueblo judío en su conjunto

no fue consultado y no tiene responsabilidad directa; pero la cuestión de la responsabilidad colectiva es muy compleja. De hecho, las decisiones de los dirigentes siempre implican la responsabilidad colectiva del pueblo, aunque éste no haya participado en la toma de decisión, y al final es el pueblo el que soporta las consecuencias.

La historia está llena de ejemplos de este tipo. Tomemos la última guerra, por ejemplo. Los dirigentes que rodeaban a Hitler no consultaron al pueblo alemán sobre el estallido o la conducción de la guerra, pero ésta acabó en bombardeos asesinos, la destrucción de ciudades enteras, la invasión de su país, la violación de miles de mujeres, deportaciones masivas y millones de muertos. Del mismo modo, Churchill no consultó al pueblo británico antes de implicar a su país en la guerra contra Alemania. ¿Reconocen los principios jurídicos aceptados por los pueblos occidentales la responsabilidad colectiva en derecho? Sí, hasta cierto punto, si nos atenemos a los juicios de Nuremberg.

Por lo que respecta al judaísmo, la decisión del Concilio plantea problemas espinosos: por ejemplo, varios eminentes Doctores de la Iglesia apoyaron el principio de la responsabilidad colectiva de Israel.

A este respecto, en dos resonantes artículos que dedicó al problema judío en la revista italiana *Palestra del Clero* (15 de febrero y 1 de mayo de 1965), Mons. Carli citó a varias autoridades famosas, y concluyó uno de sus artículos en estos términos:

“¿Se puede llamar deicidas a los judíos? Se ha dicho que no se puede hablar de deicidio, porque según la etimología Dios no puede ser ajusticiado. Pero es fácil replicar que el asesinato de Jesucristo, el verdadero Hijo de Dios, merece el término deicidio según la estricta (y exacta) terminología teológica. La verdadera cuestión es si todo el pueblo judío debe o no ser considerado culpable de ‘deicidio’. La declaración de 1964 dice formalmente ‘no’. Sin embargo, el gran número de estudiosos y exegetas que han señalado claramente en el Antiguo Testamento, a pesar de *Ezequiel* XVII, el principio de la responsabilidad colectiva tanto en el bien como en el mal me parece que tienen razón. Toda la historia de Israel se teje según una doble polarización: por un lado, está Dios con sus dones y sus castigos colectivos, y por otro está el pueblo elegido que los acepta o los rechaza. Todo el pueblo es considerado responsable y posteriormente castigado por las faltas cometidas oficialmente por sus dirigentes, aunque sean desconocidas para una gran parte del pueblo”.

Ejemplos de una actitud similar se pueden encontrar en el *Nuevo Testamento*. El arzobispo Carli cita un gran número de pasajes muy llamativos que no podemos reproducir aquí, y luego añade:

“Sin la doctrina de la responsabilidad colectiva, todo esto seguiría siendo un misterio indecifrible. Para concluir, considero que todo el pueblo judío de la época de Jesús, entendido en sentido religioso, es decir, como grupo que profesaba la religión de Moisés, era corres-

ponsable del crimen de deicidio, aunque sólo los dirigentes, seguidos de un pequeño número de seguidores, cometieron realmente el crimen. Obviamente, estos líderes no habían sido elegidos democráticamente por sufragio universal, pero de acuerdo con la legislación y la actitud mental vigentes en aquel momento, fueron considerados por Dios mismo y por la opinión pública responsables del crimen de deicidio (cf. *Mat. XXIII*, 2) en tanto que autoridades religiosas legítimas, y funcionarios responsables de las medidas que tomaban en nombre mismo de la religión. Ahora bien, a causa de estos dirigentes Jesucristo fue condenado a muerte, y condenado precisamente porque se proclamó Dios (*Juan X*, 33 y *XIX*, 7), aunque había dado pruebas suficientes de ello para ser creído (*Juan XV*, 14). La sentencia de condena fue tomada por el Gran Concilio (*Juan*, *XI*, 49 y ss.), es decir, por la máxima autoridad de la religión judía, con referencia a la Ley de Moisés (*Juan XIX*, 7), y motivando la sentencia como una acción para la defensa de todo el pueblo (*Juan XI*, 50) y de la propia religión (*Mateo XXVI*, 65). Fue el clero de Aarón, síntesis y principal expresión de la política teocrática y hierocrática del Antiguo Testamento, quien condenó al Mesías. Por tanto, podemos atribuir el deicidio al judaísmo, considerado como comunidad religio-

sa. En este sentido estrictamente limitado, y teniendo en cuenta la mentalidad bíblica, el judaísmo de tiempos posteriores a Nuestro Señor también comparte objetivamente esta responsabilidad colectiva por el deicidio, en la medida en que el judaísmo constituye la continuación libre y voluntaria del judaísmo de ese período. Un ejemplo tomado de la Iglesia nos ayudará a comprender este hecho. Cada vez que un Sumo Pontífice y un Concilio Ecu­ménico toman una decisión solemne en el marco de su autoridad, aunque no hayan sido elegidos democráticamente por la comunidad católica, con su decisión hacen sin embargo corresponsable a todo el catolicismo y a toda la comunidad de los fieles desde ese momento y para todos los siglos venideros.” (*Palestra del Clero*, 1 de febrero de 1965)

Tomemos el más famoso de los muchos textos que implican la responsabilidad colectiva de Israel, el *Evan­gelio de San Mateo*: A través de la traición de Judas, Jesús había sido entregado al sumo sacerdote, y “tomaron consejo contra Jesús para darle muerte”. Finalmente: “*Cuando le hubieron atado, le llevaron y le entregaron a Poncio Pilato... y el gobernador le preguntó, diciendo: “¿Eres tú el Rey de los judíos? “Jesús respondió: “Tú lo dices”. Pero a las acusaciones de los sumos sacerdotes y de los ancianos, no respondió nada. Entonces Pilato le dijo: “¿No oyes de cuántas cosas te acusan? Pero él no respondió nada, de modo que el gobernador se quedó muy sorprendido. “Cada Pascua,*

el gobernador solía poner en libertad a un preso, cualquiera que pidiera la multitud. Ahora tenían un preso famoso llamado Barrabás. Pilato convocó a la gente y les dijo: “¿A quién queréis que os suelte, a Barrabás o a Jesús, al que llaman Cristo?” Porque sabía que habían entregado a Jesús por envidia. Mientras estaba sentado en el tribunal, su mujer le envió a decir: “Que no haya nada entre tú y este justo, porque hoy he sido muy atormentada en sueños por causa de él. Pero los sumos sacerdotes y los ancianos persuadieron al pueblo para que liberaran a Barrabás y mataran a Jesús. Entonces el gobernador les dijo: “¿A cuál de los dos queréis que os suelte?” Ellos respondieron: “¡A Barrabás!” Pilato les dijo: ¿Qué hago con Jesús, llamado el Cristo? Dijeron todos: “¡Que lo crucifiquen!” Y el gobernador respondió: “¿Qué mal ha hecho? Pero ellos gritaban aún más fuerte: “¡Que lo crucifiquen!” Pilato, viendo que no ganaba nada, sino que crecía el alboroto, tomó agua y se lavó las manos delante del pueblo, diciendo: “Yo soy inocente de la sangre de este justo; a vosotros os toca responder de ella”. Todo el pueblo respondió: “Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos”. Entonces les soltó a Barrabás y, después de azotar a Jesús, lo entregó para que lo crucificaran”. (Mateo, XXVII)

El Evangelio implica formalmente la responsabilidad colectiva del pueblo judío por la muerte de Jesús.

¿Qué actitud adoptará la Iglesia sobre este punto después del último Concilio, y cómo puede conciliarse con el esquema de 1965?

¿Admitirá la Iglesia la tesis de Jules Isaac, que afirma que San Mateo era un mentiroso, que falsificó la

verdad histórica y se inventó por completo esta dramática escena con el único fin de culpar de ella a los judíos, él que era de su raza?

¿O mantendrá y defenderá la Iglesia la verdad histórica de los Evangelios? El Concilio y el Santo Padre ya han tomado su decisión. Han reafirmado enérgicamente la verdad de los Evangelios. “*Un voto inextricable*”, escribía René Laurentin en *Le Figaro*, refiriéndose a la cuestión judía en el Concilio. “*Un increíble avispero*”, escribía *Paris-Press* en el artículo que hemos citado ampliamente.

El cardenal Tappouni, Patriarca de la Iglesia católica de rito oriental, me dijo en Roma en el momento de las discusiones conciliares: “Nosotros, los Padres de la Iglesia oriental, hemos adoptado una posición clara. Hemos declarado de una vez por todas que cualquier discusión sobre el problema judío es inapropiada. No tengo nada que añadir o quitar a esta declaración, porque una palabra de más o de menos sobre esta delicada cuestión podría conducir al desastre. Los hechos nos han dado la razón, y nada bueno saldrá de ello, ni para los cristianos ni para los judíos”.

Probablemente el cardenal Tappouni tenía razón, pero, en la práctica, la cuestión se había planteado y ya no podía eludirse.

Ya había causado un gran revuelo en el mundo, como señalaba el arzobispo Carli en sus artículos:

“La *Declaración sobre las religiones no cristianas...* ha desencadenado una campaña de prensa lle-

na de indignación; ha provocado complicaciones políticas y diplomáticas y, por desgracia, en Oriente ha servido de excusa para que algunos abandonen el catolicismo en favor de la ortodoxia. Los Padres que la apoyan son vilipendiados y acusados de haberse vendido al judaísmo internacional, mientras que quienes, por diversas razones, consideran inadecuada esta declaración, o al menos desean verla modificada, son tachados de antisionistas y prácticamente se les considera corresponsables de los campos nazis”.

Jules Isaac protesta violentamente en sus obras contra el principio de la responsabilidad colectiva de Israel, y el rabino Kaplan se hace eco de él. Pero en el tema de la responsabilidad colectiva, los judíos se colocan en una posición falsa que los hace muy vulnerables. Rechazan furiosamente cualquier idea de responsabilidad colectiva cuando ellos mismos corren el riesgo de ser declarados culpables de ella, pero insisten vehementemente en ella cuando les conviene hacerlo.

En el capítulo X de este libro, citamos un artículo de Vladimir Jankélévitch, una figura importante en Israel. En *Le Monde* del 3 de enero de 1965, hablando de las víctimas judías de Hitler, escribió:

“Este crimen sin nombre es un crimen verdaderamente infinito [...] del que uno se ve obligado a decir que sólo el sadismo alemán podría haber sido capaz [...] La masacre metódica, científica y administrativa de seis mi-

llones de judíos no es sólo una fechoría en sí misma, es un crimen por el que debe pagar todo un pueblo”.

De hecho, el pueblo alemán fue declarado colectivamente responsable en Nuremberg de las medidas antijudías de Hitler, y cada contribuyente de la Alemania Federal (no los de la Alemania Oriental gobernada por los soviéticos) paga cada año una cantidad considerable al Estado de Israel en compensación por los daños sufridos por la judería internacional a manos de Hitler.

No se puede rechazar el principio de responsabilidad colectiva cuando no te beneficia, y reivindicarlo cuando te beneficia. Si no se acepta este principio, y parece que el Concilio optó por la negativa, es difícil entender cómo Israel sigue exigiendo un alto precio al pueblo alemán.

Del mismo modo, desde este punto de vista, los Juicios de Nuremberg pierden parte de su justificación.

* * *

Hay un tercer punto sobre el que debemos esperar que la Iglesia aclare su posición tras la votación del Concilio, porque está abierto a diferentes interpretaciones y tiene consecuencias muy importantes: se trata del problema del antisemitismo y la persecución. Es un problema que ha surgido allí donde ha vivido un número significativo de judíos en los últimos tres milenios.

He aquí lo que dice el esquema adoptado por el Concilio: “*La Iglesia condena todas las persecuciones de todos los hombres; recuerda su herencia común con los judíos, y actuando, no por ningún motivo político, sino más bien según un amor espiritual y evangélico, deplora todo odio, persecución y otras manifestaciones de antisemitismo, en cualquier época, y quienquiera que haya sido responsable de ellas*”. (De Ecclesiae, ibid. p.7)

La Iglesia siempre ha condenado la persecución, y aquí todo el mundo estará de acuerdo con ella. Sin embargo, está plagado de dificultades y problemas complejos, y es muy deseable que la Iglesia explique su postura a partir de ahora. Antisemitismo y persecución son términos capaces de provocar emociones explosivas.

Empecemos por el término *antisemitismo*. ¿A qué llamamos exactamente “*manifestaciones de antisemitismo*”? Las ideas sobre el antisemitismo varían mucho según se miren desde un punto de vista judío o no judío. A los ojos de los judíos, cualquier medida de defensa y protección contra la penetración de ideas y concepciones judías, contra las herejías judías, contra el control judío de la economía nacional y, en general, cualquier medida de defensa de las tradiciones nacionales cristianas, es una manifestación de antisemitismo. Es más, muchos judíos consideran que el mero hecho de afirmar la existencia de un problema judío constituye una declaración de antisemitismo. “Su ideal –dice Wickham Steed en su notable libro *The Hapsburg Monarchy*– parece ser el mantenimiento de su influencia

como un verdadero *imperium in imperiis*. La ocultación de sus objetivos parece haberse convertido en una segunda naturaleza para ellos, y deploran y combaten tenazmente cualquier esfuerzo por exponer la Cuestión Judía francamente, sobre la base de sus méritos exactos ante el mundo.” (*Op. cit.* p. 179)

Tomemos el ejemplo concreto de la Iglesia. Jules Isaac, como mostramos ampliamente al principio del libro, acusa de antisemitismo a todos los Padres de la Iglesia: San Juan Crisóstomo, San Agustín, San Agobardo, el célebre Papa San Gregorio Magno, etc. Los llama pervertidores de la Fe y torturadores por su actitud hacia el judaísmo. Los acusa de haber desatado el salvajismo de la Bestia y de ser los verdaderos responsables del antisemitismo alemán y de las cámaras de gas de Auschwitz. Los considera incluso peores que Hitler, Streicher y otros, porque su sistema causaba a los judíos una lenta tortura, dejándolos vivos para sufrir interminablemente: “De aquí percibimos la diferencia radical que separa el sistema cristiano de degradación de su moderno imitador nazi; ciegos e ignorantes son los que no ven sus mil profundas conexiones : este último no era más que una etapa, una breve etapa, que precedía al exterminio masivo; el primero, por el contrario, implicaba la supervivencia, pero una supervivencia vergonzosa, en el desprecio y la ignominia, creada para durar, para herir y torturar lentamente a millones de víctimas inocentes.” (J. Isaac, *Génesis del antisemitismo*, pp. 168–172)

¿Cuál será la actitud de la Iglesia postconciliar sobre este punto? ¿Cuál es el sentido de la frase: “*deplora toda manifestación de antisemitismo en cualquier tiempo y por quienquiera que fuera responsable*”?

¿Acepta la Iglesia la tesis de Jules Isaac y se declara culpable?

¿Deben celebrarse misas por el descanso del alma y el perdón de San Juan Crisóstomo, San Agustín, San Gregorio Magno y otros grandes santos de la liturgia cristiana culpables del delito de antisemitismo?

¿Hay que rectificar y purificar su enseñanza, siguiendo los mandatos de Jules Isaac? ¿Deberían purgarse los Evangelios de los numerosos pasajes que huelen a antisemitismo? “¿Podemos legítimamente hacer que la Iglesia católica como tal asuma una responsabilidad tan enorme, que la convertiría en la más cruel y vasta asociación de malhechores que jamás haya existido sobre la faz de la tierra? [...] Los judíos de hoy ya no se consideran responsables de nada de lo que Cristo sufrió a manos de sus antepasados, a los que ahora incluso conceden el beneficio de la buena fe; pero exigen a la Iglesia católica de hoy que se sienta responsable y culpable de todo lo que, en su opinión, han sufrido los judíos en los últimos dos mil años. [...] No creo que la Iglesia, ni siquiera desde la caridad y la humildad, pueda adoptar oficialmente tal interpretación de la historia. Al menos, no debería acusarse a sí misma de semejante transgresión, que mancilla su imagen ante sus hijos y ante el mundo entero, antes de haber llevado a cabo una investigación detallada e imparcial,

para la que no pueden bastar las pocas líneas del actual esquema conciliar (independientemente de su valor como conclusión) [...] Nadie pretende negar, y todos están dispuestos a lamentar, que haya podido haber, más o menos por ignorancia o a veces por mala fe, cristianos con prejuicios antijudíos, del mismo modo que cierta literatura rabínica judía insultó a Jesús y a la Virgen María, inspirando odios y maldiciones contra los cristianos. “Pero, más que enzarzarse en juicios históricos y exigir recíprocas confesiones de culpa, sería mucho más útil para todos formular principios doctrinales exactos, practicar la estima y la caridad, y reducir así los prejuicios mutuos. En este sentido, podemos hacer nuestras las palabras del Gran Rabino de Dinamarca: “Probablemente seguiremos siendo un signo de contradicción mutua, pero dejaremos de devorarnos unos a otros”. (cf. *Oekoumenikon*, 1 de agosto de 1963, p. 270)

Por tanto, con la condición de “no renunciar a ninguno de nuestros principios”.

Para nosotros, católicos, sin negar ni pasar por alto ninguno de los puntos contenidos en la Sagrada Escritura o en la tradición divina y apostólica, “comprometámonos, pues, a trabajar sobre un texto aceptable para todos ‘nuestros amigos judíos’, pero aceptable sobre todo para todos aquellos que aman la verdad objetiva [...] Incluso si los dos mil años de historia estuvieran llenos, como dice la tesis judía, de faltas morales de la Iglesia hacia el pueblo de Israel, esto no podría ni debería cambiar nada en los términos de

la cuestión, tal como fueron expresados por boca de Jesús, San Pedro, San Pablo, etc [...] La decisión transmitida por el esbozo de 1964 coincidía con lo que los judíos proponen y esperan. 'Tengo mis dudas sobre si es aceptable a la luz de la verdad objetiva'. (Mons. Carli, *Palestra del Clero*, 1 de mayo de 1965)

¿Y cuál es la postura de la Iglesia ante *la persecución*? Un término que los judíos siempre asocian al antisemitismo.

La Iglesia condena toda forma de persecución, venga de donde venga. Una vez más, todo el mundo estará de acuerdo, pero a condición de que se aclare la frase "*cualquiera que sea el período y cualquiera que haya sido el responsable*".

Al oír y leer a autores judíos, uno podría pensar que sólo ellos son víctimas de persecución en el mundo. En el mundo moderno, la persecución antijudía es la única que despierta la conciencia democrática. Hay muchas víctimas de persecuciones en la historia del mundo, y no son sólo judíos.

En la revista *Palestra del Clero* del 15 de febrero de 1965, el arzobispo Carli escribía con razón: "Ciertamente, nadie debe condenar el odio y la persecución más que un católico, sobre todo cuando el motivo es racial o religioso. Pero a algunos les parece extraño que en un documento conciliar sólo se condenen expresamente los males sufridos por los judíos 'en el pasado o en la actualidad', como si no hubieran existido y no existieran aún hoy otros que merecen igual condena. Tenemos en mente la masacre de los armenios, y los

genocidios e innumerables masacres perpetradas bajo la bandera del comunismo marxista”.

Y monseñor Carli añadió: “Por lo que respecta a la persecución de los judíos, ciertamente ni el emperador romano Claudio ni el canciller alemán Hitler, por tomar sólo al primero y al último de los perseguidores antisemitas de la era cristiana, se inspiraron en principios religiosos”.

Por último, ya que hablamos de persecuciones, debemos mencionar también aquellas de las que el propio pueblo judío fue autor y responsable, porque ellos, que siempre se presentan como inocentes víctimas crucificadas, son terribles perseguidores cuando tienen la sartén por el mango. Hemos tratado este tema en el capítulo X de este libro, y no repetiremos lo que allí dijimos.

En una obra escrita en 1921 y titulada *Le Problème Juif*, Georges Batault declaraba: “La actitud adoptada por muchos judíos, que consiste en atribuir el fenómeno secular del antisemitismo únicamente a los sentimientos más bajos y a la ignorancia más crasa, es absolutamente insostenible. Es perfectamente infantil querer enfrentar perpetuamente a la buena oveja judía, balando y en devota mansedumbre, contra el malvado lobo no judío sediento de sangre y aullando con feroces celos. Hay que renunciar realmente a esta filosofía de la historia como “imagen de Épinal”⁵, así como a la

5 El término francés “imágenes de Épinal”, alude a estampas populares de vivos colores que se imprimieron en Francia en el XIX. Estaban editadas por una

práctica de calificar de “pogromistas” a cualquiera que se atreva a tratar el problema judío con un espíritu que no sea el de la apología delirante”. (Georges Batault: *Le Problème Juif*, París 1921)

El siguiente experimento es un ejemplo reciente de esta mentalidad.

En octubre de 1965 fui a Roma y entregué a más de dos mil Padres conciliares y a varias personalidades eminentes un folleto titulado *Le Problème juif face au Concile*, dos tercios del cual se imprimieron en italiano y el resto en francés. Contenía una breve historia del papel de Jules Isaac en la preparación del esquema del Concilio sobre la cuestión judía, y un resumen de sus tesis y las de otros maestros del pensamiento judío contemporáneo sobre el tema de las relaciones entre el judaísmo y el cristianismo. No era ni abusivo ni insultante, pues se trataba simplemente de una exposición de textos que yo me había limitado a presentar de manera clara y coherente. Pues consideraba esencial que los Padres del Concilio conocieran estos textos, ya que constituían la base sobre la que los Padres estaban llamados a votar. Una encuesta preliminar me convenció rápidamente de que prácticamente todos los Padres del Concilio ignoraban tanto esos textos como la importancia del papel de Jules Isaac. A diferencia de

empresa cuyo fundador era oriundo de Épinal (serían similares a los “aleluyas” españoles de la misma época. En la actualidad, la expresión se utiliza en sentido figurado para aludir a los que tienen una visión naif de las cosas con un único lado bueno. [NdT].

Jules Isaac, Henri Fesquet, de *Le Monde*, y otros laicos que ejercieron gran influencia en el Concilio, yo no di ningún consejo ni directriz, sino que me limité a presentar cierta información, añadiendo: “La decisión corresponde ahora a los Padres del Consejo, y son ellos quienes asumirán la responsabilidad de la misma”.

Varios periódicos franceses importantes, encabezados por *Le Monde*, llamaron la atención sobre mi intervención y la distribución de mis panfletos. Todos ellos me acusaron de “antisemitismo”, utilizando una fraseología desagradable.

En su edición del 17 de octubre, hablando de “la increíble cantidad de anticipos, visitas, cartas, octavillas, panfletos y presiones con que había sido asaltado el Secretariado de la Unidad (a propósito de la Declaración sobre los judíos), *Le Monde* declaraba: “*uno permanecerá estupefacto ante tanta pasión, aberración, odio y, en una palabra, tanta ignorancia y estupidez*”. Como mi nombre había sido claramente mencionado un poco antes en el artículo, esta crítica iba evidentemente dirigida a mí y mi crítica en la que, la pasión, la aberración, el odio, la ignorancia y la estupidez no tenían nada que ver.

Uno de mis conocidos envió mi panfleto a un sacerdote que no conocía, director de una escuela católica y conocido predicador, y recibió la siguiente carta en respuesta: “*Le devuelvo el lamentable panfleto del Sr. de Poncins, que muestra tan poca piedad por Israel, tan poca caridad y una interpretación tan estrecha de la historia. Estos eternos retazos de Joshua Jebouda son muy irritantes. ¿Se imagina el Sr. de Poncins que Mons. de Provençères y los*

Padres conciliares ignoraban que judíos y musulmanes rechazan ferozmente la Encarnación? ¿Se trata sólo de eso? “Cuando el texto del Concilio aparezca en la prensa, lo veréis. Es, en una palabra, la obra del cardenal Bea, jesuita y exégeta de ochenta años, que ha viajado y leído, y que sin duda tiene un gran amor a la humanidad y un gran sentido de la justicia. Fue este motivo y no la ignorancia lo que le impulsó a apoyar este Esquema, y según el cual, guiados por el Espíritu Santo, votarán los cerca de dos mil Padres del Concilio.”

Así pues, a los ojos de este eminente sacerdote, no son Jules Isaac y los demás los autores de una provocación al atacar la doctrina de los Padres de la Iglesia, soy yo el provocador por haberlos citado y dado a conocer. Pero no cabe duda de que el hecho de haber revelado estos textos fatales fue extremadamente embarazoso para el éxito de la maniobra judía y progresista, y si se hubieran publicado antes, habrían sido aún más eficaces.

La conclusión es bastante obvia: hay que silenciar a toda costa a estos “antisemitas” que utilizan un arma terrible, los propios textos de autores judíos. Así se expresaba el abate Laurentin en *Le Figaro* el 15 de octubre de 1965: “¿Bastará el texto de 1965 para desarraigar el antisemitismo cristiano, que se ha expresado con tanto vigor en los últimos meses?”

En otras palabras, uno de los objetivos del texto de 1964 era *acallar a los “antisemitas”*. Pero, aunque admirablemente preparada, la maniobra no tuvo éxito, o sólo parcialmente, porque el texto de 1965 sólo dejaba la vía abierta a posibilidades limitadas en este ámbito.

Por otra parte, no existen restricciones de ningún tipo para los autores judíos y sus aliados.

Con total impunidad, Jules Isaac puede escribir largas obras, recientemente reeditadas, en las que llama mentirosos a los Evangelistas, burdos panfletistas a los Padres de la Iglesia y a los grandes santos, perversos de la fe y torturadores, y en las que pide a la Iglesia que reconozca, se retracte y repare sus criminales agravios contra los judíos. Obispos como Mons. de Provençères le manifestaron públicamente su estima, respeto y afecto. Monseñor Gerlier, arzobispo de Lyon, escribió un prefacio laudatorio a un libro del abate Toulat titulado “*Juifs mes frères*”, en el que se exaltaba y glorificaba el papel de Jules Isaac. Monseñor Liénart, cardenal y arzobispo de Lille, es incluso condescendiente con las “Amitiés Judéo-chrétiennes” de Jules Isaac. Pero como me limité a citar a Jules Isaac, Joshua Jehouda y otros, se me presenta como un antisemita despreciable, un ejemplo de pasión, aberración, odio, ignorancia y estupidez, si hay que creer a *Le Monde*.

Por último, el clero progresista reserva sus favores a los enemigos de la religión y vierte sarcasmo, desprecio y hostilidad contra quienes defienden su propia tradición.

En cuanto a *la relación bíblica común con el pueblo judío*, es indiscutible, pero debemos tener cuidado de no llevar el argumento demasiado lejos.

El *Nuevo Testamento* marca un punto de inflexión en la historia del pensamiento religioso y una profunda

ruptura con el *Antiguo Testamento*. La separación no ha hecho sino acentuarse a lo largo de los siglos.

El texto de 1965 afirma: “*Este santo Concilio recuerda el vínculo que une espiritualmente al pueblo del Nuevo Testamento con el linaje de Abraham. La Iglesia de Cristo reconoce que, en el plan de salvación de Dios, los comienzos de su propia elección y fe se encuentran en los Patriarcas, Moisés y los Profetas... Por tanto, la Iglesia no puede olvidar que fue a través de este pueblo, con el que Dios, en su inefable misericordia, acordó establecer la Antigua Alianza, como ella misma recibió la revelación del Antiguo Testamento. Se alimenta de la raíz del olivo franco, en el que se han injertado las ramas del olivo silvestre de los gentiles (cf. Rm XI, 17–24). La Iglesia cree que Cristo, nuestra paz, reconcilió a los judíos con los gentiles mediante la Cruz, y nos unió a ambos en Él (Efesios II, 14–16)... “La Sagrada Escritura atestigua que Jerusalén no conocía el tiempo de su visitación (cf. Lucas XIX, 44). La inmensa mayoría de los judíos no aceptaba el Evangelio. Algunos incluso se opusieron a su difusión (cf. Romanos XI, 28). Sin embargo, según el apóstol Pablo, los judíos siguen siendo muy queridos por Dios a causa de sus padres, pues Dios no se arrepiente de los dones que da ni de las llamamientos que hace (cf. Romanos XI, 28–29). Con los Profetas y el mismo Apóstol Pablo, la Iglesia espera el día, sólo conocido por Dios, en que todos los pueblos se dirigirán a Dios con una sola voz y le servirán con un solo cuerpo (Sabiduría III, 9; Isaías LXVI, 23; Salmos LXV, 4; Romanos XI, 11–32). “Dada la gran herencia espiritual común a cristianos y judíos, es voluntad de este santo Concilio establecer y recomendar el conocimiento y la estima mutuos, que se establecerán sobre la base de estudios bíblicos y teológicos y de*

discusiones fraternas comunes". (De *Ecclesiae*, ibid. pp. 5–6)

En su artículo de *La Palestra del Clero*, Monseñor Carli expone claramente la doctrina católica sobre este punto: "En un determinado momento de la historia, Israel rompió la Alianza con Dios, no tanto por haber transgredido los mandamientos de Dios, o dicho de otro modo, por no haber cumplido las condiciones de la Alianza (había cometido este pecado tantas veces, y Dios siempre se lo había perdonado), sino por haber rechazado el cumplimiento de la Alianza misma al rechazar a Jesús: porque 'Cristo es el cumplimiento de la Ley' (*Rom. X, 4*). A partir de entonces, ya no se trataba de los términos accidentales de la Alianza, sino de su propia sustancia. La elección de Israel quedaba automáticamente anulada; perdía su objeto, y los privilegios ligados a ella perdían su razón suficiente... Israel acabó institucionalizándose en una especie de oposición global, oficial y radical a Cristo y a su doctrina, a pesar del gran "signo" de la Resurrección de Cristo. "La religión mosaica, que por una disposición revelada por Dios debía desembocar en el cristianismo para encontrar su culminación y perfección, por el contrario, se negó constantemente a adherirse a Cristo, rechazando así la "piedra angular" puesta por Dios. Desde este punto de vista, la relación entre el cristianismo y el judaísmo es mucho peor que la que existe entre el cristianismo y las demás religiones. Porque sólo Israel había sido elegido, había recibido una vocación, unos dones, una historia, etc., muy diferentes de todos los demás pueblos de la tierra: en el plan

de Dios, Israel se relacionaba entera y completamente con Cristo y con el cristianismo. Al no realizar esta relación esencial por su propia culpa, se ha colocado en una situación de rechazo objetivo. Esta situación durará mientras la religión judaica del mundo se niegue a reconocer y aceptar oficialmente a Jesucristo. En mi opinión, la Sagrada Escritura justifica esta interpretación, y la tradición patristica la confirma.

La brecha entre el *Antiguo Testamento* y el *Nuevo* siguió ensanchándose a medida que la *Torá* o Ley de Moisés cedía paso a la creciente influencia del *Talmud* como fuente de inspiración de la religión hebrea.

El judío moderno no estudia la Ley de Moisés, sino el *Talmud*, y entre el *Evangelio* y el *Talmud* existe un antagonismo irreductible. Sólo podemos recordar al lector que ya tratamos esta cuestión en el capítulo V.

¿Durará para siempre este antagonismo? No, responde la doctrina católica formulada por San Pablo, porque al final de los tiempos, todo el pueblo judío se convertirá: “Al final de los tiempos, la masa de los judíos se salvará; esta afirmación de San Pablo es parte esencial de la esperanza cristiana...”. Los dones de Dios se dan absolutamente, es decir, una vez dados no se retiran nunca; pero para aquellos que los rechazan o que no los utilizan en el momento oportuno, se convierten en artículos de condenación... Esta posición fue libremente aceptada por Israel, y mientras persista, la condición objetiva de maldición permanecerá con todas sus consecuencias. Pero hay que negar categóricamente que cualquier autoridad humana, privada o

pública, pueda, bajo cualquier pretexto o por cualquier derecho, ejecutar el castigo ligado al juicio divino: sólo Dios puede hacerlo, del modo y en el momento que Él quiera.” (Mons. Carli: *Palestra del Clero*, 15 de febrero de 1965)

Pero los maestros del judaísmo contemporáneo tratan esta creencia con burla y altivo desprecio. Hemos ilustrado este punto citando algunos pasajes particularmente esclarecedores de Jehouda. Para ellos, no se trata de que los judíos se conviertan al cristianismo, que a sus ojos es “una religión bastarda, una rama corrupta del judaísmo”, sino de que los cristianos regresen a Israel.

El siguiente extracto reciente confirma y refuerza esta opinión: “No nos hagamos ilusiones: si piensan que exonerándonos nos ganarán más fácilmente, se engañan. No cambiaremos. Debemos ser aceptados tal como somos, con nuestro monoteísmo absoluto e indivisible, con nuestra feroz voluntad de sobrevivir como comunidad diferenciada, con nuestro rechazo categórico de cualquier otra “fe”. No queremos que nos conviertan; nos vemos como adultos, capaces de elegir nuestro propio camino. Y así es como queremos que nos traten. Pero si su religión les obliga a hacer proselitismo, no tenemos nada que objetar. Sólo se lo advertimos: perderán el tiempo. Seguiremos siendo lo que somos, y ninguna fuerza en la tierra o en el cielo nos cambiará. Porque estamos hechos de una sustancia dura como la roca; hemos resistido a Dios en nuestra juventud y a los hombres en nuestra madurez.

Así que podemos esperar. Por eso, la única actitud válida para un judío ante el Concilio Ecuménico es la de una cortés impasibilidad. Permanezcamos en silencio y sigamos con nuestro propio trabajo, esperando con serenidad. Porque, sean cuales sean los resultados, debemos continuar solos nuestro inconcebible viaje. (Alexandre Reiter, artículo “Les Juifs et le Concile”, publicado en *La Terre Retrouvée*, 15 de junio de 1965)

La conclusión puede extraerse en pocas palabras: se desprende claramente de los numerosos textos que hemos citado de autores judíos.

Un acuerdo religioso entre cristianos occidentales y judíos de disciplina talmúdica será muy difícil de conseguir, porque, como dice Mons. Carli de la religión judía: “No se trata de una renuncia pura y simple al plan de Dios [...] sino de una oposición positiva, y, desde este punto de vista, la relación entre cristianismo y judaísmo es mucho peor que entre cristianismo y otras religiones”.

Las generosas intenciones o ilusiones del Consejo tropezarían siempre con un gran obstáculo: la intransigencia judía. Los judíos lo exigen todo, pero no conceden nada; se niegan a asimilarse, se niegan a convertirse. Lejos de asimilarse, se judaizan; lejos de convertirse, tratan de imponer sus creencias a los demás. “El problema judío es un enigma insoluble, de más de dos mil años de antigüedad, y sigue siendo hoy una de las cuestiones más formidables a las que se enfrenta nuestra época”, escribió Georges Batault en “*Le Problème Juif*”.

Estas palabras proféticas datan de 1921. A pesar de tantos acontecimientos dramáticos desde entonces, tantas catástrofes y convulsiones mundiales, siguen siendo actuales en 1967. La prueba está en la importancia del debate sobre la cuestión judía en el Vaticano II.

14 – Panfletos contra el Concilio

Tal es el título de un artículo aparecido en la página 164 del número especial del *Osservatore della Domenica* sobre el Concilio Vaticano II, fechado el 6 de marzo de 1966.

Este número presenta en su conjunto la historia completa del Concilio, y el artículo en cuestión, escrito por Ugo Apollonio y reproducido a continuación, está dedicado a los “panfletos” sobre la cuestión judía que habían sido ampliamente distribuidos entre los Padres conciliares durante las sesiones. En el cuerpo del artículo, mi nombre aparece claramente señalado y se me acusa violentamente.

Esto es lo que dice el artículo:

“El Concilio Vaticano II ha sido objeto, como era de esperar, de los mayores elogios y de las peores críticas. La explosión de literatura anticonciliar no sorprenderá a nadie, pero quizá merezca la pena recordarla brevemente, aunque sólo sea por curiosidad. Desgraciadamente, no disponemos aquí de espacio suficiente para examinar los diarios y las publicaciones periódicas comunistas, que con frecuencia tergiversaron las intenciones y los debates de

los Padres conciliares en todos los países, ni para ocuparnos de la prensa dominante que, en Italia y en otros lugares, presentó a menudo los trabajos del Concilio de manera unilateral y parcial.

limitaremos, pues, a un cierto tipo de libros y folletos, limitados en número y calidad, cuyo rasgo común sugiere una fuente común, al menos en su inspiración:

Todos ellos procedían de países latinos (en particular Francia, España y América Latina); Reflejaban las ideas de ciertos círculos católicos ultraconservadores;

Todos eran anónimos o firmados con seudónimos; en algunos casos, se enmascaraban tras firmas que resultaron ser imaginarias o falsas; Se han traducido a varios idiomas (las traducciones al italiano suelen ser bastante deficientes);

Normalmente se enviaban directamente a los Padres conciliares.

En cuanto a su contenido, hay que añadir que muchas de estas publicaciones esconden tras una sospechosa preocupación por la ortodoxia, un pretexto para ataques poco meditados contra cardenales y obispos, acusándoles de introducir herejías, tratar de subvertir a la Iglesia, vender a la Iglesia por ventajas terrenales, etcétera. Por otra parte, otros tienen un tono

claramente antisemita y atacan injustamente a muchos representantes de la Iglesia.

El primero y más voluminoso de estos documentos, en torno al cual parecían girar todos los demás panfletos menores que le siguieron, apareció en agosto de 1962, bajo el seudónimo de Maurice Pinay⁶. Según la introducción, esta obra anunciaba “terribles revelaciones”, cuando en realidad contiene un batiburrillo de acusaciones gratuitas e ilógicas contra los Padres del Concilio, quienes –dice su *Llamamiento al Lector*– conspiran para destruir las tradiciones más sagradas emprendiendo reformas audaces y dañinas inspiradas en Calvino, Zwinglio y otros grandes herejes, pretendiendo modernizar la Iglesia y ponerla al día, pero con la secreta intención de abrir las puertas al comunismo, acelerar la ruina del mundo libre y preparar la futura destrucción del cristianis-

6 Nota del editor: Curiosamente, el editor del semanario vaticano omitió mencionar el título de este supuesto “panfleto”: era *Complotto contro la Chiesa*. Se trataba de un voluminoso libro que, aunque abreviado en esta primera edición por razones de urgencia de producción, era una obra de erudición. Su edición definitiva en español, en 1968, superó las seiscientas páginas. Fue traducido y publicado en alemán, español e inglés. Finalmente, más de treinta años después se ha publicado una versión francesa, en samizdat, bajo el título “2000 ans de complots contre l’Église” (2000 años de complots contra la Iglesia). [NdE]

mo. En varias hojas mimeografiadas llegadas de América en 1964, un tal Hugh Mary Kellner atacaba “los resultados devastadores del secularismo” y acusaba a los dirigentes de la Iglesia de “no haber reprimido la catastrófica decadencia de la Iglesia que se ha hecho patente en las últimas décadas”. Según esta figura, muchos Padres conciliares fueron víctimas de una seducción satánica que les sugirió utilizar la apariencia de la adorable palabra de Cristo para debilitar y destruir a la Iglesia”.

Sin embargo, los ataques más importantes y virulentos se dirigieron contra los judíos falsamente convertidos y la organización judeomasónica internacional B’nai B’rith. Varios panfletos y circulares fueron enviados a los Padres del Concilio a sus domicilios privados afirmando que ‘solo el pueblo judío es el pueblo deicida’ y que por ello ‘debe ser combatido y exterminado, ya que, a través de la masonería, el comunismo y todas las organizaciones subversivas que ha creado y dirige, el judaísmo continúa implacable y arrogantemente combatiendo a Cristo”.

El racismo, el fanatismo y la más obstinada oposición fueron desplegados por ciertos grupos antijudíos, propugnando en numerosas y pequeñas publicaciones una feroz persecución contra los judíos “padres del engaño y la calumnia”, apoyándose o autorizándose en el

dogma y las enseñanzas de la Iglesia. “Como ejemplos de estas publicaciones violentas que tenemos ante nosotros, citemos:

Les Juifs et le Concile à la lumière des Saintes Écritures et de la Tradition, anónimo, según este folleto, el autor es Bernardus; *Le peuple juif est le peuple décide*, por Mauclair; *Le Concile et l'attaque du bloc Centre-européen*, por Catholicus ; *L'Action Judéo-maçonnique au Concile*, por un autor anónimo que afirma ser un grupo de sacerdotes, algunos pertenecientes a órdenes religiosas y otros al clero secular; *La Déclaration en faveur des juifs favorise un racisme qui enciembre sur les droits légitimes des autres peuples à se défendre*, por un tal E. di Zaga; *Le Problème des Juifs au Concile*, de Léon de Poncins, etc.

En todos estos panfletos, como en el titulado *Common Sense*, impreso en Nueva Jersey, y también en otros, las acusaciones son las mismas y surgen de las mismas raíces de incompreensión, intolerancia, desprecio y odio hacia el pueblo judío.”

La campaña, como se desprende de lo anterior, no se limitó a Italia, sino que se extendió por todo el mundo latino. Las principales personas acusadas estaban claramente indicadas. He aquí los “herejes”: se trataba de los teólogos alemanes Osterreicher y Baum, ambos de raza judía, cuya “tarea consistía en judaizar a los cristianos”; el P. Klyber, acusado de “lavar

el cerebro a los católicos en favor del judaísmo” y el cardenal Bea, quien, al presentar su propuesta de decreto a favor de los judíos y en contradicción con los evangelistas, ocultó a los Padres conciliares que adoptaba las tesis que le sugería la Orden masónica B’nai B’rith”.

El Cardenal Bea, que, como es bien sabido, creó, obedeciendo a los deseos expresos del Papa Juan, un grupo de estudio en el seno del Secretariado para la Unidad de los Cristianos para examinar desde el único punto de vista teológico y religioso las relaciones entre la Iglesia y el pueblo judío, y que preparó el proyecto de Declaración sobre el problema judío, fue atacado por todos los autores anónimos de estos diversos panfletos con extrema vehemencia y hostilidad. Baste señalar que intentaron probar su origen judío, afirmando que “en siglos pasados se encontró el nombre ‘Beha’ entre varias familias de Alemania y Austria, nombre que es el equivalente fonético del sefardí ‘Beja’, por latinización del cual se llega al judío o cripto—judío Cardenal Bea”...

En conclusión, es triste recordar que ni siquiera Su Santidad Pablo VI se libró de esta avalancha de ataques venenosos desatados contra la jerarquía. Un pequeño documento impreso en noviembre de 1965 en California, EE.UU., y firmado por los “Milитantes Servitas de

Nuestra Señora de Fátima” afirma, entre otras cosas, que el Papa cometió un “error detestable, comparable a la apostasía, al pronunciar un discurso ante los representantes ateos de las Naciones Unidas”, y que el 4 de octubre, fecha en la que el Papa visitó la O.N.U., “*debe considerarse como un día negro en el calendario, eclipsado únicamente por el de la Crucifixión de Jesús, ya que en esa fecha el Pontífice entregó con sus propias manos el Cuerpo Místico de Cristo a las Naciones Unidas, una organización controlada por los judíos, los masones y los comunistas*”. Entonces, ¿qué había que hacer? El panfleto decía que cada Padre debía someterse a un exorcismo ritual para expulsar el demonio que se había apoderado de ellos en el Concilio; que todas las decisiones del Concilio debían considerarse nulas y sin efecto, y que debían renovar todos sus votos como sacerdotes y rezar a Dios para que les diera la fuerza para resistir todos los futuros ataques de Lucifer y sus agentes. Sólo así el Papa y los Padres Conciliares podrían purificarse del atroz crimen de la apostasía.”

“Cualquier comentario sería superfluo”. (Ugo Apollonio, *Osservatore della Domenica*)

En primer lugar, cabe decir que hay dos *Osservatore* en Roma: ambos se producen en la Ciudad del Vaticano, en la misma oficina: por una parte, el diario *l'Osservatore Romano*, periódico oficial del Vaticano; por otro lado, el *Osservatore della Domenica*, cuya posición está mucho menos clara. Como su nombre indica, es

un semanario, y su redacción es claramente progresista, lo que explica en parte el tono del artículo en el que se me acusa. Sin embargo, y este es el punto importante, se trataba de un número especial que representaba una gran obra de 225 páginas que contenía una historia completa que resumía el Concilio, con un prefacio de Su Eminencia el Cardenal Cicognani, Secretario de Estado del Vaticano, y de Monseñor Felici, Secretario General del Concilio, con todas las características de un documento oficial. Las acusaciones formuladas contra los autores de los “panfletos”, y contra mí en particular, son por tanto excepcionalmente graves.

Aunque por regla general evito las polémicas personales, me siento obligado a dejar las cosas claras, asumiendo toda la responsabilidad por lo que publico. De lo contrario, los católicos de todo el mundo que lean este artículo tendrán la impresión de que soy un antisemita fanático, hirviendo de furia y odio, tramando masacres y persecuciones, e inundando a los Padres conciliares con “*un batiburrillo de acusaciones gratuitas, calumniosas e ilógicas*”.

Veamos las acusaciones que se me hacen.

La primera acusación es que *los autores de los panfletos* son todos anónimos y en algunos casos “*se escondieron tras firmas que más tarde se descubrió que eran imaginarias o falsas*”. Por lo que a mí respecta, la acusación es completamente falsa, porque mi panfleto estaba firmado con mi nombre.

La segunda es que *“muchos de estos panfletos esconden tras una sospechosa preocupación por la ortodoxia, pretextos para ataques poco meditados contra cardenales y obispos, a los que acusan de introducir herejías, tratar de subvertir la Iglesia, vender la Iglesia por ventajas terrenales, etc.; por otra parte, otros tienen un tono claramente antisemita y atacan injustamente a numerosos representantes de la Iglesia”*.

No he atacado de forma irreflexiva a cardenales y obispos. No les he acusado injustamente de querer subvertir la Iglesia. Basándome en fuentes judías, demostré que, por su ignorancia de la cuestión judía, habían caído en una trampa muy hábilmente preparada por los dirigentes de las grandes organizaciones judías, asociados a una pequeña minoría de progresistas. Los Padres conciliares tienen sin duda un buen conocimiento del judaísmo bíblico del Antiguo Testamento, pero ¿qué saben del judaísmo talmúdico contemporáneo?

La tercera acusación es el *“origen común”* de estos panfletos: *“El primero y más voluminoso de estos documentos, en torno al cual parecen girar todos los demás panfletos menores que le siguieron, apareció en agosto de 1962 bajo el seudónimo de Maurice Pinay. Según la introducción, esta obra anunciaba ‘terribles revelaciones’, mientras que en realidad contiene un batiburrillo de acusaciones gratuitas e ilógicas contra los Padres conciliares”*.

El panfleto que hice circular en el Concilio no tiene nada en común, ni con el libro de Maurice Pinay, ni en temática con ninguno de los otros folletos publicados en Roma. Que yo sepa, soy el único que ha revelado

el papel de Jules Isaac, portavoz de las principales organizaciones judías en el Concilio Vaticano, y el único que ha hecho circular en el Concilio textos tomados de las obras de Jules Isaac, Joshua Jehouda y otros doctores de Israel, fundamentales para comprender la cuestión sobre la que votaron los Padres conciliares y sus consecuencias.

La cuarta acusación era la de *“incitar a la masacre y a la persecución contra el pueblo deicida”*: *“Sin embargo, los ataques más importantes y virulentos se dirigieron contra los judíos falsamente conversos y la organización judeo-masónica internacional B’nai B’rith. Varios panfletos y circulares fueron enviados a los Padres del Concilio a sus domicilios privados, afirmando que “el único pueblo judío es el pueblo deicida” y que por ello “debe ser combatido y exterminado, ya que, a través de la masonería, el comunismo y todas las organizaciones subversivas que ha creado y dirige, el judaísmo continúa implacable y arrogantemente combatiendo a Cristo”*.

En ningún sitio he escrito que haya que combatir y exterminar al deicida pueblo judío.

El artículo continúa: *“El racismo, el fanatismo y la oposición más obstinada fueron desplegados por ciertos grupos antijudíos, haciéndose, a través de numerosas pequeñas publicaciones, los defensores de una feroz persecución contra los judíos “padres del engaño y la calumnia” y apoyándose en el dogma y las enseñanzas de la Iglesia o autorizándose a partir de ellas. “A título de ejemplo, citamos una de estas publicaciones violentas que tenemos ante nosotros: Le Problème des Juifs au Concile, de Léon de Poncins, etc. En todos estos panfletos, como en el titulado Common Sense, impreso en Nueva*

Jersey, y también en otros, las acusaciones son las mismas y proceden de las mismas raíces de incomprensión, intolerancia, desprecio y odio hacia el pueblo judío”.

¡Racismo, fanatismo, persecución feroz, intolerancia, incomprensión, desprecio y odio hacia el pueblo judío! Nunca he escrito una línea que pudiera haber servido de base para tales acusaciones, pero ya que virtualmente se me presenta como un agitador de pogromos, me gustaría que el lector de buena fe considerara la violencia implícita en los métodos y propuestas para una solución del Problema Judío que esboqué poco antes del estallido de la última guerra, en un documento dirigido a todos los Jefes de Estado y líderes judíos del mundo, y que se reproduce in extenso en el Apéndice 1.

La quinta acusación es que: *“La campaña, como ya se ha señalado, no se limitó a Italia, sino que se extendió por todo el mundo latino. que el cardenal Bea, al presentar su propuesta de decreto a favor de los judíos y en contradicción con los Evangelistas, ocultó a los Padres del Concilio el hecho de que recogía las tesis que le había sugerido la Orden masónica de B’nai B’rith. El cardenal Bea, que como sabemos, obedeciendo al deseo expreso del papa Juan, creó un grupo de estudio en el seno del Secretariado para la Unidad de los Cristianos para examinar las relaciones entre la Iglesia y el pueblo judío desde el único punto de vista teológico y religioso, y que preparó el proyecto de Declaración sobre el problema judío, fue atacado con extrema vehemencia y hostilidad por todos los autores anónimos de estos diversos panfletos. Baste señalar que trataron de probar su origen judío afirmando que “en siglos pasados se encontró el nombre ‘Beha’ entre varias familias de Alemania y Austria,*

nombre que es el equivalente fonético del sefardí 'Beja', mediante el cual se llegó al cardinal judío o criptojudío Bea por latinización".....

No he atacado al cardenal Bea “con increíble vehemencia y hostilidad”. Sólo escribí las siguientes líneas sobre él: “Algún tiempo después (de su visita al Papa), Isaac “supo con alegría que sus sugerencias habían sido tomadas en consideración por el Papa y remitidas al cardenal Bea para su estudio. Este último creó un grupo especial de estudio dentro del Secretariado para la Unidad de los Cristianos, encargado de estudiar las relaciones entre la Iglesia e Israel, que culminó con el voto del Consejo el 20 de noviembre de 1964”.

La sexta y última acusación es que “*es triste recordar que ni siquiera Su Santidad Pablo VI se libró de esta avalancha de ataques venenosos desatados contra la jerarquía*”.

Pero la única mención que hice del Papa Pablo VI fue en las siguientes líneas: “(después de la votación de noviembre de 1964) el Sumo Pontífice, considerando que una votación con implicaciones políticas y doctrinales de tan largo alcance requería una cuidadosa consideración, se negó a ratificarla y pospuso la decisión hasta la siguiente sesión, que era la sesión final del Consejo. La votación final sobre la cuestión judía tuvo lugar el 14 de octubre de 1965, y fue promulgada por el Papa el 28 de octubre”.

En resumen, las acusaciones vertidas contra mí en el *Osservatore della domenica* son completamente falsas y

sólo pueden atribuirse a la ignorancia o a la mala fe del autor del artículo.

Todos los que luchan contra las fuerzas de la subversión en el mundo moderno se enfrentan a los mismos procedimientos. Nesta Webster, especializada en el estudio de los movimientos revolucionarios, relata su propia experiencia en “*Sociedades secretas y movimientos subversivos*” (prefacio, p. V) en estos términos: “Cuando empezaba a escribir sobre la Revolución, un conocido editor londinense me dijo: ‘No olvides que si adoptas una posición antirrevolucionaria, tendrás a todo el mundo literario en tu contra’. Esto me pareció increíble... Si me equivocaba, ya fuera en mis conclusiones o en mis hechos, aceptaba de antemano todos los ataques que pudieran dirigirse contra ellos. ¿Acaso años de meticulosa investigación histórica no tenían derecho a un reconocimiento, o al menos a una refutación erudita y razonada? Pero, aunque mi libro recibió un gran número de reseñas elogiosas en la prensa, las críticas hostiles adoptaron una forma que nunca había previsto. No se hizo ni un solo intento honesto de refutar ni mi *Revolución Francesa* ni mi *Revolución Mundial*: simplemente se contradijeron hechos establecidos y documentados, sin que estas contradicciones estuvieran apoyadas por la más mínima contraprueba. En general, el plan adoptado no fue desaprobado, sino desacreditar mediante citas falsas, atribuyéndome opiniones que nunca había expresado, o incluso mediante ataques personales. Hay que reconocer que este método de ataque no tiene paralelo en ninguna otra esfe-

ra de controversia literaria.” “Es interesante observar que precisamente La misma táctica fue adoptada cien años antes con respecto al Dr. Robison y al abate Barruel, cuyas obras sobre las causas secretas de la Revolución Francesa crearon una inmensa sensación en su época.” (N. Webster, *op. cit.*)

Así que no hay nada nuevo en estos métodos, pero quizá sea más sorprendente ver que una publicación que aparentemente es el portavoz del Vaticano recurre a métodos similares en un asunto tan serio como una votación que podría alterar la doctrina inmemorial de la Iglesia y el comportamiento de millones de católicos en todo el mundo.

Pero ahora que el lector ha sido informado, con todos los documentos necesarios, puede formarse su propia opinión.

15 – Cómo los judíos han cambiado el pensamiento católico

El artículo de *L'Osservatore della Domenica* me criticaba por haber denunciado acusaciones calumniosas y totalmente injustificadas contra el cardenal Bea.

Pero el 25 de enero de 1966 estalló una bomba, porque en esa fecha una revista estadounidense publicó documentos del mayor interés sobre el papel del cardenal Bea y de las organizaciones judías mundiales en el Concilio Vaticano II. En su edición de esa misma fecha, la importante revista estadounidense *Look*, que cuenta con 7.500.000 lectores, publicó un artículo principal titulado “*How the Jews Changed Catholic Thought*” (Cómo los judíos cambiaron el pensamiento católico), escrito por el redactor jefe Joseph Roddy, en el que se daban muchos detalles de las negociaciones secretas que habían tenido lugar en Nueva York y Roma entre el cardenal Bea y los dirigentes de las principales organizaciones judías mundiales, como B’nai B’rith, el Comité Judío Americano y otras. El autor comienza su artículo recordando la responsabilidad de la Iglesia católica cuya –dice– “enseñanza doctrinal es la causa principal del antisemitismo en el mundo moderno”, y

se observará que en este punto sigue fielmente la tesis de Jules Isaac.

La falta de espacio nos obliga a reproducir sólo los fragmentos más importantes de este artículo:

“La mayor esperanza de que la Iglesia de Roma deje de parecer cómplice de genocidio es el capítulo cuarto de su *Declaración sobre las relaciones entre la Iglesia y las religiones no cristianas*, que el Papa Pablo VI proclamó ley de la Iglesia poco antes del final del Concilio Vaticano II.

En ningún momento de su discurso desde la Cátedra de Pedro mencionó el Papa a Jules Isaac. Pero quizá Charles de Provençhères, arzobispo de Aix, había destacado perfectamente el papel de Isaac unos años antes. “Es un signo de los tiempos —dijo el arzobispo— que un laico, y además un laico judío, se haya convertido en el autor y la fuente de un decreto conciliar”.

Roddy menciona a continuación la obra de Jules Isaac y el libro que publicó sobre la cuestión de las relaciones entre judíos y cristianos. Volvamos al artículo:

“El libro de Isaac llamó la atención. En 1948, el Papa Pío XII recibió brevemente a su autor. Pero pasaron once años antes de que Isaac viera una esperanza real. A mediados de junio de 1960, la embajada francesa en Roma presionó a la Santa Sede en nombre de Isaac.

Isaac quería ver al Papa Juan XXIII. Isaac se dirigió a Augustin Bea, jesuita alemán miembro del Colegio Cardenalicio. “Encontré en él un fuerte apoyo –declaró Isaac–. Al día siguiente, el apoyo fue aún mayor. Juan XXIII tendió la mano a Isaac y se sentó a su lado: “Le pregunté si podía tener algunas chispas de esperanza”, recordó Isaac. Juan respondió que tenía derecho a algo más que esperanza. Después de que Isaac se marchara, Juan dejó claro a los administradores de la Curia vaticana que se esperaba una condena firme del antisemitismo católico en el Concilio que había convocado. Para Juan, el cardenal alemán era la persona ideal para encargarse de esta labor legislativa.

A partir de entonces, hubo bastantes intercambios entre las oficinas del Consejo Vaticano y las organizaciones judías, y las dos organizaciones del Comité Judío Americano y la Liga Antidifamación de B'nai B'rith pudieron hacerse oír alto y claro en Roma. El rabino Abraham J. Heschel, del Seminario Teológico Judío de Nueva York, que había oído hablar de Bea por primera vez treinta años antes en Berlín, se reunió con el cardenal en Roma. Bea había leído antes *Image of the Jews in Catholic Teaching*, del American Jewish Committee. A éste le siguió otro documento del A.J.C., un estudio de veintitrés páginas: *Anti-Jewish Elements in the*

Catholic Liturgy (*Elementos antijudíos en la liturgia católica*). Heschel dijo que esperaba que el Concilio Vaticano purgara la enseñanza católica de cualquier sugerencia de que los judíos fueran una raza maldita. Y al hacerlo, añadió Heschel, el Concilio no debería en modo alguno instar a los judíos a hacerse cristianos.

Casi al mismo tiempo, el Dr. Nahum Goldmann, jefe de la Conferencia Mundial de Organizaciones Judías, cuyos miembros van en cuestiones de religión desde los judíos más ortodoxos a los más liberales, comunicó al Papa sus aspiraciones. B'nai B'rith quería que los católicos eliminaran de sus servicios religiosos cualquier palabra que pudiera parecer siquiera antisemita; aunque en aquel momento, como en cualquier momento en el futuro, esto no era algo fácil de hacer.

La liturgia católica, tal como fue concebida a partir de los escritos de los primeros Padres de la Iglesia, podría reescribirse fácilmente. Pero no los Evangelios. Aunque Mateo, Marcos, Lucas y Juan fueran mejores evangelistas que historiadores, sus escritos eran de inspiración divina, según el dogma católico, y tan difíciles de cambiar como el centro del sol.

Esta dificultad puso en un aprieto teológico a católicos con las mejores intenciones y a judíos con el conocimiento más profundo del catolicismo. También despertó la oposición

conservadora en la Iglesia y, en cierta medida, las ansiedades de los árabes de Oriente Medio. La imputación conservadora contra los judíos era que eran deicidas, culpables de matar a Dios en la persona humano-divina de Cristo. Estaba claro que las Escrituras católicas quedarían en entredicho si el Concilio tuviera que hablar del deicidio y de los judíos. Altos y doctos jefes mitrados de la Curia advirtieron que los obispos del Concilio no debían tocar esta cuestión ni con cruces de tres metros de largo. Pero todavía estaba Juan XXIII, y dijo que debían hacerlo.

“Si la inviolabilidad del Espíritu Santo era el principal problema en Roma, también estaba el resto, que era la guerra árabe-israelí... En Roma, el mensaje de Oriente Medio y de los conservadores era que una declaración sobre los judíos sería inapropiada. En Occidente, donde en Nueva York viven 225.000 judíos más que en Israel, el mensaje era que abandonar la declaración sería una calamidad...

Los obispos aún tenían mucho que leer sobre los judíos. Cierta agencia, lo bastante cercana al Vaticano como para tener las direcciones privadas en Roma de los 2.200 cardenales y obispos residentes temporalmente durante el Concilio, envió a cada uno de ellos un libro de 900 páginas *Il Complotto contra la Chiesa* (*El complot contra la Iglesia*). En este libro, entre

toneladas de crudeza, había algunos fascinantes retazos de verdad. Su afirmación de que la Iglesia había sido infiltrada por los judíos intrigaría a los antisemitas. De hecho, entre los judíos ordenados en Roma que trabajaban en la Declaración figuraban el padre Baum y el obispo John Osterreicher, miembros del personal de Bea en la Secretaría. El propio Bea, según el diario cairota *Al Ghomuria*, era un judío llamado Behar. “Ni Baum ni Osterreicher estaban con Bea a última hora de la tarde del 31 de marzo de 1963, cuando una limusina le esperaba en la puerta del hotel Plaza de Nueva York. El viaje terminaba a unas seis manzanas, en las oficinas del Comité Judío Americano. Allí, un sanedrín de la época esperaba para dar la bienvenida al responsable del Secretariado para la Unidad de los Cristianos. La reunión se había ocultado a la prensa. Bea no quería que se conociera su presencia, ni por parte de la Santa Sede ni por parte de la Liga Árabe, ya que se pretendía recoger preguntas a las que las autoridades judías querían dar respuesta. “No estoy autorizado a hablar oficialmente – les dijo–, así que sólo puedo hablar de lo que, en mi opinión, el Consejo podría hacer, e incluso debería hacer”.

A continuación, expuso el problema. En general –dijo– se acusa a los judíos de ser culpables de deicidio, y se supone que están bajo una

maldición”. Él lo refutó. Dado que, incluso en los relatos de los evangelistas, sólo los dirigentes judíos de Jerusalén y un pequeño grupo de sus seguidores gritaron para que Jesús fuera condenado a muerte, todos los ausentes y todas las futuras generaciones de judíos que aún no habían nacido no estaban en modo alguno implicados en el deicidio, dijo Bea. En cuanto a la maldición, de todos modos, no podía condenar a los autores de la Crucifixión, explicó el cardenal, ya que las últimas palabras de Cristo al morir fueron una plegaria pidiendo su perdón.

Los rabinos presentes en la sala querían saber si la declaración presentaría entonces el deicidio, la maldición y el rechazo de Dios al pueblo judío como errores de las enseñanzas cristianas. Estaba implícita la cuestión más delicada, la del Nuevo Testamento.

Bea respondió indirectamente: “En realidad —dijo— es un error buscar la causa primaria del antisemitismo en fuentes puramente religiosas, en los Evangelios por ejemplo. Estas causas religiosas, en la medida en que no son más que excusas y un velo para cubrir otras razones más concretas de enemistad”...

Poco después de esta reunión, se estrenó la obra de Rolf Hochhuth “*El Vicario*”, que presentaba a Pío XII como el Vicario de Cristo que permaneció en silencio mientras Hit-

ler llevaba a cabo la Solución Final. Montini, arzobispo de Milán, escribió un artículo que apareció en *The Tablet* de Londres, atacando la obra y defendiendo al Papa, de quien había sido secretario. Pocos meses después murió el Papa Juan XXIII, y Montini se convirtió en el Papa Pablo VI.

En la segunda sesión del Concilio, en otoño de 1963, la Declaración judía llegó a los obispos como capítulo IV de la Declaración más general sobre el Ecumenismo, pero la sesión terminó sin la votación sobre los judíos o la libertad religiosa, y con una nota claramente desagradable a pesar del anuncio del Papa de su visita a Tierra Santa. [...] Algo ocurrió entre bastidores —escribió *The Voice of the American National Catholic Welfare Conference*— y ése es uno de los misterios de la segunda sesión [...] Dos personalidades judías muy preocupadas, a las que estos misterios deberían hacer reflexionar seriamente, eran Joseph Lichten, de la Liga Antidifamación de B'nai B'rith de Nueva York, de 59 años, y Zacharia Schuster, de 63, del Comité Judío Americano. Su causa común era conseguir la declaración pro-judía más contundente”.

El artículo del *Look* continúa con un relato detallado de los frenéticos esfuerzos realizados en Roma por los representantes de las principales organizaciones judías, y nos cuenta que, al parecer, el *New York*

Times, cuyos propietarios y editores son judíos, era el periódico mejor informado en aquel momento sobre la marcha de las negociaciones. “Muchos de los obispos americanos en Roma tenían que confiar en lo que leían en el *New York Times* para saber cuál era la posición del Concilio. Lo mismo ocurría con la A.J.C. y la B’nai B’rith. Este periódico era el lugar para expresarse”. “Fue entonces cuando “el obispo George Higgins de la Conferencia Nacional Católica de Bienestar en Washington DC ayudó a organizar una audiencia papal para el embajador de la ONU Arthur J. Goldberg, que era juez del Tribunal Supremo en ese momento. El rabino Heschel instruyó a Goldberg antes de que el Papa se reunieran para discutir la declaración. A continuación, el cardenal Cushing obtuvo un Audiencia papal para Heschel.

Acompañado por Schuster, de la A.J.C., Heschel habló enérgicamente sobre el deicidio y la culpa, y pidió al Pontífice que actuara a favor de una declaración que prohibiera a los católicos hacer proselitismo judío. Paulo, así confrontado, no habría podido estar de acuerdo... y la audiencia habría terminado menos cordialmente de lo que había empezado. “Al igual que la reunión de Bea con la A.J.C., la audiencia del rabino con Paulo en el Vaticano sólo se había concedido con la condición de que se mantuviera en secreto. Fue este tipo de conferencias discretas al más alto nivel lo que llevó a los conservadores a decir que los judíos americanos se habían convertido en los nuevos amos en la sombra del poder de la Iglesia. Pero a nivel del Conse-

jo, las cosas les parecían aún peores a los conservadores. Allí, les parecía que los propios obispos católicos trabajaban para los judíos. El debate giraba en torno al texto debilitado. Los obispos árabes argumentaban que una declaración favorable a los judíos expondría católicos a la persecución, mientras los árabes luchaban contra los israelíes. Sus aliados en esta guerra santa eran los conservadores italianos, españoles y sudamericanos. Veían las estructuras de la fe socavadas por teólogos liberales que pensaban que las enseñanzas de la Iglesia podían cambiarse. Cuando la declaración reapareció al final de la tercera sesión, lo hizo dentro de un documento totalmente nuevo llamado *Declaración sobre las religiones no cristianas*. En esta forma, los obispos la aprobaron por 1770 votos a favor y 185 en contra. Esto produjo una considerable alegría entre los judíos de Estados Unidos, al ver que la Declaración había salido adelante. En realidad, no estaba aprobada. Habían surgido problemas. En Segni, cerca de Roma, el obispo Luigi Carli escribió en el número de febrero de 1965 de su revista diocesana que los judíos de la época de Cristo y sus descendientes hasta nuestros días eran colectivamente responsables de la muerte de Cristo. Unas semanas más tarde, el Domingo de Pasión, en una misa al aire libre en Roma, el Papa Paulo habló de la Crucifixión y del importante papel desempeñado por los judíos. En una triste réplica, el rabino jefe de Roma, Elio Toaff, declaró que “incluso entre los católicos más cualificados, la inminencia de la Pascua hacía resurgir los prejuicios”.

El 25 de abril de 1965, el corresponsal del *New York Times* en Roma, Robert C. Doty, escribió que la declaración sobre el judaísmo tenía problemas y que el Papa la había devuelto ante cuatro consultores encargados de purgarla de sus contradicciones con las Sagradas Escrituras y hacerla menos inaceptable para los árabes. Esta información fue refutada, como es habitual con todo lo que se publica en el *New York Times*. Cuando el cardenal Bea llegó a Nueva York tres días después, hizo que su sacerdote secretario refutara el artículo de Doty, señalando que su Secretariado para la Unidad de los Cristianos seguía siendo plenamente responsable de la Declaración sobre el judaísmo. A esto siguió una disculpa por el sermón de Paulo VI: “Por favor, tengan en cuenta— dijo el sacerdote— que el Papa se dirigía a los fieles de a pie, no a un círculo de sabios”. En cuanto al obispo antisemita de Segni, el hombre del cardenal declaró que las opiniones de Carli no eran en absoluto las del Secretariado.

“Morris B. Abram, de la A.J.C., estaba en el aeropuerto para recibir a Bea, e interpretó las opiniones del Secretario como tranquilizadoras. “Unos días después, en Roma, parte del Secretariado se reunió para votar las modificaciones sugeridas por los obispos. El 15 de mayo, el Secretariado clausuró sus reuniones y los obispos tomaron caminos distintos, todos con las bocas cosidas. De hecho, el estudio había terminado, el daño estaba hecho, y había entonces una declaración en muchos aspectos sustancialmente nueva sobre los judíos.

“En la cuarta y última sesión del Vaticano II no se anunció nada. Y todo sucedió muy rápidamente. El texto salió debilitado, *como* había predicho el *Times*. Entonces el Papa voló a las Naciones Unidas, donde su discurso sobre “nunca más la guerra” fue un triunfo. Después, recibió al Presidente de la A.J.C. en una iglesia del East Side. Esto pareció ayudar a la causa. Pero la oposición, no satisfecha con la debilitada declaración, quería la victoria y no se publicó ninguna declaración. Con este fin, el punto de vista final árabe fue “respetuosamente presentado” en forma de un memorándum de veintiocho páginas, en el que se pedía a los obispos “salvar la fe del comunismo, del ateísmo y de la alianza judeo-comunista”.

“En Roma se fijó la votación final de los obispos para el 14 de octubre, y para Lichten y Schuster se desvaneció la esperanza en cuanto a la posibilidad de obtener algo mejor. Telefonaron a la A.J.C. y a la B’nai B’rith de Nueva York, pero ninguna de las dos fue de gran ayuda al otro lado de la línea... Lichten envió telegramas a unos veinticinco obispos de los que esperaba que intervinieran para recuperar el enérgico texto, pero Higgins le dijo tranquilamente que desistiera. El abate Laurentin, miembro del personal del Concilio (y corresponsal de *Le Figaro*) escribió a todos los obispos, haciendo un llamamiento de última hora a su conciencia.

“Al final, 250 obispos votaron en contra de la declaración y 1.763 a favor. “En la mayor parte de Estados Unidos y Europa, las correspondencias de prensa que

aparecieron poco después simplificaron el resultado con titulares como: “El Vaticano perdona a los judíos”, “Los judíos no culpables”, o “Los judíos exonerados por Roma”. Los portavoces de la A.J.C. y de la B’nai B’rith hicieron comentarios llamativos y expresaron su decepción por el hecho de que la contundente declaración hubiera sido finalmente suavizada. El amigo de Bea, Heschel, fue el más duro, calificando la negativa del Consejo a tratar el deicidio de “acto de homenaje a Satanás”. “Una opinión popular en Estados Unidos era que se había concedido una especie de indulto a los judíos. El origen de esta idea procedía de la prensa, que la apoyaba, pero no había nada en la Declaración que la fundamentara.

Una de las hipótesis que B’nai B’rith y A.J.C. debían tener en cuenta era que gran parte de la resistencia árabe y de la intransigencia teológica era un efecto contrario de la presión judía... Los católicos cercanos a los acontecimientos romanos pensaban que las enérgicas intervenciones judías eran perjudiciales. Había muchos obispos en el Consejo que percibieron la presión judía y se irritaron. Pensaron que los enemigos de Bea habían tenido razón cuando los secretos del Concilio fueron revelados en los periódicos americanos. “Quiere volver a judaizar la Iglesia”, decían los incitadores al odio contra el viejo cardenal, y algunos dogmáticos del Concilio pensaban que la acusación no estaba lejos de tener fundamento.

“El padre Félix Morlion, de la Universidad Pro Deo, jefe del grupo de estudio que había trabajado

en estrecha colaboración con la A.J.C., pensaba que el texto promulgado era el mejor... Morlion sabía exactamente qué habían hecho los judíos para obtener la declaración y por qué los católicos se habían decidido por el compromiso”. “Podríamos haber vencido a los dogmáticos –insistió–. Sí, podrían haberlo hecho, pero el coste habría sido una Iglesia fracturada”. (*Look Magazine*, 25 de enero de 1966, pp. 19–23)

Este artículo es del máximo interés, ya que proporciona muchos detalles de las negociaciones secretas de Bea con los dirigentes de las principales organizaciones judías, en particular con B’nai B’rith.

El autor del artículo estaba evidentemente en estrecho contacto con estos dirigentes, y es casi seguro que fueron ellos quienes le proporcionaron su documentación. El cardenal Bea goza de toda su simpatía y se le presenta constantemente haciendo incesantes esfuerzos por el triunfo de la causa judía en Roma. Lejos de ser el producto de opositores “antisemitas”, este documento está escrito y producido por partes eminentemente simpatizantes de la causa judía, y por lo tanto puede ser descartado como motivado por el odio o la mala fe.

Fue leído por al menos 7.500.000 personas y, sin embargo, que se sepa, la publicación de este documento no provocó ninguna reacción, ni en Roma ni en ningún otro lugar. Nadie en la Iglesia se levantó para expresar sorpresa o pedir explicaciones.

En estas circunstancias, nos complacería leer al menos una respuesta razonada del Vaticano, a falta de la

cual nos vemos obligados a concluir que el cardenal Bea llegó a un acuerdo secreto con las principales organizaciones judías, en particular la B'nai B'rith, para trabajar por el triunfo de la causa judía, a pesar de la oposición de los conservadores de la Curia y de otros ámbitos.

Sea como fuere, el espectáculo de un cardenal a cargo de uno de los puestos más altos de la jerarquía católica pidiendo disculpas a los judíos estadounidenses por la lectura y el comentario del Papa sobre el relato de la Pasión en el Evangelio durante la Semana Santa es algo que nunca se ha visto antes en los dos mil años de historia del cristianismo.

Desde la nueva actitud adoptada por el Concilio, se ha extendido la pretensión de los judíos de que se censuren los Evangelios.

El 1 de enero de 1966, *La Terre Retrouvée*, publicación sionista de París, publicó un artículo sobre una *Historia Sagrada* en seis volúmenes publicada por Hachette. He aquí un extracto típico del artículo en cuestión:

“Lo que objetamos a estos hermosos volúmenes impresos a todo color es su conformismo [...] Sus ilustraciones son una amplificación servil y piadosa del texto. Y el texto, en lo que se refiere al *Antiguo Testamento*, es una afirmación acorde con la doctrina oficial de la Iglesia sobre el papel de Cristo, como muestra, por ejemplo, el título del cuarto volumen de la serie: “*De David al Mesías*”. Se da por sentado que el Me-

sías ha llegado, que el linaje de David conduce a él y que el Mesías es Jesús. Por supuesto, podemos discutir teológicamente este problema del Mesías con Israel, o en toda clase de otros ámbitos. Pero no debemos presentar como verdad a niños y niñas lo que sólo es una verdad evangélica, y lo que toda la enseñanza de Israel niega. Por supuesto, no pretendemos que sólo deba enseñarse la Historia Sagrada ecuménica. Eso sería imposible. Tampoco que la enseñanza católica deba autocensurarse, salvo que, creemos que, desde el Concilio, tiene la obligación positiva de hacerlo cuando se trata de sustituir la doctrina del desprecio a los judíos por una doctrina de la estima... la idea de que alguien siga sembrando el odio en el alma de los chicos y chicas para los que se escribieron estos libros es algo espantoso de contemplar.” (Paul Giniewski: *La Terre Retrouvée*)

Así pues, para *La Terre Retrouvée*, ¡difundir la doctrina de los Evangelios significa esparcir una aterradora semilla de odio por todo el mundo!

ANEXO I

A los Jefes de Estado

A continuación, reproducimos el texto de un *Llamamiento* dirigido por el autor de este libro a todos los Jefes de Estado del mundo, exactamente un año antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial, sugiriendo la creación de una Comisión Internacional de Estudio como primer paso hacia una solución pacífica del Problema Judío.

La experiencia de cuarenta siglos de historia atestigüa, durante un período más largo que cualquier otro ejemplo conocido, que el problema judío es una realidad.

Durante cuarenta siglos, los elementos esenciales del problema apenas han cambiado, ya sea en el ámbito político, religioso o económico.

A primera vista parece insoluble, y que todo lo que podemos hacer es dejar que los acontecimientos sigan su curso, aceptar crisis tras crisis, persecución tras persecución, y este elemento permanente de desorden como parte inherente de la estructura de las razas blancas. Si así fuera, no habría ningún problema que resolver. Se trataría simplemente de registrar el hecho de que judíos y no judíos persiguen cada uno, con todas sus fuerzas y con la ayuda de todos los aliados

posibles, la esclavización y la destrucción de su adversario.

Hoy, los acontecimientos parecen encaminarse hacia esta peligrosa situación. Las apuestas son tan altas como inmenso es el peligro.

Conquistado, Occidente perdería su personalidad histórica y tendría que renunciar a su misión.

Conquistados, los judíos saldrían de la lucha aplastados, como nunca antes lo habían estado. Pero, ¿a qué precio debería pagar Occidente su victoria?

Escribimos este llamamiento con toda la valentía de nuestras convicciones, sin pensar que la catástrofe es inevitable, o que este problema sólo puede resolverse mediante una conflagración apocalíptica, en la que se desatarían una violencia y una persecución atroces.

Si este problema que nos ocupa ha parecido hasta ahora insoluble, se debe, nos parece, en gran parte a que nunca ha sido estudiado con un espíritu de imparcialidad rigurosa y científica. Y sin duda es porque, cegados por la pasión, ninguna de las partes ha querido estudiarlo, porque ninguna de las partes, por diversas razones, ha querido resolverlo.

La violencia, las maldiciones y las quejas no son en absoluto argumentos válidos para resolver este problema. Debemos abordar este problema como eruditos, utilizando los argumentos de la erudición para dilucidar una cuestión difícil con algún fin.

Creemos que judíos y no judíos, antisemitas y filosemitas de buena fe, todos ellos convencidos de que

tienen algo esencial que mantener y defender, tienen algo esencial que ganar con un estudio cuidadoso y exhaustivo de la cuestión que los divide.

Sin ilusionarnos sobre la importancia y la dificultad de la tarea que tenemos ante nosotros, pero con la esperanza de contribuir a obtener algunos resultados positivos, hemos tomado la iniciativa de sugerir la fundación de un Instituto Internacional para el Estudio de la Cuestión Judía.

Este Instituto podría organizarse sólidamente y ubicarse en una ciudad neutral y simbólica, como Ginebra o La Haya. Personalidades competentes y representativas, tanto judías como no judías, pero todas de un nivel moral e intelectual indiscutible, podrían trabajar juntas.

Un cierto número de cuestiones precisas y bien definidas, establecidas por el Consejo de Administración del Instituto, compuesto por judíos y no judíos, serían sometidas a dos departamentos de este Instituto, respectivamente para la crítica y la defensa del judaísmo y de su influencia, que a su vez las asignarían a sus secciones competentes. Los resultados obtenidos por ambas partes serían entonces reunidos y comparados en sesiones conjuntas de los dos departamentos. Las conclusiones adoptadas de común acuerdo se comunicarían a los gobiernos de las naciones occidentales y se darían a conocer a la opinión pública de todos los países. En caso de desacuerdo, se publicaría un resumen estrictamente objetivo de los argumentos de ambas partes, para preparar el camino a futuros estudios.

El simple hecho de poder llegar así a un consenso mutuo estudiando el problema judío, tan delicado y complejo, con un espíritu de rigurosa imparcialidad, constituiría en sí mismo un gran paso adelante, susceptible de reducir las pasiones que hoy se han exacerbado tan peligrosamente.

No nos cabe duda de que todos los Estados, todos los Gobiernos y todas las grandes organizaciones judías del mundo, sea cual sea la actitud que adopten ante la cuestión judía, tendrán en cuenta nuestra idea y apoyarán su realización inmediata.

Hacemos un llamamiento a todos los hombres de buena voluntad para que busquen la verdad, recordando las palabras de Dostoievski de que “quien busca sinceramente la verdad está, por ese mismo hecho, armado con un poder terrible”, y que en última instancia “si los hombres siguen el camino de la verdad, la encontrarán”.

Con esta firme convicción lanzamos nuestro Llamamiento con una confianza inquebrantable.

Hay que hacer algo.

Además de a las Altas Autoridades a las que se dirige este documento, este Llamamiento se enviará a un gran número de personalidades de todos los países y de todos los matices de opinión. Estaríamos muy agradecidos si alguno de los interesados nos respondiera con sus ideas, sugerencias o críticas. Y estaremos especialmente agradecidos a quienes deseen hacer una contribución material a un fondo especial que creare-

EL JUDAISMO Y EL VATICANO

mos para ayudarnos a difundir esta idea y alcanzar este objetivo.

LÉON DE PONCINS

GEORGES BATAULT

La guerra mundial que estalló poco después puso fin a estos esfuerzos...

ANEXO II –

Seis millones de víctimas inocentes

Seis millones de muertos es la cifra que las organizaciones del judaísmo recuerdan constantemente al mundo; es el argumento incontestable que utilizaron en el Concilio para obtener la revisión de la Liturgia católica. Esta cifra de seis millones, atestiguada por las organizaciones judías, y que nadie verificó ni comprobó en modo alguno, sirvió en su momento de base para los procesos penales de los Juicios de Nuremberg, y fue ampliamente difundida por la prensa de todo el mundo.

Hoy han salido a la luz muchos hechos y documentos desconocidos en aquella época, y ya no es posible dar crédito a esta cifra.

Un socialista de izquierdas francés que fue él mismo deportado a Buchenwald, el Sr. Paul Rassinier, realizó un largo y minucioso estudio de esta cuestión, que publicó en cuatro grandes volúmenes que hemos intentado resumir en este capítulo. Rassinier llegó a la conclusión de que el número de judíos que murieron en la deportación es de aproximadamente 1.200.000, y esta cifra, nos dice, fue finalmente retenida como

válida por el Centre Mondial de Documentation Juive Contemporaine. Señala que, de forma similar, Paul Hillberg, en su estudio del mismo problema, llegó a un total de 896.292 víctimas.

Tantas exageraciones e imposturas han distorsionado tan completamente los hechos que nos parece justo informar a los lectores interesados en la verdad histórica sobre los elementos de lo que fue un drama innegablemente trágico, pero un drama que, reducido a sus justas proporciones, debe verse en el contexto de toda la Segunda Guerra Mundial, que se cobró millones de víctimas inocentes en todos los bandos.

Las notas que siguen han sido tomadas de los dos libros más recientes de Rassinier: *Le Véritable procès Eichmann ou les vainqueurs incorrigibles*, y *Le Drame des Juifs européens*. Dejamos al autor toda la responsabilidad de lo que ha escrito. Por nuestra parte, consideramos que sus libros representan un valioso testimonio, ya que sacan a la luz hechos y documentos importantes que ponen en tela de juicio todo lo que se ha escrito sobre este aspecto de la guerra.

He aquí un resumen de la tesis de Rassinier:

Fue durante el juicio a los principales criminales de guerra nazis en Núremberg, en 1945–46, cuando se expuso por primera vez el número de judíos que supuestamente habían sido víctimas de los campos de concentración y las cámaras de gas alemanas.

En su acusación del 21 de noviembre de 1945, el fiscal Jackson declaró que 9.500.000 judíos que habían

vivido en la parte de Europa ocupada por los alemanes, 4.500.000 habían desaparecido. Esta cifra no fue adoptada por el Tribunal, pero sin embargo fue rápidamente transformada por la prensa en diez millones, luego reducida a la cifra media de seis millones, lo que constituyó un éxito rotundo y fue absolutamente aceptada en todo el mundo. Fue establecida por especialistas en demografía judía utilizando dos métodos:

- O, como hizo el Congreso Judío Mundial, comparando las cifras respectivas de recuento de la población judía antes y después de la guerra en los distintos países europeos ocupados. Por desgracia, estas estadísticas no tuvieron en cuenta la importante emigración de judíos europeos entre 1933 y 1945, sobre todo a Palestina y Estados Unidos, por lo que se elaboraron sobre una base totalmente falsa.
- O en declaraciones orales o escritas de “testigos”, la mayoría de las cuales, tras una seria investigación, resultaron estar llenas de contradicciones y errores, por lo que no podían tomarse en consideración. Por ejemplo, algunos de estos “testigos”, como el pastor Martin Niemoeller, que había sido un ferviente partidario del nacional-socialismo, había sentido la necesidad de limpiar su nombre y arrojar una cifra superior a la de los demás para hacer más patente su sincero arrepentimiento.

El pastor Niemoeller, en una conferencia que pronunció el 3 de julio de 1946 y que fue publicada bajo el título “*Der Weg ins Freie*” por Franz H. Helbach en Stuttgart, declaró que 238. 756 personas fueron incineradas en Dachau.

El 16 de marzo de 1962, Monseñor Neuhaussler, obispo auxiliar de Munich, pronunció un discurso en el mismo Dachau, ante representantes de quince naciones que habían acudido a celebrar el aniversario de la liberación del campo. Este discurso fue recogido en la edición del día siguiente de *Le Figaro* en los siguientes términos: “Esta tarde, en medio de un frío intenso y a pesar de la nieve cada vez más profunda, los peregrinos se han reunido en el campo de Dachau, donde fueron exterminadas 30.000 de las 200.000 personas de treinta y ocho naciones internadas allí entre 1939 y 1945. (Paul Rassinier, *Le Drame des Juifs européens*, p.12)

Los testimonios de hombres como Rudolf Höss, oficiales de las SS. Hoelbrigel, Hoetl, Wisceliceny y otros... que se encontraban entre los acusados en Nuremberg y que estaban allí con la perspectiva de ser condenados a muerte o la esperanza de que se les conmutara la pena, deben considerarse muy sospechosos. Habiendo sufrido con frecuencia malos tratos o amenazas durante su encarcelamiento, parecen haber declarado o escrito lo que se les exigía.

Otros, que habían sobrevivido a los campos de concentración alemanes, pueden haberse sentido culpables de actos censurables que pudieron haber cometido y por los que se les amenazó con hacerles compa-

recer ante un tribunal de justicia; tal fue el caso del médico comunista checo Blaha, que había pertenecido al comité de autodirección del campo de Dachau; o del profesor Balachovski, del Instituto Pasteur de París, deportado a Buchenwald y con predilección por los escarceos delictivos. Los más directamente afectados se exculpaban argumentando que tenían que obedecer órdenes o arriesgarse a desaparecer.

No es de extrañar, pues, que en tales circunstancias sus declaraciones resultaran un tanto forzadas.

Otros supervivientes sólo relataron los hechos de segunda mano: como el Dr. Henri Kautsky, no basaron sus declaraciones en lo que habían “visto”, sino en lo que habían “oído” de testigos que siempre estaban “seguros”, pero que, por una desafortunada coincidencia, casi siempre estaban muertos y, en consecuencia, ya no podían invalidar ni confirmar sus afirmaciones.

Así pues, hay pocas pruebas en las que basar una certeza absoluta del número de víctimas de los campos. Y, sin embargo, esta cifra de seis millones de muertos fue anunciada públicamente en todo el mundo y aceptada como artículo de fe sin ser verificada ni comprobada en modo alguno. Debe su éxito a la proliferación de literatura sobre los campos de concentración, de carácter cosmopolita y esencialmente judía, llena de imposturas y falsedades.

A continuación, figuran algunos de los títulos más típicos de obras de este tipo, empezando por:

El gobierno del Eje en la Europa ocupada por el profesor Rafael Lemkin, un judío polaco que huyó a Londres y fue el primero en acusar a la Alemania nacionalsocialista del delito de genocidio. Numerosos autores han retomado posteriormente esta tesis:

Cadenas y luces, del abate Jean-Paul Renard,

La destrucción de los judíos europeos, por Paul Hillberg,

El Breviario del Odio, de Léon Poliakoff,

El III Reich y los judíos, por Léon Poliakoff y Wulf,

Documentación sobre gases, por H. Krausnik,

Las Memorias de Rudolf Hoss, publicadas en parte con el título : *El comandante de Auschwitz habla...*,

El vicario, de R. Hochhuth,

Pero el premio, según Rassinier, va sin dudarlo a la increíble labor de un médico judío húngaro, Miklos Nyizli, con : *Doctor en Auschwitz*.

Con su falsificación de los hechos, sus contradicciones flagrantes y sus mentiras descaradas, este libro demuestra que el Dr. Nyizli habla de lugares que evidentemente nunca ha visitado, sin mencionar siquiera que se trata de un documento de muy dudosa autenticidad, como ha demostrado Rassinier (*Le Drame des Juifs européens*, p. 52).

Si hemos de creer al distinguido autor de *Doctor en Auschwitz*, 25.000 víctimas fueron exterminadas cada día durante cuatro años y medio. Esto corresponde a un total de 1.642 días, a un ritmo de 25.000 por día, produciendo un total de cuarenta y un millón de vícti-

mas, en otras palabras, dos veces y media la población judía total del mundo antes de la guerra.

Cuando Rassinier intentó descubrir la identidad de este extraño “testigo”, le dijeron “que había muerto algún tiempo antes de la publicación de su libro”.

En la actualidad, ahora que se han desenterrado y hecho públicos muchos documentos desconocidos en la época de los Juicios de Núremberg, parece difícil persistir en mantener esta cifra de seis millones de víctimas judías, como hace Jules Isaac en sus dos libros sobre los Juicios de Núremberg, *Jésus et Israël* e *Histoire de l'Antisémitisme* y Vladimir Jankélévitch, profesor de la École des Arts et Sciences Humaines de París en su artículo de *Le Monde*, del que citamos un extracto más arriba, y cada vez se reconoce más que esta cifra ha sido considerablemente exagerada y no corresponde en absoluto a la realidad.

Durante el juicio de Eichmann en Jerusalén, esta cifra de seis millones no se mencionó en el tribunal: “La acusación en el juicio de Jerusalén se debilitó considerablemente en su motivo central: “los seis millones de judíos exterminados en masa en las cámaras de gas”. “Se trataba de un argumento que había ganado rápidamente convicción en la posguerra, en la situación general de caos material y espiritual que reinaba. Hoy en día se han publicado numerosos documentos que no estaban disponibles en la época de los juicios de Nuremberg y que tienden a demostrar que, si los judíos fueron odiosamente maltratados y perseguidos por el régimen de Hitler,

es imposible que hubiera seis millones de víctimas”. (P. Rassinier, *ibid.* p. 125)

De hecho, contrariamente a las estimaciones presentadas en Nuremberg por el juez Jackson y en Jerusalén durante el juicio a Eichmann por el profesor Shalom Baron, la población judía total de Europa no era ni de lejos tan elevada como los 9.600.000 que afirmaba el primero, o los 9.800.000 que mantenía el segundo.

Entre 1933 y 1945, un gran número de judíos centroeuropeos emigraron a otros países para evitar la injerencia alemana y su posterior persecución. Estadísticas recientes lo confirman. En su libro *Le Drame des Juifs européens*, Rassinier aborda esta cuestión a la luz de una documentación extremadamente precisa. Recomendamos a los lectores interesados que consulten el libro.

Esto es lo que plantea: teniendo en cuenta el flujo constante de emigración, el Sr. Arthur Rupin, el más autorizado de los estadísticos judíos, estimó la población (judía) en ese momento en 5.710.000; el Centre de Documentation Juive de París y el Dr. Korherr la sitúan en 5.294.000 y 5.500.000 respectivamente, y esta última cifra parece más cercana a la realidad. En consecuencia, la omisión de esta cifra distorsiona completamente las estadísticas de supervivientes en 1945, y el margen de error de las mismas representa alrededor del 40% en cifras reales. Por tanto, el número de supervivientes no fue de 1.651.000 como se afirmó en su momento, sino de unos 4.200.000 o más, lo que

sitúa el número de desaparecidos entre un millón y un millón y medio, que representan un gran porcentaje de las víctimas.

Otra fuente de errores en el cálculo del número de víctimas fue el hecho de que, a medida que las tropas rusas avanzaban, los deportados eran llevados de vuelta desde Polonia a campos situados más al oeste, en Buchenwald, Dora, Dachau y otros, dice Rassinier (*Le Véritable procès Eichmann*, p.94–95). Estos deportados, que habían sido registrados a su llegada a Auschwitz o a otros lugares, no fueron encontrados cuando los campos fueron liberados y, por lo tanto, fueron contados como desaparecidos o como muertos en las cámaras de gas si eran judíos. En realidad, estaban vivos y en campos alemanes más al oeste, pero el momento de su llegada no había permitido volver a registrarlos y no se había conservado ningún rastro tangible de ellos.

Hay un último punto a considerar. La tasa de mortalidad en los campos reservados a los judíos era indudablemente más elevada que en los demás, pero tras una meticulosa investigación, hubo que admitir finalmente que, si la elevada tasa de mortalidad en estos campos era efectivamente responsabilidad de las SS que estaban a cargo de ellos, se debía aún más a los prisioneros que habían estado a cargo de la administración de estos campos.

Según Rassinier, la evaluación anterior del número de desaparecidos es corroborada hoy por el Centre de Documentation Juive Contemporaine, que da una ci-

fra total de 1.485.000 víctimas judías. Paul Hillel, como ya hemos señalado, hizo el recuento, 896.292 víctimas.

Pero queda un hecho, nos dice, que es el más explosivo de lo que se desprende de sus libros, y que ahora es indudable. Serias investigaciones *in situ* han revelado que, contrariamente a las declaraciones de los “testigos” mencionados, ni un solo campo de toda Alemania estaba equipado con cámaras de gas, ya fuera Buchenwald, Dora, Mathausen, Bergen–Belsen o Dachau. Este hecho ha sido reconocido y atestiguado por el Instituto de Historia Contemporánea de Mú-nich, que sin embargo es un modelo de hostilidad hacia la Alemania nacional–socialista.

En Dachau, efectivamente, se había iniciado la construcción de una cámara de gas, pero no se terminó hasta el final de la guerra y por los SS que habían ocupado el lugar de los deportados. No obstante, el Dr. Blaha proporcionó abundantes detalles de exterminios que al parecer tuvieron lugar en este campo, y el abate Jean–Paul Renard escribió en su libro *Cadenas y luces* que había visto “miles y miles de personas enviadas a las cámaras de gas de Buchenwald”... que no existían, y numerosos “testigos” volvieron a declarar en el juicio de Eichmann en Jerusalén que habían visto a deportados en Bergen–Belsen designados para las cámaras de gas.

Por lo que respecta a los campos polacos ocupados por los alemanes, el único documento que atestigua la existencia y el uso de cámaras de gas en Chemno, Belzec, Maidanek, Sobidor y Treblinka procede de un

individuo llamado Kurt Gerstein. Escrito en francés por este antiguo oficial de las Waffen SS, nunca sabremos —ya que el hombre en cuestión se “suicidó” en su celda después de componer esta asombrosa confesión— por qué este documento fue considerado de tan dudosa autenticidad tan pronto como apareció que, presentado en Nuremberg el 30 de enero de 1946, fue cuestionado por el Tribunal y no incluido en los cargos contra los acusados. Esto no impidió que la prensa lo creyera auténtico y siguiera difundiéndolo en tres versiones diferentes, dos en francés y una en alemán, que además se contradecían entre sí. La última versión apareció en el juicio de Eichmann en Jerusalén en 1961.

Como puede verse, a la mala fe le cuesta desaparecer.

Es probable que hubiera una cámara de gas en Belzec. En Auschwitz, en cambio, parece haberse establecido que hubo una y que funcionó; hay bastantes pruebas, pero son tan a menudo divergentes y contradictorias que resulta muy difícil discernir la verdad. En el caso de que tales cámaras estuvieran en funcionamiento en Auschwitz, sólo podría haber sido desde el 20 de febrero de 1943, tras su finalización, hasta el 17 de noviembre de 1944, es decir, durante diecisiete o dieciocho meses, de los que hay que deducir un cierto número de meses ya que, según el Dr. Reszo Kasztner, Presidente del Comité para Salvar a los Judíos de Budapest de 1942 a 1945, estas cámaras de gas estuvieron fuera de servicio desde el otoño de 1943 hasta mayo de 1944.

Es difícil formarse una idea del número de víctimas que se dice que pasaron por estas cámaras, dado que no se ha hecho ninguna estimación exacta o creíble, y que los relatos de los diversos testigos se sitúan más en el terreno de la extravagancia que en el de la realidad. Tantos “testigos” se han “suicidado” o se han visto obligados a hacerlo, y han muerto tantos otros que tal vez nunca existieron, que es imposible dar crédito a sus afirmaciones; pues lo que más llama la atención de cualquiera que busque descubrir pruebas exactas y documentos originales es el hecho de que estas fuentes, cuyo único factor común es su supuesta buena fe, hayan desaparecido todas.

El estudio de Rassinier muestra claramente que, si bien la Alemania de Hitler era efectivamente racista y, por tanto, no consideraba a los judíos como nacionales, no pretendía, al menos inicialmente, exterminar a los judíos, sino asentarlos fuera de su comunidad nacional, exactamente lo que hizo el Estado de Israel cuando expulsó a Jordania a 900.000 árabes que habían vivido hasta entonces en Palestina.

La Alemania de Hitler era un Estado racista. Como sabemos, la teoría del Estado racista postula la expulsión de las minorías de las fronteras de la comunidad nacional. El Estado de Israel es otro ejemplo del mismo principio. “Según el artículo 4 del programa de veinticinco puntos del Partido Nacional Socialista publicado en Munich el 24 de febrero de 1920: “Sólo un patriota puede ser ciudadano. Sólo una persona con sangre alemana en sus venas, sea cual sea

su religión, puede ser patriota. Un judío no puede ser patriota...”. El artículo 5 concluía: “Una persona que no sea ciudadana sólo puede vivir en Alemania como huésped, y está sujeta a las leyes de extranjería”. “Cuando el nacional-socialismo llegó al poder en febrero de 1933, los judíos de Alemania quedaron automáticamente sujetos al Estatuto de Extranjería, que en todo el mundo excluye a los extranjeros de puestos de influencia, en el Estado o en la economía. Esta fue la base de las leyes raciales en la Alemania de Hitler [...] La única diferencia entre la Alemania de Hitler y otros Estados es que en estos últimos se es extranjero por la nacionalidad, mientras que bajo el nacional-socialismo se era extranjero por la raza. [...] Pero en Israel, los árabes ya no tienen derecho a enseñar ni a trabajar en la Administración de Hacienda, ni a dirigir un *kibbutz*, ni a ser ministros del Estado. Lo que ocurre en Israel no justifica lo que ocurrió en Alemania, estoy totalmente de acuerdo, porque un mal no justifica otro, pero sin intentar justificarlo doy una explicación, y para ello, desmonto un mecanismo: si cito a Israel, es sólo para demostrar que el mal del racismo, en el sentido del término tal como lo entendía el nacional-socialismo, está mucho más extendido de lo que se cree, ya que los paladines del antirracismo se han convertido hoy en sus protagonistas, y que, contrariamente a la opinión popular, la Alemania de Hitler no está lejos de ser su único ejemplo”. (Paul Rassinier, *Le Vérable Procès Eichmann*, pp. 100–101)

La promulgación de las leyes raciales tras el Congreso de Nuremberg en septiembre de 1935 llevó al gobierno alemán a intentar trasladar a los judíos a Palestina basándose en la Declaración Balfour. Cuando esto fracasó, el gobierno alemán pidió a otros países que los acogieran. Éstos se negaron. “Como no había ningún Estado judío con el que concluir un acuerdo bilateral o un tratado internacional según el modelo de Ginebra o La Haya, y a pesar de los repetidos esfuerzos del gobierno nacionalsocialista, ni un solo país había aceptado permitirles inmigrar o acogerlos bajo sus alas, Siguieron viviendo en Alemania hasta la declaración de guerra, disfrutando del estatuto de extranjeros apátridas, lo que no garantizaba su seguridad personal, ya que, como ocurre en todo el mundo con este tipo de personas, estaban a merced de los gobernantes”. (P. Rassinier, *ibid.* p. 20)

Sólo en noviembre de 1938, tras el asesinato de Von Rath, consejero de la embajada alemana en París, a manos de Grynzpan, que era judío, crimen que provocó una violenta reacción antijudía en Alemania, los dirigentes del Tercer Reich propusieron una solución global al problema judío y relanzaron la idea de trasladarlos a Palestina. El proyecto, que se arrastraba desde 1933, fracasó porque Alemania fue incapaz de negociar su salida sobre la base de los 3 millones de marcos exigidos por Gran Bretaña, sin acuerdo de indemnización. Además, Alemania no pudo negociar una emigración masiva de judíos con los demás países, porque éstos se negaron a establecer acuerdos de

compensación comercial que hubieran hecho posible esta emigración.

A finales de 1940, Francia se negó a permitir el traslado de los judíos a Madagascar: “Tras la derrota de Francia y el fracaso en alcanzar la paz con Inglaterra, los dirigentes alemanes concibieron la idea de que los judíos podrían ser reunidos y trasladados a un territorio colonial francés, por ejemplo, Madagascar. En un informe fechado el 21 de agosto de 1942, Luther, Secretario de Estado en el Ministerio de Asuntos Exteriores del Tercer Reich, decidió que sería posible negociar con Francia con este fin, y describió las conversaciones que habían tenido lugar entre julio y diciembre de 1940 y que habían sido interrumpidas tras la entrevista de Montoire, el 13 de diciembre de 1940, por Pierre Étienne Flandin, sucesor de Pierre Laval. A lo largo de 1941, los alemanes esperaban reabrir estas negociaciones y llevarlas a buen término”. (P. Rassinier, *ibid.* p. 108)

La actitud de Alemania hacia los judíos no se endureció hasta después de sucesivos desaires y por otros motivos, como veremos.

Primero fue la carta enviada por Chaïm Weizmann, Presidente de la Agencia Judía, a Chamberlain, Primer Ministro de Gran Bretaña, en la que le informaba de que “*los judíos están del lado de Gran Bretaña y lucharán por la democracia*”. Fue publicada en el *Jewish Chronicle* el 8 de septiembre de 1939, y constituyó una verdadera declaración de guerra del judaísmo mundial contra Alemania.

Poco antes, Léon Blum había exhortado a las democracias a destruir la ideología racista, en un artículo publicado en *Paris-Soir* el 23 de marzo de 1939: “La reorganización, la reconciliación y la cooperación de todos los Estados del mundo apegados a la libertad y a la paz, así como el estímulo y la exaltación del sistema democrático y, al mismo tiempo, la destrucción sistemática de la ideología racista, tal es la tarea esencial que incumbe al gran movimiento de la opinión pública, sin el cual los gobiernos serían impotentes”.

El escritor judío Émile Ludwig, nacido en Alemania y nacionalizado suizo, condecorado con la Legión de Honor por el gobierno francés en abril de 1939, lanzó por las mismas fechas un estruendoso llamamiento: “por una nueva Santa Alianza, a concluir entre las tres grandes democracias del mundo”... un llamamiento apenas disimulado a la guerra: “... la influencia de Estados Unidos en esta alianza será el factor decisivo. Puesto que la nueva alianza se concibe ante todo como una amenaza y una disuasión, el papel principal corresponde a Estados Unidos...”. (Émile Ludwig, *A New Holy Alliance*, p. 94) “Todos los países pueden unirse a la nueva Santa Alianza...entre las grandes potencias, la Rusia soviética será la primera...”. (ibid. p.101).

Es la filosofía nacional la que decidirá si un Estado puede o no ser admitido en la alianza... la alianza se dirige contra Alemania, Italia y otros Estados susceptibles de adoptar los mismos principios en cualquier momento... lanza su desafío con más fuerza aún que el lenguaje de los dictadores. (p. 104) Porque “...los ob-

jetivos políticos de este siglo son: el socialismo como expediente nacional, y los Estados Unidos de Europa como política internacional. ¿Pueden alcanzarse estos dos objetivos sin guerra?...” (ibid. p. 120)

Por inverosímil que parezca, Ludwig no intenta disimular sus pensamientos, concluye su llamamiento con estas palabras: “Las religiones, las filosofías y los ideales siempre han sido formulados y custodiados por pensadores solitarios. Pero siempre han sido defendidos por hombres armados, y a riesgo de sus vidas”. (Émile Ludwig, *ibid.* p. 123)

Volviendo a la situación de los judíos en Alemania. “En septiembre de 1939, precisamente al comienzo mismo de las hostilidades, las autoridades que representaban al Congreso Judío Mundial recordaron, como para reprochar a Inglaterra y Francia el haberse demorado tanto, que “los judíos del mundo entero habían declarado la guerra económica y financiera a Alemania ya en 1933” y que estaban “resueltos a librar esta guerra de destrucción hasta el final”, y al mismo tiempo autorizaron a Hitler a meter en campos de concentración a todos los que tuviera a mano, que es la forma en que cualquier país del mundo trata a los extranjeros enemigos en tiempo de guerra [...] A medida que se desarrollaban los acontecimientos, los judíos de Europa se encontraron en el mismo barco que sus hermanos de Alemania, y cuando no había esperanza para ellos de emigrar fuera de Europa y la última oportunidad se desvaneció con el fracaso del plan de Madagascar a finales de 1940, se tomó la decisión de

agruparlos y ponerlos a trabajar en un enorme gueto que, tras el éxito de la invasión de Rusia, se ubicó a finales de 1941 en los llamados Territorios del Este, cerca de la antigua frontera ruso-polaca: Auschwitz, Chelmno, Belzec, Maidanec, Treblinka, etc. Allí tuvieron que esperar el final de la guerra y la reapertura de las discusiones internacionales que decidirían su destino. Esta decisión se tomó finalmente en la famosa reunión interministerial de Berlín-Wannsee, el 20 de enero de 1942, y los traslados comenzaron en marzo”. (P. Rassinier, *Le Véritable Procès Eichmann*, p. 20)

Entre medias llegó la declaración de guerra a la URSS, el bombardeo masivo de Dresde, Leipzig y Hamburgo y, por último, la publicación de un libro de un judío estadounidense, Theodor N. Kaufman, titulado *Alemania debe perecer*. “En este libro, Kaufmann declara fríamente que los alemanes, por el mero hecho de serlo, no merecen vivir... y que después de la guerra se movilizará a 25.000 médicos con la tarea de esterilizar a 25 alemanes cada uno, hombres y mujeres, al día, de modo que en tres meses no quedará un solo alemán vivo en Europa capaz de reproducirse, y que en sesenta años la raza germánica estará totalmente eliminada del continente”. También dijo que los judíos alemanes compartían sus opiniones. “Hitler ordenó que este libro fuera difundido por todas las emisoras de radio alemanas, y uno puede imaginarse el efecto que tuvo en el público alemán”. (P. Rassinier, *ibid.*, pp. 108–109)

Por último, hablemos del Plan Morgenthau

Este plan, concebido en Estados Unidos por Henri Morgenthau, uno de los asesores de Roosevelt, y Harry Dexter White (ambos judíos, este último procedente de Europa del Este), preveía la destrucción total de la industria alemana y la transformación decidida de Alemania en un país puramente agrícola.

Fue aprobado en la Conferencia de Quebec de 1943 y, en cuanto terminó la guerra, los Aliados lo pusieron en práctica y empezaron a dismantelar las fábricas del Ruhr. Pronto se vio que esto era completamente absurdo y se abandonó el plan. Mientras tanto, se descubrió que Harry Dexter White era un agente soviético. Murió de un ataque al corazón la víspera de su detención.

Pero por lo que respecta a Alemania, en vista del Plan Morgenthau, el Plan Kaufmann, la declaración de guerra total por parte de Chaïm Weizmann y el Congreso Judío Mundial, la Declaración de Casablanca que confirmaba la decisión de aceptar únicamente la rendición incondicional y la campaña de bombardeos de terror sobre las ciudades alemanas contra la población civil (135.000 muertos en Dresde), los alemanes estaban convencidos en aquel momento de que los Aliados habían decidido exterminarlos, por lo que no es de extrañar en estas condiciones que los judíos reunidos en los campos fueran utilizados como rehenes y que se tomaran terribles represalias contra ellos.

En estas circunstancias comenzó la brutal deportación masiva de judíos a los campos polacos, en particular a Auschwitz.

Para concluir este capítulo, nos gustaría citar un hecho relatado por un testigo judío, cuya importancia no escapará al lector. En la edición del 15 de diciembre de 1960 de *La Terre Retrouvée*, el Dr. Kubovy, Director del Centro Mundial de Documentación Judía Contemporánea de Tel Aviv, reconoció que no se había emitido ninguna orden de exterminio masivo, no existe, ni por parte de Hitler, Himmler, Heidrich o Goering (Rassinier, *Le Drame des Juifs européens*, pp. 31–39)

Al parecer, el exterminio por gas fue obra de las autoridades regionales y de unos cuantos sádicos alemanes.

Según Rassinier, la exageración en el cálculo del número de víctimas se inspiró en razones puramente materiales: “...Se trata simplemente de justificar con un número proporcionado de cadáveres las enormes subvenciones que Alemania ha tenido que pagar anualmente desde el final de la guerra al Estado de Israel en concepto de reparaciones, por los daños que tanto menos se le pueden imputar moral o jurídicamente, ya que este Estado de Israel no existía en el momento en que se produjeron los hechos incriminados; se trata, pues, pura y simplemente de un problema material. Permítanme recordarles que el Estado de Israel no se fundó hasta mayo de 1948, y que las víctimas judías en Alemania eran nacionales de muchos Estados distintos de Israel, para subrayar la dimensión de un fraude que desafía cualquier descripción en cualquier idioma; por una parte, Alemania paga a Israel sumas calculadas sobre la base de seis millones de muertos, y por

otra, dado que al menos cuatro quintas partes de estos muertos estaban vivos y sanos al final de la guerra, paga sumas considerables en concepto de reparaciones a las víctimas de la Alemania hitleriana, a los que sobrevivieron en todos los países del mundo salvo Israel, y a los herederos legítimos de los que murieron desde entonces, lo que significa que por los primeros (los seis millones) o al menos por la inmensa mayoría de ellos, paga dos veces”. (P. Rassinier: *Le Drame des Juifs européens*, pp. 31 y 39) Esta es la conclusión de nuestro estudio de los argumentos de Rassinier.

Como no hemos estudiado personalmente esta cuestión, nos hemos limitado a exponer las conclusiones del autor, de las que es plenamente responsable, pero parece que los hechos y documentos que adjunta al expediente de crímenes de guerra merecen una investigación completa e imparcial.

La cuestión de los seis millones de víctimas judías que murieron en los campos de Hitler ya no puede aceptarse como artículo de fe.

BIBLIOGRAFÍA

* indica obras extranjeras disponibles
en el Museo Británico

BATAULT, G. : *Le Problème Juif* (1921) ; *Israël contre les Nations* (1939)

BENAMOZEGH, E. : *Israël et l'Humanité* (1961)

BONSIRVEN R.P., S.J. : *Le Judaïsme palestinien au temps de Jésus—Christ*

COHEN, K : *Nomades* (1928)

DE ECCLESIAE : *Déclaration sur les Religions non—chrétiennes*, trad. angl. T. Atthill,

CTS (1966)

DHORME, E. : *Revue d'Histoire des Religions*

DIMONT, MAX I. : *Jews, God and History* (Les Juifs, Dieu et l'Histoire) (1964)

DISRAELI, B. : *Coningsby* (1849)

DOENITZ, Amiral : *Ten Years and twenty Days* (Dix ans et vingt—et—un jours)(1959)

FAURE, E : L'ÂME JUIVE, en *La Question Juive vue par vingt—six éminentes personnalités*

(1934)

FEIJTÖ, F : *Dieu et son Juif* (1960)* ; y *Les Juifs et l'Antisémitisme dans les Pays*

VIZCONDE LÉON DE PONCINS

Communistes (1960)

FLEG, E. : *Israël et moi* (1936)*

GRAETZ : *History of the Jews –L'Histoire des Juifs*

ISAAC, J. : *Jésus et Israël* (1946, réed. 1959) ; *Genèse de l'Antisémitisme* (1948, réed. 1956)*

JEHOUDA, J : *L'Antisémitisme miroir du monde* (1958) *

LANE, A BLISS : *I saw Poland betrayed* (Je vis la Pologne trahie) (1948)

LAPOUGE, VACHER de : *Les Sélections sociales*, Cours professé l'Université de Montpellier (1888–1889)

LAZARE, BERNARD : *Anti-Semitism* (1903)(*L'Antisémitisme, son histoire, ses causes*)

LENINE *The Proletarian Revolution and Kautski the Renegade* (La Révolution prolétarienne et Kautski le renégat) (1920)

LEWISOHN, L. : *Israël* (1926)

LOEB, I. : *La littérature des pauvres dans la Bible*

LOVSKY, F. : *Antisémitisme et Mystère d'Israël* (1955)

LUDWIG, E. : *Une nouvelle Sainte Alliance* (1938)

MADAULE, J. : *Les Juifs et le Monde actuel*

MASSOUTIE, L. : *Judaïsme et Hitlérisme* (1935) ; *Judaïsme et Marxisme* (1939)

MEMMI, A. : *Portrait d'un juif* (1963)

NEUMANN alias NEUBERG : *L'Insurrection armée*

NOSSIG, A. : *Integrales Judentum* (1922)

PASMANIK Dr D. : *Qu'est-ce que le Judaïsme* (1930)

PEGUY, C. : *Notre Jeunesse dans Oeuvres en prose*

(1909 –1914)

PONCINS, L. de : *Le Plan communiste d'Insurrection armée* (1939)*, *L'Énigme communiste*(1942)

RABI : *Anatomie du Judaïsme français* (1962)

RASSINIER, P. : *Le Mensonge d'Ulysse* (1955)* ; *Ulysse trahi par les siens* (1962)* ; *Le Véritable Procès Eichmann* (1962)* ; *Le Drame des Juifs européens* (1964)*

RENAN, J. E. : *L'Antéchrist* (1899)

ROSENBERG : *A History of Bolshevism* (Histoire du bolchevisme) (1934)

ROUDINESCO, DR A. : *Le Malheur d'Israël* (1956)

SALLUSTE (pseudon.) : *Les Origines secrètes du Bolchevisme* (1930)

SAROLEA, C. : *Impressions of Soviet Russia* (Impressions de Russie soviétique)(1924)

SARTRE, JP : *Portrait de l'antisémite* (1948)

SERANT, P. : *Les vaincus de la Libération* (1964)

SOMBART, W. : *The Jews and modern Capitalism* (Les Juifs et le capitalisme moderne) (1913)

SPIRE, A : *Quelques Juifs et demi-juifs* (1928)*

STEED W. : *The Hapsburg Monarchy* (1913) (La Monarchie des Habsbourgs).

THORWALD, J : *Vlassov contre Staline* (1953)

TROTSKY, LEV. : *The Defense of Terrorism* (Défense du Terrorisme) (1921)

VALLAT, X. : Artículo en *Aspect de la France* (21 enero 1965)

VIZCONDE LÉON DE PONCINS

WEBSTER, N.H. *Secret Societies and Subversive Movements* (1924, réed. 1964) ;

World Revolution (1921) ; *French Revolution* (1919)

